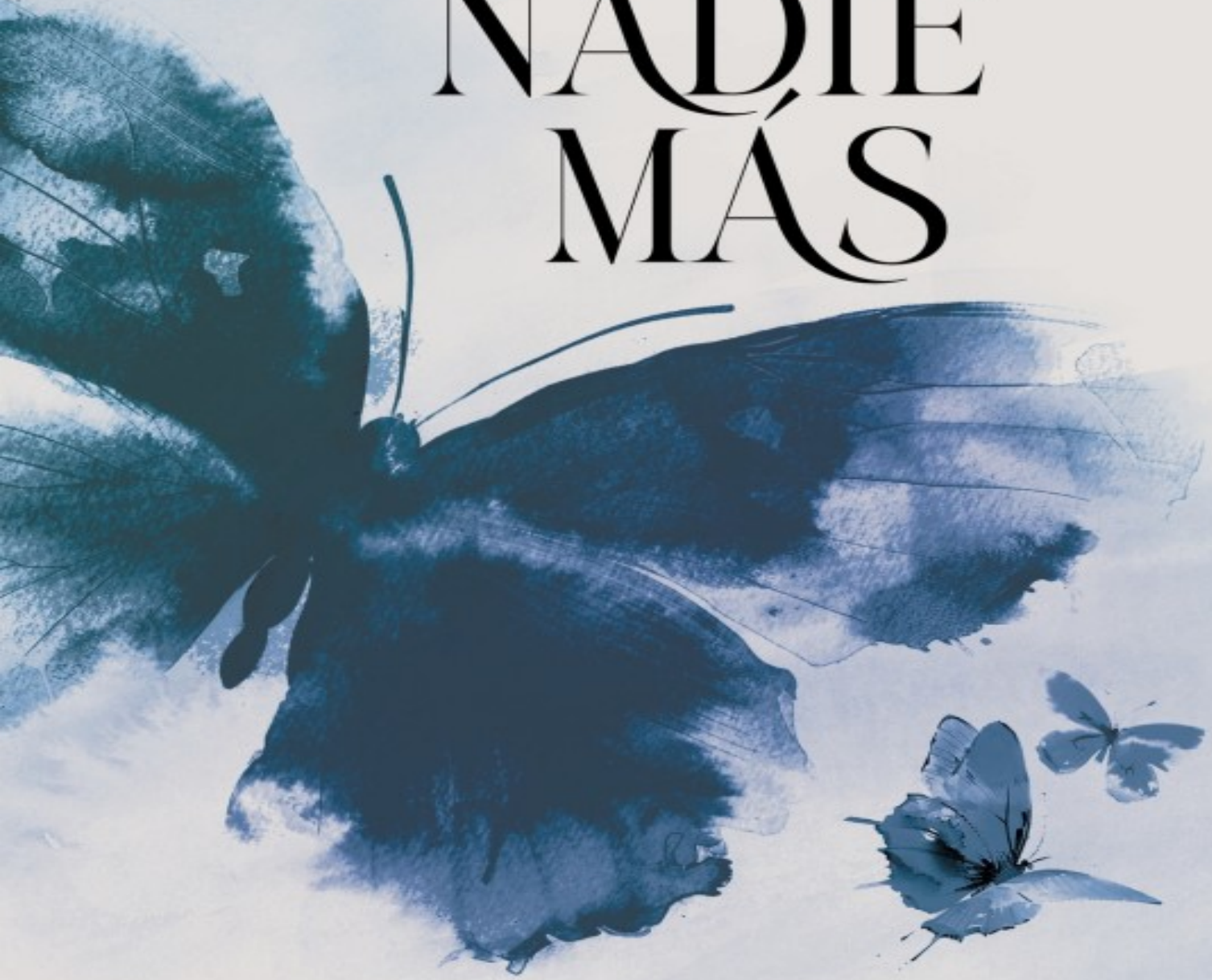
DE NADIE MÁS



MARÍA MERCEDES

BENITO

DE NADIE MÁS

MARÍA MERCEDES BENITO

De nadie más

© María Mercedes Benito

Primera edición, 2024
Segunda edición revisada, 2026

Diseño de cubierta: Montse Martín - https://montsemartin.com
Diseño y montaje del interior: Carlos López Angleró

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna o por ningún medio, sin permiso previo de la autora.

Correos electrónicos de la autora:
escritora.mmbenito@gmail.com
mmbenito.amazon@gmail.com

Instagram: mercebenito
Facebook: María Mercedes Benito



A todas las familias puertorriqueñas que aún se sientan a contar sus memorias, en especial a mis familias Benito, Colón, Morales y Girona. Esas historias familiares forman las zapatas sobre las cuales se sustenta la memoria colectiva de nuestra hermosa Isla del Encanto.

*L*a sutil sonrisa en el rostro de Belén, más que de alegría, parecía de nostalgia. Le costaba creer lo que veía. Fueron tantos los años de espera, tantos los sinsabores que no se atrevía, es más, temía darle cabida a la alegría. El temor no pudo más que la capacidad de asombro que, en la viuda, aún permanecía intacta. No pudo evitar traer a la memoria las palabras de quien no estaba con ella para compartir el momento: «*Darling, I'll make it happen*». La fascinación logró que la sonrisa se transformara en risa y que, con ella, contagiara a todos sus empleados, no solo a los de la finca, a los de la casa también. La algarabía endulzó el aire seco y caliente de aquella costa tostada por el sol caribeño.

Lo que veía correr se aproximaba a toda prisa mostrando unos destellos que poco a poco la fueron sacando de su ensoñación. Bastó sentir los pies anegados en la zanja y ver a sus hijos chapoteando en ella para despertar y darse cuenta de que sí, el líquido, que no se mostraba cristalino pues arrastraba la tierra a su paso, llegaba porque había sido enviado y dirigido; los vástagos no tendrían que esperar nunca más por las lluvias.

–¿Se dan cuenta de lo que esto significa? –preguntó Belén entusiasmada con el olor de la tierra mojada.

–¿Que vamos a necesitar más manos para la zafra? –preguntó el capataz Juan entre risas mostrando una falsa ingenuidad.

–Que vamos a economizar en cera, Juan –decía la viuda bromeando, sabía que lo que significaba esa agua corriendo a borbotones era que les esperaban tiempos mejores–. Ya no vamos a tener que prender los velones para la rezadera. No dependeremos de la lluvia, se acabó la pedidura. Ahora no nos para nadie, esta finca dará la mejor caña. Hay agua, Juan, mucha agua. Marcial, mira. Miren –decía una eufórica Belén cogiendo agua en las manos y lanzándola al aire.

–Nena, cuánto tiempo sin ver esa risa… –dijo el jardinero Marcial sin esforzarse por disimular su tartamudez que, con los años, se había acrecentado.

–¿Podré ir a Rensselaer? –preguntó Antonio José.

–Hijo mío, volvamos a leer la carta que enviaron. Hay que contestarla.

–¿Y mi máquina de escribir?

–Milita, nena, las que quieras, de todas las marcas –respondió Belén aun sabiendo que el Milita no le hacía ninguna gracia a su hija Amalia Belén.

–Quiero la Blick –manifestó la joven decidida con su acostumbrada manera de plantar sus puntos.

El hormigueo que sintió Belén a causa de tener los pies sumergidos en el agua fría la llevó a recordar que un tiempo atrás sintió eso mismo luego de que la maldad de personas sin escrúpulos casi la deja en la calle, poco faltó para desmoronarse; aquel fuego le quemó hasta el alma. En ese instante reconoció que esa sensación la pueden generar impresiones diametralmente opuestas: una tan horrible como fue el pavor que la invadió en aquella ocasión u otra tan placentera como la alegría que sentía en ese momento. Pensó en que lo que las iguala es la intensidad con que sorprenden.

La sensación la desconectó del festejo y, en su mente, comenzó a mirar los peldaños de la escalera de su vida, esa que unas veces se los ofreció anchos y cómodos; otras, se los puso delante estrechos, difíciles, tristes; en ocasiones, quebrados y peligrosos; muchas otras, solo incómodos. Pero como la vida es como es, no faltaron los amenos, los gratos, los deliciosos; esos los disfrutó, los atesoraba guardaditos y calladitos en su corazón.

En fin, en esos segundos reconoció que nunca se amilanó, pasó por esos escalones con aplomo hasta que la llevaron al momento que estaba viviendo en ese instante. No quiso anticipar los que le esperaban de frente, prefirió analizar los ya recorridos. Comenzó a desandar ese tramo que le tocó pasar siendo mujer, viuda, joven e inexperta. Su mente la llevó a repasar las vivencias que la marcaron; se remontó a la década anterior.

Corrían los primeros meses del nuevo siglo. La joven viuda confiaba en el capataz de su Hacienda Puerto para que dirigiera la siembra de caña, pero aun así aceptó la invitación de su cuñada y el marido, quienes al llegar desde Madrid para su casamiento con don Mariano quedaron cautivados con la Isla. Esos peninsulares, con los conocimientos necesarios y mente visionaria, adquirieron fincas en el oeste; llevaban un rentable negocio azucarero.

–Ay, Candelaria, cómo quisiera que fueras conmigo, pero te tienes que quedar. Te necesito aquí para que veles a Teresa, sabes que necesita supervisión. A Adela hay que darle la mano con los nenes. Y a Marcial… nada, Marcial se cuida solo. Bueno, y tienes que estar pendiente del tío Joaquín y Petra. Serás mis ojos y oídos. Sé que con ustedes los nenes se sienten en familia. Solo estaré fuera un mes, digo, eso creo –le decía Belén a la cocinera; lo decía por decir, la conocía y sabía lo que su fiel cuidadora haría.

–Me alegra que tome las riendas de su vida con tesón –expresó la cocinera sevillana haciendo caso omiso de las primeras palabras de su patrona.

–Ya venía siendo hora, ¿no? –declaró Belén besando y abrazando a Candelaria.

–¡Uy!, sé quién la va a extrañar más que nadie. El pobre, tener que aguantar a la mujercita sin el bálsamo que son para él las pláticas con usted. Es que hay que ver la cara que tiene cuando está con ella y la que pone tan pronto la ve a usted. De verdad que no entiendo cómo llegó a casarse con la doña Leticia. ¡Qué mujer tan zonza!

–Ya, Candelaria, no empieces.

–¿Empezar yo…? Eso lo empezó otro hace rato y no se termina.

–Te repito por enésima vez que dejes eso –dijo Belén muy seria–. No he vuelto a hablar con Manuel desde la despedida de año y no pienso volver a hacerlo.

–Pero mírenla, ya no es licenciado Cuevas ni don Manuel…

–Dios santo, Candelaria, es un amigo, podría decirse que es como un hermano.

–Si, sí, acláreselo a la mujer.

–Candelaria, ya está bueno.

–Solo voy a decir que a mi hermano nunca le di las miradas que usted le echa al licenciado –manifestó la cocinera sevillana.

–¡¿Qué hermano de qué, Candelaria?! Por Dios…Tú ni tienes hermanos. Ya… Ven, ayúdame a empacar –decía Belén tratando de esquivar la mirada de la cocinera.

–Recojo lo mío en un santiamén y luego la ayudo –dijo Candelaria segura de que haría el viaje con ella–. Vale, vale, no, no tengo hermanos, pensé que no se acordaba –admitió la cocinera aguantando la risa ante la muy cierta observación de la viuda–. Pues, lo último… A mi amigo casi hermano Marcial yo no lo miro como usted mira a don Manuel –masculló antes de salir; no pudo ver la sonrisa en Belén, quien, a pesar del murmullo, entendió todas y cada una de las palabras.

No fueron muchos los argumentos que necesitó la cocinera para convencer a su patrona de que la debía acompañar, el puntal: «No es presentimiento, sé que me va a necesitar».

El trayecto hasta el oeste era uno largo; lo encontrarían pesadísimo. Tenían que hacer una parada en una ciudad señorial. Belén había anunciado su visita unas semanas antes. No era una amena, más bien era triste pero ineludible.

–Ya entiendo por qué se les dice tranvías de sangre a estos carretones, si es que estos pobres animales dejan el cuero en los viajes –decía Candelaria abanicándose con ímpetu.

–Es horrible, sí, pero no hay de otra. Solo para que sepas, no es por eso por lo que los llaman «de sangre», es porque son tirados por animales. Cuando lleguemos a ver a los Castaings, de ahí en adelante, para el resto del viaje, tomaremos uno de vapor –decía Belén abanicándose también–. Al menos el camino está limpio y las vías lo hacen más fácil. Como diría mamá…

–Esto es lo que nos toca por vivir en este pueblucho con ínfulas de ciudad –recitó Candelaria imitando el hablar canario de su difunta patrona–. Ay, que Dios la tenga en su Gloria.

Las dos rieron recordando la cantaleta de doña Amalia.

–Ah, mamá y su sonsonete… Total, a ella le encantaba el pueblo.

–Nada, que a mí me parece un abuso lo que hacen con estos pobres animales –opinó la cocinera sin quitarles los ojos de encima a los caballos que tiraban del tranvía.

–No creo haberte dicho que, casualmente, *monsieur* Castaings llegó a estas tierras desde la isla de Guadalupe para trabajar en las vías del ferrocarril.

–No, no me lo dijo, solo me acuerdo de que era amigo de don Vicente, pobre gente –expresó Candelaria al tiempo que sacaba de una canasta unos alfajores de almendra–. Los rellené con cremita de vainilla –decía pasándole el más lindo a Belén.

La cocinera sevillana le ofreció uno al hombre que guiaba los animales del tranvía, pero este no se atrevió a aceptar, no estaba acostumbrado a que los pasajeros tuvieran ese tipo de detalles con él.

–Toma uno, no seas pajuato, aprovecha –le dijo Candelaria al hombre–. Ay, este está emplastado de crema. Da igual, están ricos, coge –dijo sonriendo cuando por fin el hombre extendió una mano.

Llegaron extenuadas a la residencia del matrimonio francés luego del pesado viaje. La elegante casona tenía el balcón elevado, tanto que, desde la acera, la vista de cualquiera quedaba al mismo nivel del suelo de la casa. La cantidad de puertas delanteras, más de dos o tres, marcaba la distinguida posición social de los Castaings. Era como muchas de las de esa ciudad que había dejado de ser pueblo hacía mucho tiempo y que sí le hacía honor al nombre; el salto de pueblo a villa y de eso a ciudad fue notable y palpable. Era una ciudad progresista: el centro económico, cultural e intelectual del sur, hasta la adornaba una catedral.

Las esperaba el matrimonio Castaings Roig, los dos de estricto negro. Belén buscó, como había buscado desde que se enteró de la noticia del fallecimiento de Jacques, el unigénito de la pareja, las palabras adecuadas con las que les daría el pésame. De inmediato le llegaron reminiscencias de las familias.

Si hubiese sido por el matrimonio Castaings Roig, Belén y Jacques estarían casados. Eso no fue posible pues los padres de Belén, doña Amalia y don Vicente Fernández Monjardín, heredaron el resentimiento colectivo de la incursión de Napoleón Bonaparte en la península ibérica; acción y efecto que, para los Fernández, se extendió hacia todo francés. Para ellos esas sangres no podían vincularse. A pesar de eso, los dos caballeros siempre cultivaron su amistad, que se remontaba a la juventud cuando ambos se conocieron jugando carambola.

El billar francés o carambola había cogido auge en la Isla. Raphaël Castaings Calandreau era experto en el juego de tres bandas. Un día, el francés coincidió en un club de la capital con un caficultor del sur, un joven y aún soltero Vicente Fernández Monjardín, a quien le entusiasmó el juego que *monsieur* Castaings hacía parecer sencillo. Tanto le atrajo al hacendado cafetalero lo que vio que, entusiasmado, en los días y semanas subsiguientes recorrió cuanto cafetín encontró para practicar su tiro. Muchos fueron los que posaron más de una mirada en el joven y su destreza.

Luego de varias semanas observando al *Monsieur* y tentando la suerte, el aprendiz se atrevió a retar al diestro billarista. El francés lo dejó practicar para que calentara el brazo, no tenía idea de que aquel joven peninsular llevaba, a penas, unas semanas jugando carambola. El caficultor demostró tener buen ojo, excelente cálculo y mejor brazo para golpear las tres bolas con precisión. Luego de la inesperada derrota del francés, Vicente no supo qué hacer ante los vítores. Raphaël Castaings se acercó al victorioso y, con sendas sonrisas y un fuerte apretón de manos, sellaron su amistad para siempre.

En fin, ninguno de los hijos de esos amigos sentía otra cosa que no fuese aprecio y gusto por sus conversaciones en las esporádicas visitas que se hicieran las familias. Jacques era un espíritu libre, artista, activista en las causas justas: un soñador. Su madre le consentía los gustos, a su padre le preocupaban.

Belén recordó nostálgica lo mucho que se divertía con ese muchacho que, según sus padres, tenía vestigios del emperador francés.

–¿Tú te imaginas que de verdad nos enamoráramos? –preguntó riendo Jacques una tarde mientras charlaban cobijados por la sombra de un árbol de caimito en la casa Fernández.

–Creo que me encerrarían en un convento –declaró Belén estallando en risas.

–¿Tú? ¿En un convento? La priora te devolvería. Y después de que leas lo que te traje, si entraras a uno y comentaras algo, creo que, no solo te expulsarían, te excomulgarían –comentó Jacques mirando a los lados disimuladamente–. ¿Has leído a Émile Zola?

–¿Qué te crees? Baja la voz. Aquí está prohibido –manifestó Belén mirando azorada a su alrededor.

–Pues, acaba de publicar *Lourdes*. Tienes que ver cómo dice que lo que ha hecho la Iglesia es mercadear a la Virgen, ya verás.

Jacques sacó un paquetito de su chaleco y se lo entregó a Belén, quien lo guardó debajo de su refajo.

–Cuando nos volvamos a ver, comentamos. Me debiste haber traído *Thérèse Raquin* también, imagino que la tendrás –planteó levantándose apresurada para ir a esconder el libro en su habitación.

–Sí, sí, te la doy cuando nos volvamos a ver, ¿sabes de qué se trata?

–Algo escuché –confesó Belén apretando los labios como quien muestra una mezcla de vergüenza e ingenuidad.

Belén vio a Jacques por última vez meses después de esa charla, el día de su casamiento con el capitán Mariano Calzada y Guerra, de eso habían pasado unos cinco años. Lamentó no haberlo visitado durante su convalecencia, estuvo postrado por más de un año. Nunca comentaron acerca de *Lourdes,* y *Thérèse Raquin* le llegaría a Belén muchos años después porque Jacques no tuvo oportunidad de dársela en la fiesta de bodas.

*E*l 1899 fue duro para todos en la Isla, demasiados infortunios con los que lidiar. En enero de ese año, en la ciudad señorial que vio nacer a Jacques se suscitó un incendio en el polvorín del Ejército estadounidense. Una noche de enero de ese desafortunado año, una simple pavesa que se escapó de un imprudente cigarro se encontró con el heno que se guardaba en el polvorín para los caballos del Ejército; lo prendió en llamas. Ante el peligro, dado a la cantidad de municiones y pólvora que se guardaba en el arsenal, los soldados ordenaron la evacuación de la ciudad. No tardaron en llegar los bomberos, pero el Ejército, temiendo que entre tanta gente alarmada hubiese insubordinados y revoltosos, mandó a desalojar el área y les prohibió a los valerosos hombres que se acercaran. Entre los que fueron a socorrer estaba Jacques, quien se mezcló con los bomberos, que no cejaron en su intento por ahogar el fuego, desobedeciendo las órdenes de los militares estadounidenses. El tesón de Jacques pudo más que su inexperiencia, pero no bastó.

Cuando todo terminó, recogieron a un ser chamuscado por las llamas de pies a cabeza. No sabían quién era, estaba irreconocible. Por entre las hilachas de la camisa que se mezclaban con las de su piel lograron ver una medalla de Juana de Arco, la santa en el corazón de Francia porque, al momento, solo había sido canonizada por el pueblo francés. La santa iglesia católica y apostólica no se ponía de acuerdo sobre la santidad de la heroína francesa, quien llevaba ese santificado tratamiento desde el momento en que echaron sus cenizas en el Sena y uno de sus verdugos exclamara: «¿Qué hemos hecho? ¡Hemos quemado a una santa!». El amuleto era señal de que el joven era de los franceses de la ciudad; con ello dieron con sus padres.

No faltaron médicos, monjas, sahumerios, enfermeras, oraciones, cataplasmas y sacerdotes para tratar de aliviar al joven. Una tarde primaveral de 1900, Jacques murió sin pena ni gloria; no hubo medalla, condecoración o tributo para ese «muchacho desobediente».

*B*elén encontró a los padres de Jacques con los rostros abofados. *Bendito, seguro que no paran de llorar*. Al ver a aquellos seres con esa complexión facial que solo vio en su madre en una ocasión similar, pensó: «Parecen otras personas, casi no los reconozco, me muero de tristeza». Lo único que le salió antes de que se le quebrara la voz y rompiera en llanto fue un «lo siento tanto».

Belén no era una persona despiadada y no quería, ni tan siquiera, sonar como tal, por eso jamás comentó lo que sintió ante esa situación. Con una rara sensación que desconocía y no podía explicar, agradeció la escena. No era que se alegrara por la muerte de su amigo, no. Se dio cuenta de que la alegría era porque en ese momento se le aclaraba la mente. Con la profunda tristeza que sintió con la muerte de Jacques llegó la paz que necesitaba para manejar y entender lo que sentía cuando pensaba en la de su marido; de vez en cuando, sentía remordimiento por no haber derramado una sola lágrima. *Ya entendí, lo que pasa es que no siento nada. Ya, ya entiendo, no es maldad ni alegría por la muerte de Mariano, es indiferencia. Ya, se acabó el cargo de consciencia. ¡Gracias, Jacques!*

Solo pernoctaron una noche en la casa de los Castaings, resultaba muy difícil la estadía allí. Esos padres, acompañados por su soledad, aún no estaban preparados para dejar el dolor a un lado. Candelaria pensó que necesitaban a Victoria, su querida y apreciada amiga, con sus yerbajos y «trabajos» envueltos en las oraciones que ella nunca entendió, pero que sí vio obrar. Trataría de encontrar a la lavandera yoruba. Indagaría, la buscaría. Aquella gente y sus rostros no se le borraban de su mente; siempre sentía que era tarea suya ayudar al débil.

Al día siguiente, llegaron a casa de los cuñados de Belén. Inés y Luis Ronda esperaban a la invitada con entusiasmo. Solo pensaban en agradar a su cuñadita, a quien tenían prendida del corazón pues pensaban que seis meses no eran suficientes para reponerse de la pérdida, estaban seguros de que la encontrarían devastada por la viudez.

–¡Qué alegría verte, Belencita! –saludó Inés al tiempo que la abrazaba, en Candelaria ni se fijó.

–Igual digo, Inés. ¡Gracias por la invitación! Luis, qué bueno verte.

–¿Cómo le va?, cuñada –saludó con su tono serio pero cariñoso.

–¿Cómo has estado?, querida. ¿Cómo está nuestro ahijado? Y la nena, ¿ya habla? –preguntó Inés tomando a Belén de un brazo mientras subían los dos tramos de la escalera que llevaba al área de vivienda; el cuñado iba caminando detrás, y Candelaria analizaba la escena siguiendo a Rosa, el ama de llaves de los Ronda–. No puedo creer que es tu primera vez aquí, ¡que para bien sea!

La Hacienda La Dulzura quedaba en la costa suroeste. Cuando los cuñados de Belén llegaron a la Isla, el matrimonio quedó cautivado con la vida insular. Don Luis Ronda y Nieves indagó todo lo concerniente a la sociedad agraria de esos años; arrendó una pequeña finca para ir aprendiendo sobre el negocio azucarero. No pasaron dos años para que, con su labia, adquiriera una hacienda de gran tamaño, La Dulzura, a un precio irrisorio; convenció a una solterona para que se la vendiera, lo que nadie había podido lograr. Le dijo que podía irse a vivir a Madrid, que se podía quedar en el apartamento que tenían ellos y que, además, podría entablar amistad con su hermano que aún estaba soltero. El hombre reía pensando en cómo a nadie se le había ocurrido esa idea. *Una solterona, en lo único que piensa es en un amor*. La mujer, entradita en años, empaquetó lo poco que tenía y se fue a buscar nuevos aires, los que nunca sintió encerrada en aquella hacienda heredada. Les llegaría una carta con la buena nueva que jamás don Luis pensó que ocurriría; la festejarían con verdadera alegría.

Luego de la adquisición de La Dulzura, Belén escuchó a su marido decir: «Hombre, ese nació parado». Al no entender la expresión, don Mariano le explicó que el decir significaba que el hombre tenía el mundo a sus pies, que gozaba de buena fortuna, que la suerte estaba de su lado. Y sí que era así, al cabo de dos años, las arcas de Luis Ronda y Nieves estaban boyantes y de la misma manera siguieron.

La casa de los Ronda era de dos plantas. Fue construida por los antiguos dueños. Cuando Inés y Luis adquirieron la propiedad, la estructura estaba deteriorada por lo que, antes de instalarse, mandaron a encalar las paredes de mampostería para limpiarle el

aura lúgubre que la rodeaba. Tuvieron que sacar los tejamaníes del techo, estaban casi todos podridos; decidieron poner tejas de barro, esas durarían más que las de madera. Se cambiaron todos los tablones de la escalera de entrada. Los de la trasera, que, por el uso, estaban aún más desvencijados que los de la frontal, también se remplazaron; esa escalera les daba acceso a los empleados a la vivienda de los Ronda. A la casona la rodeaba un balcón, que más que balcón parecía galería, Inés lo llenó de cuanta planta encontró. El jardinero vivía solo para cuidar el lugar favorito de su patrona.

–Mañana desayunaremos aquí –anunció Inés mostrándole a su cuñada su pequeño bosque tropical.

Tan pronto como Belén entró a la casa, sintió el olor a pajilla de los sillones y sofás de la sala. Le llamó la atención que el mobiliario y la decoración parecían haber sido escogidos por criollos de segunda o tercera generación; sus cuñados se integraron con buen gusto y estilo a la sociedad insular: se alegró. Tan integrados estaban los Ronda que hasta su acento madrileño se tornó casi imperceptible.

–Anda... Ni yo, que soy de aquí, he podido comprar un Oller –comentó Belén sonriendo al echar un breve vistazo y reconocer enseguida dos de los cuadros que adornaban las paredes; el estilo del insigne pintor era inconfundible–. Tengo que ir a la capital con más frecuencia.

La viuda se acomodó en la habitación que su cuñada destinó para ella, al fondo de un largo corredor. Pensó que Candelaria estaría cerca, pero no, la cocinera fue acomodada debajo de la vivienda, en el primer piso, donde estaban las habitaciones del servicio.

–Rosa, ¿podría mostrarle a Candelaria dónde estoy?

La mujer la miró recelosa: las cocineras no podían circular por el área de las habitaciones, solo ella y las de limpieza. Belén, al ver que la doña no se inmutaba, se lo volvió a pedir, esta vez con un «por favor, ¿sería tan amable?».

–Niña, esta gente vive como ricos. No tienen una cocinera, tienen tres: una para las sopas y platos principales; otra, para los postres; y una, solo para el pan –decía Candelaria en voz baja–. No sé para qué, viven solos en este caserón, y la doña Inés parece una vara, ¿qué comerá? –decía sin poder controlar una risotada.

–Solo limítate a observar. No comentes, estamos de invitadas y la estadía será larga. Y, cuidado con doña Rosa, no es fácil. Casi le tuve que rogar para que te trajera aquí.

–Esa vieja es un tanto dura, ya lo noté. Pero bueno, se ablandará o, mejor dicho, la ablandaremos; con ese nombre, seguro que alguito bueno tiene –soltó la cocinera entre carcajadas.

–Qué bueno que viniste –dijo Belén sin poder evitar unirse a la risa de Candelaria.

–También están las que limpian, además de la que lava y plancha, ¡válgame, Dios! Y ni le cuento de los de afuera, los de las plantaciones… –seguía la cocinera sin poder esconder su asombro.

–¿Dónde te acomodaron?

–No me va a creer… con la lavandera Martirio. Mire usted, una Victoria con todo y sus aromas, habrá que ver si tiene los mismos dones –dijo Candelaria con tono de misterio.

Esa primera noche, la familia cenó en el gran comedor. Inés alardeó de la vajilla y los cubiertos, todos heredados de sus padres.

–¡Qué belleza! ¡Los detalles de los pavos reales me encantan! Parece que fueron pintados a mano, todos tienen algo diferente. Mariano nunca la mencionó –comentó Belén.

–En efecto, sí, fue pintada a mano –aseguró Inés comparando con cuidado un platillo para el pan con uno de sopa–. Querida, mi hermano, que Dios lo tenga en su Gloria, se fue tan joven para el Ejército que no tuvo tiempo de apreciar estas cosas. Y, perdona que mencione a Antonia, pero el punto es que cuando se casó con ella, que en paz descanse, ella llevó la de su familia, por eso me tocó esta a mí.

–Bendito, no, no. No me malentiendas, no estoy recriminando nada. A nosotros, mamá nos lo dio todo –aclaró Belén con su encantadora sonrisa–. La nuestra es sencilla, tiene flores, pero no estas obras de arte. ¡Qué belleza, cuánto detalle!

–Bueno, Belén, dime, ¿cuántas cuerdas piensas sembrar? –preguntó Luis para cambiar el tema que, según él, era de mujeres.

–Pues, la Puerto es inmensa, pero cuerdas cultivables, tendrá como seiscientas. No vamos a sembrarlas todas este primer año.

Juan y yo lo hemos hablado, creemos que con unas doscientas estaremos bien para empezar. ¿Qué te parece?

–¿Juan? ¿Qué Juan? –inquirió Luis.

–Disculpa, Juan Linares, mi empleado, el capataz de la Puerto. Está con nosotros desde la Jájome.

–Ah, pensé que ya te estaba rondando algún buscón –soltó riendo.

Belén no le devolvió la risa, solo lo miró con una seriedad que Luis no pudo manejar, estaba acostumbrado a que su mujer le riera todas las gracias.

–¿Doscientas cuerdas de caña para empezar, sin nunca antes haber sembrado…? Me parece que te estás precipitando –comentó el cuñado tratando de reganar la compostura.

–Bueno, pues, ¿qué sugieres? Ya están listas y la siembra empieza pronto.

–Prueba con cincuenta o sesenta, a ver cómo les va. Tenéis el factor de que allá no llueve mucho, no arriesguéis tanto en la primera siembra, me preocupa.

–Me atrevo a arriesgarme, por lo menos no es café, eso sí que está malo. A veces pienso que hasta fue bueno perder la Jájome –dijo Belén pensando en la hacienda cafetalera que ya no era suya–. No entiendo bien qué es lo que está pasando con ese mercado, solo sé que ya no se vende en España.

Luis le explicó cómo la Isla, a partir de lo que los españoles catalogaron como «El Desastre del 98», al pasar a ser parte de los Estados Unidos, era considerada por España como país extranjero. Para poder vender su café en la Madre Patria, la novel colonia estadounidense tenía que pagar altísimos aranceles. Con esos términos, la venta de café de la islita del Caribe se desplomó.

–Oh, qué simple, ya entiendo, nadie me lo había explicado así. ¿Y no lo pueden vender en Estados Unidos? –preguntó Belén.

–Podrían, pero el paladar norteamericano está acostumbrado al café sudamericano que es menos fuerte, no soportan el de aquí, lo consideran demasiado amargo. Además, el de Sudamérica es más barato, en especial el de Brasil. La empresa de café de aquí se

fastidió. La de azúcar es la que está reemergiendo con nuevas fuerzas. Tienes que aprovechar, empezaste a tiempo.

–Ya estamos viendo las secuelas de este cambio, a todos nos está costando acostumbrarnos. Espero que lo próximo no sea tratar de quitarnos nuestra historia, nuestra herencia. Eso me aterra, imagínate, nosotros hablando solo inglés… –concluyó Belén.

Se fueron a la cama temprano. Belén estaba extenuada luego del agotador viaje, necesitaba un sueño reparador; Candelaria tenía más aguante. Mientras Belén dormía, la cocinera, con arte y disimulo, husmeó los alrededores y sus habitantes. Solo con escuchar las conversaciones, bromas y discusiones sin sentido, se dio cuenta de que era gente buena y trabajadora. A la habitación de los señores de la casa, no podía acercarse. Por fortuna, su don de bilocación, que se mostraba cuando menos lo esperaba, le proveyó, tan pronto como esa primera noche, la información que realmente necesitaba para prever un tanto el futuro de Belén con esa gente y pasar una estadía tranquila. Además, como donde hay más de una persona siempre se suelta información valiosa para terceros, Candelaria supo que tendría que hacer una visita por aquellos lares. Sin reconocer las voces del cuchicheo, algo que oyó, o más bien, la mención de un nombre y la facultad que poseía esa persona, la intrigaron; no se iba de allí sin conocerla.

–Esta gente la quiere bien –le comentó Candelaria a Belén luego del desayuno mientras la joven viuda se alistaba para recorrer La Dulzura con su cuñado.

–Sí, creo que sí.

–Creer es una cosa. Saber, como sé yo, es otra. Yo los oí. Don Luis y doña Inés la quieren bien. La van a ayudar.

–¡Gracias, Candelaria! Pero deja de estar averiguando.

–No, no, usted sabe que a mí me llegan las cosas. Bueno, me acuso de que una que otra cosilla sí he buscado –confesó la cocinera golpeándose el pecho tres veces como en acto de contrición–. Eso sí, siempre lo confieso, aunque, total, averiguar no es pecado, me sé bien los mandamientos –expresó muy seria.

–¿Cómo puedes manejarlo? Uy, eso de escuchar conversaciones de personas que no tienes de frente o, peor, ni siquiera están cerca…

No, no, no, yo no podría, creo que me volvería loca. No sé cómo lo aguantas –comentó Belén frotándose los brazos para tratar de suavizar su piel erizada.

–No es nada del otro mundo –dijo Candelaria muy tranquila minimizando la magnitud de su extraordinario don–. Estoy acostumbrada, es como si me moviera de una habitación a otra y luego regresara a la primera, no me doy ni cuenta.

–¿No te asustaba cuando eras nena?

–No, no, pero eso sí, me confundía. Cuando se lo dije a mamá, primero pensó que estaba loca, después me llevó adonde el cura del pueblo. Ese hombre me mandó a callar, me dijo que eran cosas del demonio y me mandó a rezar veinte rosarios. Seguí moviéndome y oyendo, pero no le contaba nada al cura. Cuando mamá, que en paz descanse, me llevaba obligada a confesar, solo decía que había mentido, porque como en cada confesión cometía ese pecadillo, aprovechaba y lo confesaba de una vez –decía la cocinera ahogada en risas recordando al viejo cura de su pueblo–. Esa penitencia era sencillita, no la primera rezadera que me impuso padre Eulogio, siempre tan exagerado, solo porque le conté lo que oía. Bendito, debe estar hecho polvo. Se debe haber muerto, era viejito cuando yo era nena, imagínese. ¡Que Dios lo tenga en su Gloria! –dijo poniéndose seria y persignándose.

–A la verdad que, para mí, una que otra vez ha sido conveniente –comentó Belén riendo junto con Candelaria.

–Válgame, qué mucho oí a la doña Hortensia, que Dios la tenga en su Gloria –dijo por decir, esa expresión era como un estribillo–. ¡Qué mujer tan *agriá*! Esa desayunaba limón, ¡coño, y le duraba el día entero! –afirmó Candelaria con su deje andaluz.

–Eres tremenda –comentó Belén con una expresión de asombro divertido.

–Ay, Virgen, cómo se fue, y que de cagaleras. Este nuevo siglo no la quería –comentó tratando de disimular una sonrisa–. Seguiré creyendo en las sabias palabras de mamá, que en paz descanse: «Los viejos se mueren de una de las tres ces».

–¿Qué es eso? Nunca te había oído decirlo.

–De catarro, caídas o cagaleras –dijo la cocinera explotando en risas.

–No bromees así, dicen que se indigestó con una gallina que estaba a medio cocer, menos mal que tú las cocinas bien. Nada, que algo bueno tendría la pobre mujer.

–¿Bueno? Si por lo único que brillaba esa vieja era por la lengua viperina. No tenía otra palabra en la boca, ¡y dale con que usted era adúltera! Menos mal que no lo decía a los cuatro vientos.

–Pues, fíjate… No creas, siempre pensé que algo le metió en la cabeza a Mariano, porque, ¿de dónde se le ocurrió acusarme? –preguntó Belén frunciendo el ceño.

–Pues, ¿sabe qué? Retiro lo dicho, que Dios no la tenga en su Gloria *na*, ojalá que se quede buen tiempo dando vueltas por el purgatorio. Vieja sinvergüenza –concluyó Candelaria muy seria.

–Ay, Candelaria, ¿qué te acabo de pedir? No te expreses así, deja que lo cristiano en ti salga antes que otra cosa –dijo Belén pensativa más que molesta–. Aunque también, ¿sabes…? Siempre pensé que la melena de Milita le debió extrañar. Imagínate, él, rubio; yo, pelinegra, y Milita tenía que salir pelirroja.

–¡Qué diantre! Y el pobre don Andrés ajeno a todo. Total, no es el único *pelicolorao* del pueblo. Estoy segura de que, si doña Amalia hubiese estado viva, diría que esa nena requintó a uno de sus antepasados guanches –soltó Candelaria.

–Pues, sí, mamá decía de lo más orgullosa que por sus venas corría sangre de los guanches de Canarias. Recuerdo habérselo comentado a Mariano, pero estoy segura de que nunca me creyó.

Belén rememoró una discusión que se suscitó entre su marido y ella; había pasado tiempo, pero aún seguía viva en su mente. Las hirientes palabras que le vociferó el hombre aún retumbaban en su cabeza. La certeza con la que le dijo adúltera solo podía darse si la fuente de información era fidedigna para él, no podía ser otra que la respetada doña Hortensia.

–Todavía me duele la pregunta tan vulgar y malsonante que me hizo. ¿Cómo se atrevió a hablarme así? –expresó Belén con cara compungida–. A mí, Candelaria, a mí –murmuró apesadumbrada.

–Bueno, nada, olvídelo, sabemos que estaban calumniando.

–Sí, definitivamente, tengo que dejar eso atrás.

Belén terminó su arreglo y salió de la habitación al encuentro de su cuñado, quien la esperaba con una yegua de andar sereno y acompasado. La indumentaria que llevaba para la cabalgata atrajo miradas y causó una que otra risa. Había escogido fácilmente las dos palabras que le diría a su cuñada; tenían que ver con la comodidad. No hicieron falta, no la vio. Inés andaba muy ocupada dándole órdenes al jardinero.

Unos meses antes, cuando comenzaron los trabajos de limpieza y preparación de los terrenos en la Puerto, Belén había comenzado a montar para recorrer la finca con el capataz Juan. El primer día que le tocó treparse a un caballo, cuando uno de los empleados le explicó y mostró cómo lo debía hacer una dama, lo encontró rarísimo; solo lo había visto en cuadros o fotografías. Lo que ignoraba ella y también los que allí estaban era que esas finas y elegantes amazonas de los retratos estaban montadas como solo la lógica y el sentido de seguridad pueden dictar: con las piernas a cada lado del animal bien sujetadas, pero todo cubierto y bien tapado con faldas y mantas. Daban la impresión de que estaban montadas de lado porque una de las piernas que se marcaban debajo de la falda era falsa, de esa manera se mostraba la «digna pose» de una dama.

Cuando Belén se encaramó en el caballo, tarea que con su largo vestido se le dificultó bastante, lo hizo como le enseñaron, con las piernas echadas para un lado. Se sintió tan insegura que no soltaba la crin del animal, la tenía empuñada con la fuerza que brota del pánico. Juan sonrió, la escena le pareció divertida. La joven montó solo un rato, estaba aterrada, era casi imposible agarrar las riendas y sujetarse de la crin al mismo tiempo. La próxima vez, llegó vestida con un pantalón de su difunto marido que su empleada Teresa ajustó sin estilo. Se trepó en el lomo del corcel con una pierna a cada costado del animal y, con determinación, solo dijo: «Vamos, Juan». Nadie osó reírse ni tampoco, opinar.

–¡Qué serenita, qué buen paso tiene! –le comentó Belén a su cuñado tan pronto comenzaron el recorrido.

–Te busqué la mejor –dijo el hombre, quien, viendo aquel mamarracho, solo sentía deseos de soltar, por lo menos, un «¿de

quién fue la idea?».

–¿Le tienes nombre? –preguntó Belén contenta.

–Melodía.

–Qué lindo, qué casualidad, ¿o sabes que me gusta la música?

–La adquirí con todo y nombre, es casualidad –comentó Luis sonriendo–. Oye, ¿puedo preguntar…?

–No, no puedes –aseguró la viuda riendo y contagiando a su cuñado.

El hombre le fue explicando cómo espaciaban las cañas en cada surco, a cuánta profundidad las sembraban y cuánto era el rendimiento en la cosecha. Le habló de lo que era una gran cultura. Belén tomó nota mental. *En dos o tres años me arriesgaré.*

–Bueno, Juan sabe todos esos detalles, conoce el terreno y sabe bien lo que tiene que hacer –comentó Belén tratando de convencerse de que tenían todo bajo control.

–El problema que tenéis allá es que, si no llueve, se les van a dar flaconas. Una cosecha así no la compra nadie. O, si te la compran, lo que saques no te va a dar ni para pagar los vales de la nómina.

–Los terrenos son poyales. Juan me explicó que son buenos para la caña porque retienen la humedad. Además, algo de agua se podrá guardar cuando llueva.

–Sí, hija, pero eso no da. Siempre vas a estar a expensas de que llueva.

–Pues, le prenderé una vela a san Antonio –concluyó Belén molesta con la negatividad de su cuñado.

–Mejor prendedle una al santo de los casos difíciles y pedidle que acaben de terminar el canal de riego que va a pasar por la Puerto –dijo Luis sin prever lo que se tardaría y sin imaginar que quien, en parte, lo lograría sería su cuñadita con las acertadas conversaciones que sostendría al aprovechar las oportunidades que le presentaría quién sabe si el mismísimo san Judas Tadeo.

*E*l peso de la falda empapada en agua y fango sacó a Belén del recuerdo de aquella conversación con su cuñado, de eso hacía más de una década.

–Nena, sálgase de ahí, se me va a enfermar –decía Marcial con la actitud paternal con la que siempre la cuidaba.

–Ay, Marcial… Deja que me lo goce –decía una resignada Belén, hacía rato que pasaba de los treinta, pero, para Marcial y Candelaria, seguía siendo una nena.

–Góceselo desde afuera de la zanja –le dijo Candelaria a Belén con tono regañón–. Sálgase de ahí, mi niña, venga, que la ayudo –ordenó la cocinera extendiéndole una mano–. Afuera, ustedes también –gritó mirando a los hijos de Belén, quienes salieron sin chistar.

El sistema que permitió que llegara agua a las fincas de la costa tostada del sur fue una construcción de reservas, represas, túneles y canales de riego; la llevaba dirigida a borbotones hasta las fincas de los terrenos llanos. El nuevo sistema se distinguía principalmente por la recogida y depósito de grandes cantidades de agua, suficientes para disponer de ella constantemente.

–¿Me atreveré a pensar que atrás quedaron nuestras preocupaciones? ¿Será que por fin se darán bien todas las siembras? –le preguntaba Belén al capataz Juan mientras se montaba en el Pope-Hartford.

–Yo diría que sí. Estoy seguro de que en el primer año de prueba sabremos si verdaderamente nos funciona –dijo Juan despidiendo a su patrona.

–Así será –murmuró Belén esperanzada–. Guelo, vamos –le ordenó al chofer.

El bamboleo del automóvil mientras recorría el callejón principal de la Puerto, la devolvió al de La Dulzura.

Sus pensamientos trataban de mantenerla lejos de las opiniones de su cuñado. Sabía que el hombre tenía buenas intenciones, pero ella había calculado con Juan que, para poder continuar con la empresa que recién comenzaban, tendrían que sembrar mucho desde el primer año. *Qué difícil es tomar esta decisión*. Realmente, no conocía el negocio. *Y si Luis tiene razón*. Aunque Juan había contratado a un agrónomo experto en el cultivo, nunca había sembrado caña. *Y si… ¿Cómo vamos a poder seguir?* Continuó cabalgando junto a su cuñado, los dos iban callados.

–Dicen que por aquí caminaba Cofresí, ¿sabes quién fue? –preguntó Luis rompiendo el incómodo silencio.

–No, ¿un hacendado? –comentó Belén desinteresada.

–¿Cómo? ¿De veras no sabes? ¡Pero si lo atraparon en las costas de tu pueblo!

–No, no sé –dijo a punto de molestarse. No llegó a ese punto porque la vergüenza se antepuso a la molestia.

–Fue uno de los piratas más notorios de estas costas, en extremo peligroso –comentó utilizando el adjetivo con el que los peninsulares catalogaban al joven criollo de familia distinguida.

Luis le contó cómo Roberto Cofresí Ramírez de Arellano cobró notoriedad y cómo se convirtió en un hombre legendario a pesar de su corta vida. Belén se entusiasmó y animó escuchando a ese peninsular, quien, por lo que había visto desde que llegó a La Dulzura, parecía conocer su Isla mejor que ella. Pensó que tenía tarea, no podía volver a pasar una vergüenza como esa. *¿Cómo un extranjero va a saber más que yo de mi historia? Toca ponerme a estudiar*. De ese modo se enteraría de que su cuñado se saltó una parte importante de aquella historia: ¿por qué el joven Cofresí se rebeló contra los problemas políticos y económicos que enfrentaba la colonia?

Mientras Belén y Luis andaban por las plantaciones, Candelaria se metió en la cocina para ayudar en los quehaceres; no podía estar de ociosa. Su intención iba más allá de acompañar a las cocineras. En cuanto asomó la cara por el umbral de una de las puertas, notó las miradas recelosas. Para que las mujeres de la cocina Ronda no

sintieran que era una entrometida, se fue serenita rogando que le enseñaran algún plato nuevo. No les dijo que ella se las podía echar a las tres en un bolsillo, más bien se dejó ver un tanto ignorante. Las mujeres, mostrando dominio de su pequeño imperio culinario, le preguntaban si conocía esta o aquella receta.

Candelaria se divirtió con el interrogatorio, admitió que las doñitas tenían una amplia gama de platos. Para cuando la lista llegó a su fin, ya la cocinera andaluza las tenía a las tres en el bolsillo: sus conocimientos en las artes culinarias sobrepasaban los de las tres orgullosas cocineras.

Con su astucia, decidió pedirles que le enseñaran a preparar fabada asturiana. Aunque sabía hacerla, escogió esa para congraciarse con la cocinera Luz, había notado su marcado acento.

–¿Tienen fabes por acá? –preguntó la intrusa.

–Las cosechamos aquí –expresó la cocinera Luz señalando la ventana con un movimiento de cabeza y labios para mostrarle la huerta en el jardín.

–Ah, mira... Yo tengo mi huertita también –comentó Candelaria sonriendo–. ¿Qué más le echan?

–Mujer, lo de siempre: chorizo, morcilla y lacón salado –contestó la cocinera orgullosa, como elevada en un pedestal, al sentirse laureada por saber más que la sevillana.

–No me diga que todo lo tienen aquí.

–Pues, sí, todito.

Las mujeres siguieron con la preparación. El aire estaba impregnado con los aromas que cada ingrediente despedía. Como quien no quiere la cosa, Candelaria dejó caer la pregunta que desde hacía rato estaba loca por soltar. No anticipó la reacción de las tres mujeres.

–¿Cómo puedo llegar hasta la tal Francisca?

–Dios del cielo, de eso no se habla aquí, ese nombre no se puede mencionar –dijo la repostera María mientras se persignaba con expresión de espanto.

–¿De dónde la conoce? –preguntó la panadera Concha–. Usted no es de por aquí. No me diga que ese nombre ha llegado hasta aquellas tierras de donde viene. ¿No es allí donde hay mucho brujo? –cuestionó santiguándose desesperada.

–Bueno, una amiga de doña Belén se la mencionó –mintió Candelaria.

–Pues, eso de hablar con muertos es algo que me encrespa. Yo he oído que hacen reuniones y que esa doñita vira los ojos y habla raro. Dice que los espíritus le hablan. No, no, no. Que no se diga más –terminó Luz para zanjar el tema–. Candelaria, por favor, pique los chorizos, hoy va a probar lo que en mis tierras asturianas saben hacer mejor que nadie –anunció Luz orgullosa.

El cocido sería el almuerzo de los señores y su cuñada. Las mujeres apartaron una porción para ellas y sirvieron el resto en una fuente. Esa práctica era común, no se escondían, era uso y costumbre pues doña Inés así lo había dispuesto: «No es de Dios desperdiciar comida, Luis, ellas la aprovechan».

–Niña, yo creo que esto le va a interesar –le dijo Candelaria a Belén cuando todos se retiraron para la siesta después del almuerzo.

–¿El qué?

–Vamos, le cuento.

Se encerraron en la alcoba de Belén. Ninguna de las dos se echaba la siesta en casa ajena. La habitación estaba decorada con un gusto exquisito. Al tener solo una cama con su mesita de noche, tocador, ropero y un sillón, se veía más amplia de lo que realmente era. El mobiliario era criollo, el mismo estilo de los de la sala y comedor: maderas caribeñas torneadas artesanalmente.

–Me siento tan cómoda aquí. Los veo como tíos más que como cuñados –decía Belén colgando de uno de los pilares de la cama la gran pamela que usaba para las cabalgatas–. Todo es tan lindo. Esta casa es preciosa. Hay gente que cree que la fineza está en los muebles extranjeros, pero mira qué belleza. Mira con qué gusto han decorado, toditos son hechos por ebanistas de aquí, con maderas de aquí –decía Belén sentándose en la cama–. Ahora, cuéntame.

–Sí, sí, todo lindo y bien puesto –comentó la cocinera echando un fugaz vistazo a su alrededor–. Bueno, nada, que usted sabe que yo oigo a los vivos, pues… Por aquí cerca hay una que oye a los otros –anunció Candelaria abriendo exageradamente los ojos.

–¡No me digas! –expresó Belén poniéndose de pie sin ocultar su asombro.

–¡Sí, sí le digo! Tengo que averiguar, solo sé el nombre: Francisca.

–No sé cómo te las vas a agenciar para dar con ella, pero la tienes que encontrar. Ahora sí que te toca indagar, tienes tarea. Ya sabemos por qué tenías que acompañarme –dijo Belén risueña.

No tardó la sevillana en enterarse, no solo de más detalles de quién era Francisca, sino de cómo iban a poder llegar hasta ella.

Esa misma tarde, estaban las mujeres de la cocina organizando y preparando los ingredientes para la cena cuando Candelaria tuvo un llamado que ella catalogó como divino. María, la repostera, le pidió que la acompañara al huerto para buscar unas hojas, limones y florecitas de azahar, pensaba preparar una mermelada para rellenar unas galletitas de vainilla.

–¿Para qué quiere a Francisca? –preguntó María en voz baja, estaban de espaldas a las ventanas de la cocina.

–Eras tú… Suelta, ¿dónde la consigo? –preguntó Candelaria al darse cuenta de que la voz que no reconoció la noche anterior, la que mencionó a Francisca, era de María–. Óyeme, eres teatrera, me creí el cuento con la cara que pusiste esta mañana, creo que hasta te vi temblar. ¿Las otras son teatreras también?

–No, no, no, eso las aterra. ¿Para qué la quiere?

–Dime dónde vive, yo me encargo –pidió Candelaria al tiempo que decidió contestarle–. No es para mí, es para mi niña, siente que sus padres se comunican con ella, pero no está segura. Los necesita, tiene que tomar decisiones, es muy joven.

–No se pueden presentar sin avisar, la mujer es muy buscada. Hay que decirle que van, está a poco menos de una hora en calesa. Doña Inés las puede llevar –dijo la repostera sin mirar a Candelaria mientras arrancaba un limón del palito.

–¿Cómo, la doña está en esas? ¿Lo sabe don Luis?

–No, no. Ella piensa diferente, él no se puede enterar. Doña Inés sabe a quién comentarle y con quién no hablar –terminó casi murmurando.

–¿Y cómo sabes que doña Inés la conoce?

La repostera se dio la vuelta y regresó a la cocina. Para Candelaria fue obvio que la pregunta tenía una respuesta que no podía ser revelada, al menos no por María. Ni le molestó, de hecho, le gustó: María no hablaba de más. *Ya me enteraré*.

La mujer que pensaban visitar se había ganado un sitial importante en aquellas tierras. Su fama no solo llegaba a todos los rincones de su pueblo, sino que trascendía a los limítrofes y, de ahí, llegaba hasta la capital. La tal Francisca no solo poseía el don de escuchar espíritus, tenía y profesaba ideas vanguardistas. En la Isla, iba ganando fuerza una doctrina que trataba de disipar las diferencias morales y sociales entre el hombre y la mujer. La conciencia librepensadora y emancipadora de la espiritista Francisca Suárez atraparía y cambiaría para siempre la de Belén.

Luego de obtenida tan valiosa información, Candelaria buscó a su patrona, la encontró caminando por el jardín de la hacienda. A Belén le recordaba el patio de la casa de sus padres: repleto de árboles frutales y de cuanta mata se podía sembrar. Era un estilo heredado de los musulmanes árabes que emulaban los de Babilonia donde se cultivaban, unas al lado de las otras, hierbas medicinales, comestibles, plantas florales, cactos; en fin, una agradable mescolanza de plantas con todos sus aromas.

–Qué difícil se me pone todo. Confío en Juan, pero la siembra de caña es tan nueva para él como para mí. Luis lleva más tiempo, es obvio que sabe más que nosotros. De veras que no sé qué hacer –le comentó Belén a Candelaria regresando a la casa.

–Pues yo le vengo con algo que a lo mejor le alumbra el pensamiento.

–Cuéntame.

Mientras Candelaria puso al tanto a su patrona, recorrieron los predios de la casa, estaba en un terreno elevado, la bordearon. Quien

decidió localizarla en ese promontorio supo lo que hacía. La vista era capaz de sanar al necesitado, de alegrar al triste o de endulzar al más agriado. Belén imaginó que de ahí habría salido el nombre de la hacienda. Hacia el sur se divisaba el mar Caribe y hacia el norte, lomas llenas de cuanto verde se le antojó poner al Divino Creador. La costa estaba relativamente cerca, se podían ver las palmas de coco en la playa; pocas eran las que se mostraban erguidas. San Ciriaco, el santo demonio que con sus intensos vientos visitó la Isla el año anterior, se encargó de agacharlas: la mayoría estaban tristemente inclinadas.

–Ya me idearé cómo voy a abordar a Inés. Ahora más me intriga. ¿Inés? ¿Con una espiritista?

La vista de los montes verdes que veía desde la casona de sus cuñados la devolvió a su presente, miraba la que tenía de frente mientras salía de la Puerto: una con tantos tonos de marrón como pudo poner allí quien las coloreó en esa época del año.

*E*l automóvil en el que transitaban de regreso al pueblo aminoraba el tiempo en la carretera. La máquina, modelo 1911, tenía la fuerza equivalente a cincuenta caballos: una maravilla de la nueva industria, la automotriz. Belén lo adquirió tan pronto como comenzó la venta del auto en la Isla. Tuvo la dicha de que aquel año el rendimiento en la Puerto le permitió darse ese «lujo innecesario» como Candelaria había oído decir a las lenguas viperinas que vivían la vida de Belén más que ella misma. Para la viuda era solo un medio de transporte rápido para poder moverse, en el momento en que lo adquirió, entre la capital y su pueblo; en el pueblo, desde la casa hasta la finca, nada más.

Guelo estacionó el auto justo frente a la residencia Calzada Fernández. Belén había comprado la propiedad alquilada en la que vivió con su marido, la dueña se la vendió pues decidió mudarse a la capital, oportunidad que la viuda agradeció y aprovechó. Era una casa cómoda, la localización le encantaba y, además, tenía fuertes vínculos con ella: sus hijos nacieron allí. Con el tiempo, la modernizó. Mandó a pintar los balaustres de tachuelo sin imaginar el

trabajo que pasarían sus descendientes tratando de sacar capas y capas de pintura cuando la moda arquitectónica decidiera volver a lo natural. Hacía algunos años que contaba con el invento de don Thomas Alva, bombillas incandescentes encendidas por energía eléctrica: otra maravilla de la modernidad que mejoró las vidas de algunos.

Tan pronto entraron a la residencia, Belén fue a su habitación. Se quitó el vestido empapado casi hasta las rodillas, se aseó y salió con un nuevo atuendo, fresca y perfumada.

–Regreso en un rato –avisó a punto de salir, ni siquiera miró hacia atrás.

–¿Cómo que regresas en un rato? ¿Adónde vas? –preguntó por preguntar su hija Amalia Belén: vio que su madre llevaba mantilla.

–Señorita, usted a mí no me cuestiona –expuso Belén con una sonrisa.

–Creí que íbamos a celebrar –dijo Antonio José.

–Cariño, sí, esta tardecita brindamos.

Belén caminó hasta la primera parada que haría. Al entrar, sumergió sutilmente las yemas de dos dedos en la pila de agua bendita, luego se persignó. Caminó lentamente por la nave central hasta uno de los bancos cercanos al altar; la luz versicolor de los vitrales la iluminaba. Se arrodilló en el reclinatorio y, con los codos apoyados en el respaldo del banco de enfrente, miró a Cristo crucificado, cerró los ojos e inclinó la cabeza posándola lentamente sobre sus manos entrelazadas.

Agradeció todo lo que le estaba pasando. Dio gracias por el sistema de riego y lo que significaba: podría reponerse económicamente luego de varios años difíciles. De repente, con la emoción del día, hasta agradeció los momentos duros y difíciles. *Siempre se aprende de ellos*. Sus hijos y su familia fueron parte de los agradecimientos. Entonces tocó la parte de dar gracias por lo que había salido de su vida, lo que durante un tiempo la confundió. Agradeció que aquello se esfumara tan inesperadamente como apareció. *Ni se despidió*. Aunque el asunto no tuvo el cierre que ella hubiese deseado, dio gracias.

Siguió con los rezos y alabanzas. Oró un rato, luego llegó el llanto: tocaba pedir. Lloró pensando que no merecía tanto, sentía una gran intranquilidad en su corazón. Pidió con vehemencia experimentar la paz que no sentía hacía años.

El silencioso llanto recrudeció porque ni ella misma entendía su situación. Quería pedirle a Dios que le permitiera vivir con tranquilidad el amor que llevaba en esos momentos, el que vivía y disfrutaba siempre a medias, pero estaba más que segura de que esa pretensión rayaba en lo pecaminoso. *¿Será que no puede ser?* Entonces, pidió que se lo sacara del corazón.

Rezaba, rogaba, imploraba. El llanto no cesaba, se dio cuenta de que sus rezos caían en la castigable hipocresía, pedía por pedir. Muy en su interior sabía que debía poner punto final a esa historia de amor secreto, pero no lo hacía, sencillamente no quería. El arrepentimiento ni siquiera se asomaba aún; no había una sola pizca de eso. El estribillo «solo se vive una vez» que había decidido tomar como norte le resonaba y la guiaba irremediablemente.

El cura del pueblo la observaba. Belén no se dio cuenta del tiempo transcurrido, solo supo que fue un buen rato cuando le molestó la marca que dejaron en su frente las perlitas de la sortija que usaba en el dedo índice de la mano izquierda.

–Hija, ¿estás bien? ¿Tienes algo que confesar? –le preguntó el padre Sergio, quien había llegado al pueblo hacía unos años a remplazar al padre Vento luego de su muerte.

–Gracias, padre, estoy bien –dijo pensando en que ni con la amenaza de quemarse en el infierno le mencionaría ese pequeño gran detalle de su vida.

Se enjugó las lágrimas, luego mintió a medias.

–Lo que pasa es que estoy algo emotiva. Hoy vi el agua correr en la finca. El canal de riego funciona. Por fin en la Puerto se puede sembrar sin temor a la falta de lluvia…

–El Señor es bueno, ¡qué detalle ha tenido contigo, hija! Mucho nos alegrará recibir tu contribución. Nos hace falta restaurar los bancos, mira cómo están –dijo el cura tornando las palmas de sus manos hacia el cielo para, con solemnidad exagerada, elevarlas en

acto de alabanza mientras su rostro aparentaba mirar humildemente el firmamento en el techo abovedado de la iglesia.

Belén suspiró, le echó una fingida sonrisa al santo hombre y salió del bendito lugar. *No sé ni por qué rezo aquí, cómo extraño a padre Vento*. Se quitó la mantilla y la guardó en su bolso.

Se encaminó hacia la segunda parada. Cruzó la plaza del pueblo. Trató de rezar varias avemarías antes de llegar a su destino; las comenzaba una y otra vez, se le iba el hilo. Mientras caminaba por la plaza rezando casi al papagayo, recordó cuántos piropos, acercamientos, insinuaciones y proposiciones había sorteado en los últimos años. Sonrió.

Un «doña Belén» que retumbó en su mente la confundió y la devolvió a la conversación que sostenía con Candelaria, esta la llamaba por su nombre al verla con la mirada perdida mientras iban subiendo a la casa por la escalera trasera.

–*D*oña Belén, mi niña, esta es la del servicio –comentó Candelaria.

–¿Y? Me lleva a la casa, ¿no?

–Sí, pero aquí no son como nosotros, no debería. ¿Se ha fijado que don Luis no cruza palabra con las empleadas? Aquí no es como en casa –expuso la cocinera mirando a su alrededor.

–Bobadas –dijo Belén entrando–. Pero, bueno, si te incomoda, entraré solo por la del frente –expresó la viuda empujándola sutilmente con su hombro.

La oportunidad que Belén esperaba no llegaba, rara vez estaba a solas con Inés. En las ocasiones en las que Luis salía y Belén pensaba que charlarían a solas, ahí estaba Rosa de centinela. El ama de llaves tenía presencia en todo lugar; para Belén eso no era normal. Ella siempre había sido cuidada y mimada, pero no a ese extremo, lo encontraba agobiante.

Una mañana, mientras desayunaban en el bosque tropical, Luis se despidió, iba a rondar la finca. Belén aprovechó.

–Candelaria me dijo que ayer hicieron mermelada de acerola –comentó casualmente la joven, pero esperando que Inés mostrara sus buenos modales como anfitriona. No hizo falta nada más. La sonrisa en la cara de Belén al ver a Rosa entrando a la casa fue sutil pero triunfante.

De momento, antes de que Belén pudiera comenzar con su interrogatorio, lo que vio a lo lejos la distrajo de su objetivo.

–¿Qué es eso que va trepando por las palmas? –preguntó alarmada–. ¿Por aquí hay monos? –soltó poniéndose de pie a punto de salir corriendo.

–Niña, esos son los coqueros –respondió su cuñada riendo–. ¿Cómo que monos?

–Qué susto. Es que la claridad me da de frente y, como están lejos, no distingo. La luz les da por detrás a ellos, me ciega, solo veo figuras oscuras. ¡Qué habilidad, qué impresionante! Nunca había visto algo así.

–Impresionante era verlos antes de que el temporal les hiciera el favor de bajarles las palmas, ahora es mucho más fácil treparse.

Belén se quedó extasiada mirando a los hombres sacando los cocos de las palmas y lanzándolos al suelo. La oportunidad de indagar sobre la mujer espiritista se le esfumó, Rosa regresó con un tarrito de cristal.

–La mermelada está deliciosa –dijo por decir la viuda sin haber podido sacar el tema que le interesaba.

–¿Qué edad tienes?, cariño –preguntó de súbito Inés dejando a Belén perpleja.

Según el manual de urbanidad y buenas maneras de Carreño que Belén estudió por años, esa es una pregunta inapropiada, no debe ser tema de conversación entre una anfitriona y su invitada.

–Eh, pensaba que sabías –respondió la joven.

–Niña, si más o menos la sé. No es para que me la digas, solo la traigo para que te des cuenta de lo joven que eres. ¿Unos veinte o veintidós?

–Tienes dotes de adivina, por ahí ando –comentó una risueña Belén.

–En fin, quiero que sepas que tienes mi bendición. Si te llega otro amor, vívelo como desees –le susurró Inés acercándosele, no quería que Rosa la escuchara.

Rosa trabajaba con los Ronda desde que ellos se instalaron en el pueblo del litoral suroeste. En un principio, sus funciones eran las propias de su cargo: administración de las tareas domésticas y supervisión de los otros empleados. Hacía algún tiempo que el ama de llaves tenía otra. Inés sospechaba que la compañía de Rosa no era para cuidarla; sabía cuándo y por qué había comenzado a espiarla.

Bastó una simple y sencilla conversación de Inés con su marido para que en el hombre quedara plantada la incómoda y molesta carcoma de una mujer pensante. Como Inés era muy querida en el pueblo, salía mucho y la visitaban aún más. Luego de que la duda entrara en la mente de su marido, no volvió a estar sola en su casa. Lo único que mencionó Inés, y lo hizo a manera de pregunta, fue: «Para ti, querido, ¿el espíritu tiene sexo? ¿Es hombre o mujer ante los ojos de Dios?». La mujer nunca había tenido esas ideas, él estaba seguro de que alguien se las había sembrado. Cuando Inés se percató del disfrazado y constante husmeo de Rosa, se las agenciaba para salir sin compañía. Aprovechaba cuando su esposo salía. Por fortuna, muy a menudo el hombre visitaba a sus amigos para sus prolongados juegos de naipes; se le iban las horas jugando truco, un juego heredado de los moros. Inés agradecía esa afición.

En fin, a las dos semanas de estar en La Dulzura, Belén extrañaba a sus hijos y la vida en su pueblo. Las orientaciones sobre el negocio azucarero ya estaban dadas, era imposible obtener información de Inés y, realmente, la aburrían las amigas de su cuñada; eran tan tontas que ni las entendía. Pero como el término destino no salió de la nada y tiene peso, aunque no muchas veces se vislumbre, el de Belén siguió su rumbo.

Una noche, luego de la cena, como establecía la rutina en casa de los Ronda, todos los habitantes se retiraron a sus alcobas. Belén estaba sentada en su cama. Alumbrada con tres lámparas, nostálgica, leía a Zeno Gandía. *La charca* la tenía conmovida: Juan del Salto le recordaba a su papá. Estaba embebida en la lectura cuando sintió

unos golpecitos en la puerta. No había contestado al llamado cuando su cuñada entró con delicadeza.

–Te traje unas revistas de moda –proclamó Inés en un volumen tan alto que sorprendió a Belén.

–Ay, gracias –expresó risueña pensando en que su cuñada la quería persuadir de no usar su atuendo para montar.

–Debo regresar adonde Luis, vine solo para decirte que mañana vamos a ver a Francisca, ya María me comentó –dijo la cuñada cambiando el volumen a uno tan bajo que a Belén le costó entender lo que decía–. No me mires con esa cara, sí, mañana vamos, nos espera.

Lo que escucharía Belén en aquella visita la impactaría más que si la médium le hubiese dicho que su difunto marido moraba en el cielo.

El día comenzó como de costumbre: desayuno en el bosque tropical y charla amena. Cuando terminaron el tercer café, Luis se encaminó a salir para la plantación.

–Cariño, voy a llevar a Belén a la joyería del francés. Jacinto trajo recado, le llegaron piezas nuevas. No nos esperes para el almuerzo.

Inés, Belén y, por supuesto, Candelaria salieron al encuentro del supuesto joyero. Por el camino, Inés abrió su corazón y les contó por qué y cómo había dado con ese ser tan especial que era Francisca. El calesero Jacinto iba en silencio. No solo porque Jacinto era el marido de la repostera María, Inés hablaba en confianza, lo hacía tranquila porque por él la médium había entrado a su vida. Belén escuchó el relato en total asombro. Solo entonces supo y comprendió por qué en el pasado los padrinos de su hijo no los visitaron ni se ocuparon del ahijado por tanto tiempo: sintió vergüenza al haberlos juzgado en aquel entonces.

Cuando Inés y Luis llegaron a la Isla, llevaban poco más de diez años de casados. No tenían hijos y pensaban, muy a su pesar, que la vida no se los daría. Inés no supo si fueron los aires caribeños, la tranquilidad, el calor, la humedad del ambiente o sencillamente la magia de aquellos románticos parajes tropicales en los que se echaron tantas veces a demostrarse su amor los que hicieron que quedara encinta; no lo podía creer, le parecía algo irreal. La mala barriga se encargó de despertarla. Ninguno de los dos médicos del pueblo encontraba cómo aminorar los malestares. Jacinto, al ver a su patrona en tan mal estado, se atrevió a comentarle que en toda aquella comarca no había mejor obstetra que su tía Rafaela.

Rafaela González, natural de Saint Thomas, se había instalado en el oeste cuando llegó a la Isla. Como era la norma en la sociedad, las profesiones idóneas para la mujer eran las de maestra o partera: Rafaela optó por la segunda. La mujer tenía amplios conocimientos del cuerpo femenino y de su aparato reproductivo, además de diestras manos. No bastaron sus habilidades, dones o facultades; el embarazo de Inés no pasó del quinto mes.

A Inés se le hizo difícil llevar la pérdida; cayó en una honda melancolía. Rafaela le había hablado en términos médicos, como eran las cosas, o más bien, cómo estaba su cuerpo: incapaz de sostener un bebé. La visión que tenía Inés sobre las cualidades apreciadas en la mujer era la que guardaba de su crianza, la cual era sustentada por su marido; se miraba lo esencial: domesticidad y maternidad. La imposibilidad de cumplir con una de las esencialidades impuestas por la sociedad no le permitía recuperarse.

Rafaela no era de darle seguimiento a sus pacientes una vez las dejaba estables concluido el periodo de puerperio, pero la melancolía de Inés y, sobre todo, por lo que era causada, la hizo hacerle una visita acompañada por su hija. Jacinto las llevó a La Dulzura.

–Doña Inés, esta es mi hija Francisca.

A Inés le llamó la atención que, aun en la penumbra de su habitación, la joven estuviese con gafas de lentes oscuros.

–No ve, es ciega –dijo Rafaela para disipar las dudas que percibió en la mirada de la melancólica.

La visita se prolongó hasta que casi dio la hora de almuerzo, concluyó antes de que regresara don Luis. Francisca, con su hablar pausado, se encargó de entrar en la psique de Inés al punto de plantar nuevas y refrescantes ideas en ella. La instó a apreciarse como mujer, a cultivar su inteligencia, que para nada tendría que luchar con que también pudiera dedicarse a labores domésticas. Francisca fue el bálsamo que sanó y transformó la tristeza en unos bríos que Inés fue mostrando sutilmente, pero con aplomo.

–*O*h, Inés, ¡cuánto lo siento! No tenía idea. ¿Por qué no nos comentaste? Pasaste por todo eso prácticamente sola –decía Belén apretando fuertemente las manos de su cuñada, quien se mostraba serena.

–No te preocupes, Luis no se apartó de mí y, como te he contado, Francisca me sanó, estoy bien –le dijo Inés a Belén–. Van a quedar fascinadas con ella. Que no las sorprendan sus lentes oscuros, es ciega –advirtió Inés mirándolas a las dos, con ello incluía a Candelaria en la conversación, cosa que no hacía en La Dulzura. En la casa no hablaba con el servicio de esa manera, su marido era muy tradicional.

Según les dijo Inés, Francisca no solo tenía facultades medianímicas, también era escritora. Formaba parte de una revista espiritista, *El Iris de Paz,* donde se publicaban sus dictados de ultratumba. Eso no solo sorprendió a Belén, la fascinó. Quedó encantada al saber que su cuñada también formaba parte de la revista.

En ese viaje que duró unos cuarenta y cinco minutos, Belén se percató de que vivía en una burbuja que la mantenía ajena al mundo real, ese que estaba afuera de su casa, de su pueblo, de su vida. Gracias a la conversación abierta de su cuñada se enteró de temas de los que nunca se habló en su entorno familiar. Nadie le había dicho que, gracias al Derecho de Libertad de Culto de 1869, el espiritismo, que había llegado a la Isla clandestinamente, se legalizó. Los espiritistas, más que cualquier cosa, veían cómo los espíritus se

relacionaban con el mundo corporal; de todo eso se hablaba en *El Iris de Paz*.

–Inés, no tenía idea de que todo esto existía. ¿Y si Luis se entera de que eres espírita?

–Esto es precioso, pero él aún no está listo. Voy poco a poco porque sé que algún día se enterará, lo entenderá y se unirá.

Para entusiasmarlas aún más, Inés les habló del más impactante de los dictados que había expresado Francisca.

–¿Cómo puede ser escritora, si es ciega? –preguntó Candelaria.

–Usa las manos de otros, ella dicta todo –explicó Inés.

Entonces, les contó lo que el espíritu de María del Pilar, una joven de la nobleza española que vivió en el siglo XVI, habló por medio de Francisca. Ese espíritu contó los horrores que vivió en un convento de monjas carmelitas cuando su padre la encerró ahí pues se había enamorado del hijo de un enemigo suyo.

–¿Y cómo están tan seguros de que de verdad le habló el espíritu de esa joven? Y, además, ¿de hace cientos de años? Perdóname, Inés, me cuesta creerlo –comentó Belén sin ocultar su recelo.

–Ahí está el detalle que lo hace creíble: los siglos que han pasado. La manera de hablar que usó Francisca es de aquel tiempo, muy distinta a como hablamos ahora. Otra cosa, Francisca es de cuna humilde, no tiene instrucción y el vocabulario que salía de su boca era culto. Es impresionante, realmente fue la desdichada la que habló por medio de ella. Estudiosos corroboraron los detalles, ella no tenía acceso a esa información –concluyó Inés ante los rostros sorprendidos de Belén y Candelaria.

–Esta es Belén, mi cuñada. Acaba de enviudar –explicó Inés acercando las manos de Belén a las de la médium.

–No es a su marido a quien quiere oír –le dijo Francisca a la joven.

Belén se quedó tan pasmada que no pudo articular ni tan siquiera un saludo.

–Tranquila, tus padres están bien. Saben que tú lo estás y que vas bien con las decisiones que estás tomando en cuanto a la siembra

–expresó la médium sin decir si los espíritus le habían hablado o no.

Una lágrima se asomó en el rostro de Belén. No había llegado a la comisura de su labio cuando la médium, en lo que parecía un estado de vigilia, comenzó a hablar distinto a como había iniciado el intento de conversación con la viuda.

–La que en su nombre carga tormentos es la que liberará a tus amigos de los suyos. Te lo digo yo, la victoriosa que quiere que sepas que estoy bien donde estoy. No me extrañes –dijo Francisca ante las caras de asombro de las mujeres.

La única que de momento entendió el mensaje fue Candelaria, quien no pudo controlar las lágrimas. Un silencioso llanto era reflejo de que comprendió por qué llevaba tiempo sin saber nada de su amiga Victoria; «la victoriosa» era ella y, sin duda, estaba muerta. Le tocaba entonces hablar con «la que en su nombre carga tormentos», la lavandera de los Ronda, Martirio. Los Castaings la necesitaban.

–Estoy conmovida, esto es más de lo que puedo procesar –susurró Belén con un hilo de voz cuando pudo comprender las palabras de Francisca.

–No, no, no, déjese de eso. Usted puede con todo. Las emociones son una cosa, y la inteligencia que usted tiene, otra. Ese es el problema, pensamos que no podemos, nos lo han hecho creer. Somos más emocionales que los hombres, sí, pero eso no nos hace débiles. La mujer tiene que entender que es capaz de todo –decía Francisca como se echa un discurso.

–Sí, pero…

Belén no alcanzó a completar su pensamiento cuando Francisca, para disipar cualquier duda en la joven, comenzó a recitar de memoria un fragmento que saliera en un periodicucho dedicado al «bello sexo», el que por suerte desapareció al año de su primera publicación.

–¡Cuánta estupidez! ¿Quiere que sigamos así? Ya está bueno de que nos encajonen. El espíritu no tiene sexo, el hombre y la mujer son iguales ante Dios y tienen los mismos derechos –dijo Francisca luego de concluir lo que recitó de memoria.

Belén comprendió que el mensaje que acababa de dictar la médium era producto de la mente de un hombre y que había corrido desde esos sesos masculinos hasta dar con el inocente papel que no podía hacer otra cosa que aguantar lo que en él escribieran.

–¿Cómo que Dios libre a los hombres de buscarse una esposa que no sepa coger una aguja ni pespuntar una sábana? ¿Qué es eso? Hasta risa me dio la parte que dice que una mujer sin hábitos caseros es un anzuelo de desdichas matrimoniales… Por Dios –decía Belén más sorprendida que molesta.

Belén quedó deslumbrada con la manera de pensar de esa mujer y con el ideal que profesaba. Intercambiaron impresiones. Francisca le recomendó lecturas. Durante ese rato, Belén se empapó de esa doctrina que iba ganando adeptos en la Isla, la espírita.

En fin, Francisca alborotó los pensamientos de Belén, que ya venían revolcándose hacía algún tiempo. Solo había ido hasta allí para saber de sus padres, nunca imaginó lo que iba a significar esa visita en su vida. En más de una ocasión, las palabras de Francisca guiarían su proceder.

–No se deje comandar… Vienen aires de cambio –afirmó Francisca con convicción–. A los hombres no hay por qué apartarlos de nuestras vidas. Disfrute con ellos. Intercambie ideas. Converse, no se quede callada ni sumisa. También, si se encuentra con algún terco testarudo, que nunca faltan, peléele un rato, discuta, hágaselo un poquito difícil. No se olvide, lea a Kardec, entenderá todo –invitó la médium–. Y, ese amor, vívalo como quiere, eso sí, sin dañar a nadie –se despidió de Belén para siempre; no volverían a coincidir.

Con las últimas palabras de Francisca, Belén clavó la vista en el suelo, no dijo nada ni tampoco miró a su cuñada, quien se quedó callada.

En fin, Belén salió de allí como si la vida le hubiese dado permiso para ser ella. Sentía algo maravilloso, una fuerza que la impulsaba a buscar, a salir, a vivir. Más que saber que los espíritus le hablaban a Francisca, lo que le impactó fue lo concerniente a las ideas sobre los derechos de las mujeres. Se le fue el aburrimiento: la visita se extendió.

Entonces la animaron las charlas de las amigas de Inés, comenzó a entenderlas. La maravilló darse cuenta de que en vez de ser tontas como pensaba, las mujeres eran brillantes. Sonreía al percatarse de por qué durante las primeras visitas se perdía en sus conversaciones. No podía entenderlas porque aún no había conocido a Francisca y su doctrina, las muy listas hablaban en clave. Luego del encuentro con la médium, Belén captaba todo.

–Inés, el joyero recibió una pieza nueva –dijo una de las amigas.

–¿Nueva o antigua? –inquirió Inés.

–Relativamente nueva. Necesita que lo ayudes a escribir una descripción para ponerla en un anuncio –contestó la mujer.

Belén por fin cayó en cuenta de por qué hablaban tanto del joyero. En un principio pensaba que su cuñada y sus amigas eran tan fatuas como algunas pueblerinas que conocía, quienes en sus parloteos siempre metían las joyas de ellas, de las madres, de las abuelas y, en ocasiones, hasta de las bisabuelas.

Belén ya sabía que, aunque sí existía un joyero francés, el joyero del que hablaban las amigas era Francisca; las joyas, mensajes de ultratumba que su cuñada transcribía para la revista. La fascinaba ver la cara de Rosa. No podía aguantar la risa viendo la expresión impenetrable del ama de llaves, quien por nada del mundo dejaba que se le viera la frustración que sentía al no entender nada de lo que se hablaba allí con tanto entusiasmo.

No solo esas visitas comenzaron a ocupar la vida de la viuda.

–Ponte guapa, tenemos un almuerzo el domingo. No solo vienen parejas –anunció Inés con una sonrisa pícara.

–¿No me digas que me estás buscando un marchante? –preguntó Belén genuinamente incrédula.

–Niña, no soy yo, ¿te crees que la gente no habla? No solo tu nombre se ha regado por ahí, toda tú. Querida, mírate, estás preciosa.

–Ay, Inés, normal. Gracias, pero no necesito…

–Tú, ponte linda, nunca se sabe –dijo Inés sin dejar que Belén concluyera su mensaje.

Las cuatro cocineras, pues Candelaria se había integrado temporeramente al equipo, estuvieron días preparando el almuerzo. Las mujeres de la cocina Ronda escucharon a la sevillana y, para variar su menú común, los platos se fueron con gusto andaluz. Comenzaron con los entremeses: flamenquines y cazón en adobo. Luego, el plato de entrada fue un gazpacho ajoblanco; el fuerte, rabo de toro a la cordobesa con patatas por el lado. Para el postre, María decidió irse por la sencillez: polvorones y mantecados, deliciosos dulces de origen árabe que, según Candelaria, se reservan para ocasiones especiales.

Al almuerzo fueron varias de las amigas de Inés con sus maridos. Solo dos hombres solteros se presentaron: un viudo cincuentón y un empresario, quien era una década mayor que el viudo. Belén dudó del aprecio que le tenían sus cuñados. Conversó con todos, pero evadió constantemente momentos a solas con cualquiera de los hombres. Luego del postre, cuando tomaban cordiales y cafés, llegaron a buscar al viudo cincuentón.

–Belén, querida, te presento a Carlos Sánchez y López, hijo de don Efraín –anunció Inés risueña.

–Doña Belén, gusto en conocerla. Mucho he oído hablar de usted, pero bien puedo ver que las descripciones se han quedado cortas. Ya entiendo el porqué de su fama –expresó el joven con galantería.

–Buenas tardes, don Carlos –dijo Belén a secas, el acercamiento no le había hecho gracia, es más, la empalagó, le pareció trillado y ridículo.

–Carlos, ¿gustas un café o un cordial? Belén, por favor, ¿serías tan amable de acompañarlo? –pidió Inés al tiempo que señalaba el lugar donde estaban dispuestas las bebidas.

La viuda guio al joven hasta la mesa. Iba callada, le molestaba que le impusieran esa situación no buscada. Recordó cómo conoció a su difunto marido; se puso de mal humor.

–Aquí está. Sírvase a su gusto –indicó Belén sin siquiera percatarse de que había un mozo.

El joven tomó un café, le agradeció al mozo y a Belén, y se retiró al encuentro de su padre. Altivamente disimuló el disgusto que le

provocó el desplante.

–¿Qué haces? Es el soltero más deseado, ha venido solo para conocerte, estaba en una junta de negocios que no le fue posible postergar, solo ahora pudo llegar –comentó Inés tomando a Belén del brazo sutilmente.

–Puedo entender que lo haces con toda la mejor intención, pero no creo en parejas ni matrimonios arreglados. Gracias, Inés, pero con todo el respeto que te tengo, te pido que no me hagas esto otra vez, por favor –expresó con voz temblante, pero tratando de mostrar aplomo.

Inés no pudo cumplir con la petición de Belén, tenía cenas, tertulias y cafés preparados para las próximas semanas. La viuda sorteó a cuanto marchante le presentaron. Charló y, en ocasiones, hasta se divirtió, pero no como para aceptar segundos encuentros. La mayoría trataba demasiado. Ninguno tenía idea, ni pudo darse cuenta, de que a Belén no se conquistaba con posesiones o riquezas, de eso tenía ella de sobra. No mencionaba las suyas y consideraba de mal gusto tanta ostentación.

Con el único con quien pudo entablar una conversación que le interesara fue con un muchacho italiano de personalidad magnética y hablar gracioso. Casi al comenzar la charla, el joven dejó caer sin disimulo que estaba solo porque su prometida andaba por la capital comprando su ajuar de novia, detalle que a Belén le estuvo hermoso. La joven viuda disfrutó escuchando las incidencias de la hazaña que había hecho aquel entusiasta del ciclismo: cruzó la Isla desde el oeste hasta llegar a la capital, montado en una bicicleta. Muchos fueron los que comenzaron aquella intrépida ruta, solo él y un amigo llegaron a la meta. Belén quedó maravillada. Ese fue el comienzo de una larga y genuina amistad entre Belén y Santiago Panzardi.

Inés fue cambiando de opinión. Dejó de presentarle prospectos. Se alegró al percatarse de cómo esa muchacha, la que siempre vio como una niña indefensa, la que pensaba que estaría devastada por la viudez, la que creía que mostraría interés en volver a tener un marido para que la cuidara se había elevado a un sitial casi inalcanzable para los hombres que la pretendían.

–Cuánto he disfrutado, gracias por tantos detalles –les expresó Belén a sus cuñados en medio de la despedida, le tocaba regresar.

–Esta es tu casa –aseguró Inés–. Vuelve.

–Ahora les toca a ustedes visitarnos, planifiquen. Ya decidí finalmente, se sembrarán doscientas cuerdas –le comunicó Belén a su cuñado, quien la despidió sonriendo mientras le daba un abrazo fraternal–. No dejes de escribir –le murmuró a su cuñada mientras se abrazaban.

Jacinto las llevó a la estación del tren que las llevaría hasta la ciudad donde abordarían el tranvía de sangre con destino a su pueblo en el litoral sur.

Al llegar a la primera y única parada, se bajaron del tren Belén, Candelaria y Martirio, quien con aplomo aseguró que solo se quedaría un día en la casa de los Castaings; sus deidades nunca le fallaban.

–Ya me dirás tu impresión cuando los veas –le dijo Candelaria a la lavandera.

Martirio llevaba una maleta con una muda de ropa en una esquinita, el resto del cajón iba lleno de todo lo necesario para sus «trabajos».

–Victoria no usaba esa pipa tan rara –le susurró Candelaria a Belén cuando vio el cachimbo que sacó Martirio de su maleta.

Belén habló tranquilamente con *madame* Adèle, quien la escuchó atenta. La mujer accedió a someterse a los rituales ancestrales de Martirio, mucho había visto ella en la isla de Guadalupe. La joven viuda le contó cómo su madre había salido de una melancolía que en una ocasión por poco la consume. «Soy fiel testigo, *Madame,* yo vi eso obrar», dijo Belén. Le contó. La desdichada, con la piel aún erizada por lo que escuchó, no las dejó hablar con su marido, sabía que sería inútil tratar de convencerlo y, además, podría no dejarlas proceder con el «trabajo». Belén y Candelaria, una vez más, atestiguaron otro baño en aguas aromáticas y escucharon algo parecido a las letanías que una vez rezara Victoria en la ocasión en que limpió a doña Amalia de un marasmo parecido al de *madame* Adèle.

Al día siguiente, Belén y Candelaria se montaron en el tranvía; Martirio, en el tren de vapor. No estuvieron para ver si hubo mejoría

o no en Adèle, pero se fueron confiadas: un telegrama les informaría un tiempo después.

Llegaron a casa al atardecer, la encontraron en un inexplicable silencio. Cruzaron la sala, luego el comedor. En la galería, todo estaba en una extraña calma. No se escuchaba nada, cosa rara en ese hogar con niños pequeños, canarios, perras y empleados. A lo lejos, en una esquina del patio los vieron a todos formando un corro alrededor de algo que no alcanzaban a ver.

–¿No hay besitos para mamá? –gritó Belén haciendo girar las cabecitas de sus hijos, quienes le hicieron señas para que se acercara.

–Válgame, mira en lo que resultó la salidita de la Barbat –exclamó Candelaria llevándose las manos a la cabeza.

–¿Qué? ¿Cuándo fue que se escapó? –preguntó Belén anonadada, le costaba creer lo que veía–. ¿Cómo no me di cuenta? –preguntó alarmada sin sacar cuentas de que ella había estado fuera más de seis semanas.

–Ya lleva siete, pero se ve que le quedan más –tartamudeó Marcial, el jardinero estaba sentado al lado de la mastina.

–Habrá que buscarles dueños. No podemos quedarnos con ellos –concluyó Belén.

–Este es mío –decía Antonio José tocando un cachorro negro.

Belén se hizo la desentendida ante el comentario del nene; se calmó y decidió disfrutarse el momento. Su leal perra la miraba agotada. Adela, la niñera, estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y con Amalia Belén metida en el hueco que formaban. Teresa custodiaba a Antonio José para que no se acercara mucho a la perra, le dijo a su patrona: «Por si acaso, hay perras que se ponen locas y sueltan mordiscos».

–Gracias, Teresa, pero mírala, Barbat es una santa –dijo Belén acariciando al animal–. Lo que me está un poco fuerte para los nenes es que vean cómo ella los limpia y se come las placentas. ¿No creen?

–Estos nenes se han portado como dos niños grandes, no se han asustado. Yo creo que es bueno que vean estas cosas, es la vida –comentó Marcial repitiendo uno que otro vocablo.

Se quedaron hasta que salió el último de los cachorros.

–Nena, encontrarles casa a nueve perros satos va a estar difícil –pronosticó Marcial.

–Lo que va a estar difícil es controlar más perras preñadas. No podemos hacernos cargo. ¿Cuántas hembras hay? –cuestionó Belén.

–Cuatro –contestó el hombre.

–Imagínate. No, no, no –decía la viuda moviendo las manos.

–Para eso hay montones de remedios, eso se controla –comentó el jardinero.

–Ya veremos –concluyó Belén sin imaginar la jauría que adoptaría. Sus compueblanos, pueblerinos con ínfulas de citadinos, no aceptarían cachorros mestizos.

–Esto no puede volver a pasar. Cerciórate bien de que ese portón no se quede abierto otra vez, no vaya a ser que la Coquette también se nos escape. No sé, hay que hacer algo para que se cierre solo –exclamó Belén.

–Déjeme ver qué me invento… Se me ocurre alguna polea con sogas que hale el portón de regreso y alguna aldaba que caiga en su ganchito, ya veré… –dijo el jardinero mientras caminaban hacia la galería–. Bueno, y ¿qué se cuenta?

–Todo bien. Digo, *monsieur* Raphaël y *madame* Adèle dan lástima. Por poco me rompo dándoles el pésame. Espero que pronto acepten la muerte de Jacques y que eso alivie un poco su pena –comentó Belén pensando en el «trabajo» de Martirio–. Por lo demás, todo bien, muy bien. Bueno, hay una noticia triste. Luego te cuento.

Esa noche, cenaron, charlaron, se pusieron al día, lloraron a Victoria, se abrazaron, sonrieron recordándola y se fueron a sus habitaciones. Los niños se acostaron en la cama de su madre, la viuda no descansó.

Belén se había habituado a su vida sola. En el pueblo, su estado civil era la comidilla de muchos. Al ser la viuda más joven de allí, por lo bajo corrían apuestas adivinando y poniendo fecha para su próximo enlace. Lo que no sospechaban era que la joven viuda no tenía tiempo para esas nimiedades, no buscaba a nadie, tampoco

quería que la buscaran: estaba demasiado ocupada con poner la finca a producir.

A pocos días de su regreso del oeste, una mañana, Belén casi amaneció en la Puerto. La gran calle de la finca estaba flanqueada por árboles de jobillos. Era ancha, cabían dos carretones con sus bueyes enyuntados, no como los callejones entre las piezas por donde solo cabía uno. Según la calesa fue acercándose al terraplén que servía de punto de encuentro en la hacienda, pudo ver a Juan dando órdenes.

–Tanto tiempo, doña Belén –saludó Juan quitándose el sombrero. El resto de los empleados hizo lo mismo.

–Hola, Juan. Muchachos –dijo Belén sonriendo mientras se bajaba de la calesa–. Se sembrarán doscientas cuerdas, Juan.

–Bueno, eso es lo que se había acordado, ¿no? –comentó el capataz un tanto sorprendido con el acercamiento–. Ya empezamos –anunció señalando a lo lejos.

–Sí, sí, es que mi cuñado Luis trató de persuadirme, le preocupa el agua.

–Yo tengo a mi mujer con los velones prendidos, los rezos no le fallan –dijo Juan como para animar a Belén, sabía el desastre que les podía venir si no llovía.

–Dale las gracias a Obdulia de mi parte, los rezos siempre ayudan. Sé que es un riesgo, pero hay que tirarse –terminó Belén sin poder evitar que se le erizara la piel.

Esa sensación la devolvió a su presente.

*L*uego de haber alcanzado a rezar, al menos, una avemaría a conciencia, mientras se aproximaba a la puerta de la oficina del licenciado Manuel Cuevas Otero, al reconocer quién la estaba llamando por su nombre no pudo evitar estremecerse. «¿Cómo es posible? ¿A estas alturas?», pensó al darse cuenta de lo que ese hombre generaba en ella: la sutil y casi perfecta sensación del revoloteo de sus apreciadas mariposas en el estómago.

–Doña Belén. ¿Qué? ¿Cómo fue? ¿Llegó? –preguntaba el licenciado Cuevas acercándose por la acera y tomándola por un brazo para entrar a su oficina.

–Si viera aquello, licenciado –decía Belén muy comedida, estaba Margarita, la secretaria de don Manuel–. ¡Buenas tardes, Margarita!

–¿Qué tal?, doña Belén –saludó con desdén.

–Pasemos a mi despacho, doña Belén –propuso muy cortés el licenciado.

Una vez estuvo la puerta cerrada, se saludaron como lo hacían desde hacía algún tiempo. La pasión era incontenible, pero aún la sentían prohibida, inevitablemente, eso les provocaba el deseo de más. Se serenaron con ligereza, la presencia de la secretaria al otro lado de la puerta era algo parecido al Tribunal del Santo Oficio.

–Bueno, cuéntame. Por tu cara, imagino que el agua llegó sin problema. Te ves contenta, pero ¿has estado llorando? –dijo don Manuel escrutándole el rostro.

El hombre acomodó dos sillas de su despacho una frente a la otra.

–¿Qué te pasa? –preguntó don Manuel.

Belén ignoró la pregunta e inmediatamente, entusiasmada, narró todo lo que sucedió esa mañana en la Puerto.

–Yo creo que le abrieron el paso al agua desde la madrugada porque cuando llegamos, como a las diez de la mañana, ya el lago estaba casi lleno. Sundo abrió la válvula, la zanja empezó a llenarse y, en un momento, el agua llegó hasta donde estábamos. Te digo que ahora sí que no vamos a ver ni una sola caña flaca. Estas van a ser dignas de las tierras de la Puerto: robustas, hermosas, dulcísimas.

–Qué mucho me gusta verte así –declaró don Manuel tomándole las manos al tiempo que las besaba–. Esperemos que la central siga contando con tu producción.

–No tengo dudas –dijo Belén poniéndose de pie–. Mis tierras son buenas, es más, son de las mejores. Además, George hizo algunos acercamientos, voy a seguir acomodándola bien –comentó arrepintiéndose de inmediato de la mención de ese nombre.

–Bueno, sí, sí –balbuceó don Manuel con una sosera que no pudo ocultar.

La cara descompuesta del licenciado le revolcó el estómago a Belén, quien trató de disimular, esquivó su mirada. No supo por qué nombró a ese hombre, realmente ni siquiera venía al caso; se dio cuenta de que fue una imprudencia. Se había propuesto no mencionar el nombre de quien se marchó sin tan siquiera despedirse. Por fortuna, la vida le había enseñado a sortear magistralmente los sentimientos que se asomaban para tratar de perturbarle la paz: se compuso solita.

En ese silencio, dándole la espalda a don Manuel, con el aplomo y aires de esperanza que sentía, sus recuerdos la devolvieron a la década anterior cuando arrancaba el nuevo siglo, al tiempo en que quería creer que las cosas le iban a ir bien. La cara descompuesta del licenciado le hizo rememorar cómo, comenzando el siglo, lo abordó para que la ayudara con su recién creada empresa azucarera. Sonrió recordando ese encuentro.

*M*ucho pensaba Belén en las palabras de la espiritista Francisca: «A los hombres no hay por qué apartarlos de nuestras vidas». Mientras las primeras siembras iban desarrollándose, la viuda buscó consejo para llevar su negocio, solicitó los servicios del licenciado Manuel Cuevas Otero. Realmente, lo que necesitaba era respaldo para poder correr la empresa en un mundo comandado por hombres.

Un día de primavera, luego de regresar de la casa de sus cuñados, Belén se arregló, sabía cómo. Se perfumó sutilmente, no olvidó pasarse un poco de la esencia por las manos. No pudo evitar pensar en la última vez que vio a don Manuel, fue en la despedida de año donde él intentó declararle algo que ella no se permitió escuchar. Había dejado aquella escena bien guardada en su pecho cerrada con un candadito; decidió que era momento de usar la llave que su cabeza custodiaba.

–Voy a ver al licenciado Cuevas.

–Pero miren qué linda se ha puesto la viudita. ¿No que no iba a hablar más con él? –dijo Candelaria muy seria.

–Lo he pensado mucho, es una niñada no buscar ayuda del mejor. Confío en él y sé que no puedo sola con todo lo que me viene –concluyó Belén decidida.

–Sí, sí, sí –dijo la cocinera asintiendo exageradamente con un movimiento de cabeza, Belén la ignoró–. Veremos a ver cómo la recibe después del desplante en la plaza.

Llegó a la oficina del licenciado Cuevas Otero a media mañana. Saludó a la secretaria y tomó asiento en lo que el licenciado podía atenderla. La secretaria Margarita anunció su llegada, pero pasaría una hora, de esas que se perciben como si fueran tres, para que don Manuel la atendiera. La secretaria ni le habló. La viuda se entretuvo ojeando unas revistas que, sin duda, debieron haber sido seleccionadas por la esposa del licenciado: todas de moda.

Se abrió la puerta. Belén esperaba ver salir a algún cliente. Al ver al licenciado solo, la sorprendió la espera, pero aún más, el saludo. Se avergonzó al pensar en cómo se había perfumado las manos.

–Buenos días, doña Belén, ¿en qué puedo servirle? –preguntó don Manuel sin tan siquiera besarle una mano como era su costumbre–. Pase, adelante.

–¿Qué tal, licenciado? ¿Cómo le va? –saludó medio confundida, se sintió tratada como una extraña.

–Tome asiento, por favor –invitó mostrándole una de las dos butacas que quedaban frente al escritorio mientras él avanzaba para sentarse en la suya; los separaba el inmenso mueble tallado–. ¿Recibió los documentos con los nombres de sus hijos?

–Ah, sí, gracias, todo en orden –contestó casi balbuceando, le costaba manejar la sosera del hombre.

–Me alegra. Bueno, cuénteme –sugirió a secas el licenciado.

–Por ahora, no puedo con todo sola. Sabe que confío en usted, necesito ayuda –soltó la viuda, asumió la misma actitud parca de él.

–¿Y cómo cree usted que puedo ayudarla? –dijo tratando de ocultar, o más bien, controlando la esperanza que le revivía al saber que, si accedía a la propuesta, la vería con frecuencia.

–Pues, necesito el apoyo de usted, por ahora me hace falta su respaldo. Es notario, sabe de contratos, ¿no? Sabe que, a mí, en ese mundo de magnates azucareros, no me van a tomar en cuenta. Sé que no me van a respetar.

–No creo, si la producción es buena, le comprarán como a cualquier otro.

Ella sonrió con una mirada que denotaba una pícara incredulidad. Él no pudo seguir con su teatro de indiferencia.

–¿Y cuáles serían mis tareas? –preguntó el licenciado con un deje de interés que Belén supo aprovechar.

–Todas –propuso una cautivadora Belén mirándolo a los ojos.

La inmensidad de la contestación dejó al licenciado con mil imágenes en su cabeza.

–¿Cuento con usted? –preguntó la viuda.

Don Manuel no lo pensó mucho aun sabiendo lo que ella también sabía: no conocía nada de la industria azucarera, no era negociante; tampoco, contable. Muy en su interior los dos sabían lo que significaría un sí.

–Por supuesto, sí, usted me convence –dijo por no decir «usted me desarma».

Belén se levantó, se despidió del licenciado con un «muchas gracias, seguiremos en contacto». La viuda siguió con la actitud seca con la que él la había recibido, pero decidió regalarle su encantadora sonrisa. Don Manuel le tomó una mano y, aspirando sin disimulo, quedó embriagado con el aroma que tanto le gustaba. Belén sonrió.

El licenciado no perdió tiempo. Inmediatamente, divisó sus próximos días y futuras tareas. Su secretaria le llevaba todos los casos con una organización impecable; solo debía arreglarle el horario.

–Margarita, necesito que me recopile todos los periódicos, discursos de gobernadores, todo lo que pueda encontrar de la legislatura y lo que haya sobre cultivos y exportaciones de productos agrícolas. También quiero una lista de las fincas de caña de esta costa, los nombres de los dueños y un listado de las centrales –pidió

el hombre, necesitaba estar al tanto de con qué y con quiénes tendría que lidiar para proteger a Belén.

Margarita tomaba nota con su acostumbrada eficiencia.

–¿Para cuándo?, don Manuel.

–Para ya –dijo el licenciado entusiasmado mientras la secretaria organizaba todo en su mente para determinar por dónde comenzaría.

Belén regresaba a casa tratando de analizar la actitud de don Manuel, no era el Manuel de la despedida de año, parecía haberla dejado en el siglo anterior. ¿Cómo es posible?, con todo lo que me dijo. ¿Cuánto hace de eso? ¿Cuántos han pasado? ¿Tres meses? ¿Cuatro?

–¿Y esa cara? –preguntó Candelaria tan pronto vio a Belén.

–Don Manuel es otro conmigo. Me sentí como si fuera una extraña para él. Bueno, pero, por lo menos aceptó ayudarme.

–Ese se hartó de esperar –aseveró Candelaria mientras le servía el almuerzo a Belén.

–¿De esperar qué?, Candelaria. Es casado, ¿qué podría esperar?

–¿Por qué dice que él es otro? –preguntaba la cocinera mientras colocaba las verduras en el plato.

–Por como me habló, tan de lejos, tan parco. Además, imagínate, se sentó en la silla de su escritorio, cosa que nunca había hecho conmigo. En las contadas ocasiones que fui a su despacho, siempre se sentó junto a mí en las butacas que tiene frente al mueble. No puedo imaginarme qué pasó.

–Pues yo sí. Usted no le da lo que él pretende –concluyó la cocinera poniendo el plato sobre la mesita de la cocina–. ¿Quiere almorzar aquí o en el comedor?

–Tú y tus conclusiones. ¿Te has puesto a pensar en que puedes estar equivocada con él? De cualquier modo, no tiene por qué tratarme así –seguía Belén con su falsa ingenuidad a la vez que se sentaba a la mesita de la cocina.

–Claro que podría equivocarme, ojalá que este sea el primer caso. En lo que no me equivoco es en decir que el humano es cosa

seria y las cosas de parejas, una locura. Métaselo en la cabeza. Ya lo está viendo y, más que viendo, viviendo.

–¿Viviendo qué, Candelaria? ¿Que estoy viviendo qué? –decía Belén casi perdiendo la paciencia.

–Venga acá, ¿cuándo va a admitir que ustedes se gustan? Que tienen toda esa pasión *aguantá*. Qué lío, desembróllelo ya.

–Ya no sé ni qué pensar, ni siquiera reconozco qué siento ni qué quiero.

–Hay que ver qué pasa dentro de ese matrimonio. Si él miró para el lado, y de qué manera, lo más seguro es que allí no hay mucha contentura –seguía Candelaria dirigiendo el tema que Belén esquivaba, sabía que el que el hombre fuera casado era el freno que controlaba los sentimientos de Belén–. Nada, los hombres siempre miran, pero este no solo miró. Este habló y, si usted lo hubiese dejado, también hubiese actuado.

–Bueno, no voy ni a analizar –decía Belén como para concluir el tema.

–Él se ve buena persona, pero, para mí que es de esos floreteros que, cuando la cosa se pone peliaguda, sale huyendo. Debe tener cuidado, no sé si ese hombre pondría las manos en el fuego por usted, creo que es de los que cuida solo su pellejo –dijo la cocinera muy seria.

–Y dale con que es floretero. Además, ¿cuidarme de qué? ¿Y qué pellejo y qué fuego?, Candelaria. Nada, no quiero pensar –terminó Belén sin comentar que alguito lindo percibió al final de su encuentro con el licenciado.

A las dos semanas de la conversación en el despacho de don Manuel Cuevas Otero, el hombre decidió hacerle una visita a la viuda. Llevaba días estudiando la documentación que Margarita había recopilado hasta el momento. Sentía que ya dominaba el tema del cuadro económico de la Isla que antes solo entendía. El licenciado llegó a casa de Belén; Teresa lo llevó hasta la galería.

–Ah, don Manuel, llega usted a buena hora. ¿Me acompaña a un café? –preguntó Belén tratando de disimular su alegría ante la sorpresa.

–Con gusto, gracias.

Candelaria se asomó por la puerta de la cocina, no necesitó señal alguna: preparó café. De la misma manera, la niñera Adela se llevó a los nenes para el jardín. Los siguieron las perras y los nueve cachorritos caminando con torpeza.

–¿Cree en la suerte? –preguntó el licenciado observando la garganta de un canario que soltaba trinos sin parar.

–¿Como para qué? –dio por contestación Belén–. ¿No me diga que se va a llevar dos o tres cachorros?

–No, no, no puedo, Leticia no los aceptaría en casa –contestó el licenciado mostrando una sonrisa de resignación –. Suerte para sus finanzas, para sus arcas. Usted la tiene.

–Cuénteme –solicitó Belén haciendo un ademán para mostrarle el sillón de mimbre que tenía al lado–. Siéntese, por favor.

–Voy a sonar raro, lo sé, pero ¡parece que le convino la pérdida de la Jájome, hoy día sería una preocupación!

–Pues, sí que suena raro, pero ¿sabe? Yo también lo he pensado. Si aún la tuviese, seguiría con los cafetos y no se me hubiera ocurrido sembrar caña.

Candelaria se acercó con sendos cafés; Teresa, con galletitas y pastelillos de la mejor cafetería del pueblo. Luego de varios sorbos y dos o tres bocados, don Manuel le rindió un informe detallado de cómo estaba la economía de la Isla con su nueva situación colonial.

–Es mucho lo que está pasando con los americanos aquí, a usted le conviene. Se lo resumo.

–Preferiría que me lo dijera todo –expuso Belén deseosa, quería corroborar lo que le había informado su cuñado.

–Cuando le dije lo que le dije sobre la Jájome es porque ya el café no es negocio. Su decisión de sembrar caña no pudo ser más atinada.

–Algo escuché. Don Nacho anda contrariado –dijo Belén sin poder esconder una sonrisa de regocijo–. La verdad es que esa canallada que le hizo a Mariano y me salpicó a mí tenía que acabar mal. ¿Sabe? De verdad que me alegro –comentó esta vez dejando

salir una risa que no pudo controlar–. Discúlpeme, pero nunca me he considerado santa.

–Nada que disculpar. Ese hombre no pudo ver nada más que pérdidas, después de San Ciriaco no ha visto un solo cafeto más. No se apure, yo me alegro también, pero yo sí que me creo santo –dijo rompiendo en risas contagiado por las de Belén.

El ambiente se relajó. Entonces comenzó una distendida conversación. Belén le contó sobre su visita al oeste. Él la escuchaba. Le habló sobre la hacienda de sus cuñados, de las peripecias de su recién adquirido amigo Santiago Panzardi y sobre su experiencia con la médium. Don Manuel quedó impresionado con el dictado de ultratumba de Francisca que Belén le relató, no le sorprendió la doctrina espírita, para él tenía lógica. El licenciado le habló de lo que ya su cuñado Luis Ronda le había informado: era el momento de la caña de azúcar. Terminaron las galletas, los pastelillos y un segundo café.

–Se vislumbra un buen futuro para usted. Cuente conmigo. ¿Don Ovidio va a seguir con la contabilidad?

–No, no quiero a nadie que se haya vinculado con Mariano. Ya empecé a ver los libros de la Jájome y con ellos me voy a dejar llevar, lo haré yo, para algo tengo cabeza –concluyó la viuda con la determinación que tanto sorprendía y gustaba al licenciado.

La industria azucarera fue creciendo vertiginosamente mientras los inversionistas estadounidenses iban poniendo dinero en ella. Una de las razones que los puso a mirar hacia su nueva posesión, además de los excelentes terrenos, fue que habían oído que los obreros de la antigua colonia española aún no conocían de huelgas como los estadounidenses. El ambiente era favorable. Por el momento, no tendrían que bregar con las exigencias de los trabajadores del continente, los de la Isla, según ellos, todavía eran sumisos. La otra, aún más importante, fue el resultado de una batalla entre los productores de azúcar de remolacha y los de la de caña. Los cañeros favorecían el libre comercio entre la Isla y la nación estadounidense y los otros trataban de frenar esa proposición. Los remolacheros perdieron la batalla ante los intereses de los productores de azúcar de caña. Los políticos, por alguna razón «desconocida», lograron que la Isla y los Estados Unidos pudieran comerciar libremente.

En fin, el azúcar de la menor de las Antillas Mayores del Caribe obtuvo un mercado privilegiado en los Estados Unidos. Pronto ese producto endulzante recuperó el sitial principal de exportación. Mejoraron los métodos de producción y, con ello, llegó el control de empresarios estadounidenses.

La central azucarera que compraría la producción de Belén había caído en manos de los continentales del norte como muchas otras de la Isla. La viuda tuvo que negociar con ellos. Para alegría de ella y disgusto de la esposa del licenciado, desde un principio, don Manuel la acompañaba a las reuniones en las oficinas de administración de la central.

–¿Por qué tienes que ir? ¿Ella no sabe leer? –le decía Leticia a su marido–. Si no sabe leer, ¿para qué va? Ve tú solo. No, solo no, a esta yo te acompaño –dijo mientras desayunaban.

–¡Qué cosas tienes! Doña Belén lee más que tú y yo juntos –comentó don Manuel para encender en Leticia la rabia que les brota a algunas personas cuando la inferioridad las saluda; sacó su ponzoña de inmediato. El hombre ignoró con toda intención el comentario de su mujer sobre acompañarlo.

–Pues, si es tan sabionda, ¿por qué no va sola? Ah, verdad, no sabe inglés –soltó Leticia con una risita repulsiva pavoneándose al resaltar lo que consideraba un defecto–. Imagínate, en este pueblito, qué otro idioma iba a aprender.

–Leticia, ¿me pasas la mermelada?, por favor –expresó la madre de la histérica, doña Fedora. Intentaba, con su habitual sutil genialidad, calmar a su hija.

–Mami, siempre interrumpiendo –espetó la esposa del licenciado poniendo bruscamente el tarrito del manjar de acerolas al lado de su madre; doña Fedora dio un respingo.

–No puedo dejar a doña Belén sola, es su primer contrato –dijo serenamente don Manuel–. Es una reunión importante.

–Los acompaño, pero no en la misma calesa, vamos en la nuestra –concluyó Leticia poniéndose de pie sin esperar la reacción de su esposo, quien imaginaba que ya Belén estaría en la central, sabía que madrugaba y que era más que puntual.

Mientras Leticia se arreglaba para tratar de opacar a Belén, doña Fedora entró a la habitación.

–Hija, querida, ¿por qué nunca me haces caso? Trata de controlarte, te lo he dicho de formas tan sutiles que creo que no entiendes. Te voy a dar el consejo sin tapujos. Deja de celar a tu marido, los hombres se cansan, se te va a ir. Si Belén hubiese querido algo con él, hace rato que hubiese pasado. Esa mujer no hace nada para apartarlo de ti, eres tú quien trabaja sin descanso para que eso llegue.

–Mami, no puedo creer que me hables así. Con razón en la capital tienes fama de arpía –soltó Leticia sin mirar a su madre–. Como que veo que te abanderizas con la mujerzuela esa, ¡cómo me sacan de quicio!

Doña Fedora disimuló su desconcierto, ni siquiera entendió el sentimiento que la estremeció. No podía imaginar a quién había salido esa hija tan contrariada, tan zafada, mucho se había esmerado ella por educarla. Era obvio que a Leticia no le era posible atenerse a su realidad, veía en los otros a todos los culpables de sus infortunios. La señorona capitalina se retiró sin decir otra palabra.

A pesar de que el pueblo no era grande, Leticia y Belén no habían cruzado palabras desde la despedida de año. Sí se encontraban a menudo, pero Leticia cambiaba de acera, eso, cuando veía a Belén desde lejos porque si se daba cuenta teniéndola bastante cerca, fingía interés en alguna vitrina, entraba a algún establecimiento o, sencillamente, actuaba como si se le hubiese olvidado algo y se daba la vuelta presurosa en dirección a su coche. Belén reía, pero lo agradecía. *Qué astuta, a mí no se me ocurren tantas maneras de escape. ¡Admirable!*

En la central azucarera, Belén esperaba por el licenciado. Estaba sentada en la antesala de la oficina del administrador de la central. Contemplaba los mapas que adornaban las paredes limpísimamente blancas; uno le llamó la atención. El mapa mostraba las costas de África, el Caribe y América, era de metal, tenía unos botoncitos de diversos colores. Le preguntó sobre él a la secretaria. Esta le dijo que era un mapa metálico para trazar las rutas de los temporales. Belén quedó maravillada. Le explicó que los botones eran imanes que se usaban para ir marcando la trayectoria según llegaban los telegramas

desde las islas por donde pasaban los fenómenos atmosféricos, eso, si los lugares no quedaban incomunicados luego del paso. La viuda pensó en que conseguiría uno para tenerlo en casa. También había fotografías de plantaciones de caña, de obreros en plena zafra y de carretones estibados de caña tirados por bueyes enyuntados. Le estaba todo tan apropiado que hasta lo encontró de buen gusto. El mobiliario era importado. El espacio tenía butacas de nogal de confección sobria: líneas sencillas, estilizadas, no tenían tallados ni adornos repujados. Todo era diferente a lo que ella estaba acostumbrada, pero le gustó.

La espera se alargó, la secretaria del administrador le preguntó cuánto más tendría que esperar por su abogado. Belén, avergonzada, le pidió otros quince minutos. Comenzó a preocuparse, había oído que los estadounidenses eran como ella: extremadamente puntuales. Don Manuel nunca llegó. Belén se excusó pidiendo mil disculpas y solicitó concertar otra cita que muy amablemente le programaron para dos días después. La viuda no podía imaginar la escena que se suscitó en el hogar del licenciado.

–Ya estoy lista, ¿vamos? –exclamó Leticia ante la cara de disgustada sorpresa de su marido.

–¿Para dónde vas? –fue lo único que se le ocurrió preguntar a don Manuel.

–Querido, ni que no me conocieras. Para la central, a la reunión.

–Leticia, ¿qué pasa contigo? ¿Estás bien de la cabeza? Esto no es un café o una tertulia, es una reunión de negocios en la que estarías de más –dijo molesto el licenciado.

La mujer tardó unos eternos siete segundos en entender a su esposo y, palideciendo, se fue debilitando hasta que cayó desmayada en los brazos de su marido. Don Manuel la sujetó, pesaba, parecía inconsciente, pero él estaba seguro de que era una treta de su esposa. Al ver que la desvanecida no reaccionaba, llamó a su suegra y a las mujeres que trabajaban en su casa. Todas llegaron para ver a Leticia lívida y sudorosa.

–Es un vahído –expresó doña Fedora con convicción–. Casimira, ve a buscar al doctor Campos, anda. Manuel, llévala a la

habitación, hay que acostarla –ordenó con el aplomo que tienen las personas que dominan la escena.

–¿Cómo está tan segura? –preguntó don Manuel.

–Le pasaba de niña, ¿no te lo ha comentado? Las impresiones la afectan –comentó la señorona capitalina sin mencionar otros detalles de la niñez de Leticia.

Don Manuel quedó anonadado, nunca le había pasado antes con él. Un raudal de imágenes corrió por su cabeza, mostraban su posible futuro y, en todas, más que Leticia, aparecía Belén.

El médico del pueblo, el doctor Andrés Campos Pérez, visitó la casa Cuevas Silva. Examinó a la desmayada, hizo algunas preguntas y analizó. Concluyó que, en efecto, el episodio había sido causado por un bajón de tensión.

–Le bajó la tensión y el pulso a la vez, lo que la condujo al síncope –comentó en voz baja, aun viendo que Leticia seguía dormida–. No es para que no se preocupen, pero esto se controla con facilidad. Realmente, es bastante común. Doña Leticia debe descansar y, si el síncope fue causado por una fuerte impresión, hay que cuidar que no vuelva a experimentarlas.

–¿Algún tratamiento? Cuando era nena, se desmayó una que otra vez cuando le daban pataletas, pero nunca le hicimos mucho caso. De hecho, ni recuerdo cuándo fue la última vez que le pasó –declaró doña Fedora.

–Le voy a recomendar que beba mucha agua y que aumente un poco el consumo de sal para que no le baje la tensión. Incluir queso en la dieta ayuda. Debe caminar, no es bueno que se quede sentada por mucho tiempo, el ejercicio mantiene el corazón saludable –recomendó el doctor Campos–. Ahora, si le volviera a ocurrir, un traguito de brandy la restablece casi de inmediato–concluyó el médico muy serio.

Don Manuel no salió ese día, decidió permanecer junto a Leticia en lo que esta se recuperaba. Lo que sí hizo fue escribir una esquelita con un sencillo mensaje, no dio detalles: «Estimada doña Belén: Me surgió un inconveniente. Le ruego me disculpe por no haber llegado. Luego hablamos. M. C. O.». Salió al balcón y, con el primer muchachito que pasó, la envió a su destinataria.

No pudo llegarle a Leticia mejor afección que esa. El «recuerden que no puedo pasar malos ratos» se convertiría en estribillo en la casa Cuevas Silva. El licenciado no podría evitar sentirse un tanto responsable del desmayo de su mujer; ella, con su astucia femenina, se lo recordaría muy a menudo. Al hombre le tocaría acostumbrarse a su nueva realidad, tendría que utilizar tácticas para mantener a Leticia a raya. No contaría absolutamente nada de la oficina, casos o clientes. En ocasiones, recurriría a la versátil mentira.

Al llegar luego de experimentar el primer desplante del siglo, Candelaria y Marcial notaron que Belén entró molesta a la cocina.

–¿Qué, no le van a comprar la siembra? –preguntó Marcial al ver la cara descompuesta de Belén.

–Ni sé, don Manuel no se presentó. Quedé como una idiota, no me atreví a reunirme sola –soltó la viuda sirviéndose agua fresca.

–Aquí tiene –dijo Candelaria sacando un papelito del bolsillo de su delantal, se lo extendió a Belén–. A doña Leticia le dio algo.

Belén leyó la esquelita que cargaba el simple mensaje sin detalles. Escribió una corta respuesta y le pidió a Teresa que se la llevara al licenciado.

–Pero… Candelaria, ¿cómo sabes que le pasó algo a Leticia? –inquirió Belén.

–Don Andrés pasó por aquí a saludarla, pero como no la encontró, se quedó un ratito acompañándome en lo que les limpiaba los bebederos a los canarios –intervino Marcial tartamudeando–. Me comentó que regresaba de atender a la doña del licenciado. No me acuerdo de qué fue lo que dijo, pero, por lo que entendí, le dio un arrechucho.

–Hombre, ¿te preguntaron a ti? –soltó Candelaria molesta.

–Yo fui el que te lo contó a ti, pues claro que voy a contárselo a ella –decía un Marcial furioso, las palabras casi no le salían.

–Sí, pero a mí fue a quien le dieron la esquela –espetó Candelaria alebrestada.

–Bueno, calma, da igual, ya sé por qué no llegó –concluyó Belén saliendo de la cocina–. Vahído, Marcial, debió haber dicho vahído o síncope –dijo sin estar segura de que la escucharon.

En la tarde, Leticia se había recuperado por completo. Le habían vuelto los colores al rostro; el sarcasmo, a los labios.

–Bueno, ¿y qué pasó con el contrato de la Belén? –preguntó Leticia fingiendo serenidad.

–No tengo idea, no he sabido nada –mintió don Manuel, ya tenían la nueva cita programada, Belén le había informado en el dorso de la esquelita que él le envió.

–Lo debe haber firmado. Ves que no te necesita –expresó Leticia dándole la seguridad a don Manuel de que sería muy fácil seguir con la versátil práctica que acababa de emplear.

Al día siguiente del síncope de Leticia, don Manuel volvió a quedarse en casa. Dos días corridos sin ir a la oficina le darían la excusa perfecta para salir al día siguiente; se daría la pospuesta reunión en la central.

–¿Adónde vas? –preguntó Leticia.

–A la oficina, llevo dos días sin atender casos. Quédate tranquila.

El administrador de la central era un estadounidense que hablaba y entendía el español bastante bien. Recibió a Belén y al licenciado con cordialidades y buenos tratos. Cuando les presentó el contrato, se percataron de lo que habían sospechado: estaba en inglés.

–Míster Taylor, tengo que estudiarlo detenidamente. Disculpe –expresó la viuda disimulando su nerviosismo y sin dejar saber que no lo entendía.

–No hace falta que dé excusas, no hay nada que disculpar. Tómese su tiempo, comprendo –dijo el hombre muy cortésmente.

–¿Cuánto tiempo tendría? –preguntó Belén sin su acostumbrada sonrisa, no se sentía cómoda con esa situación tan nueva para ella; ni siquiera sabía si sonreír estaba permitido en esas reuniones.

–Diría que dos o tres semanas. Hasta un mes, si lo necesita –contestó míster Taylor muy tranquilo–. Quedan meses para la zafra, tómese su tiempo.

–Muchísimas gracias, es usted muy amable. *Thank you!* –se despidió Belén con un marcado acento criollo a pesar de que llevaba

días practicándolo.

–Regresaremos pronto, míster Taylor. Gracias por atendernos –dijo don Manuel para despedirse.

Belén salió del despacho del administrador y se detuvo a mirar las fotografías de la sala de recepción. Contempló la de los bueyes con el carretón estibado de caña.

–Así veremos los de la Puerto en unos meses, estoy segura de que nos va a ir bien –comentó sonriéndole a don Manuel.

–Así será. Hay que buscar a alguien que lo traduzca –dijo en voz baja el licenciado.

–Sí, sí, ya lo pensé, se lo voy a dar a Andrés, solo necesito saber cuánto pagarán por tonelada, los términos de entrega y la duración del contrato.

–Como usted guste –dijo controlando lo que siempre sentía al pensar en Belén y el doctor Andrés Campos Pérez: los irremediables celos.

–¿Sabe? Me gustaría que mi cuñado Luis lo ojeara.

–Es buena idea tener su opinión. ¿Qué sugiere?

–Pues, ellos me deben una visita, hoy mismo les escribo –expresó entusiasmada Belén–. Le dejo saber. Gracias, don Manuel –se despidió, y se montó en su calesa.

Durante su larga estadía en La Dulzura, Belén congenió tanto con Inés y Luis, mucho más que cuando estuvo casada con don Mariano, que el simple hecho de volver a verlos le trajo una alegría perfumadita con aroma de familia. *Sí, sí, son mi única familia, digo, aparte de los nenes y Marcial, Candelaria, Adela y Teresa, ah, y de Coquette y Barbat, bueno, y de los canarios también. Eh, y no puedo dejar fuera a los cachorros.* Sonrió contenta.

Un telegrama llegó con la contestación a la pregunta de Belén la tarde del día que ella envió el suyo.

–Teresa, arregla la habitación de huéspedes, que Adela te ayude. Límpienla. Mis cuñados vienen a visitarnos, llegan la semana que viene –dijo la viuda contentísima–. Ah, el día que lleguen, pongan flores. Quiero rosas, muchas rosas.

Belén se dio cuenta de que era la primera vez que esperaba visitas desde que enviudó. La sensación de sentirse verdaderamente anfitriona la alegró al punto de sentarse a hacer una lista de actividades a realizar: cafés, tardes de juegos, paseos y, por supuesto, la discusión del contrato, visitas a la Puerto y a la central. Luis e Inés Ronda solo se quedarían cinco noches, de modo que habría que ceñirse a unos horarios bien planificados.

Una tarde estival, los Ronda llegaron al pueblo al que llamaban ciudad. La brisa que acariciaba el casco del pueblo tenía la habilidad de darles la bienvenida a sus visitantes y limpiarlos del sofocón en el que los dejaba el recorrido por la costa tostada. La frescura era el resultado de la buena planificación en aquel lugar elevado en donde habían asentado el poblado circunvalado en parte por montañas.

–¡No puedo creer que están aquí! ¡Cuánto me alegra que sacaran tiempo para nosotros! –decía una alegre Belén al recibirlos.

–Imagínate, cómo no íbamos a venir, la familia tiene que apoyarse –decía Inés besando en ambas mejillas a Belén–. ¿Dónde están los nenes? –preguntó mirándolos por entre los balaústres del balcón mientras estos se reían.

–¿Cómo estás, Belén? –saludó Luis mientras Belén lo abrazaba.

Candelaria, Teresa, Adela y Marcial contemplaban la escena desde el balcón. Todos estaban allí para darle la bienvenida a la familia de su patrona. La cocinera miraba a doña Inés y esta le devolvía el saludo con un guiño. La felicidad del momento siguió su curso durante toda la estadía.

Según Belén había planificado, compartirían y disfrutarían los primeros días, liquidarían los asuntos cañeros durante los próximos dos y dejarían el último para descansar, pues, al sexto, los Ronda saldrían temprano hacia su hogar en el oeste.

El doctor Campos Pérez había traducido el contrato, que no era extenso, con relativa rapidez: estaba listo a la llegada de los Ronda. Don Luis encontró los términos adecuados, le dio su aval. Una tarde veraniega, Belén estampó su firma: Belén Fernández Ortiz. Flanqueada por su cuñado y su abogado, la viuda selló el trato con la central azucarera representada por míster Malcolm A. Taylor. Belén vio cómo su mano quedó casi cubierta por la del hombre. Sintió un

apretón que, para su disgusto, fue un poco brusco, pero le tocaba acostumbrarse. Le llegarían más negociaciones y apretones de manos en aquella empresa a la que había entrado con paso firme.

–¡Qué ironía! Nosotros celebrando la firma con café –decía Belén mientras se refrescaban bajo la sombra de un inmenso árbol de níspero en el patio de su casa.

–Querida, míralo así… Te tocaba salir de la amargura para degustar el dulce de la vida –dijo Inés muy objetiva mientras todos asentían; ni siquiera pensó en los infortunios, todos causados por su hermano, que llevaron a Belén a la vida que tenía en ese momento.

–Pues, sí, me siento encantada, como en las nubes. Y, pensándolo bien, prefiero la Puerto, el camino hasta ella no me marea como lo hacía el de la Jájome –concluyó Belén para no volver a mencionar aquella hacienda cafetalera que salió de su vida atropelladamente.

–Las siembras se ven saludables. Si te va bien la cosecha, que es lo que esperamos, el próximo año puedes sembrar más –comentó don Luis contento–. He oído que míster Taylor es un hombre de palabra y, además, cuentas con un buen contrato, vas a poder acomodar hasta la última caña en la central, creo que ni vas a tener que buscar otra. Esa tiene capacidad para moler la caña de todas estas fincas.

Platicaron, rieron y brindaron más de una vez deseándole prosperidad a la viuda. No se mencionaron los infortunios que podrían provocar las impredecibles sequías, las rivalidades entre cañeros o los empleados descontentos.

–Discúlpenme, me despido. Debo irme, me esperan en casa –dijo don Manuel sin querer irse.

–Lo acompaño –expresó Belén siguiendo al licenciado hasta el balcón.

–Doña Belén, me alegra mucho verla tan entusiasmada.

–Gracias por todo, don Manuel. Mañana tendré una cena para despedir a Inés y Luis que se van el domingo, será algo familiar. Me encantaría que nos acompañaran –expresó Belén entusiasmada con el sentimiento grato producto del día, hasta olvidó sus roces con la

esposa de don Manuel–. ¿Cree que Leticia pueda salir? ¿Cómo se ha sentido?

–Le confirmo mañana. Yo, con gusto vendría, pero debo ver cómo se siente. ¿Podría pedirle un favor?

–Usted dirá.

–Si es que venimos, ¿podría no mencionar la firma del contrato? Leticia piensa que usted lo firmó hace días.

–No se preocupe, no se hablará de eso –respondió la viuda sonriendo–. Por supuesto, doña Fedora está invitada también. Mucho me alegrará que nos acompañen.

Don Manuel esperó el momento adecuado para comentarle a su mujer sobre la invitación; la abordó mientras se alistaban para acostarse.

–Pues, fíjate, la modista me acaba de entregar un vestido, aún no tenía ocasión para usarlo. ¡Qué bien, iré regia! Me encantará conocer a los cuñados de la mujerzuela, se comenta que tienen una hacienda inmensa y una mansión a todo lujo, quién sabe si nos invitan –dijo Leticia ante la expresión inescrutable de su marido que no sabía ni cómo reaccionar.

–Tu madre está invitada –fue lo único que pudo articular ante tanta banalidad.

–Las pocas veces que vi a esa señora, pude notar que viste con gusto, tengo que esmerarme con mi arreglo, estoy loca por verle la cara que va a poner cuando me vea.

–Que descanses, Leticia –terminó don Manuel dándole la espalda a su esposa.

La cena fue algo sencilla. Según había dicho Belén, fue familiar. Aparte de sus cuñados y ella, asistieron los Cuevas y su amigo Andrés Campos Pérez, quien no perdía las esperanzas de conquistar a Belén. Candelaria preparó pescadito frito a lo andaluz, puro plato veraniego en sus tierras. Al no conseguir boquerones, usó pescado fresco que consiguió en el mercado. Lo importante era cómo rebosarlo, freírlo y secarlo, y eso lo hacía ella mejor que nadie. Acompañó los platos con viandas majadas. Había para escoger, hizo tres distintas: de ñame, batata y yautía. Los comensales quedaron encantados con la cocina

de la sevillana. Para el postre, irían a refrescarse al patio adonde Teresa y Candelaria llevarían bandejas con tazoncitos de majarete.

Para tranquilidad de don Manuel, la cena transcurrió con apacibilidad. Los cuñados de Belén eran tan conversadores que los temas cañeros no se asomaron ni de reojo. Leticia se comportó con su escaso comedimiento sin caer en imprudencias; Belén, con su delicada simpatía alcanzando lo sublime.

Cuando se dispusieron a salir del comedor para dirigirse al patio, Leticia empuñó un brazo de su marido con fuerza. Su hermoso vestido de raso morado bastante ceñido al cuerpo, como comenzaba la moda por aquellos tiempos, mostraba la fina esbeltez de la dama. No había duda de la elegancia de la mujer y el donaire con el que caminaba o, más bien, con el que trataba de caminar. La falda trabada era tan estrecha que no le permitía dar sino solo diminutos pasos. La moda comenzaba a liberar los torsos de las mujeres desprendiéndolos del apretado corsé, pero iba atándoles las piernas. Resultó gracioso verla moverse en su intento, no solo para salir del comedor, sino para bajar las escaleras que conducían al patio. Todos aguantaron las risas ante aquel espectáculo, incluyendo a don Manuel.

Inés, tan magnánima como era, la tomó por el otro brazo y la ayudó a llegar hasta un sillón del patio.

–¡Qué hermosa está, doña Leticia! –comentó Inés como para animarla, notó la lividez en la cara de la mujer, estado en el que dejan los disgustos.

–Gracias, usted está regia. Esas perlas, ¿las trajo de España? Tengo un collar que compré aquí, el oriente de las mías es tan hermoso como el de las suyas –parloteaba Leticia mientras don Manuel se alejaba para reunirse con los caballeros.

Belén sacó fuerzas para mostrarse como la buena anfitriona que le tocaba ser, tenía que hacer sentir bien y cómodos a sus invitados. Se unió a la conversación.

–Sí, Inés, Leticia tiene un gusto exquisito para las joyas. Sé de cuál collar hablas, es precioso –aportó Belén sonriendo mientras Leticia mostraba una sonrisa actoral.

–Pues, no, Leticia, no lo traje de España, lo compré por acá, tengo un joyero con refinado gusto, es francés. Muy a menudo trae piezas nuevas. Creo que le encantaría conocerlo. ¿Por qué no nos visitan? Así la llevo. Anímense… Ya que don Manuel asiste a Belén con la finca, sería bueno que viera la hacienda en función.

Leticia no podía creer su suerte. Ni siquiera tuvo que insinuar nada para poder ir a La Dulzura.

–Oh, doña Inés, nada me haría más feliz en estos momentos en los que mi salud está un tanto comprometida. Bien me vendrían nuevos aires –expresó Leticia mostrando la educación que su madre le había enseñado, pero que últimamente le escaseaba.

–No se diga más, planifiquemos. Doña Fedora, usted también va. Obviamente, Belén, y tú –dijo muy contenta Inés ante un gesto de leve hastío que mostró Leticia, pero que suavizó en una milésima de segundo.

La velada concluyó animadamente. No hubo malos ratos o detonantes que alteraran a Leticia, nada la afectó porque estaba contentísima con la invitación de Inés.

Al día siguiente, los Ronda partieron hacia La Dulzura; a la semana, Belén acompañada por Candelaria; don Manuel con su esposa y suegra, un día después que Belén.

Leticia llevaba tres baúles cargados de vestidos y sombreros de moda, además de algunas joyas. Salieron al amanecer para poder hacer el viaje en un día.

–Por lo que pude observar, los cuñados de esa mujer deben ser muy buenos anfitriones, nos agasajarán con cenas, cafés y tertulias. Ya puedo imaginarme las caras de todos cuando vean mis joyas, pero la que más quiero ver es la de ese joyero francés –decía Leticia mientras don Manuel miraba el paisaje que le quedaba a la izquierda y su madre dejaba su vista divagar por el que tenía a su derecha. Los dos trataban de procesar tanta fatuidad.

–Creo que vamos a pasar unos días lindos. Don Luis y doña Inés han sido muy amables en acogernos por una semana –comentó doña Fedora con su hablar pausado–. Belén me comentó que doña Inés sostiene unas conversaciones muy interesantes –dijo para ver si Leticia percibía su mensaje: «Trata de no hablar banalidades».

Los invitados de los Ronda llegaron a La Dulzura casi concluyendo el ocaso. Ese espectáculo era especial en el oeste de la Isla.

–Bienvenidos a La Dulzura –dijeron al unísono Luis e Inés.

–¡Gracias por la invitación! ¡No puedo esperar a ver su casa, viéndola desde afuera, presumo que debe estar decorada con gusto! ¡Espero que no le moleste que coja ideas para la mía! –había empezado Leticia.

Doña Fedora trató de hacerse la desentendida, contemplaba lo que quedaba de la majestuosa puesta. Tomaba aire calmadamente, trataba de oxigenar su cerebro. La mujer sabía que le esperaban días de mucho pensar: tendría que trabajar tiempo adicional desenredando los entuertos que de seguro cometería su hija.

–Estas puestas no son como las de nuestro pueblo, esto es distinto, hay algo mágico. La gama de colores supera cualquier paleta de pintor. La música que crean los follajes de los árboles al bailar con la brisa es otra cosa. Aquí, el aroma del salitre mezclado con el de las flores te invita a apreciar estos atardeceres únicos. No puedo ni explicar con palabras las maravillas que experimenta mi ser ante tan espléndido cuadro, ya tendrán más tardes como esta para colmar sus sentidos –decía Belén dejando al licenciado cautivado; a doña Fedora, observando a su hija; a Leticia, hirviendo en rabia ante tan delicada pero sensual observación.

El saludo que se dieron Belén y Leticia fue cordial. La esposa del licenciado estaba muy consciente de que no le convenía dañar la lujosa estadía; Belén, de que no podía incomodar a la invitada de sus cuñados.

A su llegada el día anterior, Belén puso al tanto a Inés de quiénes eran los invitados. No abundó mucho, pero la señora Ronda se daría cuenta de lo que se cocinaba en el caldero cuyo ingrediente principal era el trío compuesto por el matrimonio Cuevas Silva y Belén.

La cocina de la casa Ronda se llenó, no solo de deliciosos aromas andaluces, sino de la alegría que sentían sus administradoras. La que en un principio generó miradas recelosas, pasó a ser una más en el recinto culinario. Tan pronto Candelaria llegó, comenzaron a planificar las comidas de los próximos días. La habían esperado para

intercalar platos con diferentes sazones: criollos, asturianos y andaluces.

La primera cena de los invitados transcurrió serenamente. La noche estaba tibia por lo que solo hubo un plato: gazpacho andaluz. La refrescante sopa fría de tomate era una receta típica del verano. Inés estaba convencida de que los días de viajes dejaban a los peregrinos con el estómago revuelto y sin mucho apetito, por lo que una sopita siempre resultaba el mejor plato para componer el cuerpo.

–Mañana, Luis les mostrará la hacienda, no es que hay mucho que ver, pero las vistas son preciosas –comentó Inés.

–¿Y cuándo vamos a la…? –no alcanzó a preguntar Leticia.

–Don Luis, ¿cuándo sembraron las cañas que vi al entrar a la hacienda? –preguntó don Manuel ágilmente para tratar de acallar a su esposa antes de que todos se dieran cuenta de que no tenía sino un solo tema de conversación. No estaba como para pasar vergüenzas tan pronto como la primera noche de su visita.

–Pues, mire, hará unos tres meses. Las de la Puerto están, más o menos, de ese tamaño y se sembraron después. Belén, te digo, esos terrenos son buenos, te va a ir bien –dijo don Luis animado.

La cara descompuesta de don Manuel no pasó desapercibida para Belén, quien sabía que los comentarios banales de Leticia lo incomodaban: salió al rescate.

–Inés, sí, ya dijiste que mañana nos quedamos para ver la hacienda. Pero ¿cuándo vamos a la joyería? –preguntó la viuda mostrando fatuidad en un valeroso acto de sacrificio.

–Sí, sí, vamos pasado mañana, Gerard me informó que tiene infinidad de piezas nuevas –expresó Inés contenta.

La sonrisa en el rostro del licenciado al mirar a Belén fue claramente un «gracias» que ella devolvió con una que denotaba un «por nada».

Luego de la larguísima sobremesa, todos se retiraron a sus habitaciones. Candelaria acompañó a Belén a la suya.

–Ay, Candelaria, ¡qué difícil es estar al lado de él! –soltó la viuda apesadumbrada.

–¿Qué quiere que le diga? –contestó la cocinera sin tener que preguntar de quién hablaba Belén, ni el porqué de su comentario.

–La conexión es tanta que hasta me asusta.

–Por fin lo admite. ¿Qué pasó? –inquirió muy seria la cocinera.

–Nada, una tontería, pero es que solo con mirarnos nos entendemos.

–Bueno, eso lo tenemos usted y yo también.

–¡Candelaria, no es lo mismo!

–Le digo lo que le digo siempre… Desembrolle ese lío, pero, tenga cuidado, la mujer es una arpía. Ahora, acuéstese, descanse –dijo Candelaria dejando a Belén analizando el pasado y tratando de prever el futuro.

A la mañana siguiente, los dos matrimonios y doña Fedora desayunaban en el bosque tropical de Inés. Llevaban una animada charla. Inés contaba cómo Belén se había asustado al ver los coqueros bajando los frutos de las palmas.

–Pero qué ignorante, y que pensar que aquí hay monos –reía Leticia contentísima ridiculizando a Belén.

–La entiendo, desde aquí la resolana ciega, no deja ver bien lo que hay a lo lejos. Ciertamente, las figuras se ven oscuras –comentó doña Fedora para borrar la alegría cínica de Leticia.

Belén se había retrasado. No durmió bien, fue la última en levantarse. Todos estaban listos para la cabalgata que los llevaría a recorrer la hacienda, todos menos Inés y doña Fedora, quienes se quedarían en la casa. Leticia estaba contrariada, no soportaba el calor; mucho menos, los caballos. Solo iba por no dejar a su marido cerca de Belén. Cuando por fin la viuda llegó al balcón, una risotada estruendosa hizo que las reinitas que libaban néctar de las flores alzaran vuelo. La risa ruidosa y algo vulgar fue la reacción de Leticia a lo que vio: una mujer vestida de hombre.

–Pensándolo bien, mejor me quedo con ustedes –declaró Leticia mirando a Inés y a su madre segura de que aquel esperpento no levantaría pasiones en su marido.

Doña Fedora sonrió levemente, se resignó a aceptar que su hija jamás entendería que, más que cautivar por su belleza o figura, Belén encantaba por quien era. Tan lejos estaba Leticia con su idea de lo que generaría en don Manuel el atuendo de Belén que ni tan siquiera pudo imaginar lo que pasaría en aquella cabalgata de reconocimiento.

–Belén, hija, desayuna, te esperamos –dijo don Luis sin mostrar asombro por la vestimenta de su cuñada.

–Rosa, por favor, dile a Luz que le traiga café a Belén, este se enfrió –pidió Inés–. Y que traiga panecillos calientitos, estos ya están como piedra. Siéntate, querida –invitó Inés a su cuñada.

–Sé lo que están pensando –comenzó Belén risueña–. Estoy cómoda, pero más que eso, de esta manera monto segura, que es lo importante –concluyó la viuda ante la cara burlona de Leticia y las de sonriente admiración de las del resto de los presentes.

Salieron don Luis, el capataz Demetrio, don Manuel y Belén a recorrer la hacienda.

–¿Sabes, Luis? Voy a sembrar de estas palmas en la gran calle de la Puerto. Quiero que se vea tan linda como esta –decía Belén mientras recorrían el callejón delimitado por palmeras–. Me gusta porque desde lejos se sabe cuál es el callejón principal, le darán un aire de importancia a la gran calle.

–Pues, sí. No lo había visto así, pero, sí, sí, tienes razón. Estas estaban ya cuando compramos –decía don Luis mientras don Manuel miraba embelesado a Belén–. Don Manuel, ¿cómo va? –preguntó el hacendado mirando el caballo que le asignaron al licenciado: el más manso de la cuadra.

–Bien, bien. Le agradezco, no montaba desde niño.

Continuaron el paseo. Luis Ronda mostraba las plantaciones con orgullo y contestaba las preguntas del licenciado con notable conocimiento. El hombre les dio una clase sobre las variedades de cañas que se sembraban en la Isla y le explicó a don Manuel lo que era una gran cultura.

–Contrario a la siembra regular que se hace en primavera, esa se realiza entre los meses de septiembre a noviembre. Su desarrollo se

prolonga por más de un año pues se salta una zafra. Año y medio de cultivo permite que la caña rinda más toneladas por cuerda.

–Tan pronto veamos cómo nos va, en dos o tres años, me arriesgaré a una gran cultura –comentó Belén entusiasmada, todos sonrieron.

Llegaron a una arboleda de almendros donde decidieron desmontar para refrescarse un poco y ataron los caballos a las ramas de varios árboles. El capataz Demetrio aprovechó para hablar de unos asuntos pendientes sobre unos carretones nuevos, se apartaron de Belén y el licenciado.

El silencio y el fresco debajo del espeso follaje de los árboles de gruesas hojas preocuparon a Belén. El ambiente se sentía demasiado agradable, angustiosamente, lo vio hasta romántico. La viuda perdió de vista a su cuñado, detalle que el licenciado había notado antes que ella y que no desaprovechó. La tentación pudo más que la sensatez.

–¡Qué agradables son sus cuñados! –comentó don Manuel para ambientar tan solitario paraje.

–Sí. Es curioso, ahora comparto con ellos más que cuando Mariano vivía.

–Se ve que la quieren, la cuidan, eso es bueno –dijo acercándose a la viuda más de lo que para ella era permitido.

–Sí –comentó nerviosa ante el acercamiento.

–Belén –susurró el hombre tomándola de una mano y acercándola hacia él con delicada pasión. No podía dejar de imaginar qué cubría aquel mamarracho que Belén vestía.

Ella solo pudo sujetarse la pamela que, con el acercamiento, chocó con el pecho de él, por poco se le cae. No hubo revoloteo en el estómago, aquello fue algo más. El hombre la sujetó por la cintura y la acercó aún más a su cuerpo. Belén no se resistió. La viuda sintió que el pecho se le iba a reventar con el agite que mostraba su corazón. Don Manuel le tomó la cara, se la alzó y se encontró con los ojos de la viuda cerrados, lo que interpretó como un gesto anhelante.

La hojarasca de los almendros hizo su peculiar sonido, por el grosor de las hojas, el rechinar fue sonoro. Don Luis y Demetrio se acercaban.

–Tenemos una conversación pendiente, y sabe que no es de negocios –susurró el licenciado soltándola y dejando la escena inconclusa.

Belén no pudo controlar los colores que se asomaron a su rostro ni el temblor que comenzó a experimentar su cuerpo.

–No se puede con este calor –refunfuñaba don Luis mientras se acercaba–. Belén, ¿estás bien? Te ves sofocada todavía –expresó don Luis preocupado.

–Sí, sí, bien, pero como que no me repongo del calor –expresó la viuda abanicándose con las manos.

–Podemos regresar ahora mismo, ¿te parece? –preguntó el cuñado.

–Creo que será lo mejor, gracias –dijo Belén subiéndose a Melodía y tratando de ocultar su rostro con su inmensa pamela.

Llegaron a la casa poco antes de la hora de almuerzo. Inés, doña Fedora y Leticia charlaban en el balcón mientras escuchaban música. Belén se excusó y fue a su habitación. Les dejó saber que no almorzaría, no dio razones: del nudo en el estómago solo se enteró Candelaria.

–El calor de esta época es horrible, por eso nunca acompaño a Luis –comentó Inés al ver cómo estaba Belén; las mujeres asintieron.

Rosa alertó a Candelaria sobre el estado de Belén. Inmediatamente, la cocinera fue a ver a su patrona.

–Manuel me deja sin aire, pero es casado, Candelaria, es casado –dijo Belén sin apartar de su mente la escena de debajo del almendro.

La viuda no dejaba de preguntarse qué hubiese pasado si su cuñado no hubiese aparecido. No se atrevía ni imaginar hasta dónde pudo haber llegado aquel principio de escena. El recuerdo de lo que sintió junto al hombre la estremecía.

–Ay, mi niña… Yo quisiera aconsejarla, pero ese asunto es solo suyo. Me da pena que esté viviendo esto. Es difícil, lo sé. Deje que el tiempo pase, ya veremos –sugirió la cocinera con pesar, ya no había duda de lo que sentía «su niña».

–Por como me ha tratado desde que me ayuda con la Puerto, pensé que ya no estaba interesado, pero hoy retomó el tema. Candelaria, no sé cómo manejar esto –murmuró la joven viuda tratando de controlar el llanto. El esfuerzo y el dolor que causa ese intento, la rompieron. Era la primera vez que lloraba a causa de un hombre–. Creo que voy a cortar todo trato con él, esto no está bien.

Belén no salió de su habitación en toda la tarde, sabía que su rostro mostraba los estragos del llanto y no quería darle explicaciones a nadie. Candelaria le llevó un vasito con agua de azahar y compresas con agua fría para bajar la hinchazón de los ojos. La viuda descansó y luego, salió para la cena.

En la mesa, todos conversaban menos Belén. La viuda solo contestaba si le preguntaban algo, pero no platicaba con su acostumbrada soltura. Don Manuel buscaba su mirada disimuladamente, pero Belén solo miraba la mesa o a Inés pues le quedaba de frente. La situación alertó a Leticia, algo no andaba bien. *Esta está muy callada.*

–Belén, pensaba que estabas acostumbrada a montar, ¿qué te pasó? ¿Algún mal rato? –preguntó con cinismo la esposa del licenciado.

–Todo lo contrario, solo hubo buenos ratos. Lo que pasa es que el calor estuvo infernal –dijo Belén.

El comentario enmudeció a Leticia, quien no pudo reaccionar al interpretar el «infernal» como «tentador». Sintió las palabras de la viuda como un mensaje solapado, lo tomó como un ataque deliberado. La mujer respiró hondo, tomó un pedacito de queso de una bandeja dispuesta frente a ella, como le tenían siempre por recomendación del médico desde el suceso del síncope, y se controló. Inés, al percatarse de que allí se cocinaba algo, dirigió la conversación.

–No sé dónde es más caluroso el verano, en Madrid o por acá –comentó Inés con naturalidad.

–Aquí lo que agrava es la humedad –expresó Luis–. Creo que voy a buscar un terreno en las montañas para hacernos una casa de veraneo, ¿qué os parece? –dijo el hombre tomándole una mano a su esposa.

–Sería espléndido, amor –expresó Inés muy contenta.

El tema del clima se extendió hacia los disturbios atmosféricos y de ahí saltaron a hablar de los indicios que da la naturaleza para pronosticarlos. Rieron comentando las señales tomadas como confiables desde tiempos inmemoriales. Leticia no volvió a hablar, solo se limitó a observar y a urdir un contraataque. Belén se animó con el tema.

–Marcial siempre dice que si se caen las telarañas es que viene un temporal; también, que si dejan de cantar los gallos o si los pájaros de mar vuelan a tierra. Imagínense si la gente inventa que hasta si se caen las flores de algunos árboles frutales o si florecen mucho los de aguacate también se lo achacan a que va a llegar un temporal –dijo Belén animada.

–De todas esas supersticiones, la única que tiene sentido es la de los rabijuncos que vuelan a tierra –afirmó don Luis sonriendo, restándole importancia a las creencias de Marcial–. Cuando se acercaba el San Ciriaco, los vi.

–Pues, yo creo en esas cosas, me fijo en todo. Siempre miro las telarañas. Aunque, pensándolo bien, no noté nada antes de San Ciriaco –expresó Belén riendo y contagiando a todos, menos a Leticia.

–En casa, lo de las telarañas no se puede observar, mi casa se limpia –soltó una triunfante Leticia mirando a su adversaria.

Belén solo sonrió. El sutil gesto de la viuda, más que alegre, fue penoso. Comenzó a sentir lástima por esa mujer, quien parecía tener de todo menos carácter. Se comportaba como una veleta impulsada, no por el viento, sino por sus emociones. *Debe de ser muy triste estar pensando solo en cómo herir*.

–Me parece interesante, en la capital no miramos nada de eso, estaré más alerta –aportó doña Fedora tratando de disipar el aire pesado que dejó el comentario de su hija.

María y Candelaria trajeron el postre. Belén, sin probar bocado de la tarta de frutas que la repostera confeccionó, se levantó de su silla.

–Necesito aire, voy al balcón, excúsenme –dijo serenamente la viuda, y salió.

Don Manuel se acomodó en su silla, movimiento que Leticia interpretó como si se fuese a levantar para ir tras Belén. La histérica se levantó tan apresuradamente que la silla cayó hacia atrás haciendo que todos dieran un respingo al escuchar el estruendo. La mujer, al ver que su marido no se había levantado, se quedó inmóvil cavilando para hilvanar la excusa que daría para tan inesperado arrebato.

–Creo que algo me picó –alcanzó a articular Leticia.

Don Manuel se volteó hacia ella, le sacudió la falda y se bajó para ver si encontraba «lo que la había picado». Al ver que todo estaba bien, todos rieron y también se dirigieron al balcón.

–Querida, habrán sido los mosquitos –concluyó Inés mientras salían del comedor.

En el balcón, escucharon música. El ambiente se relajó y la tirantez entre las jóvenes mujeres cedió. Belén se limitó a apreciar los valses vieneses, bellísima música que le recordaba a su papá. El momento la llevó a un estado tan nostálgico que la dejó sin habla.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, Belén sintió unos delicados golpecitos en la puerta. Se sobresaltó, no podía imaginar quién sería, conocía el toque de Candelaria, no era ella. Inés tocaba, pero rápido abría, tampoco sería ella. Caminó azorada hacia la puerta.

–¿Quién llama? –preguntó en voz baja la viuda.

–Abre, soy yo.

Belén olvidó que había cerrado con llave; abrió.

–Inés, qué susto –declaró Belén sin pensar.

–¿Por qué el susto? ¿Quién más podría ser? –inquirió escrutando el rostro de su cuñada.

–Pasa, pasa –dijo Belén nerviosa tratando de minimizar el efecto de su torpe comentario.

–Querida, no me tienes que decir nada, ni tan siquiera asentir o negar lo que voy a decir –sugirió Inés tomándole una mano a Belén y

llevándola a la cama. Se sentaron–. A mi edad he visto mucho. Hay cosas que una nota en seguida. En tu casa no noté nada, aquí sí.

–Inés, no es lo que estás pensando –trató de decir Belén.

–Tranquila, ya vi quién es Leticia y, también, cómo te mira don Manuel. Es obvio que ese matrimonio no anda bien –dijo muy seria Inés.

–No tengo que ver nada con eso.

–No, no, ni siquiera lo pienso, pero el que no le hables te incrimina, disimula, hija –expresó la cuñada con una maternal sonrisa que Belén no esperaba; pensó que lo que vendría sería un reproche.

–Creo que regreso a casa mañana –murmuró Belén mientras dos lagrimones bajaban por sus mejillas.

–No hagas eso, confirmarías todo lo que sospecha Leticia.

–Es que no hay nada, nada –dijo enjugándose las lágrimas–. No sé ni por qué lloro. Don Manuel y yo siempre nos hemos llevado bien, es mi abogado. Leticia es la que se ha hecho un drama en la cabeza –decía la viuda para, más que convencer a su cuñada, convencerse a sí misma.

–No tienes que darme explicaciones. Es tu vida, solo tú decides en ella. Lo único que te aconsejo es que actúes con naturalidad. Esa Leticia es tremenda, no permitas que te haga daño.

–Bueno, pero mañana me quedo aquí, vayan ustedes a la joyería. Me excusas, por favor. Anima a don Manuel para que las acompañe –rogó Belén aceptando el consejo de quien, por su edad, poseía la sabiduría necesaria para tratar los temas en los que ella era solo una principiante.

–No te preocupes, Luis también irá.

Los días de la estadía fueron pasando. La cocina seguía despidiendo la mezcla de sazones que todos alababan. Belén rehuía las miradas de don Manuel, pero en ocasiones seguía los consejos de su cuñada. Leticia observaba y parloteaba. Doña Fedora seguía con la tarea autoimpuesta de tratar de atenuar a su hija cuando esta hablaba sandeces; Luis e Inés, agasajando a sus invitados con buenas

pláticas, música, catadura de habanos y vinos; también, con juegos de naipes.

El día antes de que los invitados partieran, los Ronda los despidieron con una velada musical a la cual invitaron a varios amigos, incluidos Santiago Panzardi con su prometida.

–Al fin la conozco, Inés. Qué casualidad, lindo nombre –comentó Belén mientras su cuñada le presentaba a la prometida de Santiago.

La muchacha le devolvió el saludo con una cariñosa sonrisa, gesto que Leticia no pasó por alto. La mujer del licenciado esperó la oportunidad para acercarse a la joven prometida.

–Que no te engañe. Esa tiene la carita de boba mejor administrada del mundo –solo le dijo Leticia a la joven Inés.

Lejos de generar lo esperado por Leticia, la prometida de Santiago sonrió sorprendida pensando en cómo se podía ser tan cizañera. Con la naturalidad que conversan las personas que no tienen segundas agendas, Inés Bascarán y Belén congeniaron y, al igual que Belén y Santiago, las dos entablaron una amistad que crecería con el pasar de los años. Mantendrían relación por medio de cartas y se verían en las ocasiones en las que la viuda visitaría a sus cuñados en La Dulzura; también, en la capital.

Con azucaradas delicias confeccionadas por María y varias joyas nuevas, el matrimonio Cuevas Silva, acompañado por doña Fedora, regresó a su hogar. Partieron temprano. Belén decidió salir más tarde, la excusa para no ir con ellos fue perfecta: iban a hacer una parada para visitar al matrimonio Castaings Roig.

–No se imagina la alegría que me dio recibir su telegrama. Hay algo verdaderamente grande en los dones, prácticas y deidades de esas mujeres. Me alegra mucho verla tan bien, *Madame* –dijo Belén con dulzura al saludar a *madame* Adèle.

–Ya verás a Raphaël, volvió a ser él –expresó Adèle sin mencionar que, en el caso de su marido, fueron sus rezos, el agua bendita y las ofrendas a la santísima Virgen de Guadalupe las que obraron para disipar la oscura tristeza que lo consumía.

Tan pronto llegaron a casa del matrimonio francés, Candelaria se puso a su disposición. Les preparó unas patatas *a lo pobre*, como las llamaba ella, una de sus especialidades. El plato era uno fácil de preparar para Candelaria; lo que lo hacía especial era la sazón con el que la cocinera sevillana conquistaba paladares. La cocinera de la casa Castaings estaba encantada, esa noche tomó un descanso.

–Imagino que tendrán jamón –le dijo Candelaria a la cocinera de los Castaings, quien solo la observaba–. Esto va con cualquier cosa, pero un jamoncito sería perfecto –concluyó la sevillana; la mujer asintió sonriendo.

Mientras iban cocinándose lentamente las patatas junto a ajos, pimientos y cebollas, el matrimonio Castaings Roig y Belén se sentaron a charlar; lo hicieron con una familiaridad tan alegre que selló su amistad para siempre. Los olores de aquellas patatas comenzaron a despertar el apetito de todos. Se sentaron a cenar.

En la corta estadía, Adèle y Raphaël se mostraron notablemente animados, tanto así que se ofrecieron a cuidar a los hijos de Belén si esta lo necesitaba en el futuro.

–Les dejo saber cuándo les traigo a los nenes. La idea de que aprendan francés me encanta –se despidió Belén contenta a la mañana siguiente.

La visita a La Dulzura dejó frutos que cambiaron las vidas de los integrantes del caldero en constante hervor. El vientre de Leticia se endulzó y con ello traería al mundo a una hermosa niña. Belén vio la paternidad de don Manuel como una señal de que un hijo atenuaría los ánimos del licenciado. Al hombre se le calmarían las pasiones con la llegada de su primogénita. Leticia vería el nacimiento de su hija como un triunfo; a la niña, como una pieza en su tablero sin imaginar cómo otras piezas le cambiarían la vida.

Muchos fueron los apretones de mano que sintió Belén: algunos, fuertes; muchos, cordiales; y otros, para ella, sorprendentemente delicados. Negoció la adquisición de carretones, bueyes y maderas para los ranchones y las casas de los empleados. Además, fue aprendiendo a medir las reacciones, palabras y hasta gestos de los integrantes de ese mundo empresarial que no solo estaba lleno de negociantes inescrupulosos, sino también de envidias, trampas y malos deseos.

Durante las reuniones con el licenciado Cuevas, todo fluía como fluyen las conversaciones entre socios: solo se hablaba de negocios. Tres veces en semana, la viuda se despedía con un delicado apretón de mano de su maestro de inglés, el señor Tynes. Decidió que no podía estar a expensas de traductores, el idioma anglosajón había llegado a la Isla para quedarse.

La Puerto corría perfectamente en manos del capataz Juan Linares y de los leales peones. Las lluvias favorecieron la agricultura. Los meses pasaron y los días de la esperada zafra llegaron. Las labores del corte de caña y de estibación de los carretones eran arduas; el sol, fuerte, pero el fresco invierno caribeño se encargaba de aminorar en algo las penurias de los trabajadores.

Una mañana durante la zafra, Belén llegó sin avisar visita. Le habían llegado rumores que no solo la sorprendieron, también la inquietaron; no jugaba con la salud de sus empleados.

–Buenos días, doña Belén –saludó Juan tan pronto la vio.

–¿Qué tal? –dijo moviendo la cabeza en gesto de saludo cordial–. ¿Qué pasa con esos bueyes? –preguntó de inmediato ante el cuadro que tenía de frente–. ¿No pueden con el peso del carretón? ¿Será que los estiban de más?

–No, no, ellos pueden con eso, es que a veces se empecinan –contestó Juan tranquilamente.

–Hay que buscarles botas a estos hombres, no los podemos dejar a merced de las alimañas. Ya sé que un ciempiés mordió a uno y lo mandó a la cama. Es obvio que las mangostas no dan para acabar con ellos –comentó la viuda mirando a los hombres cortando caña–. No puedo creer que se nos pasara ese detalle tan importante.

–Discúlpeme, no lo propuse porque eso es un gasto grande, doña Belén –comentó Juan apretando los labios y mirando al suelo.

–Gasto grande va a ser perder la cosecha por falta de empleados si los perdemos por rabia o ve tú a saber las enfermedades que les puedan transmitir tanto animalucho que se esconde por las matas. Además, algo leí en un estudio que decía que los parásitos entran por los pies. Quiero calzado para todos –ordenó resuelta zanjando el asunto.

–Así se hará. Gracias, doña Belén –dijo el capataz quitándose el sombrero y apretándolo contra el pecho en gesto de agradecimiento.

–¿Quién cuida a esos animales? Los veo flacones –observó la viuda.

–No, no, es que, durante la zafra, pierden libras. No se preocupe están bien cuidados. Permiso, doña Belén… Sundo, muévelos, ponlos a caminar, se atrasa esto –le gritó Juan a un muchacho que en ese momento se encaminaba hacia los bueyes trancados.

–¿Ese muchachito es nuevo? No lo había visto por aquí –comentó Belén–. ¿Cómo va a poder mover esa yunta si no tiene cuerpo? –cuestionó Belén intrigada más que asombrada.

–Lo contraté hace unos días, tiene don para los animales, ya verá. Además, lo tengo de aguador. También hace otras chiripas, es fajón.

Un día, Eusebio Rosario, conocido, nadie sabe por qué, como Sundo, llegó a la Puerto desde el barrio vecino de la finca, fue directo adonde Juan, le pidió trabajo. «A ver, ¿qué sabes hacer?», preguntó el capataz sorprendido ante tan ávido hombrecito. «Lo que usted me pida. Desde buscar caculos hasta encontrar cuevas de jueyes», contestó Sundo de lo más vivaracho.

Los cañeros tenían varias situaciones preocupantes que les presentaba la naturaleza con las que tenían que lidiar siempre. No solo las sequías afectaban las cosechas, los caculos y los jueyes también. El peligro con los escarabajos dañinos lo presentaban sus larvas. Ese gusano blanco cabeciprieto que vive en la tierra es el terror de todo agricultor: destroza cualquier tipo de planta. A pesar de que tiene unos grandes enemigos en el múcaro, el mozambique y el pitirre, ninguno de ellos es suficiente para controlarlos. Por tal razón, era costumbre entre cañeros y centrales azucareras pagar la libra de caculo a lo que podría considerarse un buen precio. Sundo se echaba dos o tres monedas al bolsillo atrapándolos. Con el pasar de los años se introduciría un sapo venezolano para controlar la plaga que adoptaría el nombre criollo de sapo de cañaveral.

Otro enemigo natural de la caña era el juey: se comía las raíces. Para acabar con ellos, o más bien controlarlos, porque no había quién acabara con esos crustáceos, pues siempre llegan del mar,

existía la naftalina. La práctica consistía en identificar los hoyos de las cuevas y echarles una bolita de naftalina, tarea para la que Sundo era experto.

En fin, que cuando Sundo dijo que hacía cualquier cosa, Juan le preguntó: «¿Ves aquella yunta de bueyes trancados que no quiere caminar? Ya estamos tarde para llevar la caña a la central. Si haces que traigan el carretón hasta aquí, tienes trabajo», dijo el capataz.

Sundo observó un rato lo que sucedía. Vio cómo un empleado golpeaba con un fuste a los inmóviles bueyes y se dirigió hacia ellos. Juan le hizo señas al empleado para que dejara al muchacho actuar. El enclenque jovencito se paró frente a los bueyes, los miró y estuvo un rato acariciándoles las frentes. Cogió varias hojas de caña y formó un ramilletito. Agitó el ramo y comenzó a caminar hacia atrás. Los bueyes comenzaron a dar pasos hacia él intentando comer del ramillete. Ante la mirada atónita de todos, Sundo sacó el carretón de la pieza, lo condujo hasta afuera de la finca y lo llevó hasta la vía del tren. Así fue cómo la providencia divina introdujo a ese muchachito a la vida de la Puerto; llegaría a ser estimado por la familia Calzada Fernández por décadas.

Al igual que el día que fue contratado, Sundo movió los bueyes sin esfuerzo.

–Mira, nene, eso que acabas de hacer es admirable, ¡gracias! –dijo Belén revolcándole el pelo mientras él se reía mostrando los pocos dientes que le quedaban–. Y, gracias también por llevarles agua a los hombres, ya Juan me comentó. Ese es un trabajo importantísimo, ¿lo sabes?

Tan bien les fue la cosecha en esa finca que llevaba décadas sin ser cultivada que la tierra se mostró agradecida y dadivosa. Con esa muestra, se arriesgaron a sembrar una gran cultura en un tercio de la Puerto. Tanto fue el rendimiento que, en los primeros años, la viuda llenó las arcas que su difunto marido desfalcó casi por completo.

Poco menos de un lustro de abundancia pasó antes de que se presentara la temida sequía; no fue devastadora, pero sí alteró las cosechas. En la Puerto se sembró y se cosechó lo que se pudo. En el segundo año de sequía, Belén solo pensaba en las palabras de su cuñado: «Lo que saques no te va a dar ni para pagar la nómina». Los números la estremecieron. Para su tranquilidad y la de todos en la

casa Calzada Fernández y en la hacienda, ella era tan cautelosa con el manejo de las finanzas que, durante esos años, aunque no sobró, nunca faltó.

–Recuerde que siempre están los bancos para dar la mano –le comentó el licenciado Cuevas Otero a Belén, le preocupaba que la viuda se quedara sin liquidez.

–Gracias, lo sé. Mientras pueda, prescindiré de esas manos que más que manos son tentáculos, te abrazan con los intereses y después no te puedes soltar.

En el pueblo con ínfulas de ciudad se siguió viviendo. Cinco años de rutina inquebrantable llenaron la casa Cuevas Silva de cabecitas morenas. Primero llegó Ana Elisa, a esta le siguieron dos pares de guares. Doña Fedora había regresado a la capital, solo hacía visitas cortas: no era muy dada a la crianza de tanto nieto junto.

El doctor Campos Pérez iba por el quinto rechazo de Belén a su invitación para que lo acompañara a París. Los empleados de la viuda iban mostrando diez o doce canas más. La disciplina hizo que Belén pudiera sostener conversaciones en inglés con míster Tynes. Los niños iban desarrollándose como pueblerinos educados gracias a su madre y a las enseñanzas del manual de Carreño, y la jauría de Belén tenía al vecindario harto con tanto ladrido.

–Nena, yo creo que es hora de llevarlos a la finca. A usted no le dicen nada, pero ya yo no encuentro qué otra excusa dar. Nos van a mandar a la policía –le dijo Marcial a Belén una mañana luego de una noche de desvelo por los ladridos.

–Me da mucha pena, pero sí, esto se ha llenado de gatos y ellos son perros, ¿qué le vamos a hacer? Sí, hay que mudarlos. Envíalos hoy mismo a la Puerto –ordenó una Belén ojerosa, tampoco había dormido; fue sencillo tomar la decisión–. Deja solo a Sansón, Antonio no podría vivir sin él. Obviamente, Coquette y Barbat se quedan, son de aquí.

Para ese tiempo, Antonio José y Amalia Belén tenían nueve y siete años respectivamente. Belén aceptó la invitación de los Castaings, llevaba a sus hijos con regularidad a la ciudad señorial. Luego de varios años de visitas, los niños podían sostener conversaciones en francés; Belén, por lo menos, lo iba entendiendo.

Los niños iban desarrollándose. La estatura del muchachito, que a todas luces no había sido heredada de su madre, hizo que *monsieur* Castaings pensara que ya era tiempo de introducirlo al juego de carambola, alcanzaba cómodamente la mesa. Solo esperaba que Antonio José saliera tan bueno como el abuelo, su amigo Vicente.

–El que lo hereda no lo hurta. Será mejor que Vicente –dijo *monsieur* Castaings con tan solo ver cómo el muchachito empuñó el taco–. Belén, tendrás que comprar una de estas –expresó el francés riendo y mostrando la mesa sin troneras ni buchacas.

Las visitas a la casa Castaings continuaron, pero, con el pasar de los años, Antonio comenzó a ir solo. Milita se aburría y desesperaba con las clases que le impartía *madame* Adelè; prefería cualquier cosa a los mil tipos de agujas para tejer y bordar. Entonces, el matrimonio se desvivió por Antonio, quien fue acogido como un hijo o, más bien, como nieto.

Los años siguieron su curso. Belén iba, al menos, una vez al año a casa de sus cuñados. Se quedaba varias semanas; estadías que siempre disfrutaba. Varios fueron los caballeros que conoció y muchos los desplantes que sufrieron: la viuda se tornó inconquistable. Tanto por aquellos lares del litoral oeste como en su pueblo corrían las apuestas; la que más sonaba: «A que la conquista un buscón».

Las costumbres de la vida diaria llenaron las vidas del licenciado y la viuda, calmando así la pasión del hombre y las mariposas de Belén. Por el momento, el licenciado se desvivía por su familia de la misma manera que Belén lo hacía por la suya. Nunca se habló del encuentro debajo del romántico almendro, ese asunto quedó en un limbo que ni siquiera ellos sabían si algún día alcanzaría el plano real. Solo coincidían en las esporádicas reuniones que tenían para tocar asuntos del negocio cañero. Con el pasar de los años, la viuda, viendo que podía manejar la empresa sola, pensó que no necesitaba la ayuda de don Manuel.

–¡Buenos días, don Manuel! Solo vine porque creo necesario dejarle saber que realmente, ya estoy, como dicen en el campo, afincada en la empresa cañera –dijo una mañana Belén en su reunión trimestral, la cual llevaban a cabo por los pasados seis o siete años.

–Esperaba esto –comentó don Manuel con una sonrisa que más que de alegría era de resignación.

–¿El qué? –preguntó Belén poniendo cara de falsa sorpresa, sabía muy bien que él la entendía con solo escuchar su tono o ver su expresión.

–No se preocupe, yo también pienso que, a estas alturas, puede prescindir de nuestro contrato. Sé que puede sola, hace rato que se ve –dijo el hombre con una sonrisa de resignación. Ella se levantó–. Sabe que estoy aquí a sus órdenes, para lo que necesite –se despidió el licenciado estrechándole la mano con un apretón de socios o camaradas.

La vida de Belén Fernández Ortiz estaba organizada en torno a la Puerto: siembra, zafra, limpieza del terreno, arado de las piezas y siembra nuevamente. El agua seguía siendo una preocupación para los cañeros dueños de tierras del litoral sur. Los suelos eran ricos, pero también con una corta e insegura provisión de agua. Los dueños de esos terrenos buscaban un medio para corregir el defecto que hacía que la siembra en sus propiedades fuera sumamente arriesgada. El recogido de agua primitivo que algunos tenían, no era suficiente para darles seguridad. Se había construido un pequeño sistema de riego, pero no llegaba a todas las fincas. La construcción de uno capaz de abarcar toda la costa se seguía postergando. Nadie entendía por qué, habiendo un plan y dinero asignado para construir el gran sistema, el proyecto no se concretaba.

–¿Cómo puede ser que no se haga nada para resolver nuestro problema con el agua? ¿No le debería tocar al gobierno? Teniendo tan buenas tierras y una siempre arriesgándolo todo esperando tener buena suerte. Ya estoy harta de decir «que sea lo que Dios quiera» –le comentó Belén al licenciado Cuevas Otero una tarde en la plaza del pueblo donde se encontraron: ella, de paso de regreso a su casa luego de obtener unos cortes de tela finísimos que consiguió en el telar del pueblo; él, paseando con sus cinco hijos y las nanas.

–Solo puedo pensar en los políticos, en los gobernadores y todos sus alzacolas –comentó don Manuel.

–Le juro que pienso que alguien tiene comprados a esos hombres, o que se reparten el dinero entre ellos. Es que ya no entiendo el retraso –soltó la Belén negociante y con experiencia. No

llegaría a constatar sus sospechas, tampoco lo necesitaría, ni siquiera importaría: haría la mejor conexión.

–Pues, no lo dudo. La plata se debe estar desviando. Probablemente esos dineros asignados deben estar pasando más por las manos de esa gente del gobierno que por las tierras por donde deberían estar construyendo el canal –comentó don Manuel sin imaginar que un político entraría a la vida de la mujer que aún, en silencio, entretenía de vez en cuando sus pensamientos para alegrarle su realidad.

El recuerdo de esa conversación y la mención de los dirigentes del país devolvieron a Belén a su presente en 1914. Pensó en cómo salir sutilmente de la incómoda situación que produjo el nombrar a George.

–*D*isculpa, Manuel, tengo que regresar a casa, mis hijos me esperan –soltó sin mirarlo–. Les dije que celebraríamos juntos. A que no sabes con qué brindaremos –dijo sonriendo como para disipar la sosera pintada en la cara del hombre, quien no la pudo disimular tras la mención del exgobernador.

–Imagino que con champán –soltó sin interés.

–Con agua, Manuel –expresó la viuda sonriendo al tiempo que lo besaba sutilmente–. No tengo ni que decirte que te espero.

–Me alegro mucho, pero Leticia está hoy en casa, llegó ayer. Disculpa, no te lo comenté. No la esperábamos, doña Fedora la trajo… Sabes que siempre está con el tema de que Leticia extraña a sus hijos. Nada, que les dije a los nenes que cenaremos en familia.

–Ah, bueno, entiendo. No te preocupes –comentó con la resignación con la que vivía ese tema.

*L*eticia de las Mercedes Silva Colón pasaba sus días entre el Asilo de Beneficencia y Manicomio de la capital, la casa de sus padres y, en contadas ocasiones, en su hogar pueblerino. Hacía años que los que una vez fueron simples celos pasaron a ser enfermizos y luego degeneraron en peligrosos; se tornaron en arrebatos sin control.

Luego del tercer parto, Leticia cayó en una honda melancolía. Para quien ve las apariencias como un aspecto a juzgar, el tema del sobrepeso es intolerable. El segundo embarazo de gemelos, muy seguido del primero, dejó la piel del abdomen de Leticia con una flacidez insoportable para ella. Don Manuel y doña Fedora comenzaron a preocuparse cuando la recién parida rechazó amamantar a los bebés; hubo que buscar nodrizas. Esos niños, no solo crecieron sin el apego maternal, sino que se desarrollaron con su desprecio también.

La mujer comenzó a quedarse encerrada en su habitación. Reganar su esbelta y elegante figura se convirtió en una obsesión relativa; su apetito y la forma descontrolada para alimentarse le fueron deformando hasta el rostro. Empezó a pensar en cómo Belén quedaba luego de sus embarazos: regia, deslumbrante. Entonces, con esa imagen de la que consideraba su rival, comenzó a pelearle a don Manuel cada vez que este salía para su oficina. «¿Cómo te lo hace? ¿Es mejor que yo?», le gritaba Leticia a su marido entre rabietas y síncopes; él la ignoraba.

El silencio de don Manuel encolerizaba desmedidamente a Leticia; la dejaba pensando, «El que calla otorga». El ambiente en aquel hogar no estaba lejos de ser dantesco. Los consejos del doctor Campos, que iban desde dietas y ejercicios hasta refrescantes lecturas, no atenuaron los comportamientos preocupantes de la mujer. Tendría que llegar un exabrupto que por poco termina en tragedia para que don Manuel tomara la decisión de internar a Leticia en un manicomio.

Una tarde, luego de una de las esporádicas visitas de Belén al despacho del licenciado, este se despidió besando una de sus manos la cual emanaba el aroma inconfundible de la viuda. El perfume que solo ella usaba, único en el pueblo, pues era de una casa de perfumistas inglesa no muy famosa en la Isla y cuyo nombre no

compartía con nadie, llegó hasta el agudo olfato de la histérica melancólica. Aquel sutil olor a flores, especias y maderas alteró de tal modo a Leticia que, en un arrebato de celos, sin medir fuerzas, derribó un librero a pocos pasos de uno de los nenes. Don Manuel no jugaría con la seguridad de sus hijos. La señora del licenciado Cuevas Otero no regresaría en años a su hogar pueblerino.

De regreso a casa, Belén fue tratando de organizar sus pensamientos. Recordaba cómo y en qué momento su relación de negocio con don Manuel dio el giro que la llevó a la que vivía en ese momento. *Como es la vida*... La espina, o más bien el punzón de la culpabilidad que la hincó por tanto tiempo haciéndola pensar que la locura de Leticia había sido su culpa, se había suavizado un tanto. Pero, aún seguía pensando en ciertas palabras de Francisca, la espiritista «...viva su amor sin hacer daño», o algo así era, ya ni recordaba bien. Sorteó de inmediato ese pensamiento y rememoró la ardua y costosa lucha que se dio para posibilitar lo que finalmente ese día, 1ro de septiembre de 1914, quedó inaugurado: el distrito provisional de irrigación. Con esos pensamientos, inevitablemente, le llegó la figura del hombre que lo hizo posible. *Ah, mi vida es como para uno de esos cortometrajes de los Lumière. No, no, no, está como para uno largo, de los que hace aquí Colorado*. Se remontó a aquel año en que tomó una decisión que sus empleados catalogaron como drástica.

Cuando sus hijos alcanzaron la pubertad, Belén quería una educación de calidad para ellos. Eso no se conseguía en el pueblo al que le seguía quedando un tanto grande que lo clasificaran como ciudad. Las cifras de las estadísticas de analfabetismo además de la poca cantidad de escuelas para estudios superiores la alarmaban, pero la posibilidad de enviarlos a España como su madre había hecho con su hermano Antonio no era una opción.

Doña Fedora, con su astucia sazonada con candor, no desaprovechó la oportunidad, animó a Belén para que enviara a Milita y Antonio a escuelas superiores en la capital. *Conociéndola, no va a dejarlos solos, así me quedo tranquila, estará lejos del pueblucho*. La penosa situación de Leticia cambió para siempre el afecto que una vez le tuvo doña Fedora a Belén. «Es mi hija, no se hable más», se dijo a sí misma la señorona capitalina para no volver a ver con los mismos ojos a Belén.

–Sabe que la apoyo siempre, en lo que sea, pero irnos para la capital… –decía una preocupada Candelaria–. ¿No les puede poner maestros que vengan aquí a la casa? Así, como viene el don Tynes.

–No, Candelaria, llevo tiempo pensándolo. No voy a postergar la educación formal de mis hijos. Nos vamos todos, cerraré la casa. Solo vendríamos en las vacaciones de los nenes o si Juan me necesitara. Sé que va a ser un cambio inmenso, pero ¿sabes qué? Yo lo necesito también –dijo la viuda con resolución–. ¿Sabes? He llegado a un punto en mi vida en el que estoy hasta aburrida –comentó un tanto pensativa–. Siempre recuerdo haber leído en *Madame Bovary* algo que hasta hoy me estremece: «El aburrimiento es la enfermedad del alma». No quiero ese achaque en la mía.

–No, no, si yo tampoco quiero semejante aburrición para usted. Pero ¿adónde nos iríamos, a qué casa…? Ay, no, no, no. ¿Y los perros, los canarios? ¿Los muebles? Mis calderos… –decía Candelaria llevándose las manos a la cabeza.

–Mujer, deja tanto aspaviento, la nena siempre ha sabido qué hacer –comentó Marcial, quien, hasta ese momento, escuchaba y cavilaba callado–. Nena, nada más le digo que las casas cerradas se deterioran.

–Solo lo estoy pensando, no sería para ahora mismo –dijo sin dejarles saber que la decisión estaba tomada–. Tendría que conseguir una casa cerca de la escuela de Antonio. No lo quiero montado en tranvías, prefiero que pueda ir caminando.

–¿Y habrá una cerca para la niña Milita? –preguntó Candelaria.

–No te preocupes –expresó Belén sin compartir los planes que tenía para su hija–. Doña Fedora va a estar pendiente y, tan pronto sepa de alguna casa para alquilar, me va a avisar –dijo Belén, no sin

pensar en el comentario de Marcial sobre el deterioro de las casas cerradas.

Pasaron meses para que apareciera, según Belén, la casita más encantadora de toda la ciudad amurallada. No la consiguió doña Fedora, sino Inés B. de Panzardi, quien, por los negocios de su marido, iba con frecuencia a la capital.

Si Belén no perdió tiempo, menos lo hizo doña Fedora en invitarla para que tomara la decisión rápido. La viuda no pensaba desperdiciar esa oportunidad así que se alistó enseguida para ir a ver la casa y pasar unos días de reconocimiento en la ciudad capitalina.

–Como que no confío en esa doña. Me da mala espina –decía una preocupada Candelaria cuando Belén le comentó que se iba a pasar unos días en casa de doña Fedora.

–¿Has oído algo de ella? No, ¿verdad? Pues, deja esas intrigas, doña Fedora siempre ha sido muy buena conmigo. Durante todos estos años nunca he sentido algún trato diferente de su parte.

–No sé cómo es tan confiada, mi niña. No creo en tanta bondad. Doña Leticia está loca de remate, y todos sabemos que enloqueció por los celos que le tiene. Yo, siendo usted, andaría con los ojos bien abiertos.

Belén trató de no preocuparse. Se quedó en la casa de doña Fedora y el marido de esta, don Rogelio Silva, quien nunca se enteró de los roces entre su hija y la invitada de su mujer, trató a Belén como a otra hija. Doña Fedora, para ese entonces, no miraba a Belén como antes, pero bien que lo disimulaba, debía tenerla cerca, sobre todo en el tema de la inestimable y necesaria confianza.

–¡Cómo te hubiese querido más cerca de nosotros! –expresó doña Fedora mientras tomaban café mostrando un calculado gesto maternal.

–Ay, a mí también me hubiese gustado, pero al menos estaremos en la misma ciudad –dijo la viuda contenta.

Belén encontró el alquiler un poco alto, pero la casa bien lo valía; firmó un contrato por un año con una cláusula para extenderlo anualmente. La localización era, para su gusto, privilegiada y, lo más importante era que la escuela a la que asistiría Antonio José quedaba

relativamente cerca. Encantada, vio que a la casa le quedaba una plaza de frente, una majestuosa fortificación con nombre de santo la custodiaba de un lado y ni siquiera se cansaría cuando caminara hasta el Teatro Municipal. En esos días hasta compró el mobiliario que necesitaba, no era mucho, solo lo necesario. Doña Fedora le consiguió gente para limpiarla. En menos de una semana, la casa estaba aireada, limpia y con el mobiliario en una esquina esperando por ser acomodado con calma.

–Ni mandada a pedir –les comentó Belén a todos en casa a su regreso de la capital–. Les va a encantar. Es muy diferente a esta, pero es linda, fresca y tiene un patio interior. Solo tiene tres puertas delanteras, no como esta, pero tiene una segunda planta. Se van a maravillar con el sistema para filtrar el agua –expresaba la viuda entusiasmada.

–Yo me llevo mis ollas y calderos, no cocino en otros –dijo Candelaria muy autoritaria ante la sonrisa de Belén.

–Sí, como digas. Sé que tus manjares no nos sabrían igual hechos en otros –sonrió Belén abrazándola.

La viuda tenía todo más que organizado, no se le escapó ni un solo detalle. Pensó en las palabras de Marcial sobre dejar la casa cerrada y decidió que Adela y Teresa se quedarían en la del pueblo pues Marcial y Candelaria se iban con ella para la de la capital. También le vinieron a la mente su tío Joaquín y Petra. *Pues, sí, sí, Adela y Teresa se ocuparán de que no les falte nada*. No pensaba mucho en los oscuros momentos que vivió a causa de ese tío aborrecible, eran parte de su historia, los había dejado encerrados en su corazón con un candado de siete llaves. A pesar de que jamás lo perdonaría, su lado piadoso no le permitía dejarlo sin protección.

En fin, que en la casa del pueblo se quedaban la mayoría de los canarios, los perros, Adela y Teresa.

Corría el 1910 en el momento en que Belén tomó la decisión de mudarse a la capital. Unos días antes de la partida, la viuda hizo dos visitas: la primera fue para echar un vistazo a la Puerto; la segunda, ineludible para ella, para despedirse del licenciado Cuevas Otero.

–Algo escuché –respondió don Manuel al «no sé si sabe que nos mudamos para la capital» de Belén–. De aquí a algún tiempo me

tocará tomar esa decisión para mis hijos.

–Lo pensé mucho, no los quiero lejos de mí. Nunca le conté lo que le sucedió a mi hermano en unas cortas vacaciones que pasó acá mientras estudiaba en Madrid. Mamá por poco no se repone. Antonio llevaba años fuera, bendito, regresó solo para encontrar la muerte –recordó Belén con pesar–. Creo que vamos a estar bien en la capital. La casa queda cerca de la escuela a la que irá Antonio José y Milita estará interna en el Colegio de las Madres del Sagrado Corazón que queda bastante cerca, podrá pasar los fines de semana en casa.

–Vaya, ¿la niña interna? ¿Puedo saber qué la llevó a tomar la decisión? Estoy pensando hacer lo mismo con Ana Elisa. Solo espero a que sea mayorcita.

–Amalia Belén es voluntariosa, a veces no puedo con ella. No es como Antonio que se deja educar. Veo a Milita medio cerrera, confío en que el rigor de las monjas la hará entrar en cintura.

–Algo no me cuadra. Siempre la he visto como una mujer que lleva su vida como desea. ¿Por qué su hija no puede hacer lo mismo? –preguntó el licenciado verdaderamente intrigado.

–No es lo mismo, pienso antes de hablar. De esa sutileza carece mi hija –contestó Belén muy seria–. Además, y lo más importante, quiero que se instruya, que luego vaya a la universidad, que no pase los trabajos que he pasado yo aprendiendo sola a empujones –dijo para concluir ese tema–. No creo que Ana Elisa sea como Milita. Nunca le he comentado cuánto admiro cómo lleva a su familia, esos nenes se ven felices –cambió de tema la viuda sonriendo al tiempo que se levantaba para salir–. Espero que esté bien –creyó despedirse.

–Belén, usted fue la tentación más grande que me presentó la vida –soltó don Manuel Cuevas Otero sin que Belén lo viera venir.

Con un revoloteo descontrolado de mil mariposas en el estómago, la viuda solo comentó: «Gracias por decirlo».

–¿Podría contestarme una pregunta? –cuestionó el licenciado.

–Diga –dio por contestación la viuda.

–Y yo, ¿fui una tentación para usted?

–Sí. Lo fue –contestó cuidadosamente Belén con el mismo tiempo verbal con el que él le expuso su confesión.

–Gracias, no le hubiese creído si me hubiese contestado con un no –terminó don Manuel buscando la esquiva mirada de Belén.

–Bueno, don Manuel…

–¿Lo superó? –soltó de momento el hombre sin esperar respuesta–. A mí me sigue costando.

–A mí también –dio por despedida Belén. Salió sin sospechar que esas últimas palabras los mantendrían cautivos por años.

Ese recuerdo le sacó una nostálgica sonrisa y la devolvió a su presente en el 1914.

Seguía el trayecto de vuelta a su casa. Cruzaba la plaza como siempre, sin percatarse de que era escrutada por todas las miradas.

–No puedo creer que no te hayas enterado de que Leticia llegó ayer con doña Fedora. ¿Cómo es que no me avisaste? –le reprochó Belén a Candelaria mientras le pedía un vaso de agua.

–Por eso mismo no le dije, porque sabía que se iba a poner así. Pensé que el día era muy importante como para dañárselo desde ayer –dijo la cocinera revolviendo el contenido del vaso que preparaba.

–Disculpa, Candelaria, es que mi ambiente se altera con la presencia de esa mujer –se excusó mientras bebía el agua de azahar que la cocinera preparó tan pronto le vio el semblante–. ¿Oíste algo? ¿Cómo te enteraste?

–Fue Marcial, sabe que se entera de todo. Las vio llegar al pueblo.

–Otro que se calla las cosas.

–Creo que no le comenta porque no sospecha nada de lo de ustedes. ¿O será que sí sospecha? ¿Será que lo sabe? –se quedó pensativa Candelaria.

–Yo sabía. Desde que me levanté, he sentido algo raro. No sé, es como una espinita. Ahora entiendo.

Leticia pasaba sus días entre el manicomio y la casa de sus padres. Esas visitas eran supervisadas; su estado mental seguía inestable. Los celos y las rabietas continuaban; además, había que cuidar su corazón. Doña Fedora pensaba que, poco a poco, visitando su hogar en el pueblito del litoral sur con sus hijos y marido, se iría recuperando: lejos estaba ese pensar de la realidad. Leticia iba dos veces al año acompañada por su madre y supervisada por una enfermera; nunca una de esas estadías pasó de tres días.

Años atrás, la idea de un divorcio que una vez se atrevió a contemplar don Manuel se le había esfumado. El licenciado aceptó y aguantó estoicamente las imposiciones de su suegra pues, al igual que Belén, sentía el punzón de la culpabilidad pegado a las costillas. Últimamente, la idea del divorcio rondaba nuevamente por su cabeza.

Las esporádicas visitas de Leticia a su hogar eran un suplicio para todos. Sencillamente, la mujer no soportaba a sus hijos, mucho menos ver cómo su marido se desvivía por ellos. Esas escenas la reventaban. Le reprochaba a don Manuel tanto derroche de amor cuando para ella solo había monosílabos para sostener las que intentaban ser conversaciones. La situación se convirtió en una amalgama de lástima, costumbre y frustración.

–Ustedes llevan una cruz, no sé qué esperan para deshacer ese lío –comentó muy seria la cocinera; había aceptado esa situación que en un principio desaprobó–. Vivan ese amor sin quebraderos, coño.

–No es tan sencillo –dijo Belén con la mirada perdida.

–Bueno, nada, mijita, espabílese que hay que celebrar –la animó Candelaria moviéndola por los hombros para sacarla del aletargamiento en el que estaba.

Con el sol aún arriba, se reunieron en la sala todos los integrantes del hogar Calzada Fernández y el que apareció mientras estaban llenando las copas.

–Eh, don Manuel, qué bueno que pudo llegar, usted ha sido testigo de nuestros sinsabores esperando esto que hoy vimos materializarse en agua –saludó Belén con la formalidad con la que

trataba al licenciado cuando había público, disimulaba ante sus hijos la emoción que sentía con la sorpresa de su llegada. Milita bajó la cabeza para que no la vieran sonreír.

–¡Salud! –brindaron con copas de agua; las de champán serían para el resto de la noche.

–Solo pasé a brindar con ustedes. Esto es un evento digno de celebración. ¡Enhorabuena, doña Belén! ¡Mis parabienes a toda la familia! –los felicitó dejando la copa en una consola.

–Gracias, don Manuel, apreciamos su gesto –dijo muy cortés Antonio José, quien ya parecía el hombre de la casa.

Belén salió hasta el balcón para despedir al licenciado, fue cuidadosa, cerró la lama de la puerta doble por la que salían y entraban a la casa.

La estructura tenía seis puertas dobles con celosías y soles truncos. Todas daban al balcón, solo una se abría, el resto permanecía clausurado. La primera servía de acceso a la biblioteca, siempre estaba cerrada. La segunda daba a la sala por donde se entraba a la casa; la tercera, que igualmente quedaba en la sala, solo se abría en fiestas; el resto del tiempo, clausurada también. La cuarta puerta daba al cuarto de visitas y las quinta y sexta, a la habitación de Belén: clausuradas de igual modo.

–Esta es de las que me gustan, de verdad, no te esperaba. ¿Me querías sorprender? Lo lograste ¿Qué pasó con Leticia? ¿Vino y se fue enseguida? –decía Belén radiante de felicidad.

–Me alegra verte tan contenta –dijo mirando hacia las celosías–. No, no, Leticia sigue aquí. La cena no estaba lista, así que dije que iba a buscar pan.

–Ah, bueno, pues… –dijo Belén tratando de disimular su sosera.

–Imagino que, como siempre, se irán mañana o pasado.

–No te preocupes, hablamos luego. Disculpa. No pretendo agobiarte. Vete, vete –sugirió Belén con tono conciliador–. Dile a Andrés, cuando lo veas, que se acuerde de que tiene una amiga que lo echó de menos en el brindis.

El licenciado se fue y Belén entró a la casa.

–Ven, mamá, aquí está la tuya con champán –dijo alegre Milita.

El sutil tintineo de las copas chocando llevó a Belén al tiempo en que comenzaba su nueva vida en la capital; incontables fueron las que alzó para brindar. Escenas diversas corrieron por su cabeza, fueron muchas y nada aburridas. El comienzo de la nueva vida en la capital se dio en el verano de 1910, década que llenaría a Belén de vivencias inimaginadas que la mantendrían más que ocupada.

–Yo creo que con este reguerete de tinajas tarda más en filtrarse el agua. Tan fácil que es con la piedra de la casa –decía Candelaria ante el sistema de filtración de agua de la casa capitalina que Belén encontraba fascinante. El agua caía de vasija en vasija, estaban dispuestas una debajo de la otra. Cuando el líquido llegaba a la última estaba puro y cristalino.

–Ya te acostumbrarás –decía Belén contenta–. ¡A que no es bella la casa!

Ese primer día y los subsiguientes, el recinto citadino fue un entra y sale. A todos les costaba ajustarse. El *cómo acomodar los muebles*, el *dónde será más agradable desayunar*, o el *qué rincón será más placentero para leer* fueron las principales preocupaciones de la viuda. Había mucho que organizar. Quería tener todo en orden para luego dedicarse a conocer su nueva vecindad.

Antonio buscaba un espacio para su nueva mesa de billar; Marcial, uno para los únicos dos canarios con los que Belén decidió cargar; Candelaria, analizaba su espacio culinario, y Milita… Nada, que Milita andaba dando traspiés, ni siquiera sabía lo que quería de la vida. Aunque la mayoría de los nuevos capitalinos no era dado a la queja, la inconformidad pronto brotó.

–¿Por qué no puedo tener una de las habitaciones que miran a la plaza? –preguntaba Milita contrariada.

–Me lo vas a agradecer, no soportarías el sol de las mañanas –contestó Belén sin decirle que realmente no tenía importancia, estaría la mayor parte de sus días en el internado; esa conversación

estaba pendiente. La jovencita creía que la movida había sido solo por la educación de Antonio.

Para Candelaria, aparte de las tinajas del agua, todo estaba perfecto. La cocina era más cómoda que la de la casa del pueblito; pronto le encontró lugar a cada uno de sus tereques.

–Pues, fíjese, aquí como que tengo más espacio. No es que me esté quejando de la otra, pero esta es más grande y tiene más luz. El aire corre más –decía contenta la cocinera, todos eran detalles importantes para ella.

–Estas casas tienen buena ventilación, pensaron en todo. ¿Te fijaste en el huequito que hay arriba de la puerta de entrada? Ven, te enseño.

Belén le mostró lo que Candelaria había visto tan pronto se paró de frente a la casa a contemplar la fachada.

–Le dicen *oculi,* es para que circule el aire. Ahora se mueve la brisa, pero antes de que derribaran la muralla que había ahí enfrente, esto era un horno –dijo Belén mostrando el lugar donde, por siglos, hubo una puerta que dio acceso a la ciudad por ese lado, esta estuvo flanqueada por una inmensa muralla.

–Si ahora hace calor, no me quiero imaginar cómo sería con semejante valla –comentó Candelaria acomodándose el cabello sudado en su apretado moño.

En cuanto a Marcial, estaba maravillado. Esos primeros días echó un vistazo solo a las calles aledañas. Nunca había estado en la capital, por lo que pasarían varias semanas para que se atreviera a recorrerla solo.

Belén decidió realizar salidas todas las tardes. Iban todos los habitantes de la casa para juntos conocer qué los rodeaba: plazas, plazuelas, iglesias, ermitas y capillas, colmados, pescaderías y carnicerías, cafeterías, zapaterías, joyerías, telares y boticas, tiendas de abastos, dispensarios médicos, cuarteles, bancos, librerías… En fin, fueron aprendiendo dónde quedaban los puntos de interés de cada cual. La viuda planificó recorrer dos calles por día. En esa época del año, el día rendía, de modo que cuando refrescaba un poco la tarde, salían a la aventura de conocer la ciudad.

El quinto día como aventureros, recorrieron la calle que desemboca o comienza, según sea la perspectiva, en el Palacio de Santa Catalina o La Fortaleza, como también lo llamaban. Todos se quedaron contemplando la hermosa estructura que, con el pasar de los siglos, fue creciendo en tamaño y usos. Luego de admirar la residencia del gobernador, siguieron caminando y Belén les fue hablando sobre el porqué del nuevo nombre que tenía por aquellos tiempos la calle de la Fortaleza, como fue nombrada desde el siglo XVI.

–No dejo de pensar en que ha sido una falta de respeto haberle puesto calle Allen a esta calle que lleva siglos como la Fortaleza –decía Belén mientras caminaban–. Aunque haya sido nombrada así en honor al gobernador Allen, siento que fue una imposición.

–Total, nadie la llama así –comentó Milita riendo.

–No, pero ese es el nombre oficial. Ese fue un acuerdo firmado por la legislatura del Ayuntamiento de San Juan en el 1901 –aportó Antonio muy informado.

–Sí, sí, pero ya verán, se quedará calle Fortaleza *per secula seculorum*. Eso de calle Allen quedará en el olvido –concluyó Belén muy segura de su predicción.

Llegaron hasta una inmensa puerta doble que daba acceso a la ciudad desde el mar. Al estar de frente a la bahía y mirar hacia La Fortaleza, comprendieron por qué habían asentado aquel palacete en ese lugar: su localización era privilegiada.

Todos regresaban de las caminatas cansados, sudados pero felices. Concluyeron que el agotamiento venía pues no estaban acostumbrados a las cuestas que tenía la capital; en su pueblo no las había, todo era plano y fácil de caminar. Como suele ocurrir con la práctica, pronto dominarían el terreno y las calles adoquinadas por las que caminarían por los próximos años.

A unas semanas de estar instalados, Belén decidió ir al teatro acompañada por sus hijos: tocaba introducirlos a la ópera. Se presentaba *Carmen,* de Bizet, una de las favoritas de la viuda.

A la Isla llegaban compañías de ópera, zarzuela y teatro con bastante regularidad. En el pueblo que vio nacer a Belén no había teatro, pero las compañías se esmeraban en preparar solares para

presentarlas. La joven viuda no se perdía una sola. Vio desde *Los pícaros celos* hasta *El puñao de rosas,* se había convertido en una asidua espectadora: una ferviente admiradora de las tablas. La movida a la capital la entusiasmaba. Allí podría ver todo en un teatro preparado con toda la utilería y lujos propios de esas presentaciones.

Aun cuando Belén esperaba una noche espectacular pues la *Carmen* era interpretada por la aclamada *mezzosoprano* Regina Álvarez, el espectáculo, más que la ópera, fue lo que aconteció luego de concluir la pieza musical.

La vistosa ópera fue impactante, como todos esperaban: el público estaba fascinado. La mujer dominó el escenario con su voz y chispa, tal como es la Carmen de la novela que escribiera Prosper Mérimée y que inspirara a Georges Bizet para adaptarla a ópera. El toreador cautivó a todos con su abaritonado vozarrón y el don José fue el perfecto tenor sufrido y celoso enamorado de Carmen. Al finalizar el último acto, el público estaba tan contento, que, como era costumbre, comenzó a pedir con insistencia que la soprano los deleitara con alguna repetición. Doña Regina, muy altiva ante el demandante público, mostró unos dedos de las manos dejando a todos sin aliento; a todos menos a Milita, quien soltó una carcajada que su madre acalló con solo mirarla.

–¡Qué barbaridad! Con razón les dicen divas. ¡Qué falta de respeto! ¿Qué le costaba cantar alguito más? –decía una Belén ofendida al salir del palco flanqueada por sus hijos.

–Mamá, hay que entenderla. Debió de estar cansada, cantó toda la ópera –dijo un conciliador Antonio José.

–Óyeme bien, Antonio, la elegancia no debe perderse ni aun estando cansada, quedó fatal ante todos.

–Pues, a mí me estuvo de lo más graciosa –soltó Milita muy enérgica.

–Y tú, resérvate esos comentarios para casa –le susurró Belén a su hija.

–¿Por qué? –refutaba la joven.

–Hablamos en casa. No se puede andar por ahí yendo siempre contracorriente, hija. Comedimiento, niña, comedimiento –decía

Belén sonriente mirando a quien se acercaba a saludarlos.

–Belén, querida, sabía que te encontraría aquí –saludó doña Fedora contenta ante el encuentro–. ¿Cómo les estuvo la ópera? –les preguntó a los jóvenes.

–Muy buena, la disfruté –expresó Antonio José–. Y, el teatro, impresionante. La forma de herradura permite una interpretación vocal impecable lo que resulta en un deleite para todos –concluyó el muchacho ante una sorprendida doña Fedora y una orgullosa Belén.

–Espléndida. Yo lo que me disfruté fue el cierre de telón con lo que vino después –dijo Milita ante la mirada de reproche de su madre.

–Ven, Belén, quiero que conozcas a alguien –invitó doña Fedora a la viuda, ignorando las imprudencias de Milita.

–Vayan a casa, nos vemos en un rato –les instó Belén a sus hijos, no quería más sobresaltos con las palabras poco pensadas de su hija.

El vestíbulo semicircular del teatro estaba tan o más lleno que al comienzo de la velada. Esa noche, fueron muchos los que se quedaron comentando lo acontecido. El tema de los dedos de la soprano acaparaba las conversaciones. Muchos eran los que decían estar confundidos, no estaban seguros de qué dedos mostró, los índices o los corazones. Otros no cejaban en su interpretación: «Qué ordinaria, qué gesto tan vulgar». Y hasta había quienes la defendían con pasión atreviéndose a decir que los que mostró fueron los pulgares.

Doña Fedora caminaba con Belén, más de una mirada se posó en la hermosa viuda, quien lucía un vestido azul añil bastante ceñido al cuerpo.

–Belén, te presento a don Lorenzo García y Zúñiga, hacendado cañero como tú. Nos conocemos hace varios años, podemos decir que somos amigos –comentó doña Fedora.

El hombre había visto a Belén cuando esta se fue a acomodar con sus hijos en uno de los palcos del teatro antes de comenzar la ópera. Luego se fijó en ella cuando, en uno de los entreactos, la viuda salió al mezanine para contemplar no solo el teatro, sino a los capitalinos y sus costumbres en veladas como aquella. Don Lorenzo

sabía que nada pasaba en la capital sin que doña Fedora se enterara, de modo que le preguntó quién era la mujer que andaba sin marido.

–Es un placer conocerla, doña Belén –expresó don Lorenzo galantemente.

–El placer es mío –respondió Belén con sus acostumbradas buenas maneras.

–Vuelvo en seguida, debo saludar a alguien –dijo doña Fedora, y se retiró.

–¿Cómo encontró la ópera? –inquirió el hombre haciendo un gesto para animarla a separarse un poco del incómodo tumulto.

–Me gustó mucho, estuvo preciosa. ¿Sabe? En mi pueblo no se ven estas producciones tan fastuosas, las compañías de teatro que llegan montan las obras en espacios abiertos pues no tenemos teatros como este.

–Me alegra que lo disfrutara, *Carmen* es de mis óperas favoritas –comentó el hombre para entusiasmar a Belén.

–Lo es para mí también –añadió la viuda para comenzar una amena charla sobre ese género musical que no era el favorito de muchos.

La pareja estuvo conversando a solas un tanto alejada de la multitud que solo hablaba del desplante de doña Regina. A Belén la cautivó que el hombre no tocara ni por un segundo el tema del gesto de la soprano. Eso le gustó, le pareció un caballero muy educado y respetuoso al no desmerecer a la cantante.

La viuda miró un reloj de la pared que le quedaba de frente para percatarse de que llevaba quince minutos hablando con don Lorenzo. De momento, pensó que sus hijos podrían estar preocupados esperándola en casa. Aunque se sentía a gusto con el caballero y la conversación que sostenían, las preocupaciones maternales guiaron su proceder.

–Don Lorenzo, por favor, discúlpeme, debo marcharme, mis hijos me esperan en casa.

–Oh, pensé que eran sus hermanos –comentó el hombre para desilusionar de súbito a Belén. Esas galanterías la incomodaban, las encontraba poco originales, para ella, rayaban en la estupidez.

–Gusto en conocerle, que esté bien, don Lorenzo –se despidió Belén dejando al hombre sin palabras.

Otro para el saco, ¿no se darán cuenta de lo estúpidos que suenan? Belén caminaba buscando a doña Fedora para despedirse. La encontró conversando con un grupo de parejas.

–Ven, acércate, querida –le dijo la señorona capitalina, quien parecía la alcaldesa; como siempre, dominaba toda la escena–. Gobernador Colton, le presento a la señora Belén Fernández. Belén, ellos son el señor y la señora Pedraza, el señor y la señora Obregón y la señorita Margarite Colton, hermana del gobernador.

Todos la saludaron cordialmente. Belén sonrió y saludó con gestos elegantes inclinando sutilmente la cabeza. Con el escarceo que había en el vestíbulo a causa del gentío y la comidilla que generó la soprano, Belén ni siquiera pudo captar un solo nombre de los que doña Fedora mencionó; menos aún, el tratamiento del señor Colton o que la mujer que lo acompañaba era su hermana. Entre la algarabía, el señor Colton trató de entablar una conversación con la joven viuda.

–*Did you enjoy the opera?* –le preguntó el hombre en un volumen que Belén escuchó a la perfección.

–Sí, la disfruté mucho –dijo sin pensar en cómo contestarle en inglés.

–Querida, George a penas habla español –expresó muy solícita doña Fedora.

–*Oh, no worries,* pude entenderla –dijo sonriendo el señor Colton.

–Belén, querida, podrías practicar tu inglés con el gobernador –solicitó a toda voz doña Fedora con una sonrisa exagerada.

Entonces sí que oyó Belén a la señorona. No supo si fueron los nervios o simplemente el aferro a su cultura los que la hicieron decir lo que dijo, perdiendo la elegancia que hacía un rato fue tema de conversación con sus hijos.

–¿Quién fue el que llegó a esta Isla? Debería ponerse a estudiar español como he estudiado yo el inglés –opinó sin saber si la entendió o no.

Nadie pestañeó luego de tan sencilla recomendación: todos los que alcanzaron a oírla quedaron con las miradas centradas en el mandatario. Antes de que alguien volviera a pestañear, Belén se percató de la imprudencia cometida, pero, para disimular, sonrió con la candidez que la caracterizaba. Se despidió elegantemente dando por excusa que era tarde y sus hijos la esperaban en casa. Don George Radcliffe Colton la siguió con la mirada sin poder ocultar una sonrisa. La hermana del gobernador observó la escena sin disimular un gesto de hastío, la sonrisa de su hermano no le causó nada de gracia.

Belén comenzó a temblar mientras caminaba a casa, iba analizando las posibles consecuencias de sus palabras. *Bueno, no dije nada que no fuera cierto*, se decía para calmarse. *Yo estudié inglés para poder entender a los intrusos, que se pongan a estudiar español ellos,* pensó para confirmar que sus argumentos eran válidos. Llegó a su casa en pocos minutos, Milita la esperaba.

–¿Qué? ¿A quién te presentó doña Fedora? –preguntó intrigada la jovencita.

–Ay, nena, no tiene importancia.

–Mami, por la cara que traes, algo te pasó. Lo que no descifro es si fue bueno o malo –decía Milita mientras escrutaba el rostro de su madre.

–Nada, hija. Vamos, vamos… A dormir. Mañana espero visitas –dijo serenamente Belén, sin adelantarle que quien llegaría al día siguiente sería la madre superiora del colegio al que asistiría.

La parada en la cocina al finalizar cada día era una obligatoria para Belén. Candelaria siempre la esperaba con alguito. Según le veía el semblante, le ofrecía esto, eso o aquello. Esa noche, le ofreció, como en muchas otras ocasiones, agua de azahar.

–¿Y qué pasó hoy? ¿No que esa ópera es una de sus favoritas? –soltó la cocinera sin tapujos al ver el rostro de Belén.

–¿A quién salió Milita tan espabilada? No parece tener doce años. Santo cielo… Tanto que nos preocupó por lo mucho que tardó en hablar y, mira para allá, ahora no hay quien la pare –decía Belén tratando de ignorar las preguntas de la cocinera.

–¿Usted pregunta? Si esa nena es *cagaíta* a la abuela. Me imagino a doña Amalia, que en paz descanse, así mismito a esa edad –comentó Candelaria–. Pero… No es eso lo que la tiene con esa cara. ¿Qué pasó?

–Muchas cosas pasaron. Todo bello: escenario, música, cantantes. La soprano hizo tremendo desplante al terminar la ópera, después te cuento. Conocí a un cañero que en un principio me pareció encantador y luego, como lo llamarías tú, un floretero, pero de los baratos. Y, para terminar mi velada, creo que fui un tanto maleducada con el gobernador –concluyó el recuento Belén sin casi haber tomado aire entre pausas. Se dejó caer en una silla.

–Menuda noche. ¿Cómo que el gobernador? ¿Y lo dice así? ¿Sin más ni más? ¿Qué pasó?

–A ver, Candelaria… Si llegas a un país y no conoces su idioma, ¿qué haces?

–No abro la boca ni para decir «esta boca es mía».

–¡Candelaria, por favor!

–¿A qué viene esa pregunta?

–Dime, ¿tratarías de aprender el idioma? ¿O esperarías que todo el mundo hablara el tuyo?

–Bueno, pretender que todo el mundo hablara el mío sería mucho… –dijo un tanto pensativa–. Pues, sí, me las buscaría para aprender, por lo menos, lo más básico. No sé, ¿dónde está el mercado? ¿Dónde consigo tabaco y ron? –soltó al tiempo que se ahogaba con una carcajada.

–¡Ya! Ponte seria –decía Belén sin reírle las gracias.

–Sí, sí, creo que, por lo menos, haría el intento de aprender a hablar el idioma.

–¡Verdad! Eso pienso yo también. Eso dije cuando el gobernador me hablaba en inglés.

–Bueno, mi niña, coño, es el gobernador. ¿No se le ocurrió…? Si usted sabe inglés… ¿Qué pasó? Pero ¿no lo reconoció? Si lo ha visto en los periódicos. No lo puedo creer –decía Candelaria intrigada.

–No, no lo reconocí. No sé, creo que es el pelo. ¿Qué sé yo? No, no lo reconocí y, con el alboroto que había, ni siquiera oí los nombres de las personas que me presentó doña Fedora.

–¿Y qué hizo él? –preguntó la cocinera verdaderamente intrigada y pensando en el consejo que le daría según fuera su contestación.

–Ni vi, me despedí sin mirarlo y me fui.

–Bueno, esperemos que no lleguen por ahí para arrestarla por insubordinada. Hay que cerrar bien las puertas. La ayudo a empacar, debemos regresar a casa –sugirió la cocinera muy seria, tratando de no reír.

–Ay, ¡por Dios! No es para tanto… –dijo Belén un tanto despreocupada, pero sin poder disimular una leve sosera–. ¿O sí? –expresó al rememorar la brusquedad con la que soltó aquellas palabras dirigidas al primer mandatario de la Isla–. No, no, no… –concluyó dejando ver una mueca que se movió de picardía a duda–. De todos modos, revisa que las puertas estén bien cerradas.

Las carcajadas de Candelaria atrajeron a todos a la cocina. El insubordinado incidente se narró. Todos rieron y aplaudieron a Belén.

–Esto va a amanecer revuelto –comentó Marcial reganando la compostura–. ¿Piensa ir a misa mañana?

–Pues sí, tempranito. ¿Por qué no? –dijo Belén al tiempo que pensaba que quizás no era buena idea.

–Ahí sí es que se va a alborotar el avispero. Nena, usted va a cruzar esa iglesia y las palabras suyas irán detrás.

–Bueno, ya veremos. Todos a la cama. A descansar, la noche fue larga –concluyó Belén retirándose a su alcoba.

No le era posible conciliar el sueño a la viuda. Pensó que había empezado su nueva vida en la capital como no debió haber sido. *¿Qué me pasó? ¿Qué habrá pensado ese señor? ¡Qué vergüenza!* Encendió varias lámparas y dedicó la madrugada a leer los periódicos que estaban amontonados, según Marcial se los dejaba en la mesita dispuesta para libros y revistas. Trató de buscar noticias de

política o del gobierno que la ayudaran a sostener conversaciones educadas e instruidas por si volvía a encontrarse con el gobernador.

El coronel George Radcliffe Colton llegó a la Isla a finales de 1909 para ser el gobernador de la más pequeña de las Antillas Mayores; fue nombrado por el presidente de los Estados Unidos William H. Taft. El hombre había servido al gobierno estadounidense en Filipinas y República Dominicana, estadías que hicieron que el idioma español no fuera extraño para él, detalle que no muchos conocían. De carácter afable, refinados modales y exquisitos gustos fue ganándose el distintivo de mejor anfitrión en las que se convirtieron en las «recepciones semanales del gobernador». Como funcionario, su buen juicio lo iba llevando a ganarse la amistad de muchos líderes políticos de la Isla.

Al día siguiente del encontronazo entre la viuda y el gobernador, la capital amaneció como todos los días, alborotada, con gente caminando de un lado a otro. Esa mañana las personas se conglomeraban más de lo usual en esquinas, parques y plazas. Lo que faltaba era que se pregonara a viva voz: «Viudita deja pasmado al gobernador» o «Gobernador cae ante los encantos de la viuda pueblerina».

A eso del mediodía, la atención se movió de dama. Resultó que la empresa de ópera difundió un mensaje dirigido a las personas que presenciaron la obra la noche anterior. La cantante expresaba sus disculpas al público que catalogó como gentil e inteligente. Expresó que no fue su intención ser descortés. Dejó saber que lamentaba profundamente no haberse hallado del todo bien para obsequiarlos con una romanza extra como fue su más ferviente deseo. La empresa comunicó que esperaba que las «espontáneas» expresiones de la señorita Regina Álvarez fueran interpretadas en su valor verdadero. Las reacciones al comunicado no fueron nada piadosas. Iban desde «sí, sí, ¿y por qué no dijo eso anoche?» hasta «a esa, que ni se le ocurra volver por aquí».

El cotilleo del asunto de la diva operática disipó el de la viudita nueva en la capital.

Belén no fue a misa ese domingo, no porque no quisiera, sino porque no se levantó temprano: se desveló leyendo.

A las tres de la tarde, tocaron a la puerta. Belén misma acudió al llamado, sabía a quién tenía que recibir.

–¡Buenas tardes, reverenda madre Aurora! ¡Qué gusto tenerla aquí! ¡Gracias por venir! Pase, pase –saludó Belén mientras la madre superiora del Colegio del Sagrado Corazón hacía su solemne entrada a la casa.

–Gracias, hija –dio por saludo la monja, quien era seguida por la hermana Gracia y la hermana Alma. Una la abanicaba y la otra cerraba la sombrilla negra de la priora.

Candelaria se asomó para ofrecer café y galletitas. La madre superiora se sentó en una butaca y, con tímido andar y mirando al suelo, las dos hermanitas se sentaron en el sofá que les mostró Belén. La cocinera miró con recelo la escena. Más adelante se enteraría por Milita de cómo eran las costumbres y el estilo de vida en esa congregación. Candelaria se fue a buscar el café y las galletitas, pero antes, a Milita, según le pidió Belén.

–Amalia Belén, hija, saluda a la reverenda madre Aurora. Viene del Colegio de las Madres del Sagrado Corazón –comentó Belén.

–Buenas tardes, reverenda madre –dijo la niña alegremente sin poder quitarle los ojos de encima a la hermana Alma, quien por su obesidad y males nunca diagnosticados se quedó dormida con apacibilidad de recién nacido.

–Milita, hija mía, sabes lo importante que es para mí la educación de ustedes. Antonio comenzó sus estudios la semana pasada y tú comenzarás la que viene –dijo Belén dejando el detalle del internado fuera de la buena nueva.

–¿Qué dices? ¿Voy a seguir con estudios superiores? ¿Podré, entonces, ir luego a alguna universidad? Mami, gracias, gracias –expresó la jovencita eufórica.

La superiora esperaba que la reacción de la niña fuera igual de alegre cuando se enterara de que estaría interna en el pensionado.

–Su educación es el regalo más grande que les puedo dar. ¿Sabes? Esta semana compraremos todo lo que está en la lista que nos trajo la reverenda madre Aurora. Queremos que te sientas como en casa –declaró Belén sin mirar a su hija.

–¿Comprar qué? ¿Cómo que como en casa? Yo de aquí no me muevo, voy a la escuela y regreso en las tardes, como hace Antonio –espetó Milita.

–Hija, ya te acostumbrarás, tenemos una comunidad hermosa. Compartirás con niñas de toda la Isla y aprenderás disciplinas propias para una mujercita como tú.

Milita dejó a la superiora hablándole a Belén porque se retiró sin mirar atrás.

–Mis disculpas, reverenda madre, ella es muy casera, será la primera vez que se separe de mí –mintió Belén para tratar de tapar el carácter volátil de su hija.

–No se preocupe, su reacción es muy común, es normal. Ya se acostumbrará. A mi edad he visto todo –dijo muy segura la monja sin imaginar lo que vería con aquella niña a la que catalogó de inmediato como insufrible.

Belén dejó salir sutilmente el aire que contuvo mientras esperaba el sonoro portazo que daría Milita; espiró tranquila porque la puerta fue cerrada con delicadeza.

–El domingo que viene Amalia Belén estará instalada en el pensionado.

–La esperamos con el corazón abierto en nombre de Jesús –se despidió la madre superiora mientras una de las hermanitas le entregaba un sobre a Belén y la otra se alistaba para abrir la sombrilla de la madre Aurora.

Entre largas conversaciones, llantinas, regaños, pláticas burdas pero sabias de Candelaria y Marcial, además de un encierro voluntario por varios días, Milita accedió a ir al pensionado. Quien único logró convencerla fue su hermano.

–¿Quieres quedarte bruta el resto de tu vida? Lo que vas a ver es cómo otras sin tu inteligencia te pasan por el lado y llegan más lejos que tú. ¿Querías escuela superior? Pues, ahí está. Ese internado es tu única opción, no seas necia. Además, de todos modos, vas de cabeza, mamá ya tomó la decisión. Mejor es que vayas de buena gana, así será menos difícil adaptarte. Total, vas a venir los fines de semana.

Nadie le dijo algo tan sencillo pero tan claro. Así eran las cosas, *no estudias, te estancas, no avanzas*. El pensionado sería solo un tramo corto en la larga vida que le esperaba a la espabilada y lista Milita. Un domingo de septiembre de 1910 llegó Amalia Belén Calzada Fernández con unos cuantos bártulos al pensionado de las madres del Sagrado Corazón.

Los días siguieron corriendo, en la casa capitalina de Belén eran tranquilos y agradables. La tranquilidad de la viuda era fruto de saber que en su hacienda cañera todo marchaba bien, no tenía la más mínima preocupación en cuanto a las siembras. Juan cuidaba todo aquello como se hace con un preciado bien. Sin incertidumbres o preocupaciones, la joven viuda pueblerina se habituó rápidamente a la vida en su nuevo entorno. La entusiasmaba salir. Había tanto que hacer que pronto las horas no le darían para todas las actividades en las que se involucró: lecturas, tardes de apreciación de música, actos de caridad… Estaba tan entretenida que poco a poco el recuerdo del licenciado Cuevas Otero se fue acomodando en un recoveco bastante escondido de su cabeza. Congenió con señoras que doña Fedora le fue presentando. En poco tiempo compartió y se divirtió más de lo que hizo en los pasados treinta años. Al igual que en su pueblo, muchas eran las miradas que atraía cuando cruzaba calles, plazas o iglesias.

El Teatro Municipal se convirtió en un lugar muy visitado por la viuda; había presentaciones semanales que no se perdía. Don Lorenzo García y Zúñiga, con las sutilezas de su educada insistencia, se convirtió en el asiduo acompañante de la viuda.

Una noche otoñal con temperaturas de invierno caribeño dado a su proximidad, mientras Belén charlaba en el vestíbulo del teatro con otros amantes de la ópera, fue sorprendida con un «buenas noches, doña Belén» cargado de un acento angloamericano. Al voltearse, vio al gobernador, quien estaba rodeado por el séquito que requiere su cargo. El hombre la saludó con una sonrisa que, a pesar del horror que de momento sintió, la agradó. Disimuló el susto de inmediato. Sin esfuerzo, se comportó con la elegancia que la caracterizaba, pero que aún el hombre no había apreciado.

–*Good evening, sir! How do you do?* –exclamó Belén con encanto.

–¿Qué le parece mi español? –preguntó el mandatario radiante.

–Lo habla usted con corrección –dijo la viuda sin mostrar la vergüenza que sentía recordando su primer encuentro–. Y a usted, ¿qué le parece mi inglés?

–*Perfect, polite, and charming, just like you!* –expresó el hombre muy cerca de Belén cuidándose de que nadie más oyera el comentario.

La viuda solo sonrió con un gesto que denotaba un sutil «gracias». Años atrás Belén hubiese analizado incansablemente para comprender por qué ese comentario no le importunó como en otras ocasiones; normalmente, ese tipo de floreteos la sacaba de quicio. Ya no, a su edad distinguía lo que sentía.

–¿Desea algo de beber?, doña Belén –preguntó el gobernador para tratar de apartarla del grupo en el que se encontraban.

–Es usted muy amable… –no alcanzó a completar la viuda.

En ese instante, se acercó el señor Lorenzo García y Zúñiga.

–Doña Belén –interrumpió el hombre entregándole una copa–. Señor gobernador, gusto en saludarlo –dijo extendiendo una mano para saludar al señor Colton.

El mandatario estrechó la mano del hombre con una fuerza que don Lorenzo consideró innecesaria.

–¿Qué les parece la De Martins como Tosca? –preguntó don Lorenzo tratando de salir del incómodo momento.

–*Tosca* es mi ópera favorita –contestó Belén luego de probar el champán que le trajo don Lorenzo–. La señorita Gina de Martins tiene una voz portentosa, en el papel de Floria Tosca está divina. Ah, esa *Vissi d'arte* fue estremecedora, es mi aria favorita para soprano. No solo la música es bella, el mensaje que carga me estremece. La pobre mujer, ¿cómo puede lidiar con la maldad de un hombre que la quiere para él cuando ella a quien ama es a Cavaradossi? ¡Qué tristeza! Ah, me conmueve hasta el llanto. Es que Puccini…

–Puccini, ah, Puccini… –exclamó el gobernador encantado al notar el gusto de Belén.

–Sí, es un compositor prodigioso, exquisito –aportó la viuda.

Algo, no solo en las palabras, sino también en las expresiones y ademanes de Belén dejaron al gobernador embelesado, estado que para don Lorenzo no pasó desapercibido.

–Doña Belén, doña Fedora la está buscando, creo que desea que vea a alguien. La acompaño –inventó de súbito don Lorenzo para sacar al gobernador de su extasiado momento; a Belén, del grupo.

–Me disculpan –expresó la viuda a los presentes–. Señor gobernador, fue un placer saludarlo –se dirigió al señor Colton sonriendo.

–El placer fue mío. Ya nos volveremos a ver –dijo el mandatario moviendo su cabeza con un gesto muy refinado y elegante.

–Doña Belén, qué pena con usted, ya toca el último acto. Deberíamos regresar al palco, buscaremos a doña Fedora cuando salgamos –sugirió apurado don Lorenzo pues aún no había podido ni siquiera inventar lo que tendría que hilvanar para que sonara creíble al llevar a Belén hasta doña Fedora.

–Nada que disculpar. Sí, sí, seguro que la veré cuando salgamos –dijo la viuda risueña.

Al concluir la ópera, Belén salió junto a don Lorenzo. No charlaron con nadie más como era costumbre luego de cada presentación. Belén no volvió a ver al gobernador; tampoco se encontró con doña Fedora. La viuda notó algo que percibió como un intento de control de parte del hombre: cierto apuro por sacarla del teatro. La inesperada situación la incomodó, hacía años que nadie controlaba sus pasos. Don Lorenzo la llevó hasta la puerta de su casa.

–¿Y hoy qué pasó que trae esa cara? –preguntó Candelaria con solo mirarla.

–No sé ni por qué acepto invitaciones de don Lorenzo.

–Ay, tan guapo.

–Candelaria –soltó Belén con gesto de reproche y hastío.

–Bueno, pero ¿y no es igual que usted con lo de la música?

–No, no, si es el perfecto acompañante para el teatro, pero… No sé, lo estoy sintiendo medio controlador.

–Pues, tenga cuidado, ese no se ve del tipo que acepte desplantes. Él lleva rato armando su conquista. Ande con los ojos abiertos.

–Es un caballero. Nunca le he dado motivos para que pretenda más que una amistad; además, tiene muchas mujeres detrás. Seguro que buscará a alguna de esas –dijo la viuda sin imaginar que en la mente del hombre había una vida montada con ella a su lado.

Don Lorenzo García y Zúñiga tenía terrenos cañeros en el litoral norte de la Isla. Era una hacienda heredada y bien cuidada por ese hijo único que supo ir adquiriendo los terrenos colindantes para lograr el emporio que tenía. Su fortuna le permitía darse los lujos que quisiese, entre los que estaban pasarse temporadas en su fastuosa casa en la capital. Era el típico rico soltero treintón: simpático, encantador pero escurridizo. Esquivaba todo compromiso matrimonial con vehemencia; eso, hasta que llegó Belén. Desde su primer encuentro con la viuda, le comentó a doña Fedora: «Esa mujer es única».

–Sí, lo es, Lorenzo. Y también, económicamente independiente. Lleva años sola, y no es por no tener pretendientes. Es inconquistable –le plantó doña Fedora segura de lo que esas palabras harían germinar en el hombre.

–No va con nadie más al teatro –comentó él convencido de que iba por buen camino.

–Querido, me sorprende tu ingenuidad, que no te engañe ese nimio detalle. Es amante de las tablas como tú; eso es solo compartir un gusto –decía la señorona con su acostumbrada astucia salpicada de candor–. Definitivamente, ella lleva la vida como la quiere.

–Ya veremos –dijo el hombre pensativo.

–Son muchas las miradas posándose en ella –concluyó sagazmente doña Fedora.

Los días siguieron los cursos según la vida de cada cual. Marcial se mantenía entretenido y atareado. Mantener plantas en tiestos no era tarea fácil, prefería las grandes jardineras de la casa del pueblito; aún no tenía buen control de esas matas encerradas en diminutos espacios. Candelaria estaba a sus anchas en su gran cocina fresca e iluminada. Belén estaba encantada con las novedades de su vida

capitalina; Milita, cerrera y contrariada en el internado; Antonio, gastando más suelas que cualquiera de los integrantes de la familia.

–Mire a ver, jovencito. Aquí parece que nadie se da cuenta, pero a mí no se me escapa –le comentó Candelaria a Antonio una tarde que el joven llegaba del colegio.

–¿Qué cosa?

–Ah, pero miren, si se cree que yo me mamo el dedo. Conmigo no se me haga el bobo –le espetó acercándosele.

–Vengo del colegio –comentó torpemente.

–Mire, mire, usted huele más a club que a colegio. No, a club no... A cafetín es que huele –dijo la cocinera muy segura al percatarse de que el muchacho no olía a maderas ni a puros finos.

–Yo no bebo –balbuceó tratando de controlar el susto.

–No, si yo no he dicho que usted beba. Solo digo que sé dónde se está metiendo. Lo que me falta averiguar es para qué –terminó la cocinera con un volumen muy bajito, y se retiró.

Antonio respiró calmadamente controlando el susto, pero ni el susto le borró la admiración que sentía por el agudo olfato y las acertadas observaciones de Candelaria.

En los meses que llevaban caminando por las calles adoquinadas, Antonio las había recorrido con la familia para conocer los lugares de interés de cada cual; con sus compañeros del colegio, para conocer los del grupo con el que se codeaba: muchachitos de las familias de gente bien de la ciudad amurallada.

De toda aquella isleta, el local favorito del joven pueblerino era un cafetín que quedaba en una esquina. Su localización le había dado el nombre. Aquel lugar de rústico aspecto quedaba bastante retirado de la cuadra donde vivía y, por suerte, no era un sitio por donde pasaran su madre, Candelaria o Marcial. La primera vez que entró lo hizo siguiendo el sonido que, saliendo por ventanas y puertas, llegaba hasta las calles aledañas: el sonoro choque de las bolas de billar.

La tranquila personalidad de Antonio no llamaba la atención. Solo observaba a los billaristas, que, según los atuendos, los había de todas las clases sociales. Se mezclaban por el deporte: el talento no

miraba estratos sociales. El muchacho observaba jugadas, las memorizaba para luego practicarlas en su mesa. En su casa, nadie notaba sus progresos, no eran dados al juego. Belén solo apreciaba que su hijo tuviera otro entretenimiento que no fueran los libros.

–¡Cómo me gusta verte jugar! No sé mucho, pero veo que no fallas. ¿Por qué no invitas a alguno de tus compañeros de colegio? Así no jugarías solo –le comentó Belén a su hijo una tarde.

–No juegan bien. Ninguno tiene mesa. Tampoco tienen a *monsieur* Raphaël. No se preocupe, mamá, me gusta jugar solo –dijo el muchacho sin mirar a su madre mientras posicionaba el taco a una altura media, midiendo con precisión por dónde le daría a la bola blanca con la que golpearía las dos que tenía de frente–. Mire esto, voy a golpear primero la roja, después esta blanca golpeará tres bandas y terminaré haciendo carambola cuando golpee la otra blanca, la que tiene el punto –decía Antonio observando la mesa y las tres bolas.

–Eres un fenómeno, ¡qué tino tienes! –exclamó una sorprendida Belén al ver realizarse paso por paso la proyección de su hijo.

–Eso mismo me dice *monsieur* Raphaël –dijo el muchacho entizando el taco para tirar otra vez.

Belén dejó a Antonio jugando y fue a la cocina por algo de tomar.

–Oiga. ¿Va a ir a la fiesta de Nochebuena de don Lorenzo? –preguntó Candelaria–. Le pregunto por si hay que prepararle algún vestido.

–Como que no me queda otro remedio. Siento que sería descortés no ir.

–Ay, mi niña, siempre pensando en esas normas sociales que para mí rayan en ridiculez.

–¿Qué le vamos a hacer? Mamá se encargó de adentrármelas hasta el tuétano.

–Pues, déjelas nadando ahí, no las saque. Ay, déjese de eso, viva la vida como la quiere usted, no como le dicen esas normas raras. Si no quiere ir, no vaya, y punto en boca.

Belén se quedó pensativa. Rememoró un comentario que dijera don Lorenzo en una velada en casa de doña Fedora: «Le presento a

mi querida Belén». Eso de «mi querida» combinado con el comentario de Candelaria la llevaron a tomar de inmediato la decisión de irse por un tiempo a su pueblo sin siquiera excusarse por no asistir a la fiesta. Ni la cocinera con su astucia y dones pudo prever lo que haría el simpático rico soltero treintón ante ese y otros desplantes de Belén.

Estaba aún absorta en sus pensamientos cuando llamaron a la puerta.

–Ay, Candelaria, ve y mira a ver quién es.

La cocinera regresó de atender a quien llegó a la puerta; le entregó a Belén un sobre sellado. La viuda lo abrió, leyó el mensaje y la sonrisa que se dibujó en su rostro la delató ante los ojos de Candelaria.

–No me tiene que decir de quién viene.

–Pues, sí, es de él. Me invita a un café en La Fortaleza.

–Bueno, ¿y qué? ¿Va a ir?, ya que sabe que la misis Margarite esa es la hermana –soltó de pronto Candelaria.

–Ni sé. ¿Para qué me invita? –dijo la viuda poniéndose de pie en un exabrupto que no pudo controlar.

Entre tertulias, cafés, veladas teatrales y el sonoro cotilleo que en esos escenarios se suscitaba, Belén se enteró de que la mujer que en ocasiones acompañaba al gobernador era su hermana, que el hombre era casado y que la esposa del elegante y carismático funcionario estaba quién sabe dónde en el continente pues tenía ciertas afecciones de salud con las que no podía vivir en la islita del Caribe.

–Ay, mi niña, es que usted tiene dulce para los casados –fue lo único que le salió a Candelaria.

–Imagínate. ¿Por qué me tocarán estas tentaciones?

–Pregúntese mejor, ¿para qué? –soltó la cocinera con una casi imperceptible sonrisa.

–Bueno, Candelaria, es que eres tremenda… ¡Cómo le haces honor a tu nombre! Siempre echándole leña al fuego. No pongas esa cara, sabes que es verdad –terminó Belén respirando con fuerza y espirando aún más fuerte.

La calesa que llevó a Belén hasta el Palacio de Santa Catalina se fue acercando lentamente a la inmensa puerta de entrada. En el umbral, muy erguido, se encontraba el señor George Colton. Cuando el gobernador miró a lo lejos y vio a Belén, la viuda percibió la complacencia en el rostro del mandatario: se alegró al verlo. Al bajarse, vio al gobernador haciendo un ademán a una pareja para que entraran escoltados por un paje.

La viuda llevaba un vestido de fresco algodón color marfil bordado con minúsculas florecitas del mismo tono. El escote cuadrado estaba sujetado con finos manguillos que, a su vez, estaban cubiertos por una torerita de suave organza traslúcida. Acentuaba el delicado marfil una faja amarillo trigo a la cintura. La sutileza de los colores escogidos por Belén atraería más miradas que los despampanantes rojos, azules o verdes lucidos por las otras invitadas.

–¡Bienvenida, doña Belén! –saludó el hombre a lo muy español–. ¡Qué gusto que haya aceptado mi invitación! –dijo tomándola sutilmente de un brazo y encaminándose hacia la escalera que conduce al piso principal.

–El gusto es mío, señor –expresó la viuda tratando de mostrarse serena.

Los invitados que se acercaban a la puerta esperaban que el gobernador también les diera la bienvenida y los condujera hacia el piso principal; se quedarían pasmados: entrarían escoltados por pajes.

–Se asoma una tarde agradable. No sé si conozca a algún invitado, pero todos comparten el gusto por la música –dijo el señor Colton mientras subían por la escalera–. Ah, sí, están doña Fedora y don Rogelio.

–Me basta con que lo conozca a usted –comentó la viuda sin imaginar cómo el sencillo comentario aceleró el corazón del mandatario–. ¿Sabe que todos esos elementos de la escalera estaban fuertemente policromados? –preguntó Belén mirando hacia arriba–. Siempre escuché que el efecto que surtía era deslumbrante. Tenía fama. Papá me contaba que cuando se inauguró hace como cincuenta años se ganó el elogio de los capitalinos. Qué lástima, ahora es que

me tocó verla –dijo Belén mirando las paredes blancas que bordeaban la escalera.

–Algo escuché, pero no tengo nada que ver con eso –se excusó el hombre–. Me hubiese gustado ver los colores originales –trató de concluir el tema.

–Predominaba el amarillo. Nunca la vi, pero como le comenté, tenía fama –concluyó Belén sin abundar en la barbarie que cometió el gobierno estadounidense encalando toda la estructura para tratar de borrar cualquier vestigio español.

La escalera desembocó en un salón donde todo era azul: cortinajes, tapicería, todo. Belén vio a doña Fedora charlando con la hermana del gobernador. La viuda le sonrió a la señorona capitalina para luego toparse con la mirada pétrea de la hermana del mandatario, a quien se le desdibujó la sonrisa al percatarse de que su hermano solo acompañó hasta arriba a esa invitada con la que entraba al salón. Belén sabía manejar esos saludos, eran fáciles, sinceros: los combatía con su candor. Los que no acababa de manejar bien eran los dulces y risueños. En ocasiones, esos estaban espolvoreados con hipocresía; no se le hacía fácil cernirlos.

–*How do you do, madame*? –saludó Belén a la hermana del gobernador–. Doña Fedora, qué gusto verla aquí –expresó la viuda mientras se saludaban de besos.

La hermana del mandatario solo mostró una inclinación de cabeza, pero no le dirigió ni una sola palabra; gesto que Belén imitó, pero con su encantadora sonrisa.

–Nos excusan –dijo el señor Colton mirando a las mujeres–. Por acá, doña Belén –sugirió el gobernador invitándola a seguir hacia adelante.

Al café en el hogar del mandatario asistieron poco más de veinte personas. El señor Colton escogió citadinos afines en gustos y maneras.

–Doña Belén, le presento al doctor Bailey Ashford.

–Santo cielo. ¡Muchísimo gusto, doctor! Es usted una bendición para esta Isla –exclamó Belén emocionada pero extasiada mirando el espléndido y acicalado bigote del galeno–. ¡Gracias por su labor!

–Mucho gusto, señorita –contestó el doctor ruborizado ante el saludo de la viuda.

–¿Ha leído *La charca*, de Zeno Gandía? –le preguntó inmediatamente Belén, pero suavizando la emoción.

–No, lo siento, pero sí he oído de ella.

–Zeno Gandía, médico también, tocó en su obra el tema de la anemia que usted casi ha erradicado.

–Nos falta mucho por hacer –comentó con una sonrisa bonachona.

–Es bastante lo que ha hecho, ¡gracias! Sus tratamientos contra esos parásitos que la causan han salvado a centenares de personas en mi pueblo. La recomendación del uso de calzado ha ayudado en cantidad. ¿Cómo se iba una a imaginar que pueden entrar por los pies? ¡Qué bárbaros! –expresó Belén sin decir que habían salvado a muchos de sus empleados. No mencionaba nunca sus tierras o su negocio cañero.

–Para eso estamos.

–Nos disculpa, doctor, debo mostrarle algo a la señora –cortó muy galante el señor Colton.

–Lea *La charca* –se despidió la viuda siguiendo al gobernador, quien continuaba conduciéndola.

Cruzaron el salón azul, pasaron por uno lleno de espejos. Siguieron de largo por uno de música, pero ninguno de esos salones le gustó tanto a la viuda como el que estaba al final de esa ala del palacio.

El saloncito estaba desolado. El delicioso rincón en el ángulo noreste del edificio, lleno de ventanas de celosías, estaba destinado a fumar. El señor gobernador sacó un puro e invitó a Belén a sentarse, invitación que la viuda ni escuchó: estaba extasiada contemplándolo todo.

–Le diré… Este es mi rincón favorito –comentó el mandatario.

–Pues, yo le digo que me parece un desperdicio. Con tanta ventana y esta luz natural, yo lo dejaría para una buena biblioteca y salón de lectura. Mire, pondría anaqueles en aquella pared –dijo la

viuda señalando la pared de fondo en el ángulo oeste del edificio–. Por acá, para aprovechar la luz, pondría butacas cómodas para sentarse a leer –decía entusiasmada moviéndose por el recinto sin imaginar que décadas después un gobernador del patio, dirigiendo un gobierno muy distinto al de aquel momento, materializaría lo que en Belén solo era una idea.

El gobernador la miraba contento, contagiado con el entusiasmo que emanaba esa mujer.

–Es usted muy viva, doña Belén.

–Está en el Caribe, señor –comentó risueña levantando los hombros.

–No es un secreto, aunque no hable de ello, que usted posee tierras en el sur y que lleva un buen negocio cañero. Cuénteme un poco sobre eso –dijo de pronto el mandatario. No pensaba tocar ese tema por el momento, salió adelantado pues sintió desazón al admitir, solo en su mente, lo flemática que era la gente de su país comparada con los caribeños.

Belén no se esperaba esa observación, pero en una milésima de segundo le llegó la brillante idea de aprovechar el momento para traer el tema que por años había sido su preocupación. Pensó un momento, e instintivamente le corrieron las ideas igual que esperaba que corriera el agua por sus tierras.

–Veo que está muy informado –expresó sonriendo–. Es cierto, tengo una finca sembrada de caña de azúcar, lo que no alcanzo a decir es si es un buen negocio, como usted lo llama.

–¿A qué se refiere? A ver, tome asiento. Cuénteme.

En pocos minutos Belén le habló del propuesto sistema de riego que estaba diseñado desde hacía décadas, el que sí llevaría agua a su finca, pero que por razones que ella no conocía del todo, se seguía retrasando. El mandatario la escuchaba. Le habló, no solo de lo que era evidente, sino de lo que se rumoraba y de lo que ella pensaba también. Midió sus palabras para no sonar como chismosa.

–Como dice el refrán… Nadie sabe lo que está en la olla más que la cuchara que lo menea. Imagino que ya habrá examinado la olla y estará al tanto –dijo la viuda sin dejar de mirarlo; él sonrió

El proyecto para el sistema de irrigación del sureste llevaba tiempo cocinándose. De hecho, desde el siglo anterior un ingeniero inglés había trazado planes preliminares. Otro ingeniero, décadas después, hizo un estudio abarcador del drenaje de agua de toda la Isla. Se seguían aprobando sumas de dinero para estudios y todo quedaba en eso: estudios y planes. En la primera década del siglo, la legislatura aprobó un presupuesto de millones de dólares para la construcción. Se anunció con bombos y platillos que con el sistema de riego los terrenos del sureste y sur de la Isla recibirían el agua suficiente para convertirse en las tierras agrícolas más valiosas del país.

El ingeniero que entonces estaba a cargo del proyecto hizo muy poco por concretar la construcción. Lo que sí hizo fue desvanecer grandes sumas de dinero; luego, al ser cuestionado, no pudo evidenciar en qué se invirtieron. De todo eso ya estaba al tanto el gobernador George R. Colton; pensaba tomar medidas.

El hombre trajo el tema porque la quería oír a ella como dueña de terrenos del sur de la Isla, ya había escuchado a varios hombres.

–Mis tierras son buenas, como la mayoría de las del sur, pero siempre estamos rogando para que llueva y prendiendo velas para ahuyentar la sequía. Rezos y plegarias que caen no sé dónde porque en los últimos años la sequía nos ha dado justo en los meses cruciales, cuando las cañas están creciendo. No podemos seguir así. Lo que me frustra es saber que tiene remedio y que hay un proyecto aprobado pero estancado –dijo poniéndose de pie.

–*Darling, I'll make it happen!* –exclamó el gobernador George Radcliffe Colton con convicción, pero sin mencionar todo lo que sabía, ni lo que haría tan pronto pasaran las fiestas navideñas y comenzara el nuevo año: trabajar para cancelar el contrato de construcción que tenía el ingeniero a cargo para dejar al gobierno como jefe directo de la obra.

Belén sonrió un tanto incrédula pero esperanzada. Se mantuvieron hablando de agricultura. La sorprendió cuán informado estaba el mandatario. *Este hombre lleva menos de un año aquí.* Le dio la impresión de que su interés por la Isla era genuino.

La viuda estaba de espaldas a la entrada del saloncito. Entretenida en su plática con el gobernador, de momento, una

sensación para la que no tuvo explicación la hizo voltearse.

–George, nos has dejado a todos por un cigarro –espetó calculadamente la hermana del mandatario.

–Te aseguro que el puro es el menos protagonista de este salón –contestó el hombre para contrarrestar el retorcido comentario de Margarite. La mujer no dijo nada más.

–Belén, querida… George, el fotógrafo nos espera –dijo doña Fedora tratando de componer la escena.

–Enseguida vamos, gracias, Fedora –comentó el gobernador ante la que parecía tener la confianza que otorga la amistad.

Luego de la toma fotográfica para los periódicos, Belén compartió breves instantes con todos los invitados ante la mirada escrutadora de la hermana del gobernador. La tarde de café concluyó a las cinco, muy puntual, como eran las actividades en la cultura estadounidense. Belén se despidió, pero no comentó sobre sus planes de pasar las fiestas navideñas en su hogar del sur de la Isla.

–¿La veré durante las fiestas? –preguntó el gobernador.

Belén solo lo miró, le sonrió y le agradeció por la encantadora tarde.

Pasados unos días del café en La Fortaleza, con sus hijos en casa, una mañana sabatina durante el desayuno, Belén les notificó que irían a pasar la Navidad en su pueblo. Marcial y Candelaria ya estaban enterados. Tenía todo planificado. El capataz Juan estaba avisado; Teresa y Adela, también, tenían todo preparado para recibirlos.

–Mami, Gloria me invitó a pasar unos días en la casa de playa que tiene su familia –rezongó Milita–. Cuando por fin me llevo con una compañera de la escuela, tú te inventas de la nada la estadía en el aburrido pueblo.

–Niña, veo que las clases de urbanidad no han hecho mucho en ti. ¿Esa es manera de hablarle a tu madre? –dijo calmadamente Belén mientras le untaba mantequilla a un panecillo.

–Perdóneme, madre querida, no fue mi intención perturbar su mañana con tan imprudente comentario. Modularé mi tono cuando

vuelva a exponer mis puntos –expresó Milita con aires solemnes aguantándose la risa.

–No quiero pensar que eres incorregible –siguió Belén con paciencia infinita–. En fin, salimos mañana. Así que recojan lo que necesiten para pasar dos o tres semanas en casa.

–¿Por qué no invitas a tu amiga a casa? Quizás quiera conocer la vida de nuestro pueblo –le comentó Antonio a su hermana.

–No lo creo, pero gracias por la sugerencia –concluyó Milita terminando el vaso de jugo, levantándose y pensando en cómo había conocido a su amiga Gloria.

Gloria Idalia Cintrón Silva, niña puramente capitalina, era tan o más espabilada que Amalia Belén Calzada Fernández. Cursaba el mismo grado que Milita, pero era, lo que llamaban en el colegio, una externa; iba a clases y en las tardes regresaba a su casa. La niña capitalina tenía un tanto más de malicia que la pueblerina, quien aún no había aprendido el arte de utilizar el comedimiento con astucia. Gloria usaba el suyo para provecho de sus causas. Por eso, en las mentes de los padres de la joven nunca pasó el internado para su hija, para ellos su niña era dócil y comedida: la perfecta señorita. Con su capacidad para observar desde las sombras del anonimato, había atestiguado dos o tres reprimendas durante las primeras semanas de Milita en el colegio. De inmediato supo que esa niña, quien contestaba con respuestas que enervaban a la madre superiora, sería parte de su vida: su amiga y compinche de aventuras.

–¿Te gusta el vino? –le susurró Gloria a Milita durante la clase de Francés.

–Prefiero el agua –contestó sin mirarla.

–A mí sí. Supongo que has visto la mesa donde ponen los vasitos con las yemas de huevo.

–¿La que custodia la hermana Alma?

–Ajá –soltó Gloria riendo– Sí, bien que la custodia, en el quinto sueño, según me han contado.

Las dos rieron pensando en la escena de la mesa y la hermana Alma roncando. La mencionada mesa estaba dispuesta en un pasillo del internado al que Gloria no tenía acceso. Sobre el mueble, ponían

vasitos con una yema de huevo cubierta de vino. El remedio era para atajar la anemia o debilidad que mostraban algunas niñas. La cantidad de vino era medida: la adecuada para hacer bien. Milita no tenía por qué beber el remedio, por lo que siempre le pasaba por el lado sin siquiera mirarla. El plan de Gloria era que su nueva cómplice, pues las otras niñas eran unas mojigatas sosas aburridas, cogiera varios vasitos y que vertiera el vino de ellos en uno grande o, mejor, en una jarra.

–¿Cómo voy a hacer eso sin que me vean? –preguntó Milita.

–¿Qué pregunta es esa? Alma siempre está dormida.

–Ya sé, ya sé. ¡Me gusta! –exclamó Milita con una risa perversa pero simpática.

La conversación se detuvo en el momento en que la madre Nadine se acercó a las niñas tratando de escuchar el cuchicheo.

–Ya está bueno de plática. *Silence* –dijo la madre Nadine muy educada. *Taisez-vous! Arrêtez!* –gritó al perder la paciencia ante las risas de complicidad de las niñas.

Al día siguiente de la plática sobre el vino, la voz de la reverenda madre Aurora se dejó sentir en cada rincón del colegio cuando le notificaron que todos los vasitos dispuestos en la mesa para las anémicas estaban con las yemas solitas en el fondo de los vasos sin rastro de vino. Reunieron a todo el estudiantado en el refectorio. Con Dios de su lado, Milita y Gloria vieron cómo las niñas mostraron caras de lo que parecía un pavor delatador. De inmediato, las dos imitaron la expresión de las aterradas niñas para con ello disipar la atención sobre ellas. Para frustración de la priora, todo rostro fue sospechoso. No hubo nada que delatara a la «atrevida que osó burlarse de la disciplina de este sagrado recinto», según dijo en su parsimonioso sermón la madre superiora.

No por nada la madre Aurora era la priora, su calmado pero sagaz proceder sazonado con astucia y perspicacia hizo que llamara a capítulo a la más reciente adquisición del colegio. Esa barbaridad no se había visto antes en sus dominios.

–Amalia Belén, no tenemos información de que usted necesite suplementos en su alimentación –aseguró desde la butaca de su inmenso e intimidante escritorio.

–Reverenda madre, tiene usted razón. No, no los necesito, gozo de perfecta salud –reiteró Milita mirando hacia el suelo, como era la norma durante las conversaciones con la priora.

–Entonces, ¿por qué se tomó el vino de los vasitos? ¿No le gustan las yemas? –preguntó la monja pensando que dando por sentada la acción la confesión sería inmediata.

–No me gustan ni las yemas ni el vino. Pero dé por seguro que, si me gustaran, los vasitos estarían toditos limpios –aseveró la niña levantando la mirada del suelo y mostrando una leve sonrisa.

–Insolente. Confiesa que te lo bebiste –ordenó la priora entre dientes, pero con el volumen necesario para que Milita oyera.

–Mentir es pecado.

–Tu atrevimiento tendrá castigo, malcriada incivilizada.

La niña pasó una semana de penitencia enclaustrada en un cuartito amueblado con cama y mesita de noche atiborrada de libros y tareas. El lugar de encierro protegido por una cruz sin Cristo, una estampa desteñida del Sagrado Corazón de Jesús y un óleo de *Mater Admirabilis* solo sirvieron para encender la chispa que guiaría las pasiones en la vida de Milita. Del vino o de Gloria, jamás habló.

Luego del desayuno en la casa capitalina y de que Belén impusiera su voluntad al resto de la familia, recogieron bártulos, incluidos los dos canarios y, sin decirle nada a nadie, salieron tempranito al día siguiente con rumbo al pueblito en el litoral sur.

Al llegar a su hogar pueblerino, todos se dieron cuenta de que cinco meses había sido demasiado tiempo lejos de su pueblo. Encontraron la casa en orden. Teresa y Adela daban la impresión de haber manejado bien los meses de soledad. Los animales estaban en buen estado, el jardín mostraba matas saludables, pero las grandes jardineras lucían los inevitables yerbajos del descuido.

–No puedo creer que estas vagonetas no pudieron sacar ni un solo matojo –le decía Marcial a Candelaria tan pronto les echó un vistazo a sus dominios.

–Se les dañan las manos, y se llaman Adela y Teresa –comentó la cocinera muy seria–. Lo de vagonetas te quedó feo.

–Coño, lo que pasa es que esas dos no se quieren ensuciar las uñas con tierra. Mal acostumbradas que están. Ni que fuera tan difícil desyerbar –refunfuñó el jardinero saliendo de la cocina.

Durante su ausencia en el pueblo, Belén se había mantenido en contacto con el capataz Juan por medio de telegramas, pero eso jamás era lo mismo que las conversaciones en persona o examinar sus dominios de frente. Según los comunicados, todo en la finca marchaba perfectamente, la viuda no tenía duda de que Juan y los peones llevaban todo con la honradez y el cuidado que ella conocía de ellos. Estaban a pocos meses de la zafra. Los cañaverales, a pesar de que no había llovido como hubiesen querido, mostraban matas robustas.

Al día siguiente de su llegada, la viuda amaneció en la Puerto.

–Doña Belén, qué gusto verla –dijo Juan limpiándose la mano contra el pantalón y extendiéndosela a la viuda.

–El gusto es mío, Juan. Qué lindas están las siembras. Tendremos buena zafra –dijo Belén saludando con su acostumbrada dulzura, pero con el apretón de mano destinado a saludar a los hombres.

–De eso estoy seguro –concurrió el capataz contento.

–¿Cuándo empieza a operar la central? –preguntó la viuda–. ¿Sigue siendo en enero?

–Sí, sí. Por lo que veo, nosotros empezaremos a cortar por ahí, entre enero y febrero –contestó el capataz.

–Vamos bien.

–¿Quiere voltear la finca? –preguntó Juan al ver a su patrona con el atuendo de montar.

–Me hace falta, sí, sí, vamos –dijo contenta la viuda.

–Sundo, ensilla a Pregonero –gritó el capataz.

Solo con oír el nombre de ese animal, la viuda vio en su mente toda la escena de cómo adquirió ese caballo. Pregonero llegó a Belén de manera inusual, lo compró unos años antes durante unas fiestas patronales.

Las carreras de caballos eran esperadas por más de uno en el pueblo. La calle principal se transformaba en pista de hipódromo. Muchos hacendados ponían a competir a sus caballos para demostrar la belleza, fortaleza y rapidez de las bestias. La viuda asistía a los eventos con todos los integrantes de su familia. La tarde de la carrera de 1907, Belén experimentó algo que catalogó como un mensaje de su mamá.

*M*ientras esperaban a que comenzara la carrera, la viuda se percató de que por sus alrededores volaba una libélula. Inevitablemente, pensó en el broche favorito de su mamá. Marcial le comentó lo extraño que era ver ese insecto por allí.

–Qué raro, por aquí no hay fuentes ni estanques, y las acequias no llevan agua –comentó el jardinero.

La carrera dio comienzo. Solo participaron tres caballos. Belén seguía al insecto con la vista mientras los animales se aproximaban a todo galope. La carrera iba cuerpo a cuerpo entre dos de los equinos, uno era bayo y el otro, alazán. La libélula se quedó suspendida en el aire por unos instantes mientras los caballos se acercaban; daba la impresión de que los esperaba. Varios espectadores se percataron de la presencia del insecto con alas de filigrana. Cuando el paso de los corceles por frente a donde se encontraba la viuda era inminente, la libélula bajó en vertical hasta posarse entre los ojos del bayo, detalle que provocó que el caballo hiciera un movimiento que le hizo perder celeridad: de galope, bajó a trote. Ante la mirada atónita no solo del jinete, sino de todos los presentes, el alazán se alzó con el triunfo.

El bayo llegó a la meta con la libélula en su frente y con lo que se había tornado en un paso fino y acompasado. Su dueño lo esperaba con la cara descompuesta fruto de la vergüenza que arrastra consigo la derrota. El hombre se acercó al animal y, con mano de piedra, le asestó un puño tan certero en la quijada que el caballo cayó al suelo con todo y jinete. La libélula alzó vuelo.

–Véndelo –le dijo al montador, quien se levantaba con trabajo del suelo–. Al primero que aparezca.

Las caras de asombro del pavoroso público, quien no paraba de persignarse al ver la libélula posada en el moño de Belén, contrastaban con las de la joven viuda, quien sonreía agradecida y afortunada. Muchos eran los que sabían que a ese insecto se le llamaba caballito del diablo, de modo que, las creencias supersticiosas del pueblo y la rabieta del dueño les dieron a Belén la oportunidad de adquirir el animal por un precio irrisorio.

–No será Perla Fina o Majestic, pero sé que me lo envió mamá –le dijo la viuda a Marcial.

–Bueno, bueno, nena, esos se comparan entre ellos dos nada más –expresó Marcial haciendo alusión a los caballos que acaparaban toda la atención hípica en la Isla por aquellos tiempos, no había mejores corceles que ellos.

–Ofrece poco, dudo que alguien más lo quiera. Cuando despierte, lo llevas a casa. Mañana lo quiero en la Puerto –ordenó la viuda segura de que Pregonero ya era suyo.

Marcial hizo una oferta que fue aceptada sin reparos. Se quedó con el caballo hasta que despertó y luego, terminó haciendo lo que su patrona le ordenó.

*E*l regreso de Belén en las navidades de 1910 se regó por todos los confines del pueblo, faltó que repicaran las campanas de la iglesia. Las que sí repicaron fueron las de dos corazones entusiasmados con su retorno.

–Belén, ¡qué alegría verte! –exclamó el doctor Andrés Campos Pérez, quien llegó una noche a la casa de su amiga.

–Lo mismo digo, Andrés –le dijo abrazándolo–. Siéntate –solicitó la viuda mostrándole uno de los sillones de la galería–. ¿O prefieres que nos vayamos al patio?

–Aquí está perfecto, afuera hace frío –comentó el doctor refiriéndose a la refrescante temperatura decembrina del recién comenzado invierno caribeño.

–No vas a creer a quién conocí… ¡Al doctor Ashford, Andrés! –exclamó Belén emocionada.

–¿A Bailey Ashford?

–El mismo que viste y calza. Lo conocí en un café en la residencia del gobernador –dijo muy casual, como si ir a La Fortaleza le tocara a todo el mundo.

–¿Qué es eso? ¿Cómo que en casa del gobernador? –preguntó el médico sorprendido.

–Pues, sí, conocí al señor Colton en el teatro. Es un caballero muy educado y culto. Le gusta la ópera, pienso que por eso me invitó. Los que estaban allí eran personas amantes de las artes. Pues, allí estaba el doctor Ashford.

Belén le contó a su amigo los detalles de ese café y la conversación que sostuvo con el mandatario sobre el riego y la agricultura. Se pusieron al día. Él no tenía mucho que contar, su vida seguía la rutina pueblerina: por el día, consultorio y visitas a domicilio; por las noches, su hogar para descansar. Ella, en cambio, le contó sobre sus hijos en las respectivas escuelas, sin abundar en las quejas y reprimendas de Milita. También le habló de las obras, zarzuelas y óperas que había disfrutado. Del incidente de los dedos de la soprano solo habló de su impresión al verlo en persona porque él se había enterado por la prensa.

–Bueno, cuéntame. Dime, por favor, que estás cortejando a alguien –soltó de repente Belén.

–Pues, si supieras que me entusiasman las pláticas con Ana Isabel –dijo el médico casi con timidez.

–¡¿Qué?! ¿Ana Isabel Gómez? Siempre me ha caído bien. Sí, sí, es la más dulce de esas hermanas. Lo único que tiene malo es el padre, ¿a quién habrá salido?, porque a él no fue. Gracias a Dios que tampoco tiene ni un asomo de la madre. A la verdad que la doña Hortensia era un plomo y el Nacho Gómez es un bandido. Pero, bueno, igual. ¡Que me alegra mucho! –exclamó la viuda riendo y abrazándolo–. Voy a hacer un almuerzo para que vengan.

–¡Gracias! –dijo sin ocultar la risa, sabía que los Gómez no eran santos de la devoción de su amiga–. Eh…Y… con lo del almuerzo…

No creo que sea como para eso. Vamos a esperar. Todavía nos estamos conociendo –comentó abochornado–. Bueno, me despido –dijo apurado–. Tengo que acostarme temprano, mañana madrugo. Me alegra que estén de vuelta, aunque sea por unas semanas.

Con esas palabras de su amigo se dio cuenta de que ella también se alegraba de estar en su pueblo. Se percató de que prefería el paso pueblerino, el capitalino era acelerado, veloz y, a veces, demasiado tentador. Al pensar en las tentaciones que la vida le presentaba, la viuda regresó a su presente en el 1914 luego de brindar con agua: al momento en que entró a su casa luego de despedirse de quien, hacía algún tiempo, había dejado de ser tentación para convertirse en pecado.

–*M*amá, ¿míster Colton sabrá que el riego se inauguró hoy? –preguntó Antonio José.

–Pues, imagino que sí, él debe mantener contacto con la Isla. No hace ni un año que se fue –comentó Belén tratando de no mostrar desconcierto, no tenía noticias del exgobernador. Aunque no quería pensar en él, no lo podía evitar; parte de la alegría de ese día se la debía a él.

Volvieron a brindar.

–No te creo cuando dices que no te escribe –soltó Milita, quien a su edad pocas situaciones se le escapaban a su agudeza mental–. Bueno, pero por lo menos vino don Manuel –concluyó mirando con picardía a su madre.

–Pues, no creo estar entre las prioridades del exgobernador. ¿Para qué tendría que escribirme? –dijo la viuda disimulando su molestia ante los imprudentes comentarios de su hija, ni siquiera perdió el tiempo en decir algo sobre don Manuel. Era obvio que las monjas no pudieron entrar el comedimiento en aquella joven.

–Total, es verdad, deja a ese gringo por allá, acá hay otros temas más interesantes –expresó Milita haciendo énfasis en la palabra «temas» y logrando que su madre perdiera la paciencia.

Belén se retiró de la sala y se dirigió a la galería. En la soledad de ese espacio, al sentir el estómago revuelto al saber que su hija se daba cuenta de todo, la mente, o más bien, el estómago la llevó al encuentro que tuvo con don Manuel en la Misa de Gallo de la Navidad de 1910.

La iglesia estaba decorada con flores, pastorcillos y ángeles por todas las esquinas. Detrás del altar mayor se apreciaba un pesebre con figuras de cuerpo entero. El ambiente se sentía divino mientras un coro de niños cantaba villancicos con lo que todos describían como voces celestiales.

Belén llegó a la iglesia faltando más o menos media hora para que comenzara la misa. En puntualidad, los hijos no habían salido a la madre. Confiados en la cercanía entre la casa y el templo, siempre llegaban tarde a misa: se quedarían, como en muchas ocasiones, de pie.

La viuda, vestida de verde esmeralda oscuro, llevaba una mantilla negra con bordados dorados. Cruzó la nave central y se acomodó en uno de los bancos bastante cercanos al altar. Se arrodilló y acomodó sus brazos y cabeza en la misma pose con la que siempre oraba: brazos acodados en el banco que le quedaba enfrente, manos entrelazadas y frente apoyada en ellas. El sublime momento la llenó de tanta alegría que las lágrimas comenzaron a correr por su rostro. Por no salirse del reclinatorio para buscar en su cartera su pañuelito, comenzó a secarlas dándose palmaditas en el rostro. De momento vio de reojo un pañuelo que, al mirar con atención, tenía bordadas las iniciales «MC». Levantó la vista para toparse con la sonrisa que tanto le gustaba. Ella tomó el pañuelo mientras el caballero se arrodillaba a su lado.

Entre inciensos, confesiones, súplicas de perdón, glorias, liturgias, sermones, peticiones y ruegos, ofrendas, hosannas, consagraciones, comuniones y permisos para poder irse en paz solo hubo sutiles miradas entre Belén y don Manuel. Una vez desfiló el padre Sergio con su séquito y monaguillos, se saludaron amistosamente.

–¡Qué gusto tenerla de vuelta en el pueblo! –dijo don Manuel besándole una mano.

–¡Gracias por el pañuelo! –fue lo único que las mariposas le permitieron decir.

–Aquí, siempre para usted –expresó el licenciado con su acostumbrada galantería.

Cinco meses fuera del pueblo habían puesto a rondar en la cabeza de la viuda otras sonrisas y palabras tan o más encantadoras que las de don Manuel, por eso no entendía por qué se había quedado casi sin habla. Poco a poco, en los siguientes segundos, sí supo lo que le pasaba. La deliciosa sensación de las mariposas en el estómago era única, y era solo para don Manuel Cuevas Otero: era de él y de nadie más. *Oh, Dios*.

–No esperaba verlo aquí, don Manuel –comentó la viuda muy controlada encaminándose a salir del sagrado recinto.

–Yo tampoco a usted –mintió el licenciado sonriendo.

El día anterior, don Manuel había divisado a Marcial mientras el jardinero salía de la barbería de Lenini; la deducción fue inmediata.

–Ah, no le creo, Marcial y Candelaria se han venteado por el pueblo –dijo ella riendo.

Él se mantuvo en su pecadillo venial. No comentó.

–¿Cómo le ha ido? ¿Le gusta la capital? –preguntó por cortesía más que por interés, temía que la viuda le contase lo que no quería oír. Muy bien sabía él el efecto que Belén generaba tan pronto entraba a algún lugar.

–Pues, el paso es acelerado, pero, sí, me gusta. Es obvio que hay más entretenimiento que por acá. Además, he hecho varios contactos.

–Como… –dijo intrigado don Manuel.

–¿Por qué no viene a casa pasado mañana, a mitad de tarde? Lo invito a un café. No le digo mañana porque es Navidad –expresó sonriendo–. ¿Cómo están sus hijos?

–Todos bien, gracias. Creciendo y dando lata. Bueno, los nenes, porque Ana Elisa es una damita –dijo sonriendo–. Cuente conmigo

para el café, allí estaré.

Siguieron caminando. Belén saludaba a uno que otro pueblerino con inclinaciones de cabeza y sonrisas e ignoraba a dos o tres con altivez. Llegaron hasta donde estaban Antonio y Milita.

–Este muchacho ha estirado como una yarda desde que dejé de verlo –exclamó don Manuel estrechando la mano de Antonio, quien devolvía el saludo con el mismo entusiasmo con que le fue dado–. Jovencita, gusto en saludarla –dijo besando una mano de Milita, a quien le causó gracia la galantería ridícula, según su parecer.

–Ay, mami, don Manuel como que se ha puesto más ridículo –observó Milita cuando ya estaban en casa.

–Él siempre ha sido muy educado –solo comentó Belén para atajar el tema. Temía que su rostro denotara algún sentimiento.

–¿La esposa seguirá loca? –espetó Milita sin el más mínimo decoro.

–Por Dios, niña…

–Está loca, ¿no? Ah, perdón, ¿Sigue la esposa del licenciado afectada de sus facultades mentales? –dijo la niña muy seria.

–Por lo menos me dejas ver que, si te esfuerzas, tienes la capacidad de expresarte con recato –comentó Belén.

–Bendito, lo que da es pena. ¿Sabes? Gloria, mi amiga del colegio, es prima de ella.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Belén con un hilo de voz y rogando por que el tema de los celos de Leticia no hubiese aflorado en las conversaciones de las niñas.

–Sabe de dónde soy. Me dijo que su prima vivía aquí. Creo que no está al tanto de su locura, pero no te preocupes, no le comenté nada –terminó la jovencita para tranquilidad de la madre.

Mientras Belén platicaba con su hija la madrugada de Navidad, en la capital había un hombre herido en su orgullo. El desplante de Belén generó en el señor García y Zúñiga varios pensamientos perversos, que poco a poco se fueron calmando con los consejos de doña Fedora.

–La muchacha es pueblerina, aquello la llama. Cálmate. No creo que el que haya ido al café de George y no viniera a tu cena haya sido adrede –le decía doña Fedora a don Lorenzo cuando este, lo único que repetía era: «Ya verá a quién dejó plantado».

La señorona capitalina bien medía sus palabras para avivar aquel fuego en el hombre. Apreciaba a don Lorenzo, lo quería ayudar con el tema de Belén, pero más que eso, lo que quería era sacar a la viuda del panorama de su yerno. Por lo que había visto, algo estaba rondando en el aire entre la viuda y el gobernador, pero eso no servía, estaba segura de que cualquier relación entre esos dos era improbable. *Apuesto a Lorenzo*.

–Con cuidado, no la celes. No llegarás a nada con ella si te comportas así. Los dos sabemos que hay otro que la trata serenamente, sin prisa, sin celarla, sin complicaciones –terminó doña Fedora para dejarle ver a don Lorenzo que había un contrincante fuerte en la figura del gobernador.

Esa Nochebuena, a eso de las nueve de la noche, don Lorenzo, al ver que Belén no llegaba a su fastuosa cena, envió a su mayordomo Segundo hasta la casa de la viuda. Cuando el empleado le notificó que la casa estaba herméticamente cerrada y en total oscuridad, el hombre llenó sus pulmones, dejó salir el aire muy suavemente y, por respuesta, le dio una bofetada al humilde emisario.

Lejos de la capital, en el pueblito del litoral sur, don Manuel llegó a las tres de la tarde del día que Belén lo invitó, muy puntual. Candelaria tenía el café y un bizcocho de frutas listos.

La viuda vistió algo sencillo. Se perfumó sutilmente sin olvidar echarse un poquito de la esencia en las manos para obsequiarle ese detalle a don Manuel, quien al saludarla lo hizo como siempre, aspirando ese aroma que tanto le gustaba.

–Pues, le cuento, don Manuel. He hecho, no digo que amistad, pero algo más que encuentros fortuitos con el gobernador Colton –dijo la viuda después de los saludos de rigor y beber dos o tres sorbos de café.

–No me diga, ¿cómo así? –preguntó sin disimular la sosera que le causó lo que sintió como un punzón por el costado. Algo en el tono

de voz de Belén lo hizo imaginarse un drama en su cabeza–. Cuénteme.

–No hay mucho que contar. Lo que sí le digo es que me atreví a plantearle el problema que tenemos con el agua y el retraso de la construcción del riego. El hombre está al tanto. ¿Y sabe que es lo mejor de todo? Que ni lo pensó. Me dijo: «*I'll make it happen*» –contó obviando el *darling,* pero no el entusiasmo en su mirada, lo que le dañó el resto de la visita a don Manuel.

–Espero que así sea. He escuchado que el hombre está muy comprometido con la Isla. Creo que es mejor que el Post… que salió de aquí dizque para un viaje a la capital de allá, y no volvió… Y que ponerse a decirles fariseos a los religiosos de aquí y de allá, qué bárbaro.

–No, no, no, este señor es muy comedido, es un caballero –comentó sin imaginar cuán hondo le llegaba a don Manuel el segundo punzón de la tarde.

–Pues, me alegro por todos –comentó el licenciado siendo más fariseo que los criticados por el exgobernador Post.

–¿Cómo ha estado? –preguntó de momento Belén al notar varias canas más y uno que otro surco nuevo en el rostro del licenciado.

–¿Qué quiere que le diga? ¿Que si la he superado? –soltó el hombre sin dejar de mirarla.

Belén aguantó el comentario con estoica firmeza, para luego de un segundo bajar la mirada y sonreír.

–Traeré más café –dijo para apartarse de ese hombre que la hacía estremecer.

Él la siguió con la mirada y la imaginó con el corazón. Montó una escena en su cabeza que rápido disipó una de las perras que se acercó a saludarlo. Coquette lo olisqueaba como hacía con todo el que se acercaba a su dueña. El licenciado trataba de interpretar la sonrisa que Belén mostró como respuesta a su pregunta. De repente, la tomó como una burla. *Eso es, se burla de mí.* Tan pronto como su desesperado cerebro plantó esa conclusión en su ser, se levantó para retirarse. Por caballerosidad, la esperó para despedirse.

Belén se quedó pasmada con la bandeja y los cafés humeantes.

–Pero, pero ¿y qué le pasó a este hombre? –se preguntó la viuda mientras dejaba la bandeja en la cocina.

–Ese le leyó el semblante mientras le contaba del gobernador, no es bobo –comentaba Candelaria con la experiencia de los años vividos.

–Ay, pero, qué exagerada, Candelaria.

–¿Exagerada, yo? Estoy segura. A ver, cuénteme de qué hablaron y le digo por qué se fue.

–Sí, le conté sobre el riego y lo que me dijo George. Y, sí, noté la sosera. Total, no sé por qué.

–Ajá, ¿y qué más?

–Después le pregunté que cómo estaba, y…

–Él le contestó con preguntas: «¿Qué quiere que le diga? ¿Qué si la he superado?».

–¡Candelaria! ¡Deja de oír tanto! –exclamó la viuda con un deje de reproche; más que molesta, estaba avergonzada.

–No se apure mijita, no siempre oigo, pero eso sí lo oí. Pero, bueno, algo habrá hecho porque de hablar, nada, sé que usted no le contestó. ¿Qué fue lo que hizo? –preguntó muy segura la cocinera.

–Sonreí, Candelaria, me reí –admitió Belén avergonzada.

–No diga más, ahí está. El pobre… Lo debe haber sentido como una burla –terminó Candelaria como si hubiese leído los pensamientos del licenciado. Con los años, la cocinera le había tomado cariño a don Manuel. Lo tenía, como decía, «enganchadito en el corazón».

Belén prefirió dejar pasar los días. Por momentos sintió deseos de buscarlo, pero los atajó pensando en que era mejor así. Se obligaba a vedar ese tema en su mente, aunque admitía, muy a su pesar, que no en su corazón; ahí no podía.

La familia Calzada Fernández esperó el 1911 en casa, en familia, cenando juntos como era la tradición desde que comenzó el siglo y Belén lo recibió siendo la viuda más joven del pueblo. Esta vez no

fueron a la plaza, pero sí disfrutaron del espectáculo de pirotecnia desde el patio. La proximidad a la plaza era tanta que todas las cabezas se tornaron hacia atrás para poder ver los fuegos artificiales.

–¿Les diste el calmante a los perros? –le preguntó Belén a Marcial.

–Duermen como bebés –contestó el jardinero.

–¿Les llevaste la cena a Petra y Joaquín? –le preguntó la viuda a Teresa.

–Sí, señora, les puse de todo –contestó la mujer.

Regresaron a la capital luego del festejo de Año Nuevo para encontrarla aún alborotada, faltaba la fiesta de los Reyes Magos. Al igual que en el pueblito sureño, en la ciudad norteña saltaron dos corazones al enterarse del regreso de Belén.

–Mil disculpas, don Lorenzo. A mis hijos les entró la nostalgia de regresar al pueblo para la Navidad, no niego que a mí también –mintió Belén muy tranquila al recibir al señor García y Zúñiga en su casa.

–Imaginé que por algo así sería. Se perdió el recital de flauta que le tenía de sorpresa –comentó con una sonrisa que pareció de dulce resignación o, por lo menos, así la interpretó Belén.

–Ay, don Lorenzo, me muero de vergüenza. ¿Qué puedo hacer para reparar mi falta? –preguntó la viuda por ser condescendiente.

–Acompáñeme a la Plaza de Armas la víspera de Reyes. Es una linda actividad la que se da esa tarde, ya verá.

–Delo por hecho –dijo por cumplir, brotaron las enseñanzas de su madre.

La víspera del Día de Reyes, en la plaza, donde una comisión de damas distinguidas de la capital repartía juguetes a los niños de la ciudad, Belén caminaba del brazo de un orgulloso don Lorenzo, quien iba pavoneándose y buscando con la mirada al gobernador. *Ese, de seguro, estará aquí*. La viuda se topó con la agradable sorpresa de encontrarse con la familia Panzardi Bascarán y su prole, que ya iba por cinco. Les presentó al señor García y Zúñiga.

La familia Panzardi iba con frecuencia a la capital, Santiago mantenía negocios y socios allí. El carismático inmigrante italiano resultó ser tremendo negociante con lo que le apasionaba, los vehículos de ruedas. Comenzó con bicicletas para luego moverse a los automóviles; era un as en la promoción de estos. Sus conocimientos, entusiasmo y personalidad lo llevaron a tener una próspera empresa automovilística. Animó a Belén para la adquisición de su primer automóvil.

–¿Lo crees necesario? –le preguntó Belén a su amigo italiano.

–Querida, ya verás cómo economizas tiempo moviéndote –dijo Inés antes de que Santiago pudiera decir algo.

–Te lo consigo hasta con chofer incluido –comentó el italiano ante una dudosa Belén.

Los últimos años no habían sido los mejores en cuanto a la producción de caña, la economía familiar trataba de mantenerse a flote, pero no estaba boyante. Esperaba un buen rendimiento ese año, pero la compra de esa máquina era un gasto grande que, además, no estaba presupuestado.

–Bueno, lo pensaré –exclamó la viuda risueña–. Pero ¿dónde lo dejaría? Imagino que no se podrá dejar en la calle.

–No te preocupes, hay cocheras donde los están guardando –comentó entusiasmado el empresario italiano.

–Disculpen mi intromisión. Doña Belén, sí, debe pensarlo bien, recuerde que ya hizo un gasto grande comprando un camión –dijo don Lorenzo sin imaginar cuán repulsivo había resultado para Belén su consejo no pedido.

De repente le llegaron a Belén unas palabras que le dijera la espiritista Francisca: «No se deje comandar». No las analizó mucho, solo las siguió.

–¿Sabes?, Santiago. Creo que sí me convendría. Pasa por casa cuando puedas. Quisiera ver el catálogo –soltó la viuda mirando primero a su amigo Santiago para luego sonreírle a don Lorenzo, quien para disimular su desazón fingió un saludo a lo lejos.

La plaza seguía llenándose de capitalinos de todos los estratos. El ambiente era festivo, pero el ánimo de Belén, confuso. La alegría

se le mezclaba con la agria sensación que generaba en ella el tener que acompañar a ese hombre que empezaba a cansarla. El malestar se le esfumó tan pronto vio la imponente figura del gobernador, quien se alzaba en una pequeña tarima para dirigirse al pueblo luego de la perorata que había soltado el alcalde de la capital. El gobernador Colton fue breve, aun sabiendo que el Gobierno no contemplaba el Día de Reyes en la lista de días festivos, habló y celebró las tradiciones navideñas de la Isla. Como el político que era, no dejó pasar la mención de una que otra obra realizada y anunció un par de algunas por venir. Hablaba con rostro serio hasta que divisó a quien le suavizó la expresión. Belén recibió la mirada y se la devolvió con una sonrisa que el hombre agradeció con una inclinación de cabeza.

No sorprendió a don Lorenzo que el mandatario, al bajar de la tarima para saludar al pueblo, de tantas direcciones en las que se pudo haber encaminado, decidiera la que lo conducía hacia Belén.

–*Happy Holidays!* –le salió al gobernador sin pensar–. ¡Felices fiestas! –dijo con su acostumbrada elegancia al saludar al grupo del que Belén era parte –. Con eso incluyo, para usted, Belén, la Navidad y el Año Nuevo pues no la vi por aquí.

–Gracias, señor gobernador, igualmente. Le deseo dicha en este nuevo año –exclamó la viuda sonriendo.

–Don Santiago, gusto en saludarlo. Señora –dijo el mandatario saludando a los Panzardi a la vez que besaba una mano de Inés para, por último, saludar a don Lorenzo.

–Buen discurso –contestó el saludo el señor García y Zúñiga.

–Es muy bonito, todo esto –comentó el señor Colton entregándole disimuladamente un sobre a Belén, quien lo guardó de inmediato en su cartera.

La inmediatez no fue tanta como para que don Lorenzo no se percatara del movimiento e imaginara varias posibilidades. Disimuló su disgusto y trató de conducir la conversación hacia los vehículos de Santiago. El sinsabor le siguió pues el gobernador ignoró la conversación, se acercó a la viuda y, con la despedida, le susurró un «la espero» que solo ella escuchó. George R. Colton prosiguió con su comitiva saludando a los niños y sonriéndole al pueblo.

Belén puso por excusa los zapatos y el rato que llevaba de pie para plantearle a don Lorenzo que deseaba regresar a su casa. Era descortés, sí, pero en ese momento afloraron los consejos de Candelaria más que los de su madre.

–Bueno, hoy sí que mis salidas con don Lorenzo llegaron a su fin. Ya me di cuenta.

–¿De qué? –preguntó Candelaria.

–De lo incómoda que me siento al lado de ese hombre. Es que se cree con derecho de controlarme. El contraste de impresiones que sentí hoy, mientras miraba al gobernador con Lorenzo a mi lado, fue tan chocante que me abrió los ojos. No voy a aceptarle una sola invitación más.

–Tenga cuidado, vaya poco a poco. No sea tan tajante, mi niña. Sabe que se lo he dicho antes y se lo vuelvo a decir… No me gusta ese hombre.

–Ya veré, no te preocupes. ¿Puedes creer que trata de meterse hasta en qué uso mi dinero? Por Dios –dijo Belén saliendo de la cocina.

En su alcoba, Belén se sentó frente a su escritorio y sacó de su cartera el sobre que le entregara el gobernador. Sonrió al pensar en cuán seguro estaba el hombre de que ella asistiría a la plaza para haber tenido el sobre preparado.

El señor gobernador, muy elegantemente, la invitaba a una cena en La Fortaleza. La nota era de su puño y letra, detalle que le provocó malestar. Había aprendido, con los años, a hacerle caso a las reacciones de sus vísceras; normalmente, no fallaba. Pensó en el cotilleo de los citadinos. En menos de un mes, volvía a invitarla a La Fortaleza. No estaba como para escándalos. Analizó un rato, trataba de reconocer si lo de ese momento eran mariposas o simplemente un estómago revuelto. *¿Qué es esto?* Sin duda, era algo confuso. En un momento la Belén negociante decidió que iría. Se instaló en su mente que sería cuestión de negocios. Se acostó.

–Imagino que, al igual que en la tarde de café, habrá personas afines –dijo la viuda despreocupada mientras se bebía a sorbos el café mañanero.

–Empezó por un cafecito, ya va por cena –comentó Candelaria organizando los tereques de la cocina.

–Ay, eso mismo pensará la gente. Bueno, pero ya tiene fama de hacer recepciones semanales.

–Pero mire qué fiestero nos ha salido el don Colton ese.

–Me pide que vaya a eso de las cinco de la tarde para que vea la puesta del sol –soltó Belén solo para ver la reacción de Candelaria.

–Anda…

–¿Qué?

–No se me haga la boba.

–Sí, sí… A mí también me chocó –expresó torciendo los labios–. Pero ¿sabes qué? Voy a ir, ¿por qué no? Además, me encantan las puestas.

–Nada, vaya y disfrute. No lo podemos juzgar de floretero antes de tiempo. Ya me contará, si no es que los oigo antes.

–¡Candelaria! –dijo la viuda tratando de mostrar enojo, pero dejando escapar las risas.

La tarde de la cena, Belén se vio entusiasmada arreglándose, se sorprendió sintiéndose contenta y a la vez se preocupó por lo mismo. Se arreglaba para agradarle a un hombre; ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que hizo eso. De momento, su mirada se perdió y sus pensamientos también. *¿Qué es lo que me atrae de este señor?* «¿Será el rango?», pensó con simpleza pueblerina. *No, no es eso*. «¿Serán su garbo, desenvoltura y simpatía?», siguió preguntándose. *No, eso tampoco es. Eso le impresiona a todo el mundo*. «Es que es interesante, eso es, es una mezcla de todo», concluyó con sencillez.

La viuda llegó unos minutos antes de las cinco de la tarde. Esta vez subió por las escaleras escoltada por un paje. El gobernador la saludó contento, pero siguió moviéndose por el salón azul para charlar con los invitados. No fue la primera en llegar, de hecho, solo llegó un último invitado después que ella: don Lorenzo García y Zúñiga.

–Doña Belén, ¡qué sorpresa verla aquí! –exclamó el hacendado al besarle una mano–. Señorita –saludó a la otra invitada de la misma manera.

–¿Y qué será lo que le sorprende al verme aquí? –preguntó Belén risueña.

Don Lorenzo agradeció en su interior que el gobernador los interrumpiera para saludarlo pues no tenía respuesta para la pregunta inesperada de Belén. Lo cierto es que no entendía la invitación. No precisaba cuál era la intención del mandatario para tenerle allí donde estaba Belén también.

El grupo fue muy particular, no había una sola pareja o matrimonio; todas eran personas solteras. El encantamiento que sintió Belén mientras se arreglaba para la cena se le esfumó cuando se percató de que el gobernador era tan o más encantador con otras damas que como lo era con ella. La hermana del señor Colton, como ya era costumbre, la saludó sin dirigirle la palabra. El funcionario invitó al grupo, que no pasaba de ocho personas, hasta la torre austral del antiguo edificio para contemplar la puesta.

A eso de las cinco y media, mientras subían por una escalera en forma de espiral, Belén iba tratando de entender la amalgama de personalidades que conformaba el grupo de invitados: político, pintor, actriz, empresario, escritor, el sastre del gobernador, don Lorenzo y ella. Los observaba y escuchaba; se sintió encantada con tantos pareceres.

–Tienen una isla muy bonita –dijo el mandatario mirando hacia el sur para contemplar la cordillera central.

Los invitados fueron acomodándose entre las almenas de la torre para disfrutar de la puesta. Belén se colocó donde podía contemplar el espectáculo que les esperaba, el gobernador no tuvo que hacer ningún esfuerzo para ubicarse junto a ella. Don Lorenzo se conformó acercándose a la actriz que se presentaría esa semana en el teatro.

–No habla usted, doña Belén –comentó en voz baja el gobernador.

–El paisaje me roba el aliento –dijo la viuda en un estado tan sublime que dejó al mandatario sintiéndose igual que ella.

Los dos se quedaron callados contemplando cómo el sol iba pintando las nubes de anaranjados que iban llegando a los rosados. Los azules en lo más alto del cielo iban degradándose hasta tornarse en los amarillos que coloreaba el sol. El mar adquiría el mismo tono mientras el fresco de la tardecita los iba arropando. Fueron cinco minutos en los que él percibió el aroma, calidez y serenidad de ella que aún no conocía; ella, una sensación que sobrepasaba su entendimiento.

–¿Ve la cordillera? Por su extensión y dirección es como un muro, la mayor parte de la humedad se precipita sobre el norte y este de la Isla, eso deja una gran área de terrenos áridos al sur y al oeste de ella. En esa porción del territorio de la Isla está su finca –soltó de repente el gobernador.

A Belén le costó unos segundos analizar la observación del señor Colton. Desde lejos, don Lorenzo trataba inútilmente de escucharlos; la actriz no paraba de hablar.

–Bueno, señor, usted no deja de sorprenderme –dijo una risueña Belén.

–¿Por qué?

–Por lo mucho que sabe de aquí. Es que está al tanto de todo –decía la viuda sonriendo.

–Es parte de mi trabajo. Además, la admiro y quiero ayudarla.

–Y ¿como por qué me admira usted?

–Admiro que, aun habiendo perdido su finca de café y enviudado joven, siguió adelante sola y sin detenerse.

–Ahora sí que esto es una sorpresa, y grande. Bueno, no voy ni a preguntarle cómo sabe todo eso… –dijo por decir, pero no se aguantó–. ¿Será porque es el gobernador? ¿O será que tiene sabuesos olisqueando a todo el mundo? –cuestionó la viuda muy seria.

–Oh, doña Belén. No se ofenda. Oiga, la gente habla. ¿O cree usted que no llama la atención aquí? Lo que le comenté lo dije con todo respeto, es usted una mujer digna de admirar –dijo el hombre encantado más que molesto: esa mujer se atrevía y sabía cómo increparlo. No negó ni afirmó las observaciones de Belén.

–Pues, con el mismo respeto le digo que no hablo de mis asuntos y me desagrada que otros los comenten –afirmó mirándolo de frente.

–Lamentablemente, ni usted ni yo tenemos control de lo que la gente habla. Solo deseo ayudarla. Ya estoy en el proceso de ver qué medidas tomaremos para encaminar el proyecto del riego. Le prometo que estará antes de que concluya mi término –le dijo besándole una mano sin percatarse de que todas las miradas estaban sobre ellos. El espectáculo que ofreció el sol había concluido.

Igual que lo heterogéneo que era el grupo de invitados, así fueron las miradas. La actriz miró queriendo estar al lado del gobernador; los caballeros, deseando ellos estar al lado de Belén. Margarite miró con una seriedad que rayaba en hastío. Don Lorenzo no perdió tiempo en contemplar nada. Pudo escuchar las últimas palabras del gobernador.

–Según tengo entendido, el proyecto del riego va viento en popa –dijo acercándose a Belén y al gobernador Colton.

–¿Viento en popa, don Lorenzo? Me sorprende que no sepa usted que ese proyecto está estancado, hasta yo lo sé. Los años de espera me tienen harta. Aquí todo el mundo sabe que el principal cultivo del sur es la caña de azúcar, la cual requiere mucha agua, más que cualquier otro cultivo, digo, sin contar el arroz. Pero nada, lo que quiero decir es que los del sur llevamos años esperando el riego –expresó Belén con un tono de reproche que interesó a todos los que allí estaban.

El señor García y Zúñiga sintió estar en el ojo público.

–Bueno, he escuchado que los trabajos subterráneos que requiere el proyecto son costosísimos. Ha de ser eso lo que lo atrasa un poco –comentó don Lorenzo.

–Sí, sí, eso se sabe. Y también, que hay dinero presupuestado y aprobado. Entonces, ¿qué o quién lo detiene? Miren cómo está Cuba con su sistema de irrigación, allí se dan hasta las piedras. ¿Por qué no lo toman como ejemplo? –seguía Belén cada vez más alzada.

–El proyecto va a arrancar pronto, doña Belén. Delo por seguro –dijo el gobernador para cambiar el ánimo de la viuda hasta suavizarlo.

El comentario del señor Colton puso la mente de don Lorenzo a correr. *No te puede ir bien*. Sonreía sin dejar ver su desconcierto. Nunca había estado en contra de ese proyecto, pero sus intereses habían cambiado. Pensaba con rapidez en qué haría. El cañero del norte previó una conversación con el ingeniero a cargo del proyecto, la cual no solo iría acompañada de simpatía, sino también, de un sobre sellado con la desfachatez del soborno: paquetito que no serviría de nada pues, cuando se diera la oscura reunión, la carta de despido del ingeniero a cargo de las obras del riego estaría lista con la firma de don George R. Colton estampada al pie del papel.

Bajaron de la torre y se acomodaron en el comedor. A la cabeza de la inmensa mesa ovalada, se sentó el gobernador. Los puestos para la cena estaban nombrados. La tarjetita que estaba a la derecha del mandatario tenía el nombre de Belén Fernández. El resto de los invitados estaba acomodado sin aparente orden. Don Lorenzo era el más apartado del gobernador y Belén, a este le quedaba al lado la hermana del señor Colton.

–¿Cómo está la señora Colton? –le preguntó don Lorenzo a Margarite.

El volumen que empleó el hombre fue escuchado por el gobernador y, por supuesto, por Belén y todos.

–*Oh, the lovely Jessie*. No puede acompañarnos, está delicada de salud. Cuánto quisiéramos que estuviese aquí, ¿no es así?, George –dijo Margarite mirando a Belén.

Lejos de mostrarse pasmada o intimidada con la conversación y miradas de don Lorenzo y Margarite, Belén se unió a ellos con esfuerzo para mostrar su acostumbrada candidez.

–¡Qué pena! ¿No conoce nuestra Isla? –preguntó Belén disimulando el disgusto que le causaron las palabras y la mirada de la hermana del mandatario.

–No ha podido venir –comentó el gobernador con lo que pareció pesar, pero mirando muy serio a su hermana.

Durante la sobremesa, el gobernador entabló sencillas conversaciones profesionales con cada uno de sus invitados. Al político lo escuchó mientras este le proponía enmendar la ley 42, conocida comúnmente como «Ley sobre el trabajo de niños». Al

pintor le comisionó un retrato suyo. Quería aparecer como varios de sus predecesores españoles, de pie junto a sus escritorios, tal como los inmortalizó el pintor Campeche. A la actriz le preguntó sobre la obra que presentaría, le aseguró que la iría a ver. Al empresario, quien vendía lámparas, le preguntó si aún los capitalinos seguían comprando las de gas. Con el escritor mantuvo una conversación sobre si se enclaustraba a escribir; también, acerca de si tenía un lugar favorito para hacerlo. Con el sastre habló de las telas usadas en los climas tropicales, muy diferentes a las que se usaban en su Illinois natal. Cuando llegó a don Lorenzo solo se limitó a preguntarle: «¿Gusta más vino?».

Don Lorenzo no había ni contestado cuando el mandatario se dedicó a charlar con Belén. Al rato, el señor Colton se levantó, todos lo siguieron hasta el saloncito destinado para fumar. Se dejó ver claro cómo congeniaban el señor Colton y Belén. Por su parte, Margarite y don Lorenzo entablaron una conversación donde ella expuso su trabajo como presidenta de la Liga Antituberculosis y sobre otras instituciones benéficas, detalle que no impresionó al rico soltero treintón, tampoco le importó.

Esa primera cena, en la que la pueblerina compartió con el gobernador mucho más que en el café, le mostró a Belén que el señor George R. Colton tenía mundo, había viajado, era culto, conversador pero comedido; sencillamente, era encantador. La viuda se dio cuenta de que sentía una gran admiración por ese extranjero que, con una cultura muy diferente a la insular, se interesaba, se informaba y atendía los intereses públicos de su Isla. *¡Me encanta!*

La amalgama de sentimientos encontrados producto de tantas emociones apareciendo de repente la devolvió a su presente en el 1914.

Sentada en la galería recordando aquellos años de su vida en la capital, la invadió la nostalgia. *Hubo momentos lindos, debería estar agradecida*. Pero no lo estaba.

–¿Y esa cara?, nena. Mire que hoy es el principio de tiempos mejores –le dijo Marcial mientras cubría con sábanas las jaulas de los canarios, protegerlos del sereno era una de las tareas diarias de Marcial.

–Sí, si estoy contenta, es que me vienen tantas cosas a la cabeza, tantos recuerdos…

Candelaria los escuchaba desde la cocina; también, pensaba en lo que fueron los últimos años. Salió, y se acercó a su patrona. Belén se levantó, y los rodeó con sus brazos. Se quedaron en un abrazo silencioso, largo y emotivo.

–Vamos, mi niña, que todo se está enderezando –murmuró Candelaria secándose las lágrimas que se le habían salido sin querer–. Váyase a la sala a seguir brindando con sus hijos.

Belén se acercó al barandal de la galería y, sin poderlos contener, sus pensamientos la llevaron a recordar todo el 1911 y los años que le siguieron. Mientras miraba el jardín iluminado por la luna casi llena de aquella noche de septiembre, no pudo evitar pensar en las veces que vio la bahía de la capital iluminada por esa misma luz.

*L*as visitas de Belén a la residencia del gobernador se volvieron frecuentes. No solo contempló los ocasos. Fue invitada para contemplar la luna llena, la menguante y la nueva, aunque durante esta lo único que se apreciaba era la negritud de la noche. Celebró el equinoccio de primavera y el solsticio de verano también. No en vano el gobernador se había ganado el mote que le puso Candelaria: organizaba recepciones para toda ocasión.

Por el momento, solo en las mentes de doña Fedora, Margarite y don Lorenzo corría algo más que una relación amistosa entre Belén y el gobernador. La viuda manejaba los tratos de Margarite y las insistencias de don Lorenzo sin perder nunca el control. Para el resto de los citadinos la presencia de la viuda en las reuniones en La Fortaleza era normal pues los grupos eran tan variados y ella tan encantadora que, más que intrigas, en la mayoría generaba fascinación.

La rutina de Belén en la capital casi no parecía rutina, muchas eran las actividades que se la alteraban: desayunos y almuerzos con las damas de la sociedad capitalina, eventos de caridad y, cuando menos lo esperaba, invitaciones del gobernador y de don Lorenzo.

–Hace bien en acompañar a don Lorenzo, así nadie puede decir que sale solo con el gobernador –apuntaba Candelaria mientras preparaba el almuerzo.

–Si supieras que Lorenzo ha dejado la mala costumbre de querer controlarme –comentó Belén sin tener idea de que, tanto doña Fedora como Margarite, se habían percatado del detalle, por lo que no tardaron en alertar y aconsejar a don Lorenzo–. Es un caballero, sus pláticas me entretienen, pero de ahí a otra cosa, nadita de nada. Y, de George… No salgo con él, solo coincidimos y acepto invitaciones a La Fortaleza como cualquier otra persona –expuso sonriendo.

–Ah, claro, y yo nací ayer –expresó la cocinera con una mirada de reproche.

–No me mires así. Hay algo de verdad en lo que digo.

–No me venga a decir que esas coincidencias no son planificadas –dijo Candelaria analizando la expresión de Belén, quien se quedó como si le hubiese dicho «hoy es martes».

Empezaba el tercer mes de 1911 y una noticia acaparó el interés, no solo de los capitalinos, sino el de la Isla entera: la esposa del gobernador había muerto en el continente.

Por esos días, corría la Feria Insular en la capital por lo que el gobernador no fue de inmediato a su país. En el evento se presentaban productos de la Isla además de artefactos tan interesantes como un dirigible que dejó a más de uno paralizado ante la admiración de contemplar aquel colosal aparato ascendiendo por los aires. La prensa del país honró al gobernador George R. Colton al publicar que el éxito de la Feria se debía a su admirable iniciativa y esfuerzo persistente, los que lo acreditaban de buen gobernante.

En La Fortaleza se preparó un servicio en honor a la difunta al que asistieron personalidades de la política y sociedad capitalina, entre ellas, Belén.

Con la noticia, la viuda tuvo que manejar, muy en su interior, un torrente de sentimientos confusos: tristeza, alegría, vergüenza.

–Lo siento mucho, señor gobernador –exclamó Belén extendiéndole una mano que él acercó hacia sí para fundirse en un abrazo con ella.

–Hace tiempo que no era la misma. La consumió su afección –dijo muy sereno el mandatario apartándose de Belén para luego seguir escuchando pésames.

Retirada Belén del señor Colton, la hermana del gobernador comenzó a acercarse a ella para hablarle por primera vez. La viuda, al notar que la mujer caminaba directamente hacia ella sin desviar su vista ni atención hacia otros, le mostró una leve sonrisa.

–*You have no prestige*. Trepadora, oportunista –fue lo único que pronunció la hermana del gobernador.

La insinuación de Margarite la dejó estupefacta, era la primera vez en su vida que alguien le decía semejantes palabras. La hermana del gobernador pensó por unos segundos que la viuda era incapaz de reaccionar. Cuando Belén salió del momento de aturdimiento, al estar segura de que esas palabras no la describían, le sonrió muy calmadamente.

–Nunca se ha dignado a conocerme –reclamó la viuda.

–No me hace falta, se te nota a leguas.

–No voy a decirle lo que a leguas sí se le nota a usted porque soy comedida –dijo Belén para darle la espalda e ir por un chocolate caliente. Salió del palacio sin ser vista.

La hermana del gobernador sonrió, solo se quedó sola por un breve instante, siempre estaban los alzacolas que la adulaban con gracia mientras ella lo disfrutaba genuinamente. La rodearon de inmediato.

Los meses siguieron su curso como en todo el globo terráqueo, con buenos y malos ratos, actividades placenteras y las no tanto; también, comentarios bien y malintencionados. Asimismo, el omnipresente cotilleo comenzó a hacer los estragos propios de su calaña: las opiniones de la presencia de la viuda en La Fortaleza comenzaron a cambiar. «No sale de La Fortaleza», decían unos.

«Coquetea con todos», decían otros. Había quien comentaba: «Es divina, cómo no iba a estar encantado el gobernador». Y, como siempre, los protagonistas de las habladurías eran los últimos en enterarse.

Belén y el gobernador, enterados o no del cotilleo capitalino, se enfrascaban en pláticas cultas e interesantes que iban desde la calidad de los suelos hasta la belleza de las artes plásticas, musicales y literarias. Hablaban de la flora y fauna de las Américas continentales y las comparaban con las caribeñas. Disfrutaban mencionando y contrastando la sazón de la comida de sus respectivas cocinas. En fin, sus conversaciones estaban por encima del nivel de las habladurías. Los meses pasaban tan rápido como iban congeniando ellos.

La vida seguía para todos. Belén, en la capital, sorteaba invitaciones a un sinfín de actividades. En las calles lejanas al hogar citadino de los pueblerinos, Antonio José iba casi a diario al cafetín de la esquina: su estilo y conocimientos se iban enriqueciendo. Milita aprendía el arte del comedimiento con su amiga Gloria más que con las monjas, y la madre superiora vivía confundida con esa «niña rara».

Lejos, en el pueblito sureño, un hombre se había obsesionado con mirar la sección *Crónica Social* del periódico donde con bastante frecuencia aparecía Belén. Don Manuel Cuevas Otero escudriñaba toda expresión y pose de ella y de su asiduo acompañante, el gobernador Colton.

Comenzado el verano de ese año, nuevamente todos recogieron bártulos para ir a pasar unos meses en el litoral sur. La viuda, a pesar de disfrutar la vida citadina, extrañaba la apacibilidad de su pueblo. En esta ocasión, su círculo capitalino se enteró de su movida.

–No olvide el camino de regreso –le expresó el gobernador en el teatro donde coincidieron unos días antes de la partida de Belén.

–Mis hijos me lo recordarán –dijo por no admitir que por nada del mundo se olvidaría de regresar–. Tengo varios asuntos que debo atender allá.

–La echaré de menos –admitió el señor Colton antes de que se acercara doña Fedora, quien llegaba acompañada de su marido

Rogelio.

–George, querido, ¿cómo vas con todo? –preguntó con gesto apesadumbrado–. Acabamos de regresar de Europa, íbamos a pasar en estos días por tu casa para expresarte cuánto sentimos tu pérdida. Belén, querida, ¡qué linda estás! –dijo seria, manteniendo el tono luctuoso. Belén sonrió.

–Todo bien, Fedora, gracias. Rogelio –saludó el gobernador estrechando la mano del señor Silva, quien se unió a las palabras de condolencia de su mujer.

–George, sabes que estamos para lo que necesites –expresó doña Fedora tomándole las manos al mandatario para luego soltarlas y dirigirse a Belén–. Belén, escuché que regresas a casa para el verano. ¿Podría pedirte un favor? Quiero enviarles unas cositas que les traje a los nietos –dijo por decir la señorona capitalina, bien sabía los planes de su yerno, solo quería ver la reacción de Belén ante el inminente encuentro con don Manuel.

–Con gusto, paso mañana por su casa a buscarlas –dijo la viuda sonriendo–. Tan pronto llegue al pueblo, iré a entregarlas personalmente.

–No, niña, no te molestes, te lo hago llegar, es un paquete pequeño. Dos o tres chucherías para los nenes y una medallita de la Virgen de Lourdes para Ana Elisa –dijo doña Fedora. Constató, al ver el entusiasmo de Belén, que la viuda iría derechito a ver a su yerno–. Qué belleza, ese santuario –concluyó para controlar las ganas que tenía de reír.

Belén no percibió ningún ánimo retorcido en doña Fedora, solo rememoró el momento en que su amigo Jacques le entregó el libro de Émile Zola sobre Lourdes y repasó en su mente las críticas abiertas a la iglesia católica que el escritor hiciera en ese libro. No comentó nada.

Una mañana estival, con todo listo para salir de viaje hacia el sur, llegó don Lorenzo para lo que Belén pensó sería una despedida de última hora cargada de buenos deseos para el verano.

–Nos veremos por allá –expresó el hombre luego de los saludos de rigor.

–¿Sí? ¿Cómo así? –comentó la viuda sin ocultar un asombro que el hombre ignoró con la naturalidad de quien se impone.

–Resulta que tengo unos asuntos que resolver cerca de su pueblo. No se sorprenda si me ve por su casa –dijo sonriendo con la astuta simpatía con la que en ocasiones intimidaba.

–Ah, pues, déjeme saber cuando esté por allá –solicitó Belén sin tan siquiera mencionar sus señas.

–Así será –comentó don Lorenzo seguro de que en ese pueblito sería fácil encontrarla–. Buen viaje –se despidió haciéndose el desentendido ante la sosera de la viuda y las miradas de todo el componente familiar de Belén.

–Estas son las cosas de este hombre que no soporto –comentó la viuda tan pronto como salieron con destino a su pueblo.

–Qué insistencia. Y dale contigo. Mami, tienes que decirle que te deje quieta, que no te gusta –comentó Milita con su acostumbrada manera de hablar sin paños tibios.

–Ya veré, no es tan fácil –dijo Belén pensativa, aún no sabía qué tenía ese hombre que no le permitía ser tan franca como lo era con otros.

–¿Qué es lo que no es fácil? Para mí, lo es. Dile: «Mire, señor, no sea tan empalagoso. No se da cuenta de que a mí el que me gusta vive en un palacio».

La dulzura y candor de Belén se le borraron para transformarse en la mirada severa que bien respetaba Milita. Algo había en esa manera de mirar que era la única que la acallaba, nadie más lo hacía de esa forma.

–Amalia Belén, aprende que, aunque soy tu madre y te adoro, hay límites que tienes que respetar –expresó muy seria Belén sin negar o admitir la suposición de su observadora hija.

El pueblo se les iba acercando a los emigrantes que volvían a su terruño; el licenciado, a la mente de Belén. *¿Esperaré a encontrármelo por casualidad?,* pensó por pensar, tenía planificado llevar el paquetito de doña Fedora la mañana siguiente. Se sorprendió al sentirse entusiasmada al vislumbrar la posibilidad de encontrárselo por casualidad esa misma tarde. *¿Será que daré un*

paseo por la plaza? Candelaria miraba su expresión e igualmente sonreía; Antonio, ni cuenta se daba; Milita, tampoco. Aún no era versada en esos temas, solo analizaba lo que era obvio; por tal razón, eso que había entre su madre y el licenciado aún no lo veía.

Encontraron la casa como si solo hubiesen salido a dar un paseo. No había que instalarse o acomodarse: era su hogar. Adela y Teresa estaban contentísimas de tenerlos allí; los perros y los canarios daban la impresión de que también.

–Este pueblo será aburrido, soso o como lo quieran llamar… Ah, pero ¡qué bien me siento aquí! –decía Belén entrando a su hogar pueblerino.

–Allá hay mucho bullicio –decía Marcial tartamudeando.

–Yo, como ni veo la ciudad… –se quejaba muy seria Milita.

–Boba que eres, si no te quedaras encerrada metida en tus cosas –decía Antonio destapando su mesa de billar; permanecía cubierta con sábanas mientras él no estaba.

–Bueno, bueno, ¿qué tal si damos un paseo por la plaza? Falta un buen rato para que oscurezca –dijo Belén contenta.

–Con este calor –volvió a quejarse Milita.

–Mamá, yo la acompaño –expresó Antonio José.

–Pues, qué bien, nos vamos tú y yo. Voy a recostarme un ratito, te aviso –dijo Belén dándole una palmadita en un brazo a su hijo para luego dirigirse a su habitación.

Pasada una hora, salió la viuda tan arreglada y perfumada que las reacciones fueron similares.

–¿Para dónde vamos? –exclamó Antonio José sonriendo al ver a su madre tan guapa.

–Mami, es la plaza –expresó Milita extrañada al verla tan arreglada–. Esperen, yo también voy –dijo con la curiosidad de quien solo percibe algo que no puede alcanzar a advertir.

–Mi niña está linda –comentó Candelaria sonriendo.

–Vamos, Antonio –solicitó la viuda tomando el brazo que su hijo tenía presto para llevarla.

–Espérenme –se acercó Milita tomando el otro brazo de su hermano.

A la tarde le quedaba un buen rato de sol. No solo Belén pensaba que la plaza de su pueblo era la más linda de la Isla, muchos eran los que le habían dado ese reconocimiento también. En sus dieciséis jardineras, los laureles de la India con sus hojas perennes, sembrados hacía más de una década, comenzaban a darle un aspecto majestuoso al lugar. La iglesia, estilo neorrománico, adornaba el ángulo este, el resto era circunvalado por hermosas estructuras de arquitectura colonial, entre ellas, la casa alcaldía.

Con andar pausado, la viuda marcaba el ritmo del paseo. Disimulaba, pero su mirada buscaba al licenciado Cuevas. Charlaba con sus hijos para matar el tiempo. Les narraba el momento en que el alcalde tuvo la idea de que se sembraran los árboles que brindaban la apreciada sombra. «De eso hará como unos quince o dieciséis años, creo que ustedes no habían nacido, ¿o sí?», decía Belén. Además, les contó cómo era aquel lugar a puro sol. «Solo se podía estar aquí temprano en la mañana o cuando bajaba el sol; el resto del tiempo, nada más que con sombrilla», les comentó la madre percibiendo el ocaso que iba arropando al pueblo.

El sol se puso, la brisa cesó y aparecieron los mosquitos, pero no el licenciado.

–Ay, me comen. ¿Nos podemos ir? –decía Milita sacudiéndose.

–Vamos –dijo Belén mirando hacia el frente. No dejó ver su desilusión.

Ya en casa, Candelaria tenía la cena lista: una sopita de viandas para componer el cuerpo luego del día de viaje. Cenaron. Antonio golpeó dos o tres bolas de billar, Milita se quejó tres o cuatro veces y Belén dejó ir sus pensamientos sentada en su sillón de mimbre en la galería, donde no había apuros ni tentaciones.

Ese verano fue como no lo esperaba Belén. El que ella pensó que sería un encuentro inevitable no se dio. El español que vivía muy adentro del licenciado Manuel Cuevas Otero, pues ya parecía criollo, decidió que era hora de llevar a sus hijos a la Madre Patria a conocer a su familia. Se embarcó con sus cinco retoños y dos niñeras. Belén guardó por meses el paquetito con las chucherías europeas y la

medallita de la Virgen de Lourdes para luego devolvérselo a doña Fedora.

Durante la época estival, Antonio se fue a pasar varias semanas con los Castaings. Milita lo pasó entre puntos, rayas y espacios.

–Nena. ¿Y como para qué usted se aprende ese reguerete de rayas y puntos? –preguntó Marcial intrigado.

–Marcial, se llama código morse –decía la joven con la paciencia heredada de su madre para aguantar la tartamudez del hombre sin asomar la más mínima desesperación–. Lo aprendo… ¿Qué se yo? No sé… Por si algún día me toca enviar un mensaje. Esto me gusta, es fascinante.

–Para eso están los hombres que usan el aparato ese y los envían –dijo el jardinero tartamudeando.

–Dime algo. Cualquier cosa –pedía Milita entusiasmada haciendo caso omiso al comentario de Marcial.

Milita transcribió todo lo que dijo Marcial con notable destreza sin anotar las sílabas repetidas del jardinero.

–Gracias, Marcial, me lo han dicho antes –comentó al terminar de anotar el comentario de Marcial.

–Es que lo es, mi niña –dijo el jardinero con el orgullo de verse querido por esa niña a quien veía como la nieta de sangre que nunca tendría–. ¿De verdad que ahí dice lo que yo dije?

–Sí, sí. ¿Te crees que no?

–No, si yo sé que usted es buena comunicándose sin palabras. Siempre me sorprendo cuando la veo cómo se entiende con Adela –comentó Marcial sobre el lenguaje que usaba Milita para comunicarse con su nana sordomuda–. Y le digo más, además de lista, es buena. Con esa combinación le va a ir bien. Apúntelo, apúntelo ahí también –decía riendo entusiasmado.

–Bromeas conmigo, no me crees –dijo Milita sonriendo–. Si quieres, llévaselo al telégrafo para que te lo lea, imagino que sabrá descifrarlo. Ve, ve, para que veas que eso fue lo que escribí. Soy buena en esto –decía la joven muy orgullosa entregándole el papel a Marcial–. Pero, espera, déjame añadir lo que acabas de decir.

–Lo que debe aprender es el silbo gomero. También va a ser buena en eso. Su abuela siempre lo mencionaba.

–¿El qué? –preguntó Milita soltando el lápiz.

–¿Nunca le han mentado el silbo gomero? ¡Ay, bendito, cómo se pierden las tradiciones! Esa es su herencia canaria –expresó Marcial moviendo la cabeza en gesto de triste negación–. Esa era la manera como se hablaban en una de las Canarias, en La Gomera. Silbaban para comunicarse por barrancos y valles, eso me decía su abuela. Creo que todavía lo usan.

–Pero ¿y cómo nunca me han hablado de eso? Tendré que irme un tiempo con los parientes canarios, aunque no los conozca –dijo Milita sonriente y pensativa.

En esos mismos días veraniegos, Belén trató de entretenerse con visitas frecuentes a la Puerto. Cuando no iba a la finca, se sentaba a leer libros que tenía pendientes, pero la mente se le iba, no en blanco, sino en el licenciado Manuel Cuevas Otero y sus posibles andanzas como padre soltero por la Madre Patria. Se dio cuenta de que le preocupaba, muy bien conocía el encanto del hombre.

Una tarde, leía a Manuel Zeno Gandía. Igual, la mente no atendía la historia de la novela, sino otra. Soltó el libro y fue a la cocina por agua.

–¿Cómo es que se molesta porque él se haya embarcado a ver a su familia? –cuestionó Candelaria tan pronto la sintió entrar–. Usted empaquetó de repente y se fue para la capital. ¿Por qué él no puede? –preguntaba mientras salpimentaba una pata de cordero.

–¿Eso es para mañana? –preguntó Belén mirando la carne y esquivando las observaciones y preguntas de Candelaria.

–No, la voy a dejar dos o tres días marinando. Vuelvo, ¿por qué él no puede salir del pueblo?

–Lo que me preocupa es ese viaje tan tedioso para esos nenes –mentía Belén para tratar de convencer a una incrédula Candelaria.

–Sí, sí… A otro perro con ese hueso.

–Ay, tú y esos refranes –reprochó Belén.

–Y ahora viene el peor. Camarón que se duerme…

–¿Qué?

–Como si no supiera… Se le fue, lo dejó ir. Se lo llevó la corriente –soltó la cocinera sin tapujos, y siguió con la preparación de la pata.

Belén aguantó el comentario y no dijo ni pensó nada. Regresó a su sillón de mimbre en la galería. Su mirada divagó por el patio hasta que tornó su vista al libro e hizo que leía. Se esforzó y concentró hasta meterse de lleno en la crónica de un mundo enfermo que creó Zeno Gandía en *Garduña*. Embebida en la lectura, intrigada con la situación de un testamento enterrado, Teresa la interrumpió.

–Doña Belén, la procura un señor bien guapo –dijo sonriendo Teresa–. Está en la sala. ¿Qué le digo?

–Ay, Teresa, ¿cuántas veces te he dicho que preguntes quién me procura. No puedes dejar pasar a todo el que llega por ahí –advirtió la viuda molesta.

Belén soltó *Garduña* y, con desgano, se puso de pie para ir al encuentro del hombre guapo. *Ya creía que no venía*. Ni siquiera se arregló el pelo. Fue al encuentro porque no le quedaba otro remedio, esa visita no la entusiasmaba en lo más mínimo.

–Pero… Juan, ¿estás solo? –preguntó Belén sorprendida y confundida mirando a todos lados.

–¡Buenas tardes, doña Belén! Sí, sí, vine solo –contestó el capataz acercándosele para darle la mano.

–Cuéntame, ¿qué te trae por aquí? Siéntate –invitó la viuda.

–Como no pasó por la finca esta mañana, supuse que no iría hoy y tengo que comentarle algo que me ha dejado desinquieto.

–¿Qué pasó? –preguntó Belén.

–Ayer por la tarde, llegó un hombre a la finca.

–¿Quién?

–No sé, no me dijo el nombre.

–¿Y qué quería?

–Dijo que le llamó la atención la siembra. Escarbaba la tierra con la punta de la bota. No me gustó la sonrisa que puso cuando se levantaba el polvo. La tierra está bien seca, usted sabe cómo es.

–¿Quién sería? –preguntó sabiendo que no podía ser otro que don Lorenzo García y Zúñiga.

–Se veía un tipo elegante. No se presentó. Discúlpeme, no me sentí en la posición de preguntarle quién era.

–No te apures. ¿Cómo llegó?

–A caballo. Un alazán con paso finísimo.

–Qué raro. ¿Y no dijo nada más?

–Preguntó de quién era la finca. Ni le contesté, le dije que estábamos por terminar la jornada y que todavía había mucho por hacer. El hombre entendió y se fue por donde vino. Doña Belén, la cara de ese hombre escarbando la tierra se me ha quedado atrabancada en la cabeza.

–Gracias, Juan, hiciste bien en venir. ¿Gustas agua o un cafecito? –dijo Belén sin dejar notar la preocupación que generó en ella toda esa escena.

–No se preocupe, gracias. Voy a buscar unos pastelillitos para llevárselos de sorpresa a Obdulia, no hay como los de Nico.

–Ve, ve, sí, de verdad que son una delicia, a mamá le encantaban. Ve, sí, antes de que te caiga la noche encima. Gracias por venir –despidió la viuda al capataz.

Belén estaba segurísima de que quien estuvo en la Puerto fue don Lorenzo. La escena que le narró Juan la enervó de tal manera que esa noche no probó del suculento bacalao a la vizcaína con viandas que preparó Candelaria. Antes de encerrarse en su habitación para cavilar qué diría y de qué hablaría con el señor García y Zúñiga cuando lo viera, porque de seguro que se presentaría por esos días, buscó a Teresa.

–Teresa, ¿no conocías a Juan?

–¿Qué Juan? –preguntó la mujer.

–Teresa, Juan Linares, el capataz de la Puerto. Lleva años con nosotros, desde la Jájome.

–Pues, creo que lo vi alguna vez. Ni sé.

–¿No lo reconociste? ¿De verdad que lo encontraste guapo?

–Ay, señora… No, señora, no, no, no… Por favor, no piense que…

–No te preocupes, no pensé nada –dijo para calmarla al ver lo sonrojada y avergonzada que se puso–. Bueno, sí pensé algo, debes revisarte los ojos, creo que necesitas lentes –terminó riendo Belén.

Tan pronto como al día siguiente, don Lorenzo García y Zúñiga llamó a la puerta de la casa de la viuda.

–Doña Belén, la procuran. Es un señor, no lo dejé pasar, se llama Lorenzo García y no sé qué, no entendí –expresó Teresa–. Lo dejé en el balcón.

–Gracias, Teresa. ¿Es guapo? –preguntó riendo la viuda.

–Ay, señora… –dijo la empleada mirando al piso y llevándose las manos a la boca para, apurada y avergonzada, ocultar su sonrisa.

–Don Lorenzo, qué gusto verlo –saludó la viuda con su acostumbrada elegancia.

–Doña Belén, imaginaba que no sería difícil dar con usted, pero no que sería tan fácil. A la primera persona que le pregunté en la plaza, me señaló su casa. Su fama la precede –exclamó el hombre besándole una mano.

–No es así. El pueblo es pequeño. Siéntese, por favor. Cuénteme, ¿cómo le ha ido por estos lares? –comenzó Belén para tantear al hombre–. Pero antes, ¿se toma un café conmigo?

–Me gustaría mucho, gracias.

–Teresa, por favor –solo dijo la viuda. La mujer se retiró.

–Pues, todo bien. Tengo unos asuntos en su pueblo vecino, me estoy quedando con unos amigos cerca del malecón. Es bueno el ambiente de allí.

–Sí, es relajado y se come bien. ¿Desde cuándo está por acá? –seguía la viuda.

–Llevo unos días, y ya vi su finca. Qué bien la llevan.

–No me diga –exclamó la viuda mostrando sorpresa y desconocimiento–. ¿Cómo supo cuáles son mis terrenos? –preguntó recordando lo que le contó Juan.

–Ya le dije, usted es famosa –dijo riendo.

La viuda pensó dejar ese tema, pero no aguantó.

–¿Cómo dio con la finca? Está bastante retirada.

–Hice una cabalgata de reconocimiento. Me gusta conocer los lugares adonde voy. Y, para economizarle la pregunta, el alazán que monté es de un amigo –declaró sonriendo–. Pues, bien, me llamó la atención la siembra de esa finca, está bonita. No sabía que era la suya, solo lo supe después –mintió con la naturalidad de quien domina ese arte.

–Vamos bien, los terrenos son buenos –dijo la viuda para ver si el hombre comentaba algo sobre la tierra seca, pero don Lorenzo solo sonrió.

A su edad, la viuda sabía que, en ocasiones, los silencios hablan y que detrás de una sonrisa no siempre hay alegrías o buenas intenciones. Toda la escena la llevó a pensar que tenía que ser cautelosa con ese cañero del norte. No precisaba el porqué de las acciones del hombre, eso la preocupaba.

Le siguió el juego a don Lorenzo y dirigió la conversación sobre la historia de su pueblo cuando el hombre le preguntó cómo ese lugar tenía una iglesia tan fastuosa.

–No se ofenda, pero como que no encaja en este pueblo –comentó don Lorenzo intrigado.

–No es el único que lo piensa. Los planos llegaron por equivocación, no eran para aquí. Se dice que iban para Santo Domingo o La Habana... Ay, Virgen, no recuerdo bien. Lo que sé es que no venían para acá. No me pregunte cómo pararon aquí. Lo cierto es que ahí está y es nuestra –concluyó Belén sonriendo.

–Habrá que preguntarles a los curas –sugirió riendo.

–Ya hace tanto tiempo que nadie habla de eso.

Tomaron café, comieron galletitas hasta que, de momento sonaron las bolas de billar.

–¿Quién juega billar? –preguntó don Lorenzo.

–Antonio José. Es un fenómeno. Lo que juega es carambola.

–Ah, me gustaría verlo.

–Por supuesto –dijo la viuda disimulando su hastío.

Se movieron a una habitación que años antes se desocupó y dispuso solo para el billar, era amplia e iluminada. Además de la luz natural, del techo pendía una gran lámpara suspendida a pocos pies de la mesa.

–Don Lorenzo, qué sorpresa –saludó Antonio.

–¿Qué tal?, muchacho. Sigue jugando, no quiero interrumpir –dijo el hombre estrechándole una mano al joven.

Antonio tiró un par de jugadas mientras su madre miraba orgullosa y don Lorenzo observaba la iluminada mesa en silencio.

–Tu madre tiene razón, eres bueno. ¿Dónde aprendiste?

–Me enseñó un amigo de mi abuelo –respondió Antonio sin separar la mirada de la mesa–. Mi abuelo también jugaba.

–¿Sabes que en la capital hay varios clubes donde se juega carambola? –preguntó don Lorenzo.

–Solo juego en casa –dijo el muchacho.

–¿Has oído hablar de Alfredo de Oro?

–*Monsieur* Castaings dice que soy tan bueno como él, pero él es más de billar americano –comentó Antonio mientras golpeaba una bola.

–Muchacho, podrías viajar el mundo de campeonato en campeonato como De Oro. Te puedo llevar a los clubes para que te conozcan.

–Don Lorenzo, gracias, pero esto es solo un pasatiempo. Antonio está dedicado solo a los estudios, y así debe seguir. No quiero las distracciones que puede generar un club –dijo Belén muy seria sin imaginar las visitas de Antonio al cafetín.

–Discúlpeme, doña Belén, solo pensé en que, como es tan bueno, podría perfeccionarse viendo a otros billaristas –se excusó don Lorenzo.

–Acabo de llegar de estar dos semanas con mi maestro. Practico las nuevas jugadas que me enseñó –dijo Antonio entusiasmado con la conversación con don Lorenzo.

–Eres bueno, muchacho, sigue practicando. Algún día quizás le puedas sacar provecho al juego, son muchas las apuestas que corren en los deportes –comentó el hombre para desdibujar la sonrisa en Belén.

–Ay, qué pena con usted, don Lorenzo, tengo un compromiso dentro de un rato y debo arreglarme –mintió la viuda para despachar al hombre.

–Ah, y yo aquí de imprudente visitante –exclamó don Lorenzo sonriendo.

–No, discúlpeme, no quise decir eso, no me malinterprete –dijo por decir la viuda, solo esperaba que se fuera.

–Regreso a la capital mañana, nos veremos por allá. ¿Cuándo regresan ustedes?

–La próxima semana, ¿no?, mamá –comentó ingenuamente Antonio.

–Sí –contestó a secas la viuda.

Belén y Antonio acompañaron a don Lorenzo hasta el balcón. Lo despidieron con las cordialidades de rigor, y entraron.

–Mamá, ¿qué pasó? ¿De verdad va a salir?

–No quiero que te relaciones con ese hombre.

–¿Por qué? ¿No es su amigo?

–No, no lo es. Solo soy educada al atenderlo. Compartimos el gusto por la música, pero eso no es amistad –zanjó el asunto con su hijo, ni siquiera mencionó las apuestas, no quiso darle color a esa práctica viciosa. Antonio, sin embargo, comenzó a darle tonalidades al asunto.

La viuda se fue a su habitación, estaba tan extenuada por la presión que sintió al fingir tanta amabilidad que ni siquiera pasó por la cocina. En la tranquilidad de su espacio trató de idear cómo manejaría a ese hombre que, no solo la cansó, sino que sembró en ella un germen difícil de erradicar denominado desconfianza. Empezó a sentirse igual que Juan. Imaginaba la escena de la bota escarbando la tierra y se le erizaba la piel.

La estadía veraniega en el pueblo del litoral sur llegó a su fin. Regresaban a la capital. Belén estaba entusiasmada, le esperaba remozar y adornar su casa capitalina, su cuñada Inés avisó visita, se pasaría un tiempo con ellos.

–Válgame, querida, no sé cómo tardé tanto en venir a visitarte –dijo Inés Ronda al saludar a Belén–. Les traje infinidad de golosinas hechas por María. Luz le envió a Candelaria un paquete con no sé qué que usa para sazonar y que, según ella, no se consigue por acá. Esas mujeres me cargaron el equipaje –comentó tan alegre que Belén no lo interpretó como queja.

–¡Qué alegría tenerte aquí! Conocerás mi vida de capitalina.

–Por favor, dime que podré acompañarte a La Fortaleza.

–Anda… Pero ¡qué chiquita es esta Isla!

–No te preocupes, fue Inesita, sabes que ella no es chismosa. Solo me cuenta dos o tres cositas cuando regresa de aquí y le pregunto por ti.

–Pues, sí. El señor gobernador hace muchas veladas en su residencia. No es que siempre me invite, pero, sí, se puede decir que voy con frecuencia. Escoge a sus invitados según los gustos, sabes que los míos son muchos –comentó Belén sonriendo serenamente.

–Tranquila, no me tienes que dar explicaciones, pero eso no fue lo que oí –dijo con una mirada pícara–. Lo que sí podrías decirme es si don Manuel pasó a un segundo plano.

–Inés, sabes que él nunca ha estado en ningún plano que no sea el de negocios –dijo la viuda de los dientes para afuera–. No lo veo hace mucho tiempo, no sé nada de él –mintió por no mencionar la desazón que le cambió el gusto a la estadía veraniega en su pueblo.

Aunque confiaba en las Inés, Belén no le siguió la conversación: cortó el tema de inmediato.

–Ven, Antonio y Milita están locos por verte –dijo la viuda alegre–. Deja todo eso ahí, Marcial y Candelaria te lo acomodan en seguida en tu habitación.

La tarde fue amena. Se sentaron a charlar y rememorar historias familiares. El patio interior de la casa tenía su perímetro delimitado por galerías. El suelo estaba cubierto con ladrillos de diferentes tonos

rojizos. Era un espacio fresco; tenía un aire encantador. Los pasillos con balaustradas de la planta superior les servían de techo a las galerías del patio. Belén las había llenado de sillones, mesitas y matas, tal como era el bosque tropical de la casa de sus cuñados en La Dulzura.

–¿Cuándo empiezan las clases? –les preguntó Inés a sus sobrinos.

–La semana que viene –dijo Antonio entusiasmado.

–En dos semanas empieza mi tormento, tía –comentó Milita con desgano.

–Yo estuve interna también, pero solo iba a casa para la Navidad y el verano. Tengo recuerdos de todo tipo. Lo que atesoro de esos años es las amigas que gané, son como hermanas para mí. Ya verás. De aquí a treinta o cuarenta años, agradecerás lo que estás viviendo ahí, deja de quejarte y empieza a ver las cosas lindas, nena –dijo Inés muy tranquila.

Milita la escuchó, pero no comentó nada. Solo pensó que ya empezaba a sentir a Gloria como se imaginaba que se sentiría tener una hermana.

Se fueron a la cama temprano. El cansancio se estaba sintiendo en todos los cuerpos.

El final del verano hacía los estragos propios del calor que lo acompaña. En muchas ocasiones, las noches no daban para recuperarse. Las temperaturas del estío no le permitían a nadie descansar. En medio del desvelo causado por la calidez, Belén pensó en las palabras de Inés, era obvio que se hablaba de ella y el gobernador. Nunca le había gustado estar en boca de nadie. Saber que su nombre sonaba por allí quién sabe de qué manera, la molestaba. Siempre había sido muy reservada con sus asuntos: su vida era privada y así quería que permaneciera.

A la mañana siguiente, con la poca o casi ninguna frescura del amanecer del húmedo verano caribeño, llegó un mensajero a la puerta de Belén.

–Nena, le trajeron esto –dijo Marcial entregándole un sobre a la viuda cuando esta se levantó–. Lo trajeron a la amanezca, menos mal

que me levanto con el gallo –decía el jardinero riendo sin atreverse ni tan siquiera a insinuar que sabía de dónde y de quién venía.

–Gracias, Marcial. Ven, siéntate, tómate un cafecito conmigo –lo invitó Belén–. Candelaria –solo dijo la viuda, la cocinera no necesitaba nada más para saber que debía servir café–. Marcial, mírame. Por favor, contéstame con sinceridad –soltó Belén para, sin querer, poner nervioso al jardinero.

–La miro, nena.

–¿Qué se dice de mí y el gobernador por ahí afuera?

–Ay, nena. Pero ¿y qué pregunta es esa? –dijo tratando de evadir el tema.

–¡Marcial! –expresó la viuda con tono autoritario.

–Que usted es la favorita –dijo bajando la mirada.

Belén no estaba preparada para tal sinceridad o, más bien, para el bofetón que significaba, no las habladurías, sino ese ofensivo puesto; sin duda, era parte de una lista.

–¿Algo más? –cuestionó con firmeza.

–No, nena –terminó Marcial sin atreverse a mirarla.

La viuda tomó otros sorbos de café, se levantó y se dirigió a su habitación con el sobre en mano. Candelaria y Marcial no le hablaron.

A solas, la cocinera cuestionó al jardinero.

–¿Cómo se te ocurre decirle una cosa así? ¿Serás palurdo?

–Hace tiempo que le prometí que no le ocultaría nada. Prefiero que se desengañe de una vez.

–Suelta, ¿qué más sabes?

–¡Adiós! ¿Y tú no eres la que oye todo? Deberías estar más que enterada de que ese hombre no puede estar solo.

–Me lo imaginaba. Y ahora que está viudo… Total, yo sé que ese no es el que le mueve el piso a mi niña, pero me jode que él se crea que sí –decía pasando un paño una y otra vez en el mismo lugar de la encimera.

–Eso no lo sé, esas son cosas de mujeres. Lo que sé es que cuando nos vamos para casa, él sale, no con una, sino con dos o tres o, por lo menos, eso es lo que dicen.

–¡Bah! Busconas. Imagino que no le llegan ni a los tobillos a mi niña. Esas deben ser de las que se pierden en una multitud de dos. Cuánto quisiera oír de qué hablan –decía la cocinera alebrestada.

–Por eso mismo es que dicen que la favorita es la niña Belén.

–¿Y qué carajo se creen aquí, estos pilas de mierda, que esto es un concurso? Mira, Marcial, no me digas nada más que estoy que hiervo.

–De verdad que extraño mi pueblito –dijo Marcial soltando un suspiro.

La común respuesta que salía de la mano de Belén cada vez que llegaba una notita de La Fortaleza no salió ese día ni los siguientes. La réplica, en esta ocasión, fue un parco y educado: «Lo lamento, no podré asistir. Gracias. Belén». La viuda pensó en lo ingenua que fue al creer que aquel hombre sentía algo especial por ella o que su interés era genuino. Con mente fría, objetiva y negociante, agradeció lo que se logró por ese contacto: la construcción del sistema de riego estaba encaminada. Se sacudió, siguió viviendo el día a día. Inés se quedó sin ir a La Fortaleza.

Los meses corrían, la vida seguía, las actividades no esperaban y los inevitables encuentros se daban.

La ausencia de Belén en las veladas del gobernante, lejos de apartarla de la comidilla, fue el plato principal: avivó todo tipo de comentario. Las especulaciones fueron variadas entre los capitalinos. La hermana del gobernador tomó ese alejamiento como una treta de la viuda.

–Pues, no sé ni qué decirte –fue el único comentario de doña Fedora al «lo hace para atraerlo, su ausencia lo descompone» de Margarite–. No creo que esa sea su intención, aunque… –dejó la intriga en el aire.

–Oh…! ¿Qué sabes que me vas a contar ahora? –demandó Margarite.

–No sé, es posible que tu idea sí sea correcta, puede ser que sea algún plan bien pensado.

–¿Qué sabes? –preguntó la hermana del gobernador.

–En el pueblo, hace años, cuando murió el marido de Belén, muchos comentaron por lo bajo que no fue un accidente.

La señorona capitalina sabía que una duda bien plantada daría buena cosecha. En un momento, doña Fedora llenó la cabeza de su amiga continental. La mujer soltó un torrente de intrigas que se tornarían en las semillas que trataría de plantar Margarite en la cabeza de su hermano.

–Permíteme preguntarte, querida. ¿Por qué no te agrada Belén? La muchacha es encantadora, pero tú, desde el principio, la has detestado –comentó doña Fedora para disfrazar sus cizañas. Con ello creía trabajar a favor de don Lorenzo, pensaba en despejarle el camino.

–*No offense, my friend… She's a simple creole* –dijo la continental con gesto de hastío.

La capital de la menor de las Antillas Mayores era pequeña, por lo que muchos encuentros entre sus habitantes sucedían irremediablemente. Luego de que la viuda le hiciera varios desplantes al mandatario, se dio un encuentro que ella no consideró casual.

Un domingo decembrino, Belén fue como de costumbre a la misa en la catedral. Cuando las rutinas no se alteran, es predecible el proceder de cada cual. La viuda asistía a las misas semanales en la iglesia que quedaba a dos cuadras de su casa; para la dominical, iba a la catedral. El banco en el que se sentaba casi tenía su nombre estampado y, ahí mismo, ese domingo, se acomodó a su lado el señor Colton sin su séquito. Como era la orden, ninguno habló durante la misa. Lo que sí pensó la viuda y muchos de los que allí estaban fue que ese hombre estaba ahí por ella pues no era un secreto que el gobernador no era católico.

El cura despidió a los feligreses y el gobernador saludó a la viuda.

–Se ha olvidado de mí –soltó sin reparos el hombre.

–Ofende mi intelecto, señor –dijo para dejar pasmado al hombre ante la inusual contestación.

–Echo de menos nuestras pláticas. Pensé que usted las disfrutaba.

–Ciertamente, piensa usted bien, las he disfrutado.

–Entonces, ¿le pasa algo? –preguntó intrigado el gobernador–. La acompaño a su casa –dijo mientras bajaban la escalinata de la catedral y el séquito del hombre se les acercaba.

–Digamos que me han llegado comentarios. Sabe que valoro mi privacidad –solo dijo la viuda mientras seguía caminando.

–La gente siempre va a hablar y, a veces, hasta de más. Mire –dijo señalando con la cabeza a todo el que los miraba–. No se puede vivir tranquilo. A mí me ponen saliendo con varias damas a la vez –dijo sonriendo.

–Y a mí me colocan como la favorita –comentó muy seria.

–Qué barbaridad. Lo siento, Belén. Usted no se merece esas habladurías. Mis disculpas –dijo deteniendo su andar, tomándole una mano y mirándola a los ojos.

La viuda quiso creer en la sinceridad de esa mirada, pero no comentó nada, mucho menos dejó ver ni un solo vestigio que delatara rendimiento ante los encantos del hombre. El mandatario la acompañó hasta la puerta de su casa.

A la viuda le molestaba estar en boca del pueblo. La situación generada por las habladurías sirvió para que se diera cuenta de que lo que existía entre ella y el gobernador era muy susceptible; no hacía falta un vendaval, cualquier vientito lo derribaba. Entonces, analizó y pudo reconocer que le era fácil apartarse de ese hombre, no le hacía falta ni le venía con frecuencia a su mente, pero admitió que disfrutaba de su compañía. Eso, a veces, la confundía. *¿Por qué me tocará esto? ¡Qué fastidio!*

Se aproximaba la época navideña y el mal sabor del verano seguía intacto en la viuda, por lo que nada la animó a ir a su pueblo. Sabía que todo marchaba bien por la Puerto, de modo que pensó que sería lindo pasar la Navidad en la capital: así lo hizo. Los hijos celebraron la decisión de la madre. Asistieron a todas las misas de

aguinaldo, a la de Nochebuena y a la de Navidad. Despidieron el año disfrutando de una ciudad de fiesta, la familia se amaneció en las calles. Tanto disfrutó la viuda esa época en la capital que decidió que pasarían el verano allí también. Don Manuel se quedaría expectante y malhumorado en el pueblo del litoral sur.

Volvieron las visitas de la viuda pueblerina a La Fortaleza. Muchas serían las veces que volvería a contemplar atardeceres, lunas nuevas, crecientes, llenas y menguantes. Muchos estarían pendientes para verla salir al amanecer. Se quedarían esperando, la viuda siempre regresaría a su hogar luego de concluidas las veladas en el palacete.

El 1912 comenzó con nuevas de tiempos buenos. El gobernador George R. Colton preparó un minucioso discurso detallando la situación de la Isla. Lo practicó frente a Belén.

La tarde del primer domingo de enero de ese año, sentada en el saloncito destinado para fumar de La Fortaleza, Belén escuchó y apreció el contenido del discurso que el mandatario ofrecería frente a la Sexta Asamblea Legislativa ese próximo martes. El hombre mencionaba muy orgulloso cómo las exportaciones de productos agrícolas hacia los Estados Unidos iban en ascenso. Aseguraba que los depósitos en las instituciones bancarias aumentaron en un dieciocho por ciento. Belén escuchaba con alegría la mención de que la producción de azúcar aumentó en un cuatrocientos cincuenta por ciento en los últimos diez años: se sentía parte de ese logro. En general, toda la agricultura había mejorado notablemente.

El hombre siguió mencionando logros, aciertos y planes.

–Escuche con especial atención esta parte –dijo el gobernador. Belén se reacomodó en la butaca.

El gobernador Colton detalló cómo iban las obras del riego y que esperaba que estuviesen terminadas para el comienzo del año 1914. Recalcó que ese servicio de agua haría duplicar la producción de los terrenos del litoral sur. Belén sonrió.

En esos momentos se asomó la hermana del gobernador para recordarle que tenían un compromiso con un distinguido citadino en la residencia de este. Margarite disfrutó el momento, ya se había

informado: la viuda no estaba invitada. Gozó solo con saber que Belén notó su exclusión a esa fiesta.

–Deseo que el discurso tenga el mismo efecto que tuvo en mí. Me ha dejado entusiasmada. Gracias por su trabajo, señor gobernador –se despidió la viuda. A Margarite ni la miró.

En los próximos meses, Belén notó una disminución en invitaciones; asimismo, un trato soso, algo distante, de las damas que siempre la acompañaban a los actos de caridad o a las noches de teatro.

–¿Has escuchado algo que no me quieres decir? –le preguntó la viuda a la cocinera una mañana mientras se tomaba su primer café. Marcial escuchaba en silencio.

–¿Como qué? –respondió Candelaria.

–Como por qué no me quieren en las reuniones o fiestas a las que era invitada con regularidad –expresó la viuda.

–Bueno, la sigue invitando el don Colton a su palacio. ¿Qué invitación puede ser más importante que esa? –comentó Candelaria.

–No sé, no es normal –dijo Belén con una mirada de seria curiosidad.

–Nena, aquí la mala fe inunda los corazones, hay que tener cuidado –concluyó Marcial.

–Mire, mi niña. A la envidia no se le puede buscar explicación porque es perder el tiempo. Eso es mal humano, siempre va a estar, eso es lo que está pasando aquí. Es que, a usted, mi niña, Dios la puso en este mundo con ese paquete de cosas tan lindas que… Mírese, linda y, encima, inteligente, eso le jode a mucha gente. Lo primero que les salta es una envidia que yo creo que ni saben lo que es. Usted no pidió que la mandaran así, esos son sus regalos divinos. Y, total, ¿por qué no buscan en ellos mismos?, a todos nos mandan con alguito. Mire usted como me quedan a mí los platos –dijo la cocinera echándose a reír ante una Belén callada y seria.

–Como es la gente… A las feas nadie las fastidia con envidias –dijo de repente Marcial.

–Pues, fíjate, no lo había pensado. Ahora caigo en cuenta de por qué mamá siempre decía: «La suerte de la fea la bonita la desea»

–dijo Belén con una sonrisa de resignación–. Tendré que andar por ahí desarreglada y fea –dijo riendo.

–Vamos, ¿qué es eso? Usted no cambie ni un chispito. Allá ellos… Que se jodan. Que aprendan a bregar con Belén Fernández –dijo Candelaria refunfuñando.

Nadie volvió a hablar. Cada cual se quedó en su mundo llegando a sus propias conclusiones.

Quien no dejaba de buscar a la viuda era don Lorenzo García y Zúñiga. Al echar de menos a Belén en las rimbombantes fiestas de la ciudad, planificó un festejo de alto copete en su suntuosa residencia. Aprovechó la festividad del patrón de la capital la cual se celebraba a pocos días luego de que el solsticio de verano iniciase la época estival. En la lista de invitados, no faltó un solo capitalino, incluidos el alcalde y el gobernador.

Belén buscó en su ajuar de fiestas el vestido que de seguro atraería, no solo las miradas de los caballeros, sino las de las mujeres también. Estaba más que segura de que ellas eran la causa del poco solapado rechazo del que era objeto. El atractivo vestido de muaré rojo cardenal era el que había usado para esperar el siglo hacía más de una década; aún le quedaba perfecto. Recordó el efecto que surtió, sobre todo, en Leticia. Rememoró aquella escena con morbo y de igual manera previó lo que suscitaría en la fiesta de don Lorenzo.

–¡Qué linda! ¡Cómo van a arder dos o tres! –decía Candelaria entre risotadas.

–¿Qué quieres que te diga? –dijo la viuda sonriendo y acomodándose el pelo con gesto de sutil coquetería.

–Cuando llegue de la fiesta, voy a tener las patatas preparadas –dijo la cocinera. Belén sonrió negando con la cabeza.

Durante las fiestas en honor al santo patrón de la capital se celebraban ceremonias religiosas, pero no faltaban los acostumbrados rituales supersticiosos heredados de diferentes regiones de la Madre Patria. En el pueblito del litoral sur, no era tan popular esa celebración; en la capital, sí. Candelaria, al ser cocinera, como ella misma decía entre bromas y risas, decidió hacer la superstición más confiable de la Noche de San Juan: la de las

patatas, como las llamaba ella. Les explicó a Antonio y a Milita en qué consistía el ritual.

–Antes de acostarse, se ponen tres patatas debajo de la almohada. Una debe estar entera sin pelar, otra rasgada y, la última, pelada sin cáscara. Al día siguiente se mete la mano bajo la almohada para sacar una. Si se saca la que está entera, el futuro estará lleno de prosperidad. Si se coge la marcada, la cosa pinta regular, entre momentos buenos y desdichados. Por último, la patata sin cáscara simbolizaría la mala suerte.

–Candelaria, voy a poder distinguir las papas –soltó Milita.

–Eso sería trampa, niña. Solo va a sacar la primera que agarre. No vale de otra manera –dijo muy seria la cocinera.

–Candelaria, casi no me muevo durmiendo, voy a saber cómo las acomodé –dijo Milita riendo–. Es una bobada.

–Yo voy a poner las patatas y usted no va a mirar –terminó muy seria Candelaria como si se tratara de un acto verdaderamente solemne. Todos rieron ante la seriedad de la cocinera.

Belén dejó a Candelaria con sus embelecos y sus hijos, quienes la ayudaban con los preparativos. Marcial los miraba con su sonrisa bonachona.

La llegada de Belén a la santa velada veraniega avivó los sentimientos retorcidos de dos o tres; su traje, los de siete u ocho.

Mientras la mayoría llegaba en calesas o caminando, pues eran muchos los que se resistían a la modernidad, Belén lo hizo en su Pope-Hartford. Lo había adquirido unos meses antes con todo y chofer, según le había prometido su amigo Santiago.

–Guelo, déjame aquí –pidió la viuda, estaban a una esquina de la residencia de don Lorenzo.

–¿Está segura?, doña Belén. Mire, que está oscuro –decía el chofer sin detener el vehículo.

Belén no logró convencerlo. Cuando el chofer detuvo el automóvil, ya todas las miradas estaban posadas en la máquina. Guelo se apeó y, con diligencia, abrió la puerta del lado de su patrona para que esta se bajara. Tan pronto Belén puso el primer pie en la calle adoquinada, el muaré rojo de su vestido volteó dos o tres

cabezas; cuando estuvo de pie, se voltearon todas. Con su habitual gracia, le dijo a Guelo: «Me recoges a la medianoche, por favor».

Sonriente, la viuda saludó con inclinaciones de cabeza y entró a la residencia. Se acercó a un grupo de damas conocidas, quienes la saludaron, pero no la incluyeron en su plática. Sin el roce social esperado de ese selecto grupo, siguieron su conversación dándole de codo sin disimulo. A su edad, había aprendido a valorar quién era. Adoptó la práctica de guardar silencio cuando no le permitieron expresarse, permaneció callada, dándole paso a la necedad del parloteo. Se despidió con una de sus sonrisas encantadoras. Siguió caminando agradecida al separarse de ese grupo. El tema de la conversación de las damas, por lo que alcanzó a oír, la hubiese aburrido. La comparación de las vidas ajenas era uno de los más apetitosos platos de la comidilla capitalina.

La viuda no había terminado su pensamiento, cuando se acercó quien la animó, al menos, un poco.

–¡Qué gusto tenerla aquí, doña Belén! –saludó el anfitrión.

–¡Gracias por la invitación, don Lorenzo! ¡Qué hermoso está todo!

–Está usted despampanante. ¡Cómo le luce el rojo! Fíjese, no paran de mirarla –dijo don Lorenzo embelesado.

–Gracias –solo dijo la viuda complacida al sentir cumplido su deseo. Esa era la reacción que quería generar cuando seleccionó ese vestido.

De lejos, la miraba el señor Colton, quien estaba con un grupo de políticos de los que, al parecer, no podía despegarse. Don Lorenzo le dedicó el tiempo que pudo pues, al ser anfitrión, andaba moviéndose de grupo en grupo. Margarite la observaba. Belén charló un ratito con doña Fedora y con otras damas distinguidas, pero todas tenían que moverse a hablar con alguien más.

La velada se le hizo eterna a la viuda pueblerina. Nunca se había sentido tan fuera de lugar como aquella noche. Su habitual desenvoltura en reuniones como esa no fue la de siempre. Algo en aquel ambiente no le permitía ser ella. Se arrepintió de haberle dicho a Guelo que la buscara a la medianoche. Solo pensaba en qué excusa darle a don Lorenzo para salir de allí.

Acompañada por una copa de champán que los diligentes mozos mantuvieron llena en todo momento, se dedicó a observar los pequeños grupos de personas. Escuchó una que otra conversación y los verbos tener y comprar, en varias conjugaciones, eran los protagonistas en todo momento: «Tengo», «tiene», «compramos» y «comprarán». Se quedó esperando un «contemplamos», «siento», «escucha», «leo», «pintan», «escribí» o, por lo menos, un «disfrutamos». Dejó de pensar en las convenciones sociales impuestas por quién sabe quién y, sin despedirse de nadie, salió del lugar. Se fue caminando hasta su hogar capitalino.

–Doña Belén, no me esperó –reaccionó todo apurado Guelo cuando la vio acercarse a la casa–. Iba a buscar el auto ahora.

–No te preocupes, sé que te dije a la medianoche. Puedes retirarte. Que descanses.

Fue directo a su habitación, se cambió y aseó. Luego, fue a la cocina. Normalmente, ni Candelaria ni Marcial se acostaban antes que ella.

–Algo pasa en esta ciudad. No son ideas mías. Hoy lo constaté, no me tratan igual –manifestó sentándose a la mesita de la cocina.

–No he oído nada –aseguró la cocinera.

–Ya le dije lo que sé –expresó el jardinero.

–Vamos, deje de pensar en esas cosas, vaya y acuéstese. Ya puse las patatas debajo de su almohada –dijo animada Candelaria.

A la mañana siguiente, todos los integrantes de la casa capitalina Calzada Fernández llegaron a la cocina con las papas que primero agarraron, todos menos Belén. Entre risas, mostraron las papas que supuestamente habían agarrado primero: las que estaban con cáscara. Belén rio, pero no mencionó si había hecho o no el ritual. Se lo reservó, nadie le preguntó.

La solución a la intriga que generó el comportamiento capitalino hacia Belén se reveló a los dos días de la fiesta del santo patrón ofrecida en la residencia de don Lorenzo. Eso fue lo que tardó en ser adquirido, empaquetado y enviado anónimamente lo que apareció una mañana frente a la casa de la viuda.

–Nena, esto estaba en la entrada, supongo que es para usted, imagino que ahí dice Belén –dijo Marcial al entregarle un paquete envuelto toscamente con papel de estraza y un cordón que sujetaba el envoltorio.

–¿Quién lo enviará? –pensó la viuda en voz alta–. Qué raro no tiene remitente.

Belén fue a la cocina por un café, Marcial la siguió. Se sentó y comenzó a desempaquetar lo que tomó como un presente.

–Mira esto, Candelaria. Válgame, aquí no dejan de sorprenderme –dijo la viuda animada mientras terminaba de desatar el cordón.

Al sacar la envoltura, vio el dorso de un libro.

–¡Un libro! –expresó Candelaria contenta.

–Ve, nena. Aquí hay gente que la aprecia –opinó Marcial.

La viuda le dio vuelta al libro. Miró el título y palideció.

–¿Qué pasa? –preguntó Candelaria al ver la expresión de angustia en el rostro de Belén.

–Es *Thérèse Raquin,* de Émile Zola –dijo la viuda con un hilo de voz.

–¿Y qué pasa? ¿No le gusta? ¿No es ese el mismo que escribió esa de la Virgen de Lourdes que tanto le gustó?

–Candelaria, esta novela trata de unos amantes que matan al marido de ella para quedarse juntos –decía Belén al borde del desespero.

–No entiendo –comentó Marcial.

–Yo sí. Ya entiendo. Insinúan que usted… –dijo Candelaria perpleja.

–Ay, ay… Candelaria, ya, ya, ya caí… ¿Tú te acuerdas de que pensaste eso mismo aquel día? Que te daba terror que la gente pudiera pensar que la nena fue la que lo empujó o que fuimos uno de nosotros –rememoró Marcial–. Me acuerdo clarito. Tenías cara de espanto. Sí, sí, me acuerdo –decía el jardinero tartamudeando.

–Mijita, no se apure. Sabemos lo que pasó ese día. Deje de preocuparse, que la verdad nunca será mentira. Podrán inventar lo que quieran, pero sabemos que son embustes –la consoló la cocinera.

–Lo sé, yo sé. Vivimos lo que pasó, sabemos que fue un accidente. Lo que me duele es este mensaje. ¿Qué pretenden? No entiendo. ¡Cuánta maldad! Ya entiendo por qué el cambio de todos aquí.

–Hay alguien tratando de desprestigiarla, no me gusta –aseguró Marcial, pero se guardó el resto de lo que pensó. *El desprestigio, aunque se limpie, siempre deja la mancha de la duda*.

–Y, según veo, podrían ser tantas personas –comentó Belén–. Aunque... Esto tiene que venir de una persona culta, no todo el mundo lee a Zola.

–Nada, mi niña, el tiempo se va a encargar de desgastar esa mentira –aseguró la cocinera.

Candelaria y Marcial rodearon con sus brazos a Belén. La sensación de protección de esos seres que la cuidaban desmedidamente la devolvió a su presente en el 1914, a la galería de su casa del pueblo del litoral sur. Volvió al momento en que esos mismos brazos la reconfortaban y animaban a mirar hacia adelante. La instaban a no volver a pensar en las desventuras que vivió.

–Lo sé. Lo veo. Lo siento. Sí, todo se va enderezando –dijo una Belén optimista.

En la sala, seguían Antonio y Milita con las copas a medio llenar. Charlaban planificando su futuro cercano previendo los buenos años que le esperaban a la Puerto.

–¿Tú crees que mamá de verdad te envíe a Nueva York? –preguntaba Milita incrédula.

–¿Y tú crees que a ti te comprará la máquina de escribir? –preguntaba burlón Antonio.

–Eso es más barato y fácil que lo que estás pidiendo tú –rezongó Milita.

–¿Y por qué quieres la Blick? Dicen que la Royal es mejor.

–Eso dice la propaganda, y la gente cae. Compran lo que se vende con más astucia y no lo mejor –dijo malhumorada.

–Vamos, vamos, ¿qué es eso? –expresó Belén uniéndose a sus hijos en la sala–. Vamos a ver. Ya está resuelto ese asunto. Lo que toca ahora es ponerse a buscar información para sentarnos luego a planificar.

Belén estaba tan sentimental que sus pensamientos le jugaban malas pasadas y la devolvían a los años en que creyó desfallecer.

*E*l mensaje que cargó el libro de Zola le quitó la paz a la viuda. Su inocencia no era suficiente para darle tranquilidad. No podía ni tan siquiera averiguar de quién venía ese regalo pues ni siquiera se atrevía hablar del tema.

–Es mejor dejarlo así. La ropa sucia se lava en casa. Bueno, digo… Ay, este como que no va, la suya está bien limpia –decía Candelaria dudosa de la pertinencia del refrán–. Coño, pero cómo me jode que duden.

–Hoy tus refranes me hacen gracia. Tienes razón. Este tema, aunque no es como la ropa de tu dicho, no saldrá de casa. No le voy a dar el gusto a nadie. No me van a ver cabizbaja. Ni tampoco voy a estar defendiéndome, no tengo por qué hacerlo. Estoy más que tranquila, sé lo que pasó.

–A mí me está que la que se puso a hablar fue la doña Fedora –concluyó Candelaria.

–Le tienes mala voluntad. No creo, pero ya ni sé. Bueno, ella es la única que conoce mi vida en mi pueblo. Ay, no, no.

–Ah, ¿y lo del libro…? Usted misma dijo que debe haber sido una persona fina, pues ahí la tiene –seguía Candelaria argumentando.

–No, no puede haber sido ella. No, no, ella es tan correcta –decía la viuda incrédula.

–Ay, mijita… Del agua mansa líbreme Dios… –soltó Marcial pensativo.

Las interrogantes y los refranes se quedaron en el aire y en las mentes de Belén y sus protectores.

Las invitaciones a La Fortaleza cesaron de súbito. Belén se imaginaba que el señor Colton habría escuchado las insinuaciones.

La hermana del gobernador le había ido con la comidilla según se la contó doña Fedora. El hombre, lejos de creer en las habladurías, pensó en proteger a esa mujer a quien veía como un ser genuino. Sus innumerables pláticas así se lo habían demostrado.

–No creo esos chismes. Ni tan siquiera hubo una sola acusación, déjala quieta, no esparzas esos cuentos malintencionados –le dijo el gobernador Colton a su hermana–. Dudas porque no te has dignado a conocerla.

–Los únicos testigos del accidente del marido fueron sus empleados. Por supuesto que la taparían. Para mí, no hay duda de… –seguía Margarite sin hacer caso a las palabras de su hermano.

–De lo que no hay duda es de que te han llenado la cabeza de bazofia. No vuelvas a mencionarme ese tema –concluyó el mandatario para acallar a su hermana.

El gobernador George Colton dejó pasar unas semanas para volver a invitar a Belén. No era porque no la quisiera allí, solo lo hacía porque no la quería en el ojo público pues, según su hermana estaba al tanto de los chismes, así mismo estaría la alta alcurnia de la ciudad amurallada. La comidilla capitalina no la acusaba abiertamente de asesina del marido, los citadinos solo intrigaban y disfrutaban en torno a la vida de Belén.

Todo ese drama comenzado por un comentario de doña Fedora, seguido por Margarite y esparcido por los capitalinos encantados con el escándalo fue aprovechado por Lorenzo García y Zúñiga.

–Gracias, don Lorenzo. No me preocupan las habladurías. Sé que no me conocen, es fácil dejarse llevar por chismes –le contestó la viuda a un conciliador don Lorenzo mientras daban un paseo por

una de las tantas plazas que adornaban la capital. El hombre se mostraba genuinamente preocupado con el cotilleo.

El rico soltero treintón se ocupó de visitar e invitar a la viuda a paseos, cenas, teatro y cafés mientras toda la alta sociedad citadina seguía enconchada para no dirigirle la palabra a la que daba mucho de qué hablar. Todo ese comportamiento del hombre logró disipar la desconfianza sentida por la viuda meses atrás. Dejó de pensar en el polvo levantado por la punta de la bota de don Lorenzo.

–Tengo pensado ir mañana a mi hacienda, ¿quisiera acompañarme? Por supuesto, sus hijos están invitados también –dijo por decir, bien sabía que Antonio y Milita estarían en sus respectivas escuelas–. Saldríamos temprano y antes del anochecer estaríamos aquí.

–Don Lorenzo, es usted atrevido. ¿Cómo invita a una matamaridos? –dijo Belén riendo–. ¿Está seguro?

–Más que seguro. ¿Qué me dice? ¿Me acompañaría?

–Por supuesto –contestó Belén pensando en que necesitaba momentos de esparcimiento–. Y gracias por pensar en mis hijos, pero no podrán acompañarnos.

–Entiendo. Ya irán en otro momento. Lleve ropa de montar, voltearemos la finca –dijo entusiasmado; había oído que la viuda pueblerina cabalgaba con un atuendo muy particular.

A la mañana siguiente, Belén iba de camino a la hacienda azucarera de don Lorenzo montada en una máquina modelo Mercer 1912 que el propio don Lorenzo conducía. La carretera costera estaba fresca; el viaje, agradable.

–Es inmensa su hacienda –comentó Belén al percatarse de que el recorrido, desde que don Lorenzo le señaló dónde comenzaban sus dominios hasta que llegaron al portón de entrada, tomó varios minutos.

–Y aún no llegamos al final –dijo un orgulloso don Lorenzo sonriendo.

Si la casa capitalina era lujosa, la de la hacienda lo era aún más. Las dimensiones eran palaciegas; el mobiliario, arte y decoración, aristocráticos.

–Mis padres viajaban mucho y eran amantes de las artes –dijo don Lorenzo ante los comentarios de admiración de Belén, quien, extasiada, contemplaba los cuadros heredados que, más que cuadros, por su inmensidad, parecían murales.

–Hermenegilda, muéstrale a doña Belén su habitación para que pueda alistarse para montar.

La casa de don Lorenzo García y Zúñiga era de tipo neoárabe. El hombre le contó a Belén, muy orgulloso, cómo sus padres habían quedado impresionados con las estructuras diseñadas por el arquitecto de moda durante la década del 1870, las cuales iban desde señoriales casas hasta un majestuoso teatro tan precioso como una perla. Con presupuesto ilimitado, le comisionaron el diseño de su mansión al edificador artista. El palacete tenía cuatro lados con columnas que formaban arcos para custodiar el patio interior donde había una alberca. Todo estaba decorado con estatuas moriscas, españolas, griegas y de otras culturas de las muchas que existían alejadas del continente europeo.

El hombre le mostró a Belén la imponente escalera doble, un tramo llevaba al ala este; el otro, a la oeste. La diligente viejecita llevó a Belén hasta la alcoba. La que le destinaron a la viuda miraba hacia el norte, de modo que el sol no la castigaba en ningún momento del día, era fresca e iluminada. Cuando Belén entró a la habitación, se encontró con el lugar llenó de flores; las había tropicales y exóticas. El aroma era una mezcla de las bondades que despedía cada una. Sintió estar en el más bello lugar del mundo.

Al salir con su atuendo para montar, Belén se dirigió hacia las escaleras en dirección opuesta a la que había tomado la viejecita cuando la llevó a la habitación destinada para ella. Recorrió el ala oeste de la casa. Caminaba por un largo pasillo cuando, a su derecha, vio dos puertas medio abiertas que la invitaron a mirar lo que resguardaban: una impresionante biblioteca con estantes que llegaban hasta el techo. Entró y echó una ojeada a los libros que le quedaban a la vista. Inmediatamente, reconoció un nombre en el lomo de un libro, resaltaba con letras doradas: Émile Zola. La desconfianza en don Lorenzo brotó nuevamente. Miró con detenimiento todos los títulos del escritor. Los había en francés;

también, en español. Aterrada o, más bien, paralizada sintió los pasos de alguien que se aproximaba.

–Ah, aquí está. Tengo la colección completa –dijo don Lorenzo al ver a Belén frente a los libros de Zola. Su altanería lo cegó, se dio cuenta de su torpeza muy tarde–. ¿Lo conoce? –preguntó con fingida ingenuidad.

–¿Cómo cree? En casa mis padres tenían sus libros vedados –dio por contestación la viuda con la misma fingida ingenuidad de don Lorenzo, minimizando así, con toda intención, la importancia del escritor o, más bien, la preocupante deducción a la que su cerebro llegó–. Don Lorenzo, qué detalle el de las flores en la habitación –cambió de súbito el tema para no mostrar su desconcierto ante el comentario casi correcto del hombre, a la colección le faltaba un libro–. ¡Qué linda la señora Hermenegilda! –comentó con encanto, pero pensando en que debía ser muy cuidadosa con don Lorenzo.

–Lleva la vida con nosotros. Imagínese, era la nana de papá, está conmigo desde que nací, es como una abuela para mí –dijo con naturalidad esquivando el tema de los libros.

–¡Qué bella! –siguió la viuda con el tono casual para salir de la biblioteca y encaminarse hacia las escaleras.

Se dirigieron hacia la cuadra para buscar los caballos.

–Doña Belén, espéreme aquí un momento, debo decirle a Hermenegilda que nos prepare algo para cuando regresemos.

Belén se quedó en el recibidor y don Lorenzo se desvió hacia la cocina.

–¿Para qué tienes cabeza? ¿Para echar pelo? Serás bruta… No vuelvas a dejar a doña Belén sola en la casa, y la biblioteca se cierra. ¿Me oíste? –le murmuró a la viejecita, quien se contrajo con gesto de temeroso arrepentimiento por su falta.

El hombre caminó sosegadamente hasta reencontrarse con Belén. Continuaron su caminata hasta la cuadra.

–Todo es precioso aquí, gracias por la invitación, me encantará ver sus tierras –decía Belén mientras caminaban, mostraba una calculada alegría, muy sutil.

–Debo ser sincero y darle el mérito que se merece a Hermenegilda, lo de las flores fue idea suya –dijo de repente don Lorenzo como para ambientar lo que temía que ocurría mientras caminaban: un momento incomodo.

–¡Qué detalle! Se ve que esa señora es especial –dijo Belén sin imaginar el cuento con el que le había ido el hombre a Hermenegilda: la viejecita supo que tenía que agasajar a la «futura esposa» de su Lorencito.

La plática y actitud de Belén tranquilizaron a don Lorenzo. Se serenó. *¿Qué libros podría leer en ese pueblucho?* Pensó en que poca gente en la Isla conocía a Zola. Analizó la reacción de la viuda en la biblioteca, se calmó.

El recorrido por las plantaciones fue corto, tranquilo y no cansón. De regreso a la casa, se detuvieron en una arboleda, lo que para la viuda fue hasta confuso: era de almendros. Se sintió abrumada. Siempre estaba alerta ante las situaciones que la vida le presentaba, algunas las tomaba como mensajes del universo: oportunidades o avisos de «aprovecha», «tírate», «detente» o «cuídate». En ese momento se quedó en blanco pues eran tantas las tonalidades de los mensajes que le daba su cabeza que solo pudo articular un «qué fresquito».

Igual que años atrás don Manuel Cuevas Otero supo aprovechar el paraje de almendros en otro punto de la Isla, del mismo modo lo aprovechó don Lorenzo, quien había interpretado la aceptación de esa y otras invitaciones como pasos adelantados en el camino de su conquista.

–Doña Belén, no sabe cuánto me alegra que esté aquí. Me siento… Eh… Quiero decir… Usted… O sea, que…

–Don Lorenzo, imagino que está contento como yo. El día está precioso y el paseo ha sido agradable. Sus siembras están lindas y saludables –dijo apurada Belén para desviar el tema que de seguro era del que pretendía hablar el hombre. Esa confusión al tratar de expresarse la preocupó, a muchos había oído en circunstancias similares desde que enviudó.

–Lo que quiero decir es que usted me vuelve loco –soltó el hombre deshaciendo la traba con la que se trancó al comenzar su

declaración.

–Don Lorenzo –murmuró Belén fingiendo sorpresa–. Disculpe, sinceramente no esperaba esto.

El hombre se acercó a la viuda y le tomó las manos. Las besó con pasión. Belén no sabía ni para dónde mirar. Estaban solos en un paraje alejado de todos. La viuda no sabía si ese hombre seguiría con los besos, no quería ni imaginar hasta dónde pretendía llegar. *Este hombre es un caballero, no se propasaría.* Don Lorenzo se quedó con las manos de Belén junto a sus labios. Luego, cerró los ojos y se las pasó por el rostro. *Ay, Virgen… ¿Dejará que me suelte?* Hizo un movimiento como para soltarse, pero don Lorenzo la sujetaba con frenesí. La viuda comenzó a preocuparse cuando el hombre, teniendo sus manos bien sujetadas, comenzó a bajarlas suavemente por su cuello. Entonces, llenó los pulmones y con ellas recorrió su musculoso pecho. Siguió bajándolas con clara excitación. *No, no, no.* Antes de que el recorrido siguiera en descenso, la viuda volvió a mover sus manos. El hombre las agarró con vigor, pero ella, decidida a salir de aquella escena, tomó control y, con fuerza, logró sacarlas de las de don Lorenzo.

–Don Lorenzo… –trató de hablar Belén.

–Por favor, Belén, no digas nada, solo escucha. ¿Quieres ser mi esposa?

Lo que sintió Belén con ese inusitado tuteo y la loca pregunta no fueron orugas ni crisálidas, mucho menos, mariposas. Una estampida de elefantes le corría de lado a lado de la cabeza. *Pero ¿qué le hace pensar a este hombre que esa es una posibilidad?* Lorenzo la miraba fijamente. *Dios, ¿por qué?* No paraba de pensar en la escena de sus manos entre las de él. *No, no, no. Ni con toda la plata del mundo.* El aturdimiento se le fue cuando vio al hombre arrodillarse y sacar una cajita. Perfectamente sabía ella lo que guardaba en su interior ese estuche cubierto de raso bermejo con bordados de finos hilos dorados.

–Don Lorenzo, me honra con… –comenzó la viuda.

–No me contestes ahora, sé que ha sido precipitado –dijo el hombre abriendo la cajita que contenía una sortija de diamantes–. Era de mamá.

–La contestación que le daría más tarde es la misma que le puedo dar ahora –dijo Belén posando sus manos sobre los hombros del hombre y mirándolo con ternura. Lo miró sonriendo, lo vio como un muchacho inmaduro e impetuoso–. Vamos, por favor, levántese.

La vergüenza que invadió a don Lorenzo al sentirse tratado como a un niño se fue convirtiendo en una rabia que muy bien supo controlar. La miró y, con la elegancia de quien ha sido criado como noble, se puso de pie. Ni siquiera se sacudió el pantalón.

–Doña Belén, no ha sido mi intención incomodarla, le ruego que me disculpe –manifestó retomando el ustedeo y conteniendo los deseos de agarrarla y tomarla para él.

–No hay nada que disculpar. Me halaga. Lo que sucede es que creo que llevo tantos años sola que no estoy acostumbrada a estas escenas –mintió Belén.

Las palabras de la viuda pueblerina le dieron algo de esperanza al rico soltero treintón. Se montaron nuevamente en sus caballos y regresaron a la casa donde Hermenegilda los esperaba con frutas frescas, un bizcocho y limonada para reponerse del calor de la cabalgata.

Se sentaron bajo la sombra de un inmenso flamboyán amarillo. El ardiente sol no traspasaba el frondoso follaje lo que hacía que el acogedor lugar estuviese fresco.

–Qué hermosos los ruiseñores. Hacía tiempo que no los oía; en la ciudad escasean –dijo Belén tratando de sonar serena mientras probaba el bizcocho de vainilla de Hermenegilda–. Esto es una delicia, Hermenegilda –le dijo a la viejecita, quien los acompañaba con la familiaridad de quien no se siente como meramente una empleada.

–Prepárale a doña Belén un cartuchito con un pedazo para que se lo lleve. Anda, te puedes retirar –le dijo don Lorenzo a su nana para que los dejara solos.

–Doña Belén, dígame, por favor, que va a pensar en mi proposición –dijo el hombre tomándole las manos nuevamente.

Muy bien reconoció Belén lo que don Lorenzo empezó a generar en su ser. A la desconfianza, se unió una preocupación que

inmediatamente se transformó en miedo. En esos segundos, pensó en que estaba lejos de casa y les quedaba un largo camino de vuelta solos.

–Don Lorenzo –dijo sonriendo, mirando al suelo y mostrando una sutil coquetería muy bien fingida.

El hombre le besó las manos y la viuda respiró tranquila. El regreso a la capital transcurrió sin novedades.

–Desde hace rato que le digo que tenga cuidado con ese hombre, no me da buena espina –dijo Candelaria cuando Belén le contó todo lo ocurrido en la hacienda.

–No tengo dudas, sé que él fue quien me envió *Thérèse Raquin*. Lo que no preciso entender es el porqué.

–Pues yo, sí. Para mí está claro, clarísimo. Estoy segura de que fue él el que la indispuso entre esta gente de aquí, a saber lo que dijo por ahí. Es listo, está presente en todo momento. Con tanta amabilidad, ¿cómo se iba usted a imaginar que él fue el del libro ese? Es peligrosamente astuto. Lo que quiere es que usted se quede sola, que nadie la invite, que no la miren… Ya vemos que eso es lo que está pasando ¿Y para qué? Se lo digo… Ese lo que pretende es que usted dependa de él para, entonces, aparentar ser su gran salvador. El todo del todo es hacer lo que está haciendo: la invita, la entretiene, la cuida. ¡Grandísima pila de mierda! Y le digo más, ese debe estar confabulado con la doña Fedora. Ah, y no dude que la Margarite esté por ahí también. ¡Qué equivocados están con Belén Fernández! –dijo la cocinera como si entre sus dones además estuviera el de leer las mentes.

–Anda, Candelaria –solo comentó Belén quedándose pensativa por un instante–. Uy, se me eriza la piel cuando pienso en cómo recorrió mitad de su cuerpo con mis manos. ¡Qué asco! –expresó la viuda con cara de repulsión para luego enmudecer.

Ninguna habló por buen rato. Se quedaron calladas, cada cual en lo suyo. Muy bien sabían las dos que el silencio es ese que le grita al cerebro para activar toda clase de pensamientos. Esos que, en ocasiones, están latentes a la espera de ser invitados a salir de los recónditos recovecos de la cabeza para tornarse en posibilidades y luego, en decisiones.

–Creo que es momento de irme para casa por un tiempo. Antonio y Milita se quedan, recién empezaron la escuela, no pueden faltar. A Marcial, que se quede aquí con Antonio. Milita no vendrá los fines de semana. Tengo que salir de aquí por un tiempo a ver si ese hombre se calma. Arregla con la fonda de la esquina para que les tengan comida a Antonio y a Marcial. Que Marcial se ocupe de buscarla –concluyó la viuda pensando en que era la decisión correcta.

Al día siguiente, para despejar cualquier duda en don Lorenzo, aceptó la invitación a un paseo por el muelle capitalino. Se inventó que le había llegado un telegrama donde le decían que su tío no estaba bien y, dado que ella era su único familiar, la necesitaban en el pueblo para tomar unas decisiones sobre varios asuntos. La viuda no dio más detalles. Recogió y se fue a su pueblo acompañada por Candelaria y el chofer Guelo. Don Lorenzo se quedaría con la sortija engavetada.

En el pueblo al que aún le seguía quedando grande la clasificación de ciudad, las capitalinas adoptivas fueron recibidas por Teresa y Adela. La casa estaba como siempre, aireada y llena de jarrones de flores para recibir a su patrona.

Luego de instalarse y cambiarse, la viuda reunió a sus empleados.

–¿Cómo está Joaquín? –le preguntó Belén a Teresa.

–Bien, señora. Sí, sí, está bien –contestó la empleada medio sorprendida por la pregunta.

–No, Teresa, el tío no está bien. Y a quien te pregunte, le dices que no está bien. Que no se sabe lo que es, pero que está mal. Y eso es lo único que diremos, nada de dar detalles a nadie. ¿Me entendieron? –terminó Belén con firmeza, todos asintieron y retomaron sus quehaceres.

Sentada en su sillón de mimbre, la viuda se quedó pensativa. No precisaba si era la tranquilidad de ese espacio, la comodidad del sillón o, sencillamente, el estar en su ambiente lo que la instaba a analizar su vida. Comenzó a sentir que la capital no era para ella. El deslumbramiento que la sorprendió al principio se iba opacando poco a poco. Empezó a desear que la fecha de fin de estudios

superiores de sus hijos se aproximara con rapidez. Ese pensamiento la devolvió al momento en que Milita y Antonio planificaban detalles de su futuro próximo.

–Yo estoy decidida por la Blick, pero este trata de confundirme metiéndome en la cabeza que la Royal es mejor –decía Milita contrariada.

–«Este» tiene nombre. A mí me respetas, soy tu hermano mayor –expresó Antonio José con una seriedad que no esperaba su hermana y que agradó a la madre.

–Milita, es descortés estar llamando a la gente con «este», «ese» o «aquel». Tu hermano tiene razón, es una falta de respeto. Excúsate –ordenó Belén muy seria.

–Disculpa, An-to-nio Jo-sé– exclamó en tono burlón.

–No me hagas pensar que la madre Aurora tenía razón cuando se despidió diciéndome que contigo hizo lo que pudo –dijo Belén tratando de no perder la paciencia–. Vamos a tratar de disfrutar el momento.

Inevitablemente, la mente la llevó a ese tiempo en que el ánimo se le escabullía y trataba de reencontrarlo ella solita.

–Bueno, ¿y qué? ¿No va a dar un paseo? –preguntó Candelaria mientras se acercaba con una taza de café para su patrona.

–Estoy cansada –solo dijo la viuda mirando hacia el jardín sin tan siquiera probar el café.

Candelaria supo, solo de oír el tono con el que ese cansancio se expresó, que aquello no era físico. La cocinera también se quedó mirando hacia el jardín e, igual que Belén, se puso a analizar lo que estaba viviendo. Solo le vinieron a la cabeza las propuestas de Guelo y el cuándo se lo comentaría a su patrona.

*U*n año antes, cuando el automóvil Pope- Hartford llegó a la vida de la familia Calzada Fernández con Guelo incluido, todos salieron a la calle para admirarlo y dar un paseo; fue un momento de fiesta. Primero pasearon Belén con sus hijos; luego, Candelaria y Marcial por insistencias de Belén.

Durante el paseo de los segundos, el chofer se desesperó con el hablar de Marcial; le buscó conversación a una seria Candelaria. La mujer iba callada, no sabía si confiar en esa máquina y su chofer. Pronto se dio cuenta de que la desenvoltura del hombre, la chispeante conversación y la manera de hablar, siempre con una sonrisa, la cautivaron sin remedio.

*–¿M*e acompañas a la cafetería de Nico? –rompió el silencio Belén–. Se me antojan unos dulces –dijo la viuda sin admitir que la melancolía le abría el apetito.

Belén salió con Candelaria solo con la expectativa de conseguir los mejores pastelillitos de guayaba. El cansancio se le había instalado en su psique, no se arregló como de costumbre, ni siquiera se perfumó.

–¿Y si se encuentra con don Manuel en esa facha? –cuestionó la cocinera mientras caminaban–. Mire, que siempre pasa… Cuando una salé desgreñada y desaliñada, ahí es que se encuentra una con todo el mundo –dijo Candelaria; Belén la miró con desgano.

Entraron a la casi desolada cafetería. La tranquilidad del espacio tan acogedor invitó a la viuda a tomarse el cafecito que no se tomó en casa. Decidió sentarse. Candelaria la siguió luego de haberle pedido la bebida al muchacho que atendía el mostrador.

–Mi niña, ¿está bien? ¿Qué le pasa?

–Ya ni sé.

La viuda no sabía si su desánimo era causado por su situación en la capital, por la confusión que le provocaba el gobernador, por las pretensiones de don Lorenzo o porque se había cansado de estar

sola. Sentada tomando pequeños sorbos del humeante café, de repente, el desánimo retrocedió para darle paso a la alegría. La sola relación que hizo su mente con quien se asomaba por la puerta del establecimiento le dibujó una sonrisa.

–Pero mire qué grande está esa muchachita. Ay, Virgen, ¿y cuánto hace que dejé de verla? –decía Candelaria al ver a la hija de don Manuel Cuevas Otero, quien entraba a la cafetería acompañada por uno de sus hermanos–. Disimule, mi niña, que se le caen las babas. Ya sé que con esto sabe que el floretero está en el pueblo –decía en voz baja la cocinera al ver a Belén sonreír.

–Se llama Ana Elisa. Se parece a Leticia, está preciosa –comentó la viuda para desviar el tema traído por la cocinera.

–Sí, sí, pero esa nena tiene la dulzura que le falta a la Leticia. Mírela, qué linda, si es que habla sonriendo. Bendito, ojalá que del coco ande mejor que la madre –dijo Candelaria con pesar.

–Dios te oiga.

La jovencita se acercó al mostrador, habló con el dependiente y se volteó para contemplar el lugar mientras esperaba lo que pidió. Miró hacia la única mesa ocupada y, con una sonrisa, pareció saludar a Belén. El niño se entretenía encabuyando un trompo una y otra vez. La viuda pensó en acercarse a la joven para enviarle saludos a don Manuel, pero reprimió la aniñada idea. Le devolvió la sonrisa, ni siquiera supo si la jovencita la reconoció, pero pretendió que sí. Don Nico le entregó un paquete a Ana Elisa, quien luego salió del lugar seguida por su hermano.

La simpleza de lo vivido y la rapidez con la que ese detalle la alegró, lograron sacudirle todo vestigio de desánimo. Terminó el café de un gran sorbo, a la carrera escogió dos o tres pastelillos y se encaminó a casa seguida por Candelaria, quien no paraba de reír.

–Aminore el paso, niña, coño, que estoy que me ahogo –decía la cocinera tratando de alcanzar a Belén.

A media tarde, la viuda se encerró en su habitación. *Seguro que la nena me reconoció y le va a comentar que me vio*. Pensó, caviló y se decidió. *Voy de paseo*. No era una corazonada lo que sentía. *Va a estar allí*. A las cinco de la tarde, todos los empleados sabían que pronto la viuda saldría por la puerta pues el aire cargaba su perfume.

–¿Quiere que la acompañe? –preguntó Candelaria cuando la vio arreglada.

–No hace falta.

El sol y la brisa habían comenzado a bajar. La tarde estaba fresca; la viuda, sencillamente deslumbrante. Se puso el mismo vestido de fresco algodón color marfil bordado con florecitas minúsculas que llevó para el primer café con el gobernador Colton. *Está apropiado para un paseo.* Bien sabía ella que estaba más que linda. No llevaba pensamientos sobre qué haría cuando viera a don Manuel, solo sabía lo que no haría. Caminó serenamente hacia la plaza del pueblo, sin apuro, no era necesario. *Allí me espera*.

Más de una mirada se dirigieron a contemplar a la viuda desde que fue aproximándose al lugar. Todos concordaban que los años le sentaban bien. Si bien le lucían los años, las prematuras canas, en ella, fueron un obsequio de los dioses. Saludó a uno que otro pueblerino hasta que a lo lejos divisó a su amigo Andrés, se encaminó hacia él. A mitad de camino, una pareja le cruzó por delante haciendo que aminorara el paso. Se fijó en una hermosa dama cuyo sombrero tapaba la cara de quien la acompañaba. Para el caballero no fue desconocido el aroma que percibió, dio un paso al frente y cortó el de la viuda.

–Doña Belén, ¡qué gusto verla por aquí! –saludó don Manuel Cuevas Otero con una naturalidad que espantó a Belén–. ¿Cuándo regresó?

–Recién acabo de llegar –contestó la viuda con torpeza.

De inmediato, Belén se concentró en reganar la compostura. El aturdimiento en el que la dejó, no tanto el encuentro sino el acompañamiento con el que caminaba el hombre, se fue atenuando. Ya serena, trató de entablar una cortés conversación. No necesitó decir nada. La mujer que acompañaba al licenciado tomó la palabra.

–Carmen Elena López y Otero, prima de este encantador caballero. Es un placer conocerla, doña Belén.

–El placer es mío –saludó Belén con una sonrisa.

La reacción de la viuda fue fruto del alivio que sintió cuando se disipó lo que había galopado por su mente unos segundos antes: «Se

divorció, se trajo a esta mujer, se casó y ni me enteré».

–¡Qué linda isla tienen! Me antojé de venir para acá, me aburro en mi barrio –dijo una alegre Carmen Elena mientras don Manuel y Belén sonreían ante la pizpireta muchacha.

–No creo que aquí te entretendrás más que en... Disculpa, no escuché de dónde eres –comentó Belén con la confianza con la que se conversa entre amigas.

–Carmencita es de Madrid. Está bromeando, vino a pasar un tiempo, me da la mano con los niños –intervino don Manuel.

–Bueno, Carmen Elena, ¿o prefieres que te llame Carmencita?

–Carmen Elena está bien, me hace sentir mayor.

–Muchacha, tendrás la vida para eso, no lo apresures –exclamó Belén riendo. En fin, Carmen Elena, voy a estar por aquí varias semanas. Dile a tu primo que te lleve a casa –propuso Belén cambiando la mirada hacia don Manuel, quien la contemplaba embelesado.

–Manolo, tenemos un compromiso con doña Belén.

Don Manuel sonrió y miró hacia el suelo.

–Vamos a hacer una cosa. Los invito a una tarde de café el sábado, sus hijos también están invitados –dijo Belén animada mirando al licenciado.

–Eh, tenía pensado estudiar una documentación para un caso nada sencillo –señaló don Manuel.

–Vamos, pero ¡qué aburrido! No seas aguafiestas. Deja eso para después –expresó una enérgica Carmen Elena.

–Los espero a eso de las tres de la tarde –terminó Belén despidiéndose con inclinación de cabeza para dirigirse a donde estaba su amigo Andrés.

Los primos siguieron su paseo, don Manuel volteó la cabeza para seguir a Belén. Carmen Elena lo empujó sutilmente sonriendo.

–Andrés, qué alegría encontrarte aquí –exclamó Belén abrazando a su amigo.

–Pero ¡qué sorpresa! ¿Cuándo llegaste? ¿Pasó algo? –dio por saludo el médico.

–Todo bien, pero tú dirás que Joaquín no está bien. Te pido que no des explicaciones, di que está bajo estudio, o ¿qué sé yo? No sé… Di algo así. Usa esos términos que usan ustedes los médicos –pidió Belén.

–¿En qué andas? ¿Qué has hecho por la capital que huyes y vienes a refugiarte aquí a costa de esa mentira?

Se sentaron en un banco de la plaza y la viuda puso al tanto a su amigo sobre el torbellino que vivía en la capital con libro de Émile Zola e insinuaciones incluidas; gobernador Colton y don Lorenzo también.

–Pero, nada, todo eso lo dejé por allá. Cuéntame, ¿cómo andas tú? ¿Y Ana Isabel? ¿Has escalado en ese asunto? –preguntó con una mirada pícara.

–No es para mí –dijo Andrés sonriendo–. Pero, bueno, no me cambies el tema. ¿Por qué tengo que decir que Joaquín no está bien?

–Sucede, entre tú y yo, que no confío en Lorenzo. Le mentí para salir de allí.

–Cuenta conmigo. ¿Estarás bien? –preguntó preocupado.

–Sí, sí –contestó tratando de convencerse–. Bueno, dejemos eso ahora… Mejor ven a casa para un café –invitó la viuda con más de una intención. La edad y los años vividos le habían otorgado dotes de celestina–. Tengo que irme, está oscureciendo. Te espero el sábado a las tres de la tarde –terminó Belén encaminándose a su casa.

–Te acompaño.

–¡Qué va! No te apures. Sabes que estoy allí al lado, pero gracias de todos modos –dijo la viuda sonriendo.

En la capital, un astuto y previsor don Lorenzo buscó a doña Fedora tan pronto como Belén se marchó para el sur. Esa misma tarde, mientras la viuda paseaba por la plaza de su pueblo, el rico soltero treintón se perdía por entre las cizañas que bien sabía plantar la señorona capitalina.

–El tío lo que está es loco. Se sabe que ella lleva una lucha callada con él, nadie habla de eso, pero a todo el pueblo le sorprende que ese hombre viva en una casucha con la infeliz que lo cuida: otra loca, una tal Petra. No sé qué estará pasando. No puedo ayudarte –contestó doña Fedora al «¿sabe usted algo?» de don Lorenzo.

La señorona no terminó ahí. Como era su costumbre, sembró la duda en don Lorenzo segura de lo que el hombre haría. Pensaba en que su yerno estaba solo en el pueblo del litoral sur y sin mujer que se le conociera. *No la resistirá cuando la vea*.

–No sé, me está raro que se haya ido tan de repente –dejó las intrigas flotando.

En casa de Belén, el día de la tarde de café comenzó con una pelea de perros. Belén esperó que no fuera un vaticinio de cómo pasarían la casual reunión.

La apacibilidad mañanera se trastocó cuando un perro realengo se metió en el patio: Barbat estaba en celo. Increíblemente, el animal callejero brincó la verja siguiendo el olor de la perra. Adentro, lo increpó Sansón con el pelaje del lomo encrespado. La pelea duró poco. Candelaria llegó con una olla de agua a medio hervir y, como pudo, la vertió sobre el pretencioso perro, que salió chillando por el portón que Teresa había abierto.

–Lo que es el olfato de los animales… –decía Candelaria contrariada tratando de calmar a Sansón luego de la pelea con el intruso.

–¡Qué linda mañana! –le comentó la viuda a Candelaria, quien la miró sorprendida secándose el sudor luego del sofocón de la pelea de los perros.

–Sí, sí… Lindísima, mire cómo me han dejado estos animales. Estoy vieja para estos trotes –decía una jadeante Candelaria reacomodándose los pelos sueltos en su apretado moño.

–Marcial va a tener que poner algo, no sé, trampas, o qué sé yo, tendrá que inventarse algo. Mira a ver qué te puedes inventar tú en lo que Marcial viene.

–¿Yo…? Encerrar a la Barbat, así de fácil. Coño, tan vieja que es, y todavía en esas. A la Coquette ya ni le viene… –dijo Candelaria

refiriéndose al celo de las perras.

Nada alteró la alegría de la viuda. Mientras mostraba que hacía algo para preparar la tarde de café, meditaba arreglando unos jarrones de flores. Pensó en los hombres con quienes había compartido en su vida. Inevitablemente, llegó la comparación. La alegría y tranquilidad que recordó sentir al lado de su padre y hermano eran inigualables, pero ese era otro tema, otros amores, diferente disfrute. La alteración que le produjo el solo recuerdo de su marido hizo que lo bloqueara de inmediato. En el tío Joaquín ni se detuvo a analizar qué fue aquello en su vida. Por otro lado, el gobernador Colton no dejaba de ser una confusión. El hombre era agradable, pero el cuadro, lioso. Se detuvo a pensar en ese sentir.

Todo aquello, cenas, teatro, cafés… Ese ambiente capitalino y palaciego la deslumbraba, pero no tanto como para cegarle el entendimiento. *No, no… No es lo que deseo. Y él… Él tampoco.* En don Lorenzo ni se detuvo. *Ni el gusto por la caña compartimos.* Pensó en los hombres a los que consideraba amigos, Santiago Panzardi y su muy estimado Andrés Campos Pérez. *Son como mis hermanos*. Cuando el turno llegó al licenciado Manuel Cuevas Otero, la sonrisa que no había brotado ante el recuerdo de los pensados anteriormente iluminó tanto su ser que hasta ella misma se sorprendió. Trató de analizar su sentir; solo hubo una conclusión. *Tantos años, y esto no ha cambiado.* Siguió el arreglo de las flores con la más bella expresión acompañada del mejor ánimo posible.

Pasado el mediodía, la galería y el jardín estaban arreglados como para fiesta. Teresa y Adela movieron, reacomodaron y añadieron plantas en canastas y tiestos. Además, colocaron los jarrones de Belén en toda mesa, mesita y taburete que había en la terraza. Luego, inspeccionaron las grandes jardineras del patio y, como si Marcial las vigilara, sacaron uno que otro yerbajo que se asomaba.

Belén trató de no exagerar en su arreglo por lo que se puso un vestido de fresca y fina batista verde claro un tanto azulado. El corte del escote era como los que regularmente usaba: cuadrado con finos manguillos. Solo se adornó con un collar de minúsculas perlas del cual pendía una aguamarina bordeada por una delicada filigrana de oro. Además, se puso unos aretes que le hacían juego al pendiente.

A las dos y media de la tarde, la viuda estaba inspeccionando la galería. Se asomó por el barandal para hacer lo mismo con el jardín. Sintió que el corazón se le quería salir del pecho.

–Candelaria, tráeme…

–En seguida, mi niña –dijo Candelaria desde la cocina, sabía que tenía que preparar un vaso de agua de azahar.

–No puedo creer que estoy nerviosa –dijo la viuda cuando la cocinera se acercó con el vasito.

–¿Nerviosa…? Usted, usted lo que está es «enamorá» –le dijo Candelaria con su acento andaluz.

–¡Candelaria! –rezongó Belén.

–Pero si eso no es nada malo. Es más, es buenísimo. ¡A que sí! No me diga que no –seguía la cocinera con un volumen que solo escuchaba Belén.

–Candelaria, me pones peor.

–Disfrute, deje que eso corra a ver adónde llega –aconsejó la mujer y volvió a la cocina.

Belén se quedó pendiente a su relojito y a sus pensamientos. Su mente era una maraña de emociones, personajes, dudas e inevitables preocupaciones. *No, esto no me va a consumir*. La viuda sabía que no hay manera de que las interrogantes den tranquilidad. Siguió con el análisis que había comenzado en la galería. Aspectos de su vida como lo eran sus hijos no le preocupaban; no tenía dudas de la bendición que eran, en eso ni se detenía a pensar. En los que se detuvo su mente fue en los que sí se podían analizar. Sabía que quedarse de observadora sin actuar no le permitiría develar el manto que encubría esas punzantes dudas.

Llevaba muchos años viviendo casi el día a día. Se sentía complacida con cómo le habían ido los negocios cañeros; sin embargo, había temas con los que no se sentía igual. Sus pensamientos divagaron un rato y, de momento, asuntos que por mucho tiempo estuvieron en las postrimerías de su cabeza comenzaron a tomar nuevas posiciones; se fueron acomodando en las filas delanteras de su cerebro. Comenzó a pensar sin pasiones en que llevaba muchos años encaminando de todo menos su vida: hijos,

hacienda, negocios. Pensó en que quizás los años que tenía eran la mitad de los que le quedaban por vivir. *Para cuándo te vas a dejar*. Recordó que a alguien escuchó decir: «Solo se vive una vez». De momento, hasta se confundió. *¿Sería en una canción? Ay, Virgen, ¿lo habré leído? Debe de haber sido Candelaria*. Lo que brotó sin confusión fue un lagrimón que bajó por su mejilla.

Como si su padre lo hubiese ordenado, los canarios comenzaron a cantar. Belén se enjugó la lágrima, se animó y encendió la vitrola de la que comenzaron a salir notas de valses de Chopin que hicieron que las aves soltaran más trinos. La viuda sonrió, lo hacía para darle las gracias a su papá, sabía que él tenía que ver con el momento que la calmó y serenó. *Sé que eres tú*. Lo tomó como una señal: era tiempo de dejar de ser una simple observadora de su vida.

Dieron las tres, hasta la casa se escucharon las campanadas de la iglesia marcando la hora. Pasaron cinco, diez, quince minutos. La viuda dudó. *¿Les habré dicho bien el día y la hora?*

–Teresa, abre las otras puertas, las quiero todas de par en par.

La mujer obedeció el mandato de su patrona y abrió la otra puerta doble que quedaba en la sala, la que casi nunca se abría. Entraba fresco, pero Belén se abanicaba con ímpetu. De momento, comenzó a escuchar una conversación a lo lejos en la cual la voz cantante era, sin duda, la de Carmen Elena López y Otero.

–No entiendes de asuntos de mujeres –le decía Carmencita a su primo. Anita, tendrás que oírme a mí, tu padre es un zonzo –decía la muchacha de lo más vivaracha mientras le hablaba a la jovencita de modas, fiestas y muchachos.

–Llegamos, basta ya de esos temas –decía don Manuel.

–Ve preparándote, ya mismo empezarán a rondar a Anita.

Don Manuel tocó calmadamente a una de las lamas de la puerta abierta. Belén quedó de pie de un brinco que, por suerte, ninguno de los invitados vio cuando se asomaron a la sala. La viuda se serenó de inmediato y caminó hasta ellos para recibirlos.

–¡Bienvenidos! –dijo Belén acercándose a la puerta para saludarlos–. Andrés, ¿planificaron para llegar juntos? –saludaba Belén sonriente mientras el doctor Campos Pérez se acercaba por

detrás de la familia Cuevas Silva–. Adelante, adelante, entren –decía la viuda mirando solo a don Manuel, quien no dejaba de contemplarla–. Teresa, puedes cerrar –dijo cuando todos estuvieron en la sala.

El momento fue un tanto confuso. Por la cara que puso don Manuel, era obvio que no esperaba que el doctor Campos Pérez estuviera allí. Los saludos fueron cordiales. Don Manuel saludó a Belén como de costumbre, besándole una mano; Carmen Elena, plantándole dos sonoros besos en las mejillas; la niña, contenta al entregarle un ramo de flores que Belén agradeció sonriéndoles a todos. El médico y la viuda se fundieron en el mismo fraternal abrazo con el que siempre se saludaban, el que seguía reventando a don Manuel.

–Carmen Elena, te presento a mi amigo casi hermano Andrés –exclamó Belén esperando ver de inmediato el flechazo entre ellos–. Andrés, Carmen Elena es prima de don Manuel, nos visita desde Madrid.

–Un placer, señorita –dijo Andrés extendiéndole la mano, todo confundido: le dio un apretón como si saludara a otro hombre.

–Encantada –dijo Carmen Elena mirándolo con una dulce sonrisa.

Los colores en los rostros de los dos presentados le sacó una casamentera sonrisa a la viuda; sintió que dominaba el papel de celestina.

–¿Qué tal?, don Manuel. ¿Cómo le va? –dijo Andrés nervioso.

Don Manuel le estrechó la mano animadamente. Al igual que Belén, percibió que algo era posible entre esos dos; sonrió.

–Movámonos al jardín. Por aquí –sugirió la viuda encaminándose hacia el patio cruzando sala, comedor y galería.

–¡Qué lindo tiene todo, doña Belén! –exclamó Carmen Elena tan pronto pasaron por la galería–. Las plantas tropicales me fascinan.

–Tengo a mi querido jardinero Marcial, quien es el que las ha sembrado todas. Se quedó en la capital, espero que lo puedas conocer. Y, por favor, quita el «doña», dime Belén –pidió la viuda sonriendo.

–Pues, sí, quiero preguntarle a ese Marcial qué puedo hacer para llevarme semillas o ganchitos. No sé cómo cuidar plantas, pero quiero aprender. Cuando tenga una casa, será así, como esta, llena de todas estas –decía la joven entusiasmada mirando a su alrededor y acomodándose en uno de los sillones del patio.

–Si me permite una observación… Tendrá que quedarse a vivir por acá, dudo que en la Madre Patria se den estas matas –soltó Andrés para dejar a Carmen Elena sonriendo; a Belén, sorprendida ante el atrevimiento del amigo a quien consideraba tímido; a don Manuel y Ana Elisa, reprimiendo los deseos de reír; y a Candelaria, quien se acercaba con una bandeja de café, polvorones y otras delicias azucaradas, pensando: «Aquí se empezó a cocinar algo».

–Aún no tengo fecha de regreso, don Andrés –replicó con una mirada que logró sonrojar al galeno y dejar a todos expectantes.

Al rescate de su amigo, Belén dirigió la conversación: integró a la que no había pronunciado una sola palabra. Comenzó con lo que consideraba, según su canon de buenas maneras, temas apropiados.

–Ana Elisa, ¿te gusta la música? –preguntó risueña la viuda.

–Sí, señora. Chopin revolucionó los valses vieneses, no los compuso para bailar, sino para concierto, lo que requiere de pianistas con avanzadas técnicas –contestó la jovencita haciendo alusión a la música que adornaba la tarde.

–¡Qué linda! Veo que no solo te gusta –exclamó Belén contenta al percatarse de que la niña era un prodigio musical.

–Quiero pasarme una temporada en casa de Mamina para poder ir al teatro con frecuencia, pero papá no me deja –dijo risueña mirando a su padre.

–Manolo, iré con Anita a pasar una temporada en la capital –informó Carmen Elena.

–Pero, mírenlas, me han formado una encerrona… –reprochó el licenciado con una sonrisa–. Ya hablaremos.

–Anímate, podrías acompañarnos y así saldrías de la monotonía en la que vives –dijo Carmen Elena pasando la vista de su primo a su nueva amiga.

Belén y don Manuel tomaron café; el resto, limonada. Aunque hacía calor, pues la suave brisa había amainado, la tarde estaba agradable. Ana Elisa se mostró encantada con los polvorones que llevó Candelaria, por lo que le pidió a la cocinera que le explicara cómo los hacía. Ambas se fueron para los dominios de la mujer. Carmen Elena y Andrés se enfrascaron en una conversación liviana sobre flora, y don Manuel no desaprovechó lo que vio a lo lejos.

–Doña Belén, veo un poco de agua alrededor del aljibe, ¿será que tiene alguna grieta? –dijo el licenciado refiriéndose al reservorio de agua que estaba al fondo del patio retirado de donde estaban sentados.

Belén se volteó a mirar, también notó el agua.

–Pues, mire, no me había fijado –dijo poniéndose de pie–. Puede ser que Adela o Teresa echaran agua. No sé. Me excusan, voy a ver algo.

–La acompaño –dijo muy diligente don Manuel.

Observaron el aljibe. Palparon las paredes de la estructura las cuales eran más altas que ellos; lo bordearon. No había árboles de almendro, sino uno de caimito que daba una encantadora sombra. No era el romántico paraje de La Dulzura donde hacía más de una década habían comenzado algo que todavía seguía pendiente. Ese era un recoveco aún más tentador que aquella arboleda, escondido de todos los ojos del mundo; los dos se dieron cuenta de lo mismo.

–Debe ser que les echaron agua a las matas por allá, aquí está seco. Creo que está todo bien –dijo Belén refiriéndose a la estructura.

–No, no está bien –dijo suavemente mientras la sujetaba por la cintura y la acomodaba contra la pared del aljibe–. Usted sabe que podría estar todo bien si nos lo permitiéramos –susurró acercándosele sin que Belén pusiera resistencia.

–Manuel –dijo exhalando un leve suspiro que don Manuel silenció con sus labios.

La pasión contenida por tanto tiempo se mostró con una sutileza melosa. Fue un beso largo, apasionado pero delicado. El contacto casi mostraba miedo, temor a que algo lo dañara, a que se acabara. El pensamiento que le había surgido a la viuda un rato antes sobre que

solo se vive una vez, le resurgió, pero un tanto distinto: «Quiero vivir esto muchas veces». Sentían sus cuerpos tan unidos que el deseo de más los sedujo. En aquellos rítmicos movimientos llenos de placer, los escrúpulos de Belén, los cuales habían sido bordados en su cabeza con los hilos de la crianza, le asomaron un nombre: Leticia. El momento de exquisita entrega se ensombreció, el solo recuerdo de la esposa del licenciado se encargó de estrellar a Belén contra el suelo de su realidad. Volvió el pensamiento que hacía unos años rondaba en su cabeza. El *es casado* había dejado de pulular por su mente, el *la desgracia de Leticia es mi culpa,* no. La ensoñación tuvo que cederle el paso a la realidad. Sutilmente, interpuso una mano entre los dos y se apartó. Se reacomodó el pelo y trató de alisarse el vestido pasándole las manos.

–¿Por qué? No nos haga esto –fue lo único que le salió a don Manuel.

Belén no había articulado una sola palabra cuando escuchó una voz familiar, pero que no era la de ninguno de sus invitados. Salió de detrás del aljibe y, al mirar hacia los sillones donde estaban Andrés y Carmen Elena, pudo ver a don Lorenzo García y Zúñiga acompañado por un caballero. Contuvo el pavor que le ocasionó el solo pensar en por qué ese hombre estaba allí. Respiró hondo, ni siquiera miró a don Manuel, quien la seguía. Belén caminó con una sonrisa teatral al encuentro del rico soltero treintón, quien sin disimulo miraba el pantalón de don Manuel para fijarse en lo que a leguas se notaba.

–Don Lorenzo, ¡qué sorpresa! –saludó Belén extendiéndole una mano que el hombre acercó hacia sí para darle sendos besos en el rostro–. ¿Qué le trae por aquí? –preguntó sin perder la compostura, sin esperar respuesta y mirando a Teresa, quien, obviamente, los llevó hasta allí–. Le presento al licenciado Cuevas Otero, mi abogado por más de una década. Ah, él es el yerno de doña Fedora –comentó como para que sonara algo casual, esperaba que no notara la excitación que aún sentía–. Estábamos revisando el aljibe, hay agua por todo su alrededor, pero no encontramos grietas –dijo por obligación, sintió necesidad de explicar por qué salían de las sombras de aquel recoveco–. Teresa, ¿echaron agua por allí? –seguía la viuda con tono casual. La mujer ni contestó.

–Mucho gusto, licenciado –dijo don Lorenzo extendiendo su mano para saludar a don Manuel con las buenas maneras de un caballero, reprimiendo la rabia que sentía al notar cómo estaba el hombre. Imaginó que detrás de aquel aljibe pudo pasar de todo. Midió su fuerza para no generar suposiciones–. Por fin conozco al yerno de mi muy estimada doña Fedora, pero aún no he tenido el placer de conocer a la hija. ¿Está su esposa aquí? –preguntó para ensombrecer los rostros de la mayoría de los que allí estaban.

–No, Leticia no pudo venir –fue lo único que comentó don Manuel. No devolvió el formalismo con el que se saludan las personas al conocerse. No quiso sentirse como un hipócrita. Decir *el gusto es mío*, sencillamente, no le salió.

Belén no esperó un segundo para salir al rescate. Presentó al resto de sus invitados; don Lorenzo, al caballero que lo acompañaba.

–Rodrigo es mi amigo de la infancia, es médico, pensé que podría ayudar a su tío con la afección que le aqueja.

–Ay, don Lorenzo, gracias por el gesto. ¡Qué pena con usted! Me muero de vergüenza. ¿Vino hasta acá para eso? No se preocupe, es paciente de Andrés, es quien mejor lo entiende –expresó Belén para tratar de terminar el tema.

–Doña Belén, quizás sea buena idea tener otra opinión –intervino Carmen Elena pensando en que ayudaba, sin imaginar que Belén tendría que seguir hilvanando excusas.

–Gracias, gracias, pero es que tío Joaquín se altera. No puede ver personas nuevas. Por favor... Agradezco todas las buenas intenciones, pero es mejor que lo dejemos así. Ya está. ¡Gracias! –decía Belén atropelladamente–. Bueno, bueno, siéntense. Teresa, trae más café, por favor –dijo por cortesía, en realidad quería que don Lorenzo se esfumara con todo y amigo de la infancia.

–Gracias, no se preocupe, doña Belén. Pasamos por aquí primero para saludarla y ponernos a sus órdenes, pero no hemos llegado al hotel, tenemos que acomodarnos –explicó don Lorenzo para poder salir de allí.

–Bueno, como desee. Aquí estaré por si quieren volver. ¿Qué le parece si me acompañan a cenar? –seguía la viuda con su falsa hospitalidad.

–Estupendo, nos instalamos y regresamos a eso de las seis. ¿Qué le parece? –dijo don Lorenzo.

–Los espero –contestó la viuda encaminándose a acompañarlos a la puerta.

Durante el recorrido por la casa hasta llegar a la salida, Belén solo habló de trivialidades como el tiempo; don Lorenzo, del mobiliario y de las losas hidráulicas que tenía el área del comedor. La tensión flotaba. La viuda no supo ni cómo le fue con todo aquello. No pudo precisar si sus palabras fueron convincentes o si el hombre las creyó. Se le revolcó el estómago. Pensó otra vez en lo de cuánto se vive; eso no lo quería volver a vivir.

Pero ¡qué fastidio¡ Caminaba de regreso al patio. *¿Será que no podré estar tranquila?* Respiraba con fuerza, apretaba los dientes y puños de igual manera. Candelaria la vio desde la cocina, y salió a su encuentro.

–Niña, esto no me gusta nada. No sé ni cuántas veces lo he dicho. Ese hombre no me gusta. ¿Y si va a la casa de Petra?

–No te preocupes, sabes que ella no le abre a nadie que no sea uno de nosotros.

En los sillones, don Manuel permanecía callado. Daba la impresión de estar escuchando a su prima, pero su mente solo recreaba la escena del aljibe. No podía alcanzar a disfrutársela pues la aparición de ese hombre de la capital le comía los sesos. Era claro que no llegó hasta allí solo para llevar al médico amigo de la infancia.

Las miradas que se daban Belén y el licenciado no impresionaron a Carmen Elena, quien había notado alguito desde el encuentro en la plaza. El que se sorprendió y se alegró por su amiga fue Andrés. Pensó en que el interés que una vez tuvo en Belén había sido solo un rasguño de un flechazo que no ahondó como el que acababa de sentir ese día.

–Doña Belén, nos retiramos para que pueda prepararse para la cena para don Lorenzo y el doctor Rodrigo –dijo el licenciado con una cortesía fingida.

–¿Cómo va a ser? No, no, no. No se vayan, por favor –pidió Belén con una mirada de súplica que don Manuel no pudo ignorar–.

Los invité solo por reparar la situación. Don Lorenzo es solo un conocido, comparto de vez en cuando con él en el teatro, es amante de la ópera.

–Bueno, Belén, parece que para él usted es alguien muy importante. Llegó hasta acá preocupado por su tío –comentó Carmen Elena sin percatarse de cuán imprudente era su comentario. Belén pensó que se llevaría de maravillas con Milita.

–No, no, nada que ver. No creo –mintió la viuda–. De lo que estoy segurísima es de que él no lo es para mí –concluyó para dejar clara su postura.

Siguieron conversando. Belén cambió los valses vieneses por señoriales danzas criollas. Se entusiasmaron tanto con la música que Andrés le pidió a Belén que bailara con él. Le mostraron a Carmen Elena cómo se bailaba una danza al estilo insular con lenguaje de abanico incluido. Luego, don Manuel invitó a su prima, quien hizo lo que pudo para seguirlo. El licenciado cortó el baile de Andrés e intercambiaron parejas. Ana Elisa se asomó por el barandal que había frente a la cocina; contemplaba cómo su padre disfrutaba el baile con la viuda. A su edad, la madurez le permitió alegrarse. Belén le hizo señas y la invitó a unirse. La jovencita se acercó a la improvisada pista para bailar con su padre y esa señora que empezaba a caerle muy bien.

El tiempo pasó, la hora de la cena llegó, los invitados al café no se habían ido y los capitalinos nunca llegaron.

No fue difícil para don Lorenzo dar con la casita de Petra; tampoco, entrar. El hombre era un as averiguando lo que le interesaba. Esa tarde se enteró no solo sobre los muñecos que confeccionaba Petra, sino también de cómo y por qué el tío Joaquín vivía con la loca y de cómo esta lo llamaba, según las versiones pueblerinas.

–Mire, le traje materiales para los títeres de Inca. Con esto le da como para hacer diez. Se los envía doña Belén –dijo don Lorenzo asomado por las celosías de la puerta–. Inca va a estar contento.

La mujer abrió su hogar. Bastó una ojeada del rico soltero treintón para que la maldad se activara en él: ninguno de los habitantes de la humilde casita se alteró con su presencia, tampoco

había afección de salud en el tío Joaquín. *Ay, Belén…* El supuesto médico, a quien le quedaba grande la profesión con que fue presentado en casa de Belén, no auscultó a Joaquín, no sabía cómo. El cañero del norte nunca mencionó lo que vio o escuchó ese día; Petra y Joaquín, en sus locuras, tampoco. Don Lorenzo salió en menos de dos minutos y con audaz cuidado cargó con los materiales para los muñecos de Petra. La mujer ni cuenta se dio. *Pobre infeliz.* No quedó un solo rastro que a simple vista delatara la presencia del cañero del norte en la casita de la loca.

Los invitados al café se despidieron cuando el reloj marcó la hora de la cena. Ninguno fue capaz de probar nada más. Las delicias preparadas por Candelaria mantuvieron sus estómagos llenos hasta la saciedad.

Las despedidas fueron todas iguales a los saludos que se dieron de bienvenida. Solo hubo una mirada de mutua intensidad entre la viuda y el licenciado que cada cual interpretó como un «nos vemos pronto»; no se atrevieron a añadir el vocativo amor.

Tanta excitación de la tarde no dejó dormir plácidamente a nadie.

–No pegué ojo en toda la noche –le decía Belén a Candelaria mientras probaba el café mañanero.

–¿Por qué será? Vi a dos seres que salían flotando de detrás del aljibe –comentó la cocinera sonriendo con picardía.

–Si fuera por eso, hubiese dormido en las nubes, pero no. Lorenzo me tiene intranquila. Sé que sabe que le mentí. ¿Cómo voy a salir de ese hombre?

–Háblele claro, es hora de ser tajante. Ya se está metiendo demasiado. ¡¿Qué se cree ese pila de mierda?! –espetó molesta la cocinera.

–No puedo seguir con esta incertidumbre. Me dejaste pensando… ¿Y si fue a ver a Joaquín? Tengo que ir a ver al tío.

–La acompaño.

En casa de Petra todo lucía en el orden propio de los dos seres que habitaban el lugar. Belén no notó nada que pudiera reflejar que don Lorenzo hubiese estado allí; Candelaria, sí.

–Estuvo aquí.

–Acabas de oírlos, no vino nadie. Oh, oíste algo más –concluyó Belén pensando en los dones de Candelaria.

–No, no, es que aquí huele a la brillantina que usa don Lorenzo –dijo la cocinera segura de la agudeza de su olfato.

Las dos salieron inmediatamente de la casita. Belén caminaba tratando de analizar lo que significaba todo aquello. Recordaba la escena en la hacienda de don Lorenzo. *Este hombre está loco*. Sabía que existen locuras inofensivas y graciosas, que hasta rayan en lo simpático. Asimismo, estaba consciente de que las hay peligrosas, y de esas, precisamente, eran las que veía en don Lorenzo.

En la caminata hacia la casa, Belén tomó varias decisiones según visualizó lo que creyó que podría pasar. Le pidió a Candelaria que recogiera pues regresarían a la capital al día siguiente.

–Ve a casa. Voy un momento a ver a Manuel.

Belén pensó en proteger a todos. *Es un loco inteligente*. Una corazonada le decía que algo tramaba don Lorenzo. Todo le daba mala espina. *Es un peligro*. Llegó a casa del licenciado. La recibieron un tanto sorprendidos, aún estaban en el desayuno.

–Vamos a la biblioteca –invitó don Manuel al ver la expresión de inusual seriedad en el rostro de Belén.

El hombre cerró la puerta. No se atrevió ni siquiera a acercársele; tampoco, a invitarla a sentar. No podía precisar por qué o para qué Belén estaba allí. Temía que le expresara arrepentimiento por lo vivido el día anterior. Guardó silencio y esperó que la viuda hablara.

Belén le dio la espalda. Tenía tanto en la cabeza que le resultaba difícil determinar por dónde empezar. No sabía ni qué le quería decir; si expresarle el temor que sentía, si despedirse o voltearse para seguir lo de la tarde anterior. Como si la hubiesen iluminado con el don de la palabra, comenzó un soliloquio que don Manuel escuchó sin interrumpirla.

–Manuel, lo nuestro no necesita palabras, lo sabemos. Era joven, muy joven cuando la vida lo presentó ante mí. ¿Cuántos años han pasado? ¿Lo recuerda? –preguntó por preguntar, él sonreía a sus

espaldas–. Ahora sé que nada puede contra el destino, las circunstancias solo retrasan lo que tiene que ser, lo que no se puede negar, lo que está ahí y es verdadero. Solo le pido que sea paciente. Sé que viviremos lo que nos toca en esta vida. Deme un poco más de tiempo –pidió Belén segura de que la sombra de Leticia se disiparía. De algún modo le llegaría el momento de no sentir la culpa que no la dejaba vivir ese amor–. Necesito resolver varios asuntos, regreso a la capital mañana.

Terminó de hablar, solo escuchó silencio. Esperó un rato, pero no hubo contestación. Se dio vuelta para ver que don Manuel no se había movido de donde estaba. Se le acercó, le dio un dulce beso y comenzó a caminar para salir.

–Es ese hombre, Lorenzo, el que la tiene así –comentó fingiendo serenidad.

–No, no es eso –dijo, y salió.

Belén no se despidió de nadie, se fue por donde mismo entró.

Llegó a su casa en pocos minutos luego de hacer una parada en la cafetería de Nico. Según se fue acercando a la galería, escuchó la inconfundible voz de don Lorenzo charlando con Teresa. Agradeció haber comprado los dulces, serían la perfecta excusa para explicar por qué no estaba en casa. Candelaria se asomó desde la cocina, levantó los hombros como en gesto de impotencia ante la incómoda situación.

–Eh, doña Belén. Vine a excusarme –dijo poniéndose de pie para saludarla.

–Gracias. Sí, me estuvo raro que no llegaran ayer. Siéntese, por favor.

–Al salir de aquí nos fuimos a un cafetín, algo que bebimos o comimos nos mantuvo de cama. Discúlpeme.

Belén trató de que no se notara su desconcierto: el hombre mintió. No quería llegar a conclusiones precipitadas, pero sabía que aquella cara de simpatía fingida urdía algo.

–Pasé solo para excusarme y dejarle saber que regresamos hoy a la capital. Espero que su tío se reponga pronto.

–Gracias, don Lorenzo –dijo la viuda sacando fuerzas para no mostrar temor–. ¿Se toma un café conmigo? Mire, traje dulces de la mejor cafetería de aquí –dijo con calculada alegría.

El hombre pareció creer en la hospitalidad, y aceptó. La viuda le pidió a Teresa que buscara café y que sirviera los dulces en una bandeja. Belén mostró serenidad; conversaron tranquilamente. Ninguno de los dos mencionó al tío. Lo que sí hizo don Lorenzo fue sacar el tema de la mujer del licenciado. Por lo que la viuda percibió, el hombre no estaba al tanto de la condición de Leticia; de todos modos, no le contó la verdad. Belén bordeó el tema y, por las sutilezas con que mencionó un confinamiento, él dedujo que la mujer del licenciado padecía la terrible tuberculosis, detalle que Belén ni aclaró.

–Pobre Fedora, casi nunca la menciona, debe de ser duro –exclamó don Lorenzo con genuino pesar. Belén asintió de igual modo–. Doña Belén, ¿cuándo la veré por la capital?

–Bueno, creo que regreso pronto, tengo dos o tres pendientes aquí.

–Se acercan buenas presentaciones, espero poder disfrutarlas con usted –se despidió besándole una mano galantemente, no con los besos con los que quiso marcar territorio frente a don Manuel.

Una vez sola, se dejó caer en su sillón de mimbre.

–¿Para cuándo lo va a dejar? Este era el momento de poner raya, está en su territorio –dijo Candelaria saliendo de la cocina.

–Estamos solas.

–No se preocupe, mi niña... Si ese hombre se atreve a levantar una mano, yo levanto mis cuchillos –espetó Candelaria sin chistar.

–Por ahora, pienso que es mejor seguir con el teatro. Estoy segura de que no me haría daño, pero me ha dado con pensar que le va a hacer daño a Manuel.

–Fíjese, a mí no me da pinta de eso. En esa mente rara quien ronda es usted. Ya se lo he dicho. Ese lo que quiere es que usted lo busque, que usted lo necesite, que dependa de él. No creo que le vaya a hacer daño a nadie. A mí me está que lo que quiere es que usted lo admire. No se va a meter con don Manuel, si le hace daño y se

descubre que fue él, se arriesgaría a ganarse su desprecio y perdería toda posibilidad de conquistarla –terminó la cocinera para luego regresar a sus dominios.

–¡Que Dios te oiga!

Belén no daba mucho crédito a las palabras de Candelaria. Acodó los brazos en las piernas y se llevó las manos a la cabeza. Sentía una intranquilidad rara. En su pueblo estaba don Manuel, pero en la capital, sus hijos. *¿Será capaz de dañarlos?* El aturdimiento en el que la dejaban tantas emociones juntas no le permitía pensar con claridad. De todos modos, le pidió a Candelaria que en dos horas pasara por el hotelito del pueblo para investigar si don Lorenzo se había ido.

La cocinera regresó de su misión informando que el rico soltero treintón había pernoctado en el lugar, pero que ya no estaba allí.

–Bien, hora de volver a la capital –dijo la viuda.

–Despeje la mente. Mire más allá del primer impulso que le viene, ahí es que el diablo hace fiesta para joder. Vaya y cálmese, deje enfriar esa cabeza.

La tajante observación puso a pensar a Belén. Siguió el consejo bienintencionado de quien, por los años, tenía la sabiduría que a ella le iba llegando poco a poco. Se fue al patio. Se paseó por entre las jardineras, aspiró los deliciosos olores, escuchó los canarios, pero entre aquellos hermosos trinos distinguió un bienteveo que parecía hablarle. Se sintió vigilada por esa ave que, desde su canto, le decía que la veía. Ni la religión en la que había sido criada la apartó de las supersticiones, pensó en el diablo que acababa de nombrar Candelaria. *¿Será que me ve?* Se le erizó la piel e instintivamente buscó dónde refugiarse. Caminó de prisa y se escondió en el recoveco donde el día anterior sintió lo más delicioso que le había tocado vivir. Aunque siguió escuchando el insistente canto del bienteveo, tomó la aseveración del ave como una mentira. *No me ven ni tú ni nadie, embustero.* Se recostó de la fresca pared del aljibe, así se fue serenando.

Ese lugar del fondo del jardín, poco frecuentado por ella, la reconfortó. Recreó la escena del día anterior con sensaciones incluidas. Se dio cuenta de que sintió algo que ni siquiera sabía que

existía y que aún la estremecía. La asustó sentirse tan bien. Su cuerpo fue deslizándose por la pared hasta llegar al suelo. Se quedó sentada en la tierra. Subió las piernas, se las pegó al pecho y las rodeó con sus brazos. Ahí trató de organizar sus pensamientos. Un escrupulito se asomó para decirle que pensara bien su situación, otro le susurró que no se dejara llevar por las pasiones y les hizo caso. Pensó en lo que le acababa de decir Candelaria: decidió dejar enfriar su cabeza. En realidad, el asunto que le preocupaba era el de don Lorenzo. *Ese no es bobo, sabe que le mentí.* La frustración la invadió. *Tendré que disimular, no puedo regresar mañana*. Pensó en la tarde de café y en lo que vio y pudo suponer el hombre. *Sé que lo peor para ese loco fue verme con Manuel, lo sé*. Vislumbró que el remedio sería complicado. *¡Ni modo, a agarrar al toro por los cuernos!* Dejó pasar tres días, y regresó a la capital.

–Adiós, nena, pero ¿no que se iba a quedar por allá dos o tres semanas? –preguntó Marcial asombrado por el prematuro regreso.

–Todo está bien por casa. Adela y Teresa te envían saludos. Me insistieron que te dijera lo lindas que tienen las matas –decía Belén casualmente por no admitir la verdadera causa de su regreso.

Entre altas temperaturas y situaciones ganadas quién sabe por qué, la viuda trataba de vivir su día a día como mejor podía. El calor de la época otoñal caribeña hacía estragos en los pueblerinos y en los citadinos también. Belén vivía con abanico en mano, Candelaria no paraba de decir que se raparía la cabeza y Marcial se refrescaba con un cartón que agarró de una caja en un cafetín. Para sobrellevar aquel sofocante calor, Candelaria mantenía constantemente pañitos húmedos resguardados a la sombra de su cocina. Los tenía en una ponchera con agua fresca. Los integrantes de la casa pasaban por el recinto culinario, tomaban uno, lo exprimían, se refrescaban rostro, nuca y brazos, tiraban los pañitos en la pileta, Candelaria los enjuagaba y los volvía a poner en la palangana con agua fresca.

Los inevitables encuentros con don Lorenzo y el gobernador se dieron. Algunos fueron casuales; otros, planificados. Esos momentos de la viuda pueblerina aún eran observados con ojos críticos y habladores. El primero, con el rico soltero treintón: ese no fue casual. Don Lorenzo visitó a la viuda tan pronto supo de su regreso a la capital.

Una calurosa tarde, Candelaria preparaba un gazpacho andaluz, plato típico del verano en sus tierras y en la casa Calzada Fernández, una de sus especialidades. Trataba de, con la refrescante sopa fría, disipar el fogonazo de la época. Guelo acompañaba a la cocinera dándole conversación para animarla ante aquel calor y Marcial se asomaba para unirse a la cháchara.

–Estoy a punto de que me dé un soponcio –decía Candelaria mientras preparaba la sopa.

–Mujer, coge de los trapitos, refréscate –instaba Marcial abanicándose.

–Se queja, pero no hace nada, parece que le gusta estar caliente –dijo Guelo mirando a Candelaria con lujuria.

La cocinera tenía los ojos en los tomates que majaba. Trataba de restarle importancia al comentario de Guelo para que Marcial no llegara a las conclusiones a las que hacía tiempo había llegado. El jardinero reprimió una sonrisa.

Mientras el gazpacho iba tomando consistencia, Marcial y Guelo charlaban, Antonio jugaba billar y Belén... A la viuda no le quedó otro remedio más que atender a don Lorenzo, quien se presentó tan fresco como la brisa que no llegaba y que todos esperaban. Belén se esforzó por sonar lo más natural posible, intento que la molestaba hasta el cansancio. Solo esperaba la oportunidad para soltarle el no que había aguantado porque las circunstancias no fueron las propicias aquel día debajo de los almendros en la hacienda del rico soltero treintón.

–Don Lorenzo, ¿cómo se entera tan rápido de que estoy aquí? –preguntó Belén mostrando con trabajo su acostumbrado encanto.

–Lo he dicho antes, su fama la precede –dijo el hombre besándole una mano–. ¿Todo bien por su pueblo? Por lo que veo resolvió sus asuntos rápido.

–¿Se refiere a mi tío? –dijo de repente Belén–. Lo dejé estable. ¿Sabe? Él lleva muchos años lejos de lo que se puede considerar bien, sobre todo de su cabeza. Me quedo tranquila porque entre el licenciado Cuevas y el doctor Campos atienden todo lo que respecta a él –dijo la viuda con fingida naturalidad, escrutó todo músculo en el rostro del hombre. Trataba de captar qué mostraba su reacción.

–Entiendo. No se preocupe, no tiene que darme explicaciones –dijo en tono conciliador más que sospechoso. Midió bien sus palabras. Cambió el tema con el cuidado que acompaña a la astucia para evitar cualquier resbalón que pudiese delatar su visita a la casa de la loca–. ¿Le apetece un paseo? Podemos tomarnos algo en la confitería que queda por aquí cerca. ¿Me acompaña?

–Pues, fíjese, con este calor, me tomaría algún refresquito –respondió Belén con la naturalidad empleada desde el comienzo de la visita.

Caminaron un rato hasta llegar a la concurrida confitería que, a pesar de haberla inaugurado hacía unos diez años, siempre estaba atestada. Consiguieron una mesa gracias al pase de monedas a un mozo. Ya sentados, antes de que llegaran los refrescos que ordenaron, don Lorenzo sacó un paquete de su chaleco; con el contenido retomaría el tema que Belén rehuía. La viuda ni se inmutó. Al ver el envoltorio, pensó que aquel paquetito, por su forma, de seguro no era el estuche de raso bermejo: no se equivocó.

–Doña Belén, creo que uno de estos será de su agrado –decía don Lorenzo mientras desenvolvía el lío.

Cuando el hombre desembaló lo que estaba cubierto con varios papeles de seda azul, acercó su mano a Belén para que esta viera mejor. La cara de espanto de Belén contrastó con la de loca alegría de don Lorenzo. La viuda cubrió con sus manos lo que el rico cañero pretendió mostrarle. *No, no, no…*

–¿Cómo se le ocurre sacar semejantes piedras aquí? –decía Belén alterada y preocupada al ver tres diamantes que, según consideró, se verían enormes no solo en su mano, sino en la de cualquiera.

–Me quedé pensando en que, posiblemente, pretenderla con la sortija de mamá no fue de su agrado. Disculpe mi descuido, por favor. Usted merece, ciertamente, una sortija exclusivamente para usted con uno de estos. Puede escoger la montura que más le guste. Mire, el joyero me consiguió varios cortes. Me gusta mucho el de pera, pero el brillante es más puro, sin imperfecciones a simple vista. Aunque el corte esmeralda es mi favorito –decía don Lorenzo en un soliloquio que logró enmudecer a Belén–. Claro, pero la decisión es suya.

La viuda no sacó las manos que cubrían las piedras. *Ay, santo, si es que está bien loco.* Levantó la vista, miró a don Lorenzo y, respirando hondo, sacó fuerzas para no flaquear ante lo que iba a decir.

–Don Lorenzo, por favor, guárdelos –dijo muy seria Belén. Necesitó mover la cabeza en gesto de negación ante el intento de hablar del hombre, siguió hablando–. No hay necesidad de mostrarme estos u otros. No harán diferencia. Verdaderamente, me siento más que halagada con su propuesta, pero, desde que enviudé, nunca he pensado en volver a casarme. Lo estimo mucho, don Lorenzo. Además, aprecio su interés, pero mantengamos esta amistad que nos une como la hemos llevado hasta ahora. No podría ser de otra manera, compréndame, por favor –terminó la viuda muy pausada.

El hombre trajo a la memoria lo que vio en el patio de Belén, cuando la viuda salía de detrás del aljibe seguida por don Manuel: se quedó en silencio. Pensaba y pensaba. *Total, ese no es más que un leguleyo de mierda de un pueblucho sin importancia.* Recordó cómo estaba Belén al momento de salir de detrás del aljibe. *Ella estaba impoluta, el pretencioso es él.* Las manos de Belén aún seguían cubriendo las piedras. *Ella, lo que necesita es tiempo.*

–Don Lorenzo… ¿No dice nada? –decía Belén comenzando a preocuparse ante aquel raro silencio.

–No hay nada que decir. Solo pedir la cuenta y acompañarla a casa –dijo el hombre con una pasividad que para la viuda rayó en agresividad, reacción que la preocupó aún más

–¿Se siente bien? –preguntó Belén retirando las manos dejando a la luz los diamantes–. Por favor, guárdelos.

–Sí, sí. Solo estoy avergonzado ante mi impulsividad –dijo el hombre doblando los papeles de seda y guardando el paquetito nuevamente en su chaleco.

–Nada por lo que avergonzarse. Eso es lindo, estoy segura de que llegará la mujer que… –no pudo completar la viuda su pensamiento pues don Lorenzo levantó una mano en gesto de «detente, no siga» que Belén supo interpretar.

De regreso a la casa, los dos fueron callados. El hombre se despidió sin perder su elegancia y sin mostrar sentimiento, pasión o conmoción. Belén no supo ni qué sintió. La confundía tanta serenidad, sabía que eso no era normal, no en don Lorenzo. Se despidió del hombre sin perder su encanto.

–A mí me huele que vamos a tener que buscar a alguien para que le haga un «trabajo» a ese hombre. Mi niña, hay que quitárselo de encima –expresaba la cocinera al escuchar lo que le contaba Belén–. En mis tierras se hace el ritual de congelamiento cuando se quiere alejar a alguien, pero, de más está decir que aquí, con este calor…

–Pues, sí, habrá que hacer algo, hoy empiezo a rezar la novena al Sagrado Corazón de Jesús.

Los calores fueron cediendo; el fresco, llegando mientras el invierno caribeño fue acercándose. La viuda no volvió a coincidir con el rico soltero treintón, quien regresó a su hacienda, según le informó Marcial.

Don Lorenzo pensaba en cómo haría que Belén se rindiera ante él. Cavilaba en la tranquilidad de su casa de la hacienda. Estaba al tanto, como lo estaba todo aquel que leía los periódicos, de que el proyecto del riego iba como le enervaba a él: caminando, o más bien, corriendo. Nada pudo hacer para retrasarlo. Las tierras del sur tendrían el agua constante y suficiente para convertirlas en las mejores de la Isla y, con ello, la producción en la Puerto sería enorme. Seguía cavilando.

Por otro lado, Belén estaba feliz con todo el asunto del riego y otro más. Daba la impresión de que la felicidad era porque el proyecto del agua iba bien encaminado, parecía no tener otro tema del que hablar. Con intención calculada y bien pensada, solo mencionaba el riego, ella era quien único sabía que el tema que acaparaba su ser era el del licenciado; ese lo tenía guardadito. Don Manuel no se comunicaba, pero Belén sabía que el silencio se debía a que él respetaba su pedido.

Había otro tema que seguía rondando por la mente de Belén. La viuda había vuelto a ver casualmente al gobernador. Charlaban como siempre, animadamente y de temas que disfrutaban, pero luego de lo vivido con don Manuel, estuvo más que segura de que solo sentía respeto, admiración y agradecimiento por él. Las pláticas que

sostenía con el mandatario eran interesantes, pero no pasaban de eso.

George Radcliffe Colton comenzó a sentir un cambio en el trato de la viuda: un leve distanciamiento, otro tono en las conversaciones, una familiaridad de esas que se ven más en el cariño que en la pasión. Por otro lado, a Margarite la suspicacia la invadió. Había visto otra mirada en Belén, algo en el comportamiento de la pueblerina le dejó ver que el interés de la viuda se había movido de hombre. Aunque no precisaba por dónde andaban los coqueteos de la viuda, estaba segura de que ya no apuntaban a su hermano. Para ella, ese era un detalle preocupante. Sabía que cuando una mujer pierde el interés por un hombre no hay fuerza que la haga cambiar. Y, precisamente, ese detalle es uno de los que, según pensaba Margarite, hace que los hombres se interesen más en buscar a la inconquistable.

Con el paso del tiempo, las miradas y comentarios mal intencionados fueron, como vaticinó Candelaria, cediendo. El cotilleo sobre las mentiras se desgastó. Los citadinos siguieron viviendo; entonces, tornaron sus miradas hacia otros platillos de la perpetua comidilla capitalina.

Con el mes de octubre corriendo, a Belén le llegó una buena noticia: un telegrama cargaba un mensaje de Carmen Elena.

–Vienen en dos días –le dijo la viuda a Candelaria.

–¿Vendrá don Manuel? –preguntó la cocinera con picardía.

–No dice –contestó Belén tratando de controlar su emoción–. Las que de seguro vienen son Carmen Elena y Ana Elisa. Se van a quedar con doña Fedora.

–Las pobres… Con esa doña, se aburrirán como ostras –opinó muy seria Candelaria.

–Pues, no creas. Vienen para ir al teatro. Estoy segura de que de eso se ocupará mucho la abuela. Quiero invitarlas aquí. Les prepararemos alguito –concluyó la viuda entusiasmada.

Pasaron varios días para que Belén se encontrara con las visitantes. Doña Fedora las tenía más que entretenidas, según le informaba Marcial, quien, como era costumbre, llevaba y traía

información. Una esquelita llegó a casa de la viuda pueblerina antes de que ella pudiera planificar algo. La invitaban a ella y a Milita a una tarde de té.

–Gloria va a estar, pero la mamá no. Anda por no sé dónde. Bendito, siempre está con las sirvientas, esa gente se la pasa viajando –dijo Milita con verdadero pesar.

–¿Quiénes? –preguntó Belén distraída.

–Los padres de Gloria.

–Bueno, hay gente que tiene las vidas complicadas.

–Sí, sí, están ocupadísimos fiestando. Total, no sé ni por qué digo bendito… A Gloria ni le importa –comentó Milita quedándose en silencio–. No veo a esa nena, a Ana Elisa, hace mucho tiempo –dijo de repente cambiando el tema–. Pobrecita, no debe ser fácil vivir sin su mamá. ¿Sabrá que está loca?

–Ni se te ocurra… –soltó Belén sobresaltada–. Imagino que sí, Leticia va en ocasiones a la casa. Debe estar acostumbrada, pero no sé –comentó pensativa–. La pobre, a lo mejor extraña el cariño de una mamá. No sé, pero no saques el tema, por favor. Y no le digas nena, no es mucho menor que tú.

–No te preocupes, mami, Gloria y yo vamos a entretenerla.

–Confío en que será una tarde linda. Vamos –expresó la viuda dándole paso a Milita para salir de la casa.

La tarde estaba fresca. El octubre otoñal comenzaba a hacer el favor de ahuyentar las temperaturas que parecían veraniegas y que aún rondaban por casas, calles, plazas, iglesias. Belén iba animada, pero no quería entusiasmarse demasiado; no estaba segura de si don Manuel estaría presente. No tenía noticias del licenciado. No se permitía escribirle, mucho menos enviarle telegramas que pudieran delatarle a alguien su nueva situación; no deseaba volver a ser plato de comidillas. *Ni siquiera el entremés*. Mientras tanto, se alegraba solo con el recuerdo del fugaz encuentro detrás del aljibe.

–¡Cuánto me alegra que hayan venido! –recibió doña Fedora a sus invitadas–. Amalia Belén, si deseas puedes ir al patio, Gloria y Ana Elisa están allí. Sigue de largo por ahí –señalaba con la mano–.

Derechito hasta el fondo. Ah, permíteme presentarte primero a la prima de mi yerno. Carmen Elena nos visita desde Madrid.

–Mucho gusto –dijo Milita sonriendo. Carmen Elena le devolvió el saludo.

–Gracias por la invitación –saludó Belén sin mostrarse ansiosa.

–¡Qué alegría verte! –dijo Carmen Elena plantándole dos besos a Belén–. De veras que entiendo por qué te viniste a vivir para acá. Esta ciudad no se compara con el pueblo. Lo que no entiendo es por qué Manolo sigue allá. Imagínate, se quedó allí todo aburrido. Yo, si fuera él, recogería y me mudaría de inmediato –decía la muchacha sin casi haber tomado aire, fue la única mención que se hizo del licenciado–. Ven, siéntate –dijo tomando a la viuda de un brazo y llevándola a un sofá de la sala.

Doña Fedora miraba con recelo, no le agradó el trato tan amistoso de Carmen Elena, quien durante su estadía ni siquiera había preguntado por Leticia.

La pizpireta muchacha se acomodó junto a Belén; doña Fedora, en un sillón de respaldo alto que hacía juego con el sofá y todo el mobiliario del lugar. La señorona capitalina acalló a Carmen Elena, quien pretendía llevar la voz cantante, con una mirada cargada de un silencio que logró incomodar a la joven al punto de enmudecerla. Doña Fedora dirigió la conversación hacia la educación de Ana Elisa, le hizo algunas preguntas a Belén sobre el internado de Milita: sabía que era una de las posibilidades para su nieta.

–Pues, a mi entender, a Milita le hacía falta. Ya casi termina sus estudios, le ha ido bien. Por lo poco que he visto de Ana Elisa, sé que es un prodigio musical. Quizás a ella le convenga ser externa para que pueda tomar clases particulares en la ciudad –opinó Belén.

–¿Sí? ¿Y dónde viviría? –preguntó doña Fedora–. Aquí no puede, tengo las manos llenas. Tendría que ser interna. Sería bueno que comenzara mientras Gloria está todavía en el colegio para que la guíe al principio.

–Oh, bueno. Claro, es una decisión que solo corresponde a ustedes –dijo Belén luego de pensar un segundo si mencionaba a Leticia y a don Manuel o al licenciado solamente. Decidió incluirlos a todos.

–Sí, lo estamos evaluando –concluyó doña Fedora.

Pronto las empleadas de la casa sirvieron el té acompañado de dulces galletitas; todo con la elegancia de la alta alcurnia inglesa que tanto admiraba y emulaba doña Fedora.

–Belén, ¿vas a la próxima presentación que habrá en el teatro? –preguntó de repente Carmen Elena.

–Por supuesto, no me perdería esa zarzuela por nada –expresó contenta.

Mientras las mujeres charlaban en la sala, las jovencitas lo hacían en el patio. Pese a que Ana Elisa era mucho más pausada que Gloria y Milita, congeniaron al punto de querer aventurarse a escondidas por la casa.

–Esta casa tiene habitaciones secretas. ¿Lo sabías?, Ana Elisa –comentó Gloria para intrigar a las jóvenes.

–¿Cómo que secretas? –preguntó Milita.

–Bueno, debí haber dicho prohibidas –expuso Gloria con una sonrisa perversa.

–Creo que esta es la segunda vez que vengo aquí –dijo Ana Elisa ingenuamente–. Nunca había escuchado eso.

–Yo sí. A mí me lo dijo mami. En realidad, es una. Tía Fedora la tiene clausurada. No permite la entrada a nadie –seguía intrigando Gloria.

–Déjalo así, por favor –suplicó Ana Elisa–. No quiero molestar a Mamina. Ella me asusta.

–Tienes que sacar a la aventurera que hay en ti, las Silva no nos dejamos amedrentar –instó Gloria a la niña.

–Vamos. En silencio. ¿Está en la segunda planta? –preguntó Milita comenzando a caminar.

–Sí. He visto que solo hay una con candado, es uno enorme. Dudo que lo podamos abrir –comentó Ana Elisa.

–¿Por qué la duda? –dijo Milita encaminándose hacia las escaleras con sigilo.

Las jovencitas caminaron o, más bien, flotaron por aquellos escalones de madera. Nada crujió, rechinó o chirrió mientras se desplazaron en busca de la habitación del candado. No hubo un solo ruido que las delatara o interfiriera con su objetivo, el destino hacía lo suyo. Al plantarse frente a la puerta, Milita suspiró. El candado era inofensivo; la cerradura, también. Lo que la preocupó fue el posible ruido que haría la cadena que ataba el candado. La puerta era doble con dos aldabas de bronce a las que le habían pasado dos vueltas de esa cadena de grandes eslabones.

–Esto lo abro yo en un santiamén. Lo que tengo que hacer es alinear los pernos del cilindro. Y ustedes, lo que tienen que hacer es coger la cadena para que no choque con la puerta, que no vaya a hacer ruido. Se ve que es pesada, agárrenla bien. Gloria, dame una de tus horquillas –exigió Milita mientras Ana Elisa miraba aterrada hacia todos lados.

No pasó un minuto para que los cuidadosos movimientos y manipulación que Milita hiciera abrieran el candado.

–¿Cómo sabes hacer eso? –preguntó Ana Elisa asustada pero impresionada.

–¿No has leído a Arthur Conan Doyle? –dio por respuesta Milita mientras desenganchaba el candado ante la cara de sosera de una avergonzada Ana Elisa. No admitió no conocer a quien, supuso, sería un escritor.

–Pero ¿cómo se te hizo tan fácil? –seguía Ana Elisa fascinada.

–Práctica y más práctica –dijo Milita refiriéndose a la infinidad de veces que practicaba con todas las cerraduras y candados de su casa sin que nadie lo cuestionara. Todos sabían que la astucia de la joven necesitaba manifestarse.

Gloria sujetó la cadena y, con delicadeza de joyero, la desenroscó de las aldabas, la dejó colgando de una y la adosó a la puerta con cuidado de ladrón. Entraron. Milita cerró la puerta.

–¿Y si alguien pasa y ve la cadena así? –seguía preguntando Ana Elisa.

Milita cerró los ojos y se quedó quieta.

–Cierren los ojos por cuatro segundos, así los podrán acostumbrar a la oscuridad y podrán ver mejor –les dijo la experta cerrajera a sus amigas.

–¿Eso también es del señor? –preguntó Ana Elisa.

–Tienes que leerlo. Te sorprenderá su personaje Sherlock Holmes –decía Milita abriendo los ojos–. Es un fenómeno, no falla.

La admiradora de míster Doyle caminó por la habitación con la cautela con la que míster Holmes examinaba las pistas de sus investigaciones. En la penumbra, se dejó guiar por la casi ninguna luz que entraba por las pequeñas rendijas de las ventanas. Con cuidadosa rapidez, sacó la tranca de la puerta doble de las ventanas y abrió las celosías.

Cuando la luz permitió la contemplación, vieron que era una habitación de niña: había una percha con vestidos juveniles llenos de cintas y lazos. Daba la impresión de haberse detenido en el tiempo. Estaba limpia y ordenada, pero el mobiliario y adornos mostraban un tiempo pasado, otra moda.

–¿Reconoces algo? –le preguntó Gloria a Ana Elisa.

–No, pero debe ser de mami. ¿De quién más podría ser? –dijo la jovencita apesadumbrada.

Mientras Gloria y Ana Elisa se dispusieron a mirar un juego de peines y espejos que había sobre el tocador, Milita se encaminó hacia un inmenso armario con puertas de espejo. Haló una de las perillas sin seguro y, al descubrir lo que aquello guardaba, solo pudo llevarse las manos a la boca para ahogar un grito de espanto.

Sentadas en las tablillas del mueble había, al menos, una docena de muñecas. Tenían vestiditos finísimos de seda, muaré, lino y encajes. Lo que las tornaba espantosas era que sus cabelleras estaban cortadas como se trasquila una oveja; lo que aterraba, que algunas estaban tuertas; otras, sin ojos. Una tenía una tijera enterrada y otra, un rosario colgando del cuello. Milita no pudo seguir viendo aquello, cerró la puerta con delicadeza para no llamar la atención.

–Vámonos, seguro que ya mismo preguntan por nosotras –alentó a las jovencitas que seguían curiosas abriendo gavetas del tocador; del armario, ni se enteraron.

Salieron sigilosamente y, con el mismo cuidado con el que abrieron, acomodaron la cadena y cerraron el candado: nadie podría sospechar del escalamiento. Las tres bajaron las escaleras en total silencio.

Milita no conversó con su acostumbrada soltura ni atrevimiento. No sabía qué decir. *¿Estas dos sabrán lo de Leticia?* Solo pensaba en lo que vio. *Esa mujer ha estado loca desde siempre.* Se preguntaba qué tendría Leticia para hacerles semejante daño a esas muñecas. Se le ocurrió pensar en por qué doña Fedora guardaba esos espantos. *¿Estará loca también?* Sus interrogantes se fueron acumulando mientras Ana Elisa y Gloria seguían preguntándose por qué doña Fedora tendría esa habitación clausurada.

–Pienso que debe ser porque no quiere que nadie la ensucie para cuando tía Leticia venga –comentó Gloria, sin imaginar el paradero de la hija de su tío Rogelio.

–Puede ser, pero no creo, mami casi no sale del hospital –dijo Ana Elisa ingenuamente. Gloria frunció el ceño.

–Ay, pues, qué sé yo. A los viejos les dan esas manías –soltó Milita riendo como para dejar el tema. No quería que Gloria se pusiera a interrogar a Ana Elisa–. ¿Vamos a buscar té? Me llega el olorcito –dijo para despistar.

La tarde de té transcurrió con buenas pláticas y concluyó con planes de seguir reuniéndose.

–Antes de irnos, doña Fedora, ¿puedo enseñarle a mami unas matas que me llamaron la atención en el patio –preguntó de repente Milita.

–Por supuesto, anda. Las acompañamos –dijo la señorona capitalina.

–Tía, ¿cómo pueden mantener esta casa tan bella? ¿Dónde compraron estos muebles? ¿Esos cuadros? –distrajo Gloria a su tía por órdenes que Milita le había dado mientras las mujeres hablaban.

Doña Fedora se entusiasmó con las preguntas mientras Milita arrastró a su madre por un brazo. Belén siguió a su hija a regañadientes por las escaleras. La astuta jovencita había dejado el candado a medio cerrar, no lo llevó hasta el seguro. Hizo todo con el

mismo sigilo, pero con más rapidez. No perdió tiempo, fue directo a abrir el armario.

–Mami, solo quiero que me digas qué piensas ante lo que vas a ver. Esta habitación era de Leticia.

La reacción de Belén fue la misma que la de su hija: sus manos ahogaron un grito de horror. La viuda fue más allá, las tocó. Metió sus dedos en las cuencas de los ojos que Leticia arrancó y se llevó las manos a la cara para palpar los suyos.

–Cierra, cierra. Vámonos de aquí –dijo Belén con un hilo de voz.

Salieron apresuradamente de la habitación. Milita repitió los pasos con la cadena y el candado. Con la prisa, se confundió con las vueltas de la cadena. *¿Serían dos o tres?* Le dio tres vueltas, y cerró el candado. En esta ocasión sí sintió el chasquido del seguro cayendo en su lugar. Bajaron las escaleras con silencioso apuro y retornaron a la sala donde doña Fedora iba contando la adquisición de una obra de paisaje bucólico que había adquirido en la campiña del sur de Francia.

–¿Qué mata fue la que te llamó la atención? –preguntó cordialmente doña Fedora.

–Imagínese, Milita no había visto un geranio antes. Es que en casa somos de rosas –mintió Belén esforzándose por reír.

Madre e hija salieron en silencio, así siguieron durante el trayecto a casa.

Si las ballenas azules tuvieran patas, esas serían las que irían galopando por la mente de Belén. Pero como esas lo que hacen es nadar sutilmente, los que hacían estragos en su cabeza eran los mismos elefantes que una vez sintió pisándole las sienes. Mientras caminaba con su hija de regreso a su casa, los paquidermos retumbaban no solo en su cabeza, sino en todo su ser; así siguieron durante el resto de la tarde, cena y luego, durante toda la noche. Infinidad de preguntas se le asomaron para tratar de entender la perturbadora estampa que vio. La simple y sencilla conclusión a la que llegó luego de imaginar las posibles causas que llevaron a Leticia a ese comportamiento barbárico, la serenó. *La locura de Leticia no es mi culpa.*

–¿Cómo diste con esa habitación? –le preguntó Belén a su hija luego de la cena.

–Gloria sabía que había una cerrada con candado. Como eso es raro, obvio, quisimos averiguar.

–Pero ¿cómo abrieron? ¿Tenían la llave? –preguntó Belén azorada.

El silencio de Milita preocupó a la madre. La cocinera, quien admiraba la astucia de la niña, salió al rescate de la espabilada Milita.

–A mí lo que siempre me estuvo raro fue que la Leticia se volviera loca de repente sin más ni más –dijo Candelaria para disipar el dilema que cargaba la ausencia de la llave–. Aunque sé que esas cosas pasan… Pero esa ha estado loca de toda la vida –seguía hablando, la llave no volvió a ser tema de cuestionamientos–. Ay, Virgen, menos mal que lo que esa loca trasquiló y puyó fueron esas muñecas, y no animalitos ni nenes. ¡Por Dios! –dijo la cocinera santiguándose y cuidándose de no mencionar frente a Milita los celos que por años sonaron como los causantes de la locura de Leticia.

Belén solo pensaba en si debía comentárselo a don Manuel. *¿Lo sabrá?* Se preguntaba si habría visto esa habitación. *No, no, no creo. Ese debe ser el secreto mejor guardado de doña Fedora*. Pensó en que él tenía que enterarse. Luego, decidió que no sería ella quien se lo diría. Sintió algo raro. *Eso sería dañar aún más la imagen de la pobre Leticia*. Se sintió como una invasora en la intimidad de la triste realidad de esa familia. Decidió encerrar la espantosa imagen en su corazón y guardarla con otro candado de siete llaves. *Hay verdades que es mejor callar*.

En el colegio, Milita tanteó sutilmente a su amiga Gloria. Comenzó con una plática casual.

–¿Te quedaste mucho rato más en casa de tu tía?

–No, no. Allí la única interesante es Carmencita. Es graciosa, pero creo que ya mismo eso se le acaba, tía Fedora casi no la deja hablar. Me fui justo detrás de ustedes, lo paso mejor en casa.

–Ah, bueno.

–¿Qué matas fuiste a ver? Mira, que yo no soy tía Fedora –soltó Gloria de repente.

–Te juro que nunca había visto geranios –contestó Milita pensando que con eso atajaría el tema.

–Sí, sí, son lindos –comentó Gloria segura de que el juramento cargaba algo oculto–. ¿Sabes algo que yo no sepa? ¿Me vas a contar? ¿Qué es eso de que Leticia está en un hospital? Nunca había escuchado eso.

–Yo, menos. No sé, casi no compartimos con ellos. Sí, es raro que no lo hayas escuchado. ¿Tu mamá no te ha contado? ¿No son primas?

–Sí, pero ella es mucho mayor, ni la conozco. Debe ser algo vergonzoso para que lo tengan tan callado.

–¿Será? Pues, no sé, puede ser –dijo Milita dejando la duda flotando para acentuar que ella desconocía todo detalle al respecto.

A doña Fedora le estuvo rara una visita no avisada de Gloria. La muchachita llegó una tarde luego de salir del colegio. La señorona capitalina estaba segura de que su sobrina no congeniaba ni con su nieta Ana Elisa ni con Carmencita. Le intrigó esa visita tan rara: se plantó como centinela al lado de las tres y no se apartó.

Al día siguiente de la visita de Gloria, Ana Elisa notó que la puerta clausurada tenía otra cadena y otro candado más: las dos les daban dos vueltas a las aldabas. De esa nueva previsión no se enteraron Milita ni Gloria pues doña Fedora se encargó de empaquetar a su nieta y a la prima de su yerno; las encarriló de vuelta al pueblo sureño.

A Belén le sorprendió la inesperada salida de Carmen Elena y Ana Elisa; consideró repentino ese regreso al pueblo. Se percató cuando, en el teatro, las echó de menos. Doña Fedora andaba acompañada solo por su marido.

–Quisieron regresar. Sintieron remordimiento porque Manuel está solo por allá con los nenes –comentó doña Fedora al «pensé que me las encontraría aquí» de Belén.

Los días pasaban y Candelaria, Milita y Belén seguían con el tema de las muñecas mutiladas. Dieron por seguro que doña Fedora

ocultaba y protegía ese gran secreto con uñas y dientes.

–¿No sería más fácil botar todos esos monstruos y cambiar ese cuarto? Para mí que, si la hija está loca, esa doña está más loca que la hija. ¡Qué gente rara! –expresó Milita.

–Solo Dios sabe por qué no se deshace de todos esos recuerdos –dijo Belén sin corregir a su hija por las expresiones que antes la incomodaban tanto.

Luego de diagnosticada la locura de Leticia, según fueron pasando los años, la desquiciada mujer solo salía del asilo acompañada por una enfermera, esa era una condición no negociable del médico. Del asilo iba directo a su hogar capitalino; en ocasiones, doña Fedora la llevaba hasta el pueblerino. Lo que no se comentaba, y ni siquiera se hablaba dentro de las paredes de la casa Silva Colón, era lo que se vivía durante las esporádicas visitas de Leticia.

La habitación clausurada con cadena y candado se limpiaba, aireaba y perfumaba en los días previos a la llegada de Leticia. Doña Fedora supervisaba la limpieza y preparativos del dormitorio. El personal de servicio no hablaba, ni entre ellas mismas, sobre la condición de Leticia: doña Fedora lo tenía estrictamente prohibido. La única externa que presenciaba las estadías de la melancólica era la enfermera, a quien la señorona capitalina le daba una bonificación junto con una férrea mirada que decía: «De esto, ni una palabra». El señor Silva se desvinculó del asunto: no le veía remedio.

Doña Fedora trataba de ver lo que se vivía allí como algo normal. Veía rayos de esperanza cuando, en contadísimas ocasiones de lo que parecía lucidez, su hija hablaba de arte o mencionaba a don Manuel mientras desayunaban, almorzaban o cenaban en aparente tranquilidad hogareña. El resto del tiempo, madre e hija, sentadas por largos ratos frente al tocador de la habitación clausurada, peinaban cabelleras. La estampa que reflejaba el espejo era lastimosa: la madre le cepillaba el cabello a la hija mientras Leticia les hacía lo mismo a los mechones que le quedaban a una de sus muñecas mutiladas.

*E*l 1912 seguía su curso. La vida de Belén Fernández parecía seguir sin novedades. El ambiente capitalino estaba tranquilo, pero su cabeza era una maraña de situaciones que estaban fuera de su control. Quería correr a su pueblo, pero le tocaba serenarse y, por el momento, disimular. No quería que nadie se diera cuenta de lo que quería vivir: estar al lado de don Manuel sin apartarse jamás. Debía esperar a tener la excusa de la Navidad para volver a su pueblo. Entonces, para que los días pasaran sin darse cuenta, se dedicó a leer cuanto libro caía en sus manos. Con el tiempo, se recuperó del susto que le generó recibir *Thérèse Raquin*. Se envalentonó, agarró el libro con toda esa trama acusadora, según la había interpretado, y lo devoró en menos de una semana. «Nada de comentarle sobre Émile Zola a Lorenzo», pensó la viuda.

–¡Qué manera de escribir tenía este hombre! Era excepcional. De verdad que revolucionó la literatura. Voy a la librería. Quiero buscar *Nana* y ver qué más tienen de él. Es una pena que haya muerto. Fíjate, dicen que lo mataron, pero como que es medio chisme. Todo quedó en sospechas –le decía Belén a Candelaria, quien ni le prestaba atención.

–¿Que mataron a quién? –preguntó la cocinera preparando un caldero de carne de cerdo.

–Nada, Candelaria, que voy a salir –contestó la viuda.

Los días tranquilos de Belén contrastaban con los de sus hijos. Milita andaba tratando de levantar una ola de protesta en el internado. No fue difícil darse cuenta de que las monjitas que cargaban la sombrilla de la reverenda madre, cocinaban o limpiaban llegaban al convento desde sus cunas humildes; las que daban clase o alcanzaban el cargo de priora, no.

–Tan lista que es la hermana Gracia, y la tienen metida en la lavandería. Lo único que hace es lavar ropa. Y que mucho me jode que la madre Nadine, tan boba, esté dando clase. Me molesta tanto… Claro, como la Nadine es rica… Coño, cómo me jode –le contaba Milita a Candelaria

–Niña, que su madre no la oiga hablar así –decía la cocinera mirando a los lados. Sabía que, a la niña, de tanto escucharla, se le

había instalado su pedestre léxico más que el bienhablado de la madre.

–¡Es que me jode!

–Bueno, a lo mejor esa es su vocación –decía Candelaria como para calmar a la muchachita. Aguantaba las ganas de reír.

–Al cuerno la vocación. ¿Cómo me vas a decir que alguien se mete a monja para estar encerrada lavando ropa y sábanas? –seguía alebrestada Milita.

–Estoy segura de que reza mientras lava –decía por decir la cocinera sevillana. Por dentro aplaudía los argumentos de Milita, pero no quería avivarlos para que no se metiera en problemas en el internado–. Cálmese, mi niña, a fin de cuentas, todas están ahí porque quieren.

–¿Porque quieren? –preguntó la joven más para sí misma que para Candelaria. Se quedó pensativa.

Otra semana estuvo Milita encerrada en el mismo cuartito protegido por la misma cruz sin Cristo, la estampa del Sagrado Corazón de Jesús y el óleo de *Mater Admirabilis* cuando la reverenda madre Aurora se enteró de que la niña rara andaba entrevistando a todas las monjas preguntándoles si estaban en el convento por voluntad propia. Milita, con su mente prodigiosa, transcribió todas las contestaciones utilizando los puntos y rayas que bien dominaba. Sabía que de esa manera nadie de allí podría descifrar las contestaciones de las religiosas de la orden del Sagrado Corazón cuando le abrieron sus corazones que, en más de una, no eran tan sagrados. Guardó los papeles entre las páginas de sus libretas que nadie miraba. *Si las encuentran, tendrán que pagar para que se las traduzcan, y eso no va a pasar*. La ola de protesta se quedó en marullo. Milita tuvo que aprender a manejar la lástima que le carcomía su interior. A su corta edad se dio cuenta de que no podía hacer mucho por ellas.

Por aquellos mismos tiempos, Antonio había analizado los consejos de don Lorenzo sobre el billar y las apuestas. Como las palabras de un desconocido, muchas veces, surten más efecto que las de los padres, las del rico soltero treintón no dejaban de resonar en la cabeza del muchacho.

La falta de lluvia en la costa tostada del sur hacía que vivir de la agricultura fuera un tanto preocupante. Belén llevaba años sabiendo y viviendo esa preocupación por lo que sus finanzas siempre estaban muy bien cuidadas. Vivían holgadamente, pero no con los lujos que, en ocasiones, terminan en derroche. La mesada de Antonio era ínfima. Su madre le repetía: «Tienes todo en casa, no necesitas más».

El muchacho se había cansado del estribillo. La vida capitalina, con su paso acelerado y lujos, se le había instalado en su ser. Impulsado por la moda, los viajes y la buena vida que se permitían sus compañeros, además de su deseo de salir del cascarón, Antonio José dejó correr su mente. Y, como la necesidad lleva a la invención, maquinó un plan.

Buscó entre sus compañeros del colegio al que más calle tenía, el que apostaba de todo tan pronto se le presentaba una oportunidad: su amigo Julián. Decidió probar suerte. Al muchacho serenito y llevadero, como muchos lo describían, le sobraba astucia; al amigo del colegio, dinero y pelos en la barba.

–Tú te vas a vestir bien elegante. Yo, bastante desaliñado –le decía Antonio José a Julián.

–Ajá, ¿y como para qué? –preguntaba el barbudo sin entender.

–Tú vas a estar en un cafetín de los que tienen mesa de carambola, estarás apostando antes de que yo llegue. Yo entro y me pongo a jugar. Me ves en el primer juego, en ese no apuestas a mí. Voy a hacer una que otra carambola limpia para que puedas explicar por qué decidiste apostar a mí de ahí en adelante. En el primer juego apostando a mí, en el que perderé, voy a hacer una o dos buenas jugadas, pero vuelvo a hacer muchas flojas para que sigan apostando a los otros. En el segundo juego apostando a mí, que también voy a perder, echas poco para que no se pierda mucho, porque, igual, me voy a dejar ganar adrede. Para el tercero, lo echas todo a mí; entonces, vamos a barrer. ¿Entendiste? –dijo Antonio con la confianza de quien sabe que es bueno en lo que hace.

–Lo resumo. Vas a jugar cuatro juegos. El primero será como de práctica, en ese no voy a apostar a ti; en los otros tres, sí. Echo poco en los dos primeros, pero en el tercero, me luzco apostando ¿Cuándo empezamos? –dio por respuesta Julián.

Las dos jóvenes mentes se sentaron a maquinar. Minuciosamente, planificaron en qué días y lugares llevarían a cabo su magistral idea. Identificaron tres cafetines con mesas sin troneras ni buchacas. Seleccionaron lugares en los que Julián ya hubiese apostado y a los que Antonio hubiese entrado antes. Consideraban que era importante que sus rostros no fueran nuevos; asimismo, que no hubiesen ido juntos a ninguno de ellos. Antonio, hasta ese momento nunca había jugado en ningún lugar que no fuera su casa o la de *monsieur* Castaings. Con compromiso de camaradas, acordaron dividirse las ganancias a partes iguales.

Una tarde de ese fresco final de octubre de 1912, un joven y elegante joven barbudo apuraba un vaso de cerveza en la barra de un cafetín que hacía esquina. Se jugaba billar de tres bandas; corrían las apuestas. El joven elegante apostaba al que consideraba el mejor, iba engordando sus bolsillos. Entonces, hizo su entrada un muchachito desaliñado y, con timidez, se recostó de una columna para observar los juegos mientras esperaba un turno para jugar. En el lugar no había muchos billaristas, de modo que su turno llegó sin mucha espera. Hizo una o dos buenas tiradas; tres o cuatro, fatulas.

Entre risas, se hicieron las apuestas cuando el muchachito desaliñado aceptó el reto. Rieron con el resultado: la esperada derrota del desaliñado. El plan de Antonio José seguía el curso trazado. Lo animaron para un segundo juego porque se oyó un «el muchacho tiene algo, que vuelva a jugar».

Solo hubo un valiente, un joven elegante y barbudo que, a preguntas de algunos sorprendidos, apostó al recién llegado. En ese segundo juego del joven desaliñado, el muchacho perdió al igual que el joven apostador barbudo.

–No sé. Tiene un buen *banqueao* –comentaba el joven barbudo como respuesta al «¿qué le ves?, su tino no es constante» de uno de los presentes.

Se presentó otro contrincante para el joven tímido y desaseado. Las apuestas corrieron. Con ese ambiente creado por la planificación y bien guiado por la estrategia, los montos de las apuestas subieron. Con el segundo contrincante, el joven mal vestido volvió a perder luego de una que otra buena jugada, según comentaban algunos.

Un hombre que observaba callado notó ciertas usanzas del muchacho desaliñado que no eran de principiante: llevaba dos tacos a los que les intercambiaba las culatas y se ponía talco en las manos, detalle que hace que el taco patine mejor. El hombre callado fue el tercer contrincante que incitó a un inexplicablemente perseverante muchacho desaliñado.

–Oye, ¿vas a seguir tentando a la suerte? –le comentó un hombre al joven barbudo, quien volvió a apostar al muchacho desaseado.

–De cualquier malla sale un ratón –sonrió el joven elegante de frondosa barba.

El muchacho desaliñado pudo notar un contrincante fuerte en el hombre que tenía de frente, le recordó a *monsieur* Castaings. Se serenó. Sabía que todo el que estaba allí lo subestimaba incluyendo al fuerte contrincante; aguantaba los deseos de reír. Con sumo cuidado, entizó su taco y diseñó su juego. Dos carambolas corridas, varias jugadas torpes, otras fallidas, *para que el hombre entre en confianza*; luego, perfección continua.

Las buenas jugadas que el muchacho desaseado mostró al principio generaron miradas recelosas que rápido se disiparon con la torpeza de las próximas. Luego de cinco carambolas del contrincante, de golpe, el muchachito desaliñado, iluminado por no se sabe qué, según comentaban los presentes, cambió la culata del taco, se echó talco en las manos nuevamente y barrió el suelo con el orgullo del fuerte contrincante. El muchacho solo hizo carambolas perfectas, todas a tres bandas, haciéndole honor al nombre del billar francés. Fueron tantas las carambolas corridas que hizo que, hasta los que apostaron en su contra, lo admiraron. Sin mucho esfuerzo, llegó a las cuarenta carambolas pactadas para ese juego. Ante los rostros asombrados de todos, el muchacho se sacudió las manos sin mirar a nadie, tímidamente se arrimó a la barra y pidió un vaso de agua.

El joven barbudo se le acercó para saludarlo; el muchacho desaliñado, extendió la mano para corresponder el gesto. Callado, salió del lugar con los tacos apoyados en un hombro. Varios fueron los que se asomaron para ver hacia dónde se encaminaba. Él se perdió por las calles adoquinadas.

Al día siguiente en el colegio, Antonio y Julián reían hasta las lágrimas recordando todo lo vivido en el primer cafetín de su plan.

La tarde anterior, Julián se había quedado no solo por disimular, sino para oír los comentarios. «Yo lo he visto por aquí antes, pero no tan andrajoso. No sé, a lo mejor lo estoy confundiendo», decía uno. Otro comentaba: «No, no, es él. Yo también lo he visto, pero callado mirando nada más. Y es verdad, no tan zarrapastroso». Un hombre mayor rememoró y dijo: «Esto me acordó a un juego que vi hace muchos años entre un novato y un experto francés. Ese muchachito tiene el juego natural que tenía aquel novato». El único comentario que le preocupó al muchacho barbudo fue el del último contrincante: «Ese no es novato. Es medio machichero», refiriéndose a varios tiros fatulos que no lo convencieron pues parecían calculados.

–Hay que ir al próximo cafetín hoy mismo, antes de que se riegue la voz. Esta vez no voy a llevar nada, ni tacos, ni talco –dijo Antonio pensando en que así no levantaría sospechas, ni afuera ni en su casa, pero, igual tenía que ser cuidadoso para que en casa nadie notara la indumentaria.

La tarde en el segundo cafetín, en otro extremo de la ciudad amurallada, transcurrió de igual modo que la primera, solo hubo un detalle diferente justo al final.

Brillaron las carambolas a tres bandas que levantaban vítores para el muchacho desaliñado. Igual que el día anterior, hasta los que perdieron admiraron la delirante habilidad del muchacho. Al terminar el tercer juego, cuando el joven desaseado salía del local, un humilde jardinero estaba apostado a las afueras del cafetín.

–Cuando su madre se entere… –solo dijo Marcial para desdibujarle la sonrisa a Antonio.

–Tú no le dirías, ¿o sí? –comentó azorado el muchacho.

–Hace años que no le oculto a su madre ni los sinsabores. Arranque en seguida para la casa.

–¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo te enteraste? –preguntaba mientras caminaban.

–Un muchacho experto en carambola no podía ser otro que usted. Lo que no me cuadraba era lo de la ropa y la peste –dijo

Marcial haciendo alusión a lo que escuchó esa mañana–. Tardé un poco en dar con el cafetín. Menos mal que no son muchos los que tienen esas mesas.

–Por favor, no le digas.

El camino de regreso a casa no le dio tiempo a Antonio para convencer a Marcial de que no le comentara nada a su madre. El hombre, con cuidado de abuelo, le allanó el camino a Antonio, pero no le mintió a Belén.

–Usted sabe cómo son los muchachos –había empezado Marcial la difícil tarea de contarle lo ocurrido a Belén.

–No, no sé. Conozco a los míos, pero no sé de los otros. ¿Qué pasó?

–Bueno, a veces uno no se da cuenta de cómo son afuera, cuando no están con uno –decía el jardinero comenzando a arrepentirse de haber empezado la conversación.

–Cuenta, ¿qué viste? ¿Antonio?

–Lo vi con malas juntillas en un cafetín donde se hacen apuestas –fue lo único que dijo, decidió obviar lo de la estafa del teatro billarista.

La estratagema de los jóvenes camaradas duró solo dos días, Antonio siguió jugando solo en su casa a pesar de las insistencias de Julián. Luego de la breve conversación con Marcial, la viuda comentó mientras cenaban: «Estoy mirando un internado de jesuitas en La Habana».

Comenzando noviembre, una noticia que se veía venir llegó: el Partido Republicano ganó la presidencia estadounidense. El primer martes de noviembre de 1912, se efectuaron las elecciones presidenciales en la nación. A muchos en la Isla les preocuparon los resultados. El gobernador Colton tenía los meses contados en La Fortaleza. Fue nombrado por un presidente demócrata: su mandato llegaba a su fin tan pronto concluyeran los cuatro años por los cuales había sido nombrado. No fue sorpresa para nadie que ese resultado no desviara al mandatario de sus planes, sobre todo, el de dejar el proyecto del riego terminado. No obstante, varios contratiempos que no se podrían constatar retrasarían la finalización. George Radcliffe

Colton no estaría en la Isla para presenciar su esperada inauguración.

Se siguió viviendo en la ciudad con grandes murallas y la temporada navideña hizo su alegre incursión en las vidas de los insulares, peninsulares y continentales también: la algarabía de ese pueblo caribeño era contagiosa. Con los aires alegres de Navidad refrescándolos, una vez más, la viuda y los integrantes de su familia salieron de la casa capitalina con destino a su hogar en el pueblito del litoral sur.

Tan pronto Guelo estacionó el Pope-Hartford frente a la casa, la primera que se apeó fue Belén. No disimulaba su entusiasmo. Hay cierto mecanismo interno que se activa con las emociones que genera el enamoramiento. Haber aceptado ese estado hacía que su ánimo estuviese en la cúspide de todo lo bello. La alegría que sentía la joven viuda bien podría andar a la par con la felicidad.

La llegada al pueblo aceleró las palpitaciones del corazón de Belén; el mecanismo retumbaba en su pecho. Tenía la excusa perfecta para un encuentro con don Manuel: «Las eché de menos en la zarzuela», pero pensó que debía disimular. Se quedó tranquila en casa, no salió ese día. Lo que sí hizo fue enviar a Marcial a tantear cómo estaba el pueblo.

–Pues, hay mucha gente fuera de aquí. La nena no podrá ver a sus padrinos, los Girona se embarcaron para Colombia. Don Luis y que va a montar un ingenio por allá, es fajón. Ese hombre se va a forrar de chavos –decía el jardinero repitiendo una que otra sílaba.

–Sí, me lo dijeron –comentó serenamente Belén.

–Los Calimano también se embarcaron, pero esos, y que andan por Europa. Ahí sí hay chavos –decía Marcial riendo–. Lo demás como que sigue igual. Los mismos timbiriches abiertos. Lenini, mochando pelos y Nico, en su cafetería.

Belén no pudo quedarse con lo que consideró una muestra de noticias; el titular que esperaba parecía haberse quedado en el tintero.

–¿Y Carmen Elena? ¿Sabes si sigue aquí?

–Ah, sí, sí. Los Cuevas andan por ahí. Vi a los varoncitos en la plaza. Esos nenes se codean con todo el mundo. Allí los vi tirando trompos con los muchachitos de orilla. Andaban solos. Me imagino que don Manuel les echa un ojo desde la oficina. Gente buena, esa –dijo Marcial sin fijarse en la sonrisa de Belén que poco pudo disimular.

El mero hecho de estar segura de que don Manuel estaba en el pueblo, la tranquilizó. Esa seguridad le suavizó los ímpetus de querer correr a buscarlo. *Nada, sé que lo voy a ver*. Pensó que, como en tantas otras ocasiones, encontrárselo sin haberlo planificado era sencillamente delicioso.

En aquel pueblo pequeño, la brisa caribeña se encargaba de esparcir las voces, las que decían «Belén está en el pueblo» llegaron hasta don Manuel el mismísimo día de la llegada de la viuda. Al licenciado también se le aceleró el mecanismo activado por el enamoramiento.

–¡Belén llegó! Me encontré con la cocinera de su casa. Andaba buscándole pastelillos en la cafetería –comentó Carmen Elena durante la cena–. ¿Por qué no los invitamos para Nochebuena?

–Ella es de ir a la Misa de Gallo –dio por contestación don Manuel usando un tono casual.

–Ah, pues la veré allí –dijo Carmen Elena sin mencionar cómo se delataba su primo. *Pero, bueno, mírenlo qué al tanto está.*

Pasaron varios días antes del encuentro con don Manuel. Belén los aprovechó para ir a la Puerto, hacer varias compras y dedicarse a compartir con sus hijos sin que escuelas, monjas, cafetines o estudios mediaran entre ellos.

–La Puerto está tan linda. La zafra va a estar buena –les comentaba la viuda a sus hijos.

–Quiero una máquina de escribir ¿Me la comprarías? –preguntó Milita.

–Vamos a esperar. Creo que son caras, sobre todo, esas modernas que son eléctricas. Hay que contar con lo que se tiene, no con lo que está por venir –expresó la viuda usando las palabras que

tanto escuchó de su papá. Era el estribillo de todo el que vivía de la agricultura.

–Una de esas es la que quiero, la Blick –dijo la joven mientras su madre sonreía y se dirigía a Antonio.

–Antonio, sé que lo que quieres es irte a Nueva York. Espero en Dios que puedas –dijo Belén tomándole una mano a su hijo; el muchacho sonrió–. Mañana es Nochebuena, no me hagan estar detrás de ustedes, se me preparan temprano.

La noche del 24 de diciembre, Belén caminó como hacía siempre que iba a misa, sola. Los hijos no respetaban la puntualidad como lo hacía la madre, era la norma que llegaran después que ella. Sus empleados se quedaron en casa, ninguno era tan devoto como su patrona, esas trasnochadas hasta las tantas los descompensaban, según palabras de Marcial.

Belén encontraba que la Misa de Gallo en su pueblo era más linda que la de la catedral capitalina. Igual que hacía cada vez que iba a esa solemne misa, llegó temprano, se acomodó en uno de los bancos cercanos al altar, e, igual que le sucedía siempre en esa misa que anuncia el nacimiento del Niñito Jesús, las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas. En esta ocasión, tenía su pañuelito entre las manos.

Lo que deseaba que ocurriera, ocurrió. Un hombre se arrodilló a su lado, pero esta vez no se quedó en silencio.

–¿Cuándo nos vemos? –susurró don Manuel.

Belén no contestó, solo se sentó; él hizo lo mismo. Durante todos los rituales que acompañan la misa, solo hubo contacto durante un descuido de la viuda, quien sin querer, dejó caer su pañuelito; sus ojos se encontraron cuando ambos trataron de recogerlo. No supieron si alguien notó todo lo que decían esas miradas. Belén, con la perspicacia desarrollada en la capital, disimuló y, en dos segundos, tornó su vista hacia el altar.

El pacífico momento se alteró de golpe. Un grito de «fuego» los confundió a todos. Como era la orden en ese solemne acto, el humo del incienso los rodeaba de modo que tardaron unos segundos en reaccionar. El corre y corre que se formó le dificultó el paso a Marcial, a quien, ante el horror que sentía, la palabra fuego le salía

de un tirón. El jardinero se abrió paso hasta llegar a Belén, quien se había quedado paralizada junto a don Manuel.

–Nena, se nos quema –gritó Marcial por encima de las voces de los devotos que se persignaban–. Guelo fue a avisarle a los bomberos.

Don Manuel haló a Belén y, junto a Marcial, corrieron como pudieron a través del histérico gentío.

–¿Dónde están Antonio y Milita? –preguntaba angustiada Belén.

–Los vi cuando entré, deben de estar entre el tumulto –decía don Manuel mientras salían de la iglesia–. Allí los veo, están saliendo.

Desde el atrio, la viuda pudo ver el fuego y oler el humo; también, notó a los bomberos.

–Pero ¿qué pasó? ¿Cómo fue que empezó? –le preguntaba Belén a Marcial mientras corrían.

–Ni sé, ya estaba acostado.

–¿Y Candelaria, Teresa y Adela? –preguntaba la viuda aturdida.

Milita y Antonio corrieron adonde estaba su madre. Un tumulto se acomodó para presenciar cómo los valerosos hombres ahogaban como podían aquel inexplicable siniestro que, por lo que se veía, había comenzado por la parte trasera de la casa.

–Ay, Marcial, ¡los perros!

–No se apure, los saqué, deben de andar por ahí –dijo el jardinero, quien aún seguía sofocado–. Con los que no pude hacer nada fue con los canarios.

–No, bendito, pobrecitos… Y los únicos recuerdos que tengo de mis padres y Antonio… –decía medio atolondrada Belén pensando en el bargueño de su madre y en el retrato donde aparecían ella y su hermano Antonio ataviados de carnaval.

–¿Dónde los guarda? –preguntó don Manuel.

–En mi habitación. No se apure, a lo mejor el fuego no llega ahí –expresó Belén esperanzada.

–Marcial –gritó don Manuel, y salió corriendo seguido por el jardinero.

Los hombres se pararon frente a la estructura. Varios bomberos los detuvieron, pero don Manuel hizo caso omiso a las advertencias, siguió avanzando.

–No tienes que entrar –le dijo el licenciado al jardinero al ver el humo.

–Usted no sabe lo que tiene que buscar; además, no va a poder solo. Ese *contrallao* mueble pesa –dijo Marcial siguiendo al licenciado.

–Guelo, ven –le gritó don Manuel al chofer cuando lo vio parado frente a la casa.

Todos los que observaban la escena se quedaron expectantes. A Belén, abrazada por sus hijos, lo único que se le ocurrió fue ponerse a rezar. Carmen Elena llegó al lugar con la prole de don Manuel y el doctor Andrés.

–¿Dónde está papá? –preguntó Ana Elisa.

–Fue a ayudar a los bomberos –mintió Belén–. ¿Dónde están Candelaria, Adela y Teresa? ¿Y Guelo?

La conmoción causada por lo que tenían de frente hacía que la viuda no pensara con claridad: las mujeres estaban a su lado.

–Aquí estamos. Ya verá cómo los bomberos lo acaban ya mismo. Mire qué muchos hay –decía Candelaria como para echar un poquito de esperanza.

–¿Dónde está Guelo?, no le di las gracias –dijo Belén.

–No se distingue nadie. No veo a Manolo –comentó Carmen Elena.

Ana Elisa empezó a llorar, la siguieron sus hermanos.

–Voy a acercarme –dijo el doctor Campos Pérez.

–No, no, quédate aquí, por favor –pidió Belén–. Te necesitamos bien por si hay que ayudar a alguien.

Pasarían unos larguísimos minutos para que, por entre el humo, se presentaran tres figuras cargando un mueble. Los hombres habían

mojado sus camisas y se las habían echado por encima para repeler un poco el fuego, todo por si este los llegaba alcanzar.

–No se preocupe, doña Belén. Parece que el fuego se quedó atrás, no va a llegar a la casa. Ya lo están conteniendo –dijo don Manuel mientras soltaban el bargueño de doña Amalia.

–No pude desenganchar el cuadro –expresó Marcial con pesar.

–No te preocupes –dijo Belén abrazando al jardinero–. ¿Están bien? –murmuró mirando a don Manuel.

Solo había silencio.

Pasados unos minutos, un bombero se acercó preguntando por Belén.

–Doña Belén, ya lo apagamos. La rápida acción de Guelo para avisarnos ayudó. Los muchachos no dejaron que se esparciera. Los cuartos que están en el patio, esos fueron los afectados, solo uno se perdió casi por completo: el último de atrás. Por lo que vi, los otros están bien.

–Gracias –susurró Belén.

–El lugar es seguro, pueden entrar, pero no a lo de atrás. Hay que esperar a la amanezca para ver mejor. Regresamos mañana. Lo siento mucho, doña Belén. Mañana revisamos bien para ver si podemos saber qué pasó.

–Sí, sí, gracias –solo decía la viuda.

El gentío se fue dispersando. Belén comenzó a caminar hacia la casa. Estaba tan aturdida que olvidó agradecerle a don Manuel. Dio media vuelta, vio que su familia la seguía. La conmovió ver a don Manuel cargando el bargueño ayudado por sus dos pares de guares. La viuda se detuvo y, sin pensarlo, fue hacia el licenciado.

–Don Manuel, no debió… –Belén no pudo seguir hablando: se rompió en un silencioso llanto.

El licenciado soltó el mueble y la abrazó. A ninguno de los que los acompañaban les estuvo raro el gesto del licenciado. Confortar a esa familia era lo que tocaba. Guelo siguió con la tarea de cargar el mueble ayudado por los muchachitos y Antonio José. Andrés, el resto de las mujeres y las jóvenes siguieron a Belén y al licenciado.

Ana Elisa se acercó a su padre y, entre lágrimas por la impresión, lo abrazó.

La casa olía a humo. Los empleados, diligentemente, abrieron todas las ventanas para tratar de disipar el olor que se instaló en todo. Pasarían semanas antes de que decidiera desinstalarse. Encendieron quinqués. Por recomendaciones de los bomberos, no utilizaron el alumbrado eléctrico. Todos estaban callados.

El aturdimiento los mantenía de pie sin moverse. Belén reaccionó, dejó de llorar y salió del marasmo. Cruzó la casa. Se quedó en la oscuridad de la galería tratando de ver los daños. Marcial se acercó con un quinqué.

–Quédese aquí, nena, yo voy a ver.

Candelaria y Guelo llegaron con otra lámpara. Con la galería iluminada, Belén destapó una jaula; un canario estaba inmóvil en el piso. Destapó una segunda, la escena fue igual. No continuó.

–Se ahogaron con el humo, las mantas no ayudaron. Fue peor, el humo se quedó atrapado –dijo la viuda reanudando el llanto.

Don Manuel se apareció en la galería. Se acercó a las dos mujeres. Se quedaron en silencio un rato.

–Don Manuel, usted puso las manos en el fuego por mi niña... Perdóneme –dijo Candelaria echándose a llorar.

La cocinera recordaba cómo, hacía años, tuvo una conversación con Belén en la que había dudado del carácter del licenciado. Con vergüenza. rememoró la escena. Repasó las palabras que le dijo a Belén cuando consideraba a don Manuel como un simple floretero.

–No hay nada que perdonar. Venga, guarde esas lágrimas –dijo un consolador don Manuel sin imaginar el motivo de la súplica de Candelaria.

–Mañana veremos mejor. Adela va a tener que quedarse contigo en lo que le hacemos otro cuarto –decía Marcial mirando a Candelaria, mientras Guelo retorcía los labios; no podría hacer sus visitas nocturnas mientras la nana sordomuda estuviese instalada allí. «No oye, pero ve», pensó el chofer.

–Sí, sí –decía la cocinera enjugándose las lágrimas.

–Ay, Virgen, menos mal que el alcalde consiguió ese camión con la bomba porque quién sabe qué más hubiese pasado aquí. En otros tiempos, esto hubiese sido un desastre –expresó Marcial tartamudeando.

–Gracias a Dios, sí. Menos mal que esto ha sido solo un gran susto –dijo Belén reganando la calma–. Marcial, bendito... los canarios –comentó con pesar.

El susto no los había abandonado cuando unos bocinazos que se escuchaban desde la calle los alborotaron nuevamente. Por entre el ruido del motor de un camión que iba acercándose se distinguía un «doña Belén». Todos corrieron al balcón para darse cuenta de que el camión era el de la Puerto; quien gritaba, el capataz Juan. El hombre se apeó del vehículo de un brinco.

–Estamos bien, Juan. ¿Cómo te enteraste tan rápido? –dijo Belén medio confundida.

–Doña Belén, ¡la Puerto, la Puerto arde! –decía el capataz con el rostro desencajado por el pánico llevándose las manos a la cabeza y dando patadas en el piso.

Belén se tambaleó. El pavor que la invadió fue sobrenatural. Ni siquiera las muertes de sus seres queridos generaron eso que sintió en ese momento. Esto era distinto. Su cuerpo comenzó a temblar. Sintió que, aunque quería hablar, no podía. La sensación de que miles de alfileres hincaban todo su ser la estremeció. Solo pensaba que dos fuegos en sus propiedades no podían ser casualidad. Su mente pensó lo que don Manuel verbalizó.

–Aquí hay mano criminal –le murmuró el licenciado a Belén, quien solo lo miraba aterrada–. Carmen Elena, vayan a casa. Llévate a los nenes –ordenó el licenciado–. Andrés, ¿sería tan amable de acompañarlos? –le pidió al médico.

Carmen Elena, custodiada por Andrés, se apuró muy diligente a sacar a sus sobrinos de todo aquel ambiente. Los empleados de Belén se miraban sin saber qué hacer. Ante el cuadro de total desolación y mudez, Antonio tomó la palabra.

–Teresa, búscale agua a Juan. Está que no puede ni hablar –pidió Antonio–. Entremos.

Todos entraron a la sala. Belén se desplomó en el sofá. Sus hijos se sentaron a su lado, el resto se quedó de pie. Juan solo miraba el suelo.

–Cuenta, Juan –dijo Belén mientras acodaba sus brazos sobre sus muslos y con las manos, aguantaba el peso de su cabeza; cerró los ojos.

Con un pasmoso temple, Juan empezó a hablar.

Los alfileres hincaban cada vez más profundo a Belén. Bien sabía lo que significaba una cosecha quemada a destiempo, eso lo temía todo cañero. Solo le venían a la mente las cuentas por pagar, la educación de sus hijos, el sustento de todos. La viuda sabía lo que significaba un fuego en un cañaveral en esa época. La central azucarera estaba cerrada. Faltaban semanas para que comenzara la zafra. La central no abría antes de tiempo nunca y, aunque se hiciera el trámite de pedir un favor, en lo que todo se organizaba, pasarían más de tres días: las cañas quemadas se fermentarían en el suelo. No había remedio, tocaba aceptar la pérdida total de una cosecha. Trataba de digerir tanto infortunio junto.

Juan Linares narró lo que vivió. Contó que, a eso de la medianoche, se despertó. Pregonero relinchaba y pateaba las tablas de su jaula. Ese animal vivía en un pequeño establo contiguo a la casa del capataz. Belén así lo había ordenado porque no quería que algún cuatrero, de los que ya se habían llevado varios de sus potros, se robara a su apreciado animal. El caballo vio antes que nadie lo que Juan alcanzó a ver luego. Belén recordó por un breve instante cómo ese animal le había tocado en aquella carrera. *Ya estoy segura de que fue mamá quien me lo envió.*

–Sí, sí. Si no es porque Pregonero me despierta a patada limpia, a lo mejor no hubiese visto lo que pasó. Cuando salí, ahí fue que vi al *contrallao* gato metiéndose en una de las piezas –dijo Juan impresionado.

–Uy, ¿de los negros? –preguntaba Candelaria impresionada pensando en la suerte.

–No, este era de los que llevan fuego –dijo Juan agitado.

–Pero ¿y los perros? ¿No ladraron? Tanto que fastidiaban aquí detrás de los gatos. No puedo creerlo –decía Belén sin salir de su

asombro.

La viuda pensaba y pensaba. Sabía de esas prácticas, lo había escuchado, pero jamás pensó que le tocaría vivirlo. Sus relaciones con los vecinos, los otros cañeros y los vendedores eran de mutuo respeto.

Ante las expresiones de total desconocimiento de la mayoría, Juan explicó que esa era una práctica envilecida de la cual había oído hablar, pero que nunca había visto antes. El capataz explicó una de las rudimentarias formas que usaban las mentes canallescas cuando querían quemar una siembra por la razón que fuera.

–Cogen uno, dos o tres gatos, le amarran a la cola un trapo lleno de gas, lo prenden y ahí es que el pobre gato echa a correr como alma que lleva el diablo. Así, mientras corre por entre las matas, las va quemando. Deben haber soltado varios porque cuando salí a ver, ya el fuego andaba regado, por eso decidí venir a avisarle.

–¿Las casas? –preguntó Belén con un hilo de voz.

–No las va a tocar, no va a llegar hasta allá. Las dejé bien.

–Juan, vamos –dijo la viuda.

–Mire, nena, que se le va a quedar ese horror en la cabeza. Mejor es que no lo vea ni lo oiga –dijo Marcial para tratar de evitarle ese mal rato a Belén.

No hubo advertencias ni peticiones que disuadieran a la viuda de querer ir a la Puerto. Tenía que ver si, por lo menos, alguna pieza se había salvado de las llamas. El silencio con el que Belén había comenzado a manejar las horrendas situaciones de la noche le había cedido el turno a un hablar aplomado.

–Ustedes se quedan –dijo la viuda mirando a sus hijos–. Acuéstense –les dijo a todos. Esas palabras se quedaron en el aire, nadie dormiría esa Navidad–. Tú te quedas. Busca la escopeta, no pegas ojo esta noche –le ordenó a Marcial–. Don Manuel, ¿quiere acompañarme? –le preguntó al licenciado suavizando las órdenes por un pedido que de igual manera cargaba un mandato.

La humareda iluminada por las llamas se distinguía a leguas. Según el camión fue acercándose, Juan fue aminorando la marcha hasta que lo detuvo.

–¿Por qué paras? Sigue –ordenó Belén con aplomo.

–El calor nos va a sofocar –expresó Juan mientras reanudaba la marcha.

La mirada de la viuda cargaba incredulidad, cuestionamientos y hasta acusaciones.

–Esto no puede estar pasando. ¿No se puede hacer algo? –preguntó Belén.

–Está difícil. Los muchachos echaban agua a la tierra para proteger los ranchones, pero con la siembra es perder el tiempo –contestó el capataz.

–No puede ser. ¿Cómo nos reponemos de esto?, Juan –comentaba la viuda sin parar–. ¿Quién habrá sido? Es obvio que alguien que no me quiere –se contestó con sencillez.

–Doña Belén, cálmese. Ya nos enteraremos –decía don Manuel pensando que tan pronto como cuando saliera el sol comenzaría a indagar.

–De más está decirle que los muchachos son leales y que cuidan esto como si fuera de ellos. Están muy agradecidos, usted sabe que la respetan y la quieren.

–Lo sé, Juan. Lo sé. Bien dices, está de más decirlo –dijo la viuda tratando de calmarse.

Belén recordó cómo con el pasar de los años, cuando se vio que el negocio de la caña iba bien, se fueron sembrando más y más cuerdas. Juan se percató de que los terrenos, según iban aproximándose a la bahía, eran salados y poco apropiados para la siembra. Cuando el capataz se lo comentó, lo consultó con un agrónomo experto en tierras. El científico especialista en investigación de suelos, con su pericia, confirmó lo que Juan con su experiencia había notado meses antes del exhaustivo estudio. En ese momento Belén le pidió a Juan que marcara el linde para delimitar los terrenos útiles para la siembra y los no agrícolas.

La viuda permitió que los empleados que así lo quisieran, escogieran una parcela de cien metros para cada uno. Don Manuel notarizó las donaciones y preparó las escrituras. Poco a poco, algunos fueron construyendo sus casitas; otros, solo escogieron su

pedacito, pero se quedaron viviendo en las casas de la finca esperando juntar chavitos para hacerse sus buenas casas, como comentaban. Así, poco a poco, esa donación de terrenos fue el puente que llevó a esas familias desde el estado de arrimados hasta el de propietarios.

Belén le insistió a Juan para que continuara la marcha. El capataz comenzó a acelerar lentamente. El crepitar de las cañas quemándose enmudeció a la viuda. Vivir de frente lo que hasta ese momento habían sido historias lejanas era algo cercano a un sueño de esos que despiertan a cualquiera con el corazón acelerado por el horror.

–Esto era de lo que me quería proteger Marcial –comentó Belén iluminada con el resplandor de las llamas.

Juan detuvo el camión nuevamente. Los tres se bajaron; sintieron el calentón que desde lejos alcanzaba sus rostros. Se quedaron mirando cómo las llamas consumían la cosecha de un año. El trabajo, esfuerzo y dedicación de todos se achicharraba con la velocidad con la que se esparce el mal. La quema de siembras a destiempo era una práctica poco común, pero se daba. Todo cañero lo sabía. Bastaba una turba de empleados descontentos, una factura no pagada o la envidia carroñera para enviar un mensaje en forma de llama. A la viuda nunca le había preocupado ese asunto, la Puerto era llevada con decencia y honradez.

–Me estoy mareando –dijo Belén recostándose del guardalodo del camión.

–Doña Belén, venga, retirémonos de aquí –dijo don Manuel ayudándola a treparse en el camión–. Juan, vamos para atrás, ¿tienes agua?

Don Manuel abanicaba a Belén y le pasaba agua por el rostro de una garrafa con la que Juan cargaba en el camión. Ella, en ese aletargamiento producto del mareo, solo pensó en sus hijos y sus planes para el futuro. Su estado la devolvió a su presente en el 1914, a la sala, a la conversación que sostenía con Antonio y Milita. La madura juventud de Antonio le hacía ver su futuro con bastante claridad. El muchacho quería forjarse una carrera relacionada con la ingeniería agrícola para seguir el legado familiar. Milita, en cambio,

se quejaba y pedía los artilugios que le llamaban la atención y estimulaban su intelecto.

–Solo haz el ejercicio de informarte bien sobre cuál te servirá mejor –le dijo Antonio a su hermana refiriéndose a las máquinas de escribir que había en el mercado–. Qué empeño. ¿Por qué esa? También están las Underwood.

–¡Mami..., míralo! Goza molestándome –refunfuñaba Milita–. Ya lo he dicho. La Blick eléctrica tiene todas las características de los modelos manuales; además, trae el teclado QWERTY como estándar y todas las ventajas de las máquinas de escribir eléctricas incluyendo el toque suave de las teclas, retorno automático del carro y espacio entre líneas. Y, para que te enteres, está equipada con un motor eléctrico Emerson montado en la parte trasera y se enciende y apaga con una llave Yale –terminó Milita ante la cara sonriente de su hermano, quien, en silencio, la admiraba. Antonio José la incitaba para escuchar sus exquisitas y educadas exposiciones.

–Estoy por perder la paciencia, y miren que tengo mucha –expresó Belén con el genérico comentario maternal–. Milita, tienes dos días para decidirte –dijo la viuda pensando en que su hija no podría estar inequívocamente decidida.

–Quiero la Blick –dijo la joven, y se retiró.

La admirable determinación de su hija hizo que Belén regresara al cañaveral ardiendo. Recordó cómo tuvo que sacar fuerzas ante aquella horrorosa situación que le tocó vivir.

La viuda, recuperada del mareo, observaba en silencio cómo los espirales de llamas, el humo y las pavesas que rasgaban los cielos nocturnos de aquella Navidad de 1912 formaban figuras que se le quedarían grabadas para siempre en su cabeza.

–Juan, ¿te acuerdas cómo estaba esta finca cuando decidimos sembrar caña? ¿Recuerdas la poca liquidez que tenía entonces? –preguntó la viuda sacándose el pelo sudado de la cara–. ¿Te acuerdas del trabajo que pasaron limpiándola?

–Como si fuera ayer, doña Belén. Aquel montón de palos nos mantuvo meses limpiando.

–Pues, con ese mismo tesón, la levantaremos. La vamos a poner a producir otra vez.

–No se apure, ahora no será tan complicado –dijo Juan con un hilo de esperanza y pensando en cómo su patrona costearía todo lo que conllevaba levantar esa finca incluidos los sueldos de todos.

–Deja que pasen estos días. Después de Reyes, empezamos.

–Doña Belén, le aseguro que mañana mismo arrancamos –dijo Juan sin miramientos.

La viuda no volvió a derramar una sola lágrima más. Se limitó a mirar hasta que las llamas se cansaron de quemar. Juan y don Manuel se quedaron a su lado, solo hablaron en las ocasiones en las que ella comentó algo, el resto del tiempo, permanecieron callados; por ratos, hasta cerraron los ojos. Fue una madrugada larga.

Los primeros rayos del sol dejaron ver la negrura de la Puerto. La desolación que tenían de frente era difícil de tragar. Juan, Belén y don Manuel entraron a la finca por la gran calle. La viuda miraba sin expresión en el rostro.

–No, no, no. Bendito –dijo Belén llevándose las manos a la cabeza.

–Ya sabemos por qué no ladraron. Los deben haber envenenado. Esto fue un trabajo bien hecho –comentó don Manuel ante la escena que tenían de frente.

Regada por los callejones estaba la jauría que Belén había enviado a la finca cuando tuvo que sacarlos de su casa del pueblo. Dejó de mirar a los perros y se centró en pensar en lo que tocaba hacer: levantarse y poner la Puerto a producir nuevamente. Por lo que veía, supo que no sería fácil. Limpiar las piezas durante la zafra era llevadero, se hacía en orden, poco a poco, según se cortaba la

caña, pero el panorama que tenía de frente era otro. La siembra estaba completamente perdida en el suelo al igual que su ánimo.

Como había dicho Juan, las casas y los ranchones donde se guardaban carretones, bocoyes llenos de alimento para las bestias e implementos de la finca estaban sin daño alguno. Belén se bajó del camión; la siguieron Juan y don Manuel. Los empleados fueron aproximándose. Se reunieron en el terraplén donde Juan les hablaba cuando había que distribuir tareas. En esta ocasión, no esperaban las palabras del capataz, sino las de la patrona.

Una fuerza, de esas cuya explicación solo puede atribuirse a algo del más allá, la movió con la determinación que da la seguridad. La constancia y disciplina con la que la viuda, Juan y sus leales peones habían levantado esa finca los iban a acompañar nuevamente.

–Juan, ayúdame –pidió Belén–. Me voy a subir –dijo mirando el camión.

El capataz se trepó en la parte trasera del camión. Unos empleados entrelazaron las manos para formar un escalón, y Belén puso un pie en él. Desde arriba, Juan le extendía una mano a la viuda.

–Venga –dijo Juan. Belén agarró con fuerza la mano del capataz.

Una sudorosa mujer con mechones de pelo pegados a la cara se trepó de un brinco en la parte trasera del vehículo y, con vigor, se dirigió a un público expectante.

–No podemos permitir que la maldad nos asuste; mucho menos, que nos rompa –comenzó Belén su discurso ante unos rostros que mostraban temor–. Yo también estoy sorprendida, furiosa y preocupada. Es más, estoy asustada. Es natural que sintamos miedo, pero hay que sacudirlo de nosotros. Tenemos que mantenernos unidos, como hemos estado siempre. Igual que hace años pusimos esta finca a producir desde la nada, así mismo lo haremos ahora. Lo único que les voy a pedir es que piensen en cualquier señal o persona que les haya causado inquietud, algo raro, no sé, algo que nos haga llegar a quién o quiénes nos hicieron esto. Se sabe que ha sido provocado –dijo, para luego guardar silencio, aguantaba las ganas de llorar–. Es muy duro darse cuenta de que alguien nos desea mal. Esto es un bofetón, y lo estoy aguantando porque los veo a ustedes

aquí, conmigo y de pie. No nos van a amilanar –otro nudo en la garganta la volvió a silenciar–. No podemos malgastar nuestro esfuerzo en analizar por qué nos hicieron esto. El esfuerzo lo tenemos que invertir en poner la Puerto a producir otra vez.

La viuda habló en todo momento de nosotros, no usó el «yo» o el «ustedes», aquello era de todos. Cinco segundos fue lo que tardaron los empleados en mostrar la admiración que sentían por aquella diminuta mujer de enorme valor. Todos los que estaban allí comenzaron a aplaudir poco a poco, no la dejaron romperse. Belén hizo un esfuerzo para no llorar. Sus ojos no mostraron llanto, sino unas lágrimas producto de una mezcla de mil sentimientos, pero, de entre todos, resaltaban la alegría y el agradecimiento. Entre el tumulto de obreros se escuchaba: «Estamos con usted«¿Cuándo empezamos?, «¿Quién habrá sido el hijueputa?

Don Manuel, metido en el corro que se había formado alrededor del camión, miraba a Belén extasiado dentro de un cóctel de admiración, deslumbramiento, respeto y amor. *La quiero a morir*. En esos momentos se dio cuenta de que no se lo iba a negar más, iba a luchar. Tenía que vivir ese amor aprisionado que llevaba hacía más de una década, e, igual que Belén, pensó: «Solo se vive una vez». Mientras el tumulto y los ánimos seguían en ebullición, el licenciado comenzó a planificar qué haría para esclarecer el delito porque no había duda de que, por lo menos, el incendio de la Puerto había sido provocado. Tocaba dar parte a la policía.

De regreso al pueblo, Juan pasó por los hogares de Belén y don Manuel. La primera parada fue en casa de la viuda.

–Seguiremos en contacto, don Manuel –se despidió Belén–. Gracias, Juan. Seguimos al habla.

–Voy a casa a tomar algo y a cambiarme. Juan y yo vamos al cuartel a denunciar el incendio. Descanse. Trate de dormir un poco –dijo don Manuel mientras Belén subía las escaleras del balcón de su casa olorosa a humo.

En casa de don Manuel, el licenciado y Juan tomaron café en la cocina. Un tumulto de dos pares de guares guiados por Carmencita y calmados por Ana Elisa hacía las preguntas comunes de niños sin el decoro que acompaña al carácter: «¿Se quemó toda la finca?», «¿Se murió alguien?», «¿Esa señora va a ser pobre?». Las contestaciones

fueron unos simples monosílabos acompañados de varias reprimendas.

En el cuartel, el capataz contó lo que vio en la Puerto mientras un policía tomaba nota. El parte policiaco quedó listo para comenzar una investigación; pesquisa que en nada quedaría pues no aparecería una sola persona para hablar o arrojar alguna sospecha.

En el hogar pueblerino de Belén, sus habitantes pasaron la Navidad más triste de sus vidas. El ánimo de todos estaba en el piso. El de Belén, se arrastraba por el suelo, parecía ir barriendo las cenizas de aquel fuego: trataba de sacarlas del panorama. La escena de la madrugada se le instaló en su ser y le quemó hasta el alma. Belén trataba de componerse, se esforzaba por mostrar la fuerza con la que animó a sus empleados, pero las conversaciones de esa Navidad fueron acaparadas por el tema de los fuegos. Marcial sacó fuerzas para seguir con la tarea que le tocaba. Comenzó a dictarle a Milita los materiales que hacían falta para construir el cuartito de Adela. La joven anotaba con diligencia.

Esa tarde, don Manuel llegó a ver a Belén. Se fueron al patio. Ninguno de los dos se dijo el clásico «feliz Navidad», no hubo tan siquiera una palabra de consuelo. Lo único que le daba aliento a la viuda era pensar y estructurar los planes de limpiar la Puerto y comenzar a preparar las piezas para la siembra de primavera. Tendrían que empezar poco a poco otra vez. La alternativa de la que siempre había huido con vehemencia fue la única en la que pudo pensar para seguir adelante. Le tocaba pedir un préstamo. La liquidez que tenía no daba para poner la finca en forma ni para la vida que llevaba: dos casas además de las costosas escuelas de sus hijos. *Sin remedio, me abrazarán los tentáculos del préstamo.* Había que comprar vástagos para la siembra, no les quedaron sino solo unas pocas matas vivas y eso no daba para sembrar cientos de cuerdas.

El tema inevitable sobre qué causó el incendio en la Puerto se puso sobre la mesa. Don Manuel le informó a Belén que la policía estaba al tanto del siniestro y en vías de tratar de esclarecerlo. Se había salido de la duda sobre el fuego de la casa cuando Adela pudo sacudirse el susto y la vergüenza; sabía que no podía ocultar lo que pasó. La niñera, entre lágrimas, le explicó a Milita, por medio de

señas, que se le había caído un quinqué y que no pudo contener el gas ni el fuego que se regó de inmediato. Candelaria dedujo que la niñera no mentía pues recordó, cuando se le aclaró la mente, que Adela fue quién la alertó.

–No creo en las casualidades, pero esta es algo así. No tienen que ver. Es solo una extraña coincidencia –le comentó Belén a don Manuel cuando le narró la confesión de Adela–. Hoy me arrepiento de no haberle insistido en que dejara de usar los quinqués. Tiene electricidad en su cuarto, pero está reacia a aceptar la modernidad.

–Se me paran los pelos. Como es la vida –fue lo único que pudo decir don Manuel.

–A mí lo que me eriza la piel es que voy a tener que pedir un préstamo –soltó de momento la viuda–. Para poder poner la Puerto a producir al máximo y poder seguir con nuestras vidas entre la capital y aquí, necesito pedir prestado.

–Doña Belén, que no le preocupen los intereses, la mayoría de los negocios corren así. En estos momentos, es la decisión más acertada. Ya lo pagará y, conociéndola, lo hará antes de término –expresó el licenciado para animarla.

–Solo espero que no nos vengan sequías o temporales para rematar esta racha –suspiró la viuda.

Teresa llegó hasta el patio seguida por Juan Linares. Milita y Antonio se integraron a la reunión. El capataz lucía limpio y un tanto repuesto del mal rato que le había tocado vivir; haberle dado esa noticia a Belén lo entristeció hasta el tuétano. Juan era otro que, como Marcial, conocía a esa joven viuda desde que era una nena.

–Juan, ¿pudiste descansar? Siéntate –invitó Belén.

–Algún ojo pegué por un rato, señora.

–Cuenta, porque imagino que estás aquí por algo.

–Pensando en lo que usted dijo esta mañana, me vino a la mente aquel hombre… El que escarbaba la tierra con la bota. ¿Se acuerda?

Las miradas centradas en Juan pasaron hacia Belén, quien por poco se ahoga cuando cayó en cuenta de lo que insinuaba Juan. Todos se quedaron esperando escuchar qué tenía que decir. La viuda se puso de pie, les dio la espalda y no habló. Milita y Antonio se

miraban sin imaginar a qué se refería Juan. Don Manuel pasaba su mirada de Juan a Belén.

–Mamá, ¿de qué habla Juan? –preguntó Antonio.

–Mami, ¿sabes quién fue? ¿Por qué le viene a la mente un hombre? ¿Quién es? –cuestionaba Milita.

–Doña Belén, ¿puedo ayudarla? –preguntó don Manuel.

La viuda cavilaba sin escuchar a ninguno. Su mente comenzó a pensar en su pasado, en las palabras, propuestas, acciones y locuras de don Lorenzo; asimismo, en las inferencias y consejos de su protectora Candelaria. Se quedó un rato callada.

–Fue él. Quizás no él en persona, pero la orden y la plata que debe haber corrido salieron de él –soltó Belén con una pasmosa tranquilidad.

–¿Quién? –preguntó Milita.

–El respetable don Lorenzo García y Zúñiga –respondió Belén con sarcasmo. Todos mostraron sorpresa e incredulidad.

–¿Qué la hace llegar a esa conclusión? –preguntó el licenciado Cuevas Otero.

–Discúlpenme, necesito hablar con mi abogado. ¿Podrían dejarnos a solas? Juan, gracias por venir, puedes retirarte. Dale mis saludos a Obdulia –expresó la viuda con lo que parecía serenidad.

Todos se levantaron, dejaron a Belén a solas con don Manuel. Antonio y Milita caminaron con apuro a la cocina. Candelaria limpiaba y limpiaba la encimera mientras Guelo y Marcial le aconsejaban que se tranquilizara. Le costaba creer cómo no se le ocurrió a ella esa conclusión que escuchó tan clara como si hubiese estado en el patio junto a Belén.

–Mujer, te va a dar algo. Cálmate –dijo Marcial.

Antonio y Milita entraron al recinto culinario justo en el momento que Marcial hablaba.

–Suelta, ¿qué sabes del don Lorenzo? –pidió Milita con determinación–. Mami no habla, no sabemos nada, y creo que tú o ustedes sí –dijo pasando la mirada de Candelaria a Marcial.

–Mire, niña, esos son temas de adultos –contestó Candelaria mientras pasaba el paño una y otra vez por el mismo sitio.

–En estos momentos, lo que ocurre aquí nos toca a todos. Tenemos que ayudar a mamá –expresó Antonio José.

–Vamos, mujer, habla. Hasta yo estoy intrigado –dijo Guelo.

Candelaria soltó el paño y la lengua.

Mientras la cocinera les contaba a los hijos de Belén todo lo concerniente al rico cañero del norte, Belén hacía lo mismo con don Manuel. Tanto la viuda como la cocinera contaron desde la proposición de matrimonio en la hacienda de don Lorenzo, obviando la asquerosa escena del recorrido de las manos de Belén por el cuerpo del hombre, hasta los diamantes ofrecidos en la confitería. Los hijos de Belén, molestos, cuestionaban cómo fue posible que nadie les comentara todo eso antes. La viuda fue más allá. Habló acerca de las especulaciones de Candelaria sobre todo lo que ocurrió en la capital y cómo don Lorenzo se mostraba como su salvador.

–Sabía que ese hombre no llegó aquí por ayudar a tu tío. Te vigila. ¿Será bribón? Hay que estar bien loco –decía caminando de un lado a otro frente a Belén–. Cabe la posibilidad… Seguro, Candelaria tiene razón. Ese lo que quiere es que dependas de él económicamente.

Don Manuel hasta olvidó el formalismo, comenzó a tutear a Belén y así siguió. Ella, en cambio, no podía apartarse del trato con el que siempre le había hablado, el ustedeo era parte de su comportamiento con el licenciado.

–No puedo acusarlo, pero tiene sentido. ¿Usted cree que alguien hablará?

–Eso va a estar bien difícil. Debe de haber pasado mucha plata. Además, imagino que habrá amenazado para infundir temor. Esa combinación mantendrá las bocas cerradas –concluyó don Manuel.

Antes de Año Nuevo, la noticia del cañaveral quemado siniestramente salió en varios periódicos. Una visita y dos telegramas llegaron a casa de la viuda. Belén reaccionó con sorpresa a la visita; a los telegramas, con alegría y rabia.

–Siento profundamente lo que está viviendo, Belén –dio por saludo el gobernador Colton–. Encontraremos a los culpables. Margarite le envía sus respetos y, al igual que yo, espera que pronto apresen a los bandidos.

–Gracias, señor gobernador –expresó Belén sorprendida con el mensaje enviado por Margarite–. Sigo intentando comprender todo esto. Gracias, gracias –decía tratando de aguantar las lágrimas–. Me tiene impresionada. Llegó hasta aquí… Aprecio el gesto de apoyo, gracias –dijo Belén secándose las lágrimas que no pudo aguantar por más tiempo para cambiar el tema súbitamente–. Ay, por favor, discúlpeme, no había tenido oportunidad de expresarle cuánto siento los resultados de las elecciones –exclamó la viuda con genuino pesar–. Ciertamente, lo echaremos de menos.

El mandatario se acercó a la viuda, le tomó las manos y las besó. Belén, pasmada, solo le hizo un gesto para que tomara asiento en el sofá de la sala.

La buena nueva de que el gobernador estaba de visita en la casa de Belén se esparció de inmediato: los vehículos y la gente inmaculadamente vestida no pasaron desapercibidos. Ese acontecimiento acercaba al pueblito al sitial pretendido por tanto tiempo. Un remolino de curiosos se apostó frente al balcón de la casa de la viuda. La escolta del mandatario custodiaba las puertas de entrada y los portones del patio también. Aunque los pueblerinos eran inofensivos, la seguridad del señor Colton era rigurosa en todo momento y lugar.

Entre el corro que formaron se oía con doble tono: «¿Por qué habrá llegado hasta aquí?», «Parece que son amigos», «¿Y por qué tanto interés?» y «Mírenla, la viudita se las trae». Asimismo, estaban los sensatos que contrarrestaban los intrigantes comentarios diciendo: «Salió hasta en los periódicos», «Quemaron con saña una finca que tiene decenas de empleados, ¿cómo no se va a preocupar?» y «No hombre, no sean tan bembeteros».

Por entre los pueblerinos se abrió paso el curioso mayor. Don Manuel Cuevas Otero se identificó. Con su elegancia y buenos tratos logró que la escolta consultara si le podían dar paso para entrar. Cuando los hombres del gobernador le permitieron la entrada al licenciado, ya en la sala, Belén, con su elegante estilo, lo presentó.

–Señor gobernador, le presento a mi abogado, el licenciado Manuel Cuevas Otero.

Las miradas que se dieron los hombres, acompañadas de un fuerte apretón de manos, bien podría decirse que parecían las de dos jueyes machos en la misma cueva. Pero, como ninguno de los dos era natural de ese terruño, se interpretaron como las de dos perros marcando territorio. El ambiente del hogar de Belén aún cargaba el persistente olor a humo, detalle que hizo que la elegancia y buenos modales de ambos se manifestaran para no incomodar más a la viuda. «Bastante tiene con lo que está viviendo», pensó el gobernador. «No se merece que le haga una escena aquí», analizó don Manuel.

–Le comentaba a doña Belén que daremos con los culpables –dijo el mandatario.

Don Manuel, por su parte, pensó: «Cómo se ve que este hombre no es de aquí. No conoce la jaibería de estas gentes para protegerse entre ellos». El licenciado asintió con un movimiento de cabeza.

–Si supieran que no quiero mover ni un músculo en el intento de buscar culpables. En lo único que pienso es en poner la Puerto a producir otra vez. Ya la quemaron. Vamos, quiero decir, que no quiero ni voy a mirar para atrás. No soy la única a quien le ha pasado esto. Si los otros se han repuesto, yo también lo haré. Lo que necesito es la liquidez inmediata que me dará el banco.

–De más está decir que cuenta conmigo. ¿Cuándo regresa a la capital? La acompañaré al banco que elija, conozco a todos los gerentes –dijo el señor Colton.

–Gracias, señor, pero ¿cree que sea necesario? –preguntó Belén un tanto sorprendida.

–Sí, doña Belén, es buena idea que alguien la acompañe. También lo puede hacer aquí, con gusto la llevo –comentó don Manuel siguiendo la línea masculina del modo de pensar que acaparaba los pareceres de la mayoría por aquellos tiempos.

–Se los agradezco, pero a estas alturas de mi vida manejo todo solita. Tengo las mejores tierras además de buena reputación como cañera... Total, no voy a pedir un regalo sino un préstamo –terminó

la viuda sonriendo y pasmando a los hombres, quienes, para disimular, sonrieron con ella.

–Bueno, sabe que estoy a sus órdenes. Si en algo la anima, sepa que el proyecto del riego va viento en popa. Veremos a ver… Si no se completa para este próximo año, de seguro estará listo para el catorce –aseguró el gobernador.

Belén los invitó a pasar de la sala al patio para tomar café. La luz de ese sol invernal caribeño iluminaba el jardín con una brillantez única en esa época del año. La temperatura a media tarde invitaba a ese cafecito que alegremente les llevó Candelaria. Desde lejos, los empleados de Belén miraban orgullosos cómo aquella niña a la que habían visto crecer y convertirse en la que tenían de frente platicaba con la máxima figura del gobierno insular. Con una sola mirada, los hijos de Belén entendieron que su madre deseaba hablar a solas con los dos caballeros y, al igual que los empleados, observaron desde lejos.

La desenvoltura con la que charlaba la viuda puso en don Manuel cientos de pensamientos a galopar en su cabeza. En primera posición se colocó: «Aquí hay algo». En seguida atrasó esa idea y puso en primer lugar: «No podría tratarlo de otra manera, es educada». Trató de interpretar todo con ese pensamiento luchando por el primer lugar en la manada que le corría de sien a sien.

La visita del gobernador fue tipo relámpago. Dijo lo que tenía que decir, tomó café y se despidió sin dejar ver que ese día comprendió por qué Belén había cambiado su trato hacia él: el corazón de la viuda estaba comprometido. Al salir por el balcón, saludó a los curiosos pueblerinos y estrechó una que otra mano. Detrás del mandatario salió el licenciado, le tocaba reponerse del mal rato que le ocasionó que aquel hombre hubiese llegado a ver a Belén.

La viuda no tenía tiempo ni mente para pensar en lo que significaba la visita del gobernador ni en lo que podría interpretar don Manuel; Candelaria, sí.

–Ay, ay, ay, mi niña. Cómo me gustaría ver qué harían esos dos encerrados solos en un cuarto –decía Candelaria riendo a carcajadas.

–Son dos caballeros muy cultos. Imagino la interesante plática que tendrían.

–Sí, sí, a otro perro con ese hueso –decía la cocinera–. Bueno, ahora en serio… Los dos se interesan por usted, no sé si sea el mismo interés, pero se ve que se preocupan. Voy al licen –dijo volviendo a reír–. El fiestero se va a ir de aquí a algún momento, y usted no se iría con él.

Belén no reaccionó ni comentó.

Esa misma tarde, dos telegramas llegaron a casa de la viuda. Belén leyó el que primero abrió: «Vamos para allá». Las lágrimas anegaron sus ojos: sus cuñados Inés y Luis avisaban visita. Belén, sin perder tiempo, escribió un breve mensaje diciéndoles que no era necesario porque regresaría en unos días a la capital. Envió a Marcial al telégrafo para que el mensaje saliera de inmediato para el oeste. Abrió el otro telegrama, uno del señor García y Zúñiga.

Leyó el breve mensaje que envió don Lorenzo. Con una mirada perdida cargada de no se sabe qué, estrujó el papel entre sus manos hasta hacerlo en una bolita que contuvo en una mano apretada hasta llegar a su habitación. *Cuánto cinismo*. Tan pronto pensó eso, la invadieron las dudas. *Y si no fue él*. Se sentó en un sillón. Contrario a lo que expresaba, sí pensaba en saber de quién era la mente maestra detrás del fuego de la Puerto y en quiénes serían sus cómplices. *Y si de verdad está preocupado*. Seguía tratando de buscar otros culpables. *No, no, no*. Nada lo exculpaba, todo su análisis terminaba acusándolo. *Fuiste tú, te vas a delatar*.

Esperaron el nuevo año en casa, sin mucha celebración, pero no dejaron de ver los fuegos artificiales que, según pasaban los años, eran cada vez más vistosos. Al día siguiente, Belén regresó a la capital acompañada por sus hijos, Candelaria, Marcial y Guelo.

Con el olor a humo desinstalado de sus narices, cuerpos y mentes, renovaron fuerzas y ánimos. Lo primero que hizo Marcial fue darle una sorpresa a Belén, quien no pudo aguantar las lágrimas ante el hermoso gesto del jardinero.

–Es macho, me cercioré. Me quedé un rato hasta que lo oí cantar, entonces, lo compré –dijo un paternal Marcial mientras Belén lo abrazaba.

Con otro ánimo, Belén reunió a sus hijos y empleados. Tenía que exponer sin tapujos la situación en la que se encontraban. La

cotidianidad de todos se vería afectada por la escasez de dinero, sencillamente, no habría cosecha: nada de ganancias ese año.

–Todos tendremos que ajustarnos. Hay ahorros, pero muchos gastos también. Nada de teatro, cosas innecesarias o lujos. Repetiremos ropa y calzado. Candelaria, los platos se irán con lo sencillo y menos costoso: viandas, bacalao y huevos. Creo que así economizaremos.

–No se apure, mi niña, nos apañaremos –dijo Candelaria.

–Ya verás, Mami, será por poco tiempo –expresó Milita.

–Vamos a estar bien –comentó Antonio.

–Esto va a pasar, esta racha es pasajera. Bien lo dice el refrán… No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista –concluyó Marcial tratando de inyectar esperanza al acomodarle a la situación, con su sabia sencillez, uno de los dichos del refranero popular. Todos lo miraron asintiendo.

Como era habitual, el rico soltero treintón llegó hasta la casa de Belén al día siguiente de su regreso. A casa de la viuda, Marcial era quien llevaba y traía noticias; a la de don Lorenzo, su mayordomo Segundo.

–Doña Belén, cuánto hubiese querido acompañarla en ese momento tan terrible. ¿Recibió mi telegrama? –comenzó a hablar don Lorenzo ante una inexpresiva Belén–. Monté un potro sin domar, mire usted el resultado –dijo señalando su brazo izquierdo enfundado en un cabestrillo–. No he podido hacer mucho desde entonces. He estado de cama a causa de los medicamentos contra el dolor.

–No se preocupe, don Lorenzo. Mi familia y amigos han estado a mi lado. Gracias –dijo Belén aguantando los deseos de zarandearle el brazo para comprobar si era verdad lo de la caída.

–Sabe que puede contar conmigo para lo que necesite, dinero, contactos, lo que necesite. Si desea despejar la mente, puede irse el tiempo que guste a mi hacienda. Podrá quedarse leyendo, escuchando música, lo que quiera. Hermenegilda la tratará como a una reina.

A Belén se le erizó la piel. Solo pensaba en que eso, según Candelaria, era lo que pretendía él.

–Gracias, es muy amable –expresó Belén sin aceptar ni rechazar los ofrecimientos–. Me va a tener que disculpar, desde Navidad he padecido de jaquecas a diario. Debo recostarme –dijo tranquilamente.

–La dejo descansar. Recuerde que puede contar conmigo para lo que sea –dijo el hombre besándole una mano para luego retirarse. Belén respiró aliviada.

–¿A qué viene este imbécil? Ya no lo soporto –dijo Belén molesta entrando a la cocina–. Bueno, claro, tiene que disimular.

–¿Por qué no lo denuncia? –preguntó Marcial.

–¿Con qué pruebas? Es astuto. No puedo hacer nada. Lo único que quiero es no tener que verle la cara nunca más. Solo quiero organizar todo lo financiero para preparar la finca –dijo la viuda cogiendo la taza de café y saliendo para buscar en qué entretenerse. Iba pensando en el razonamiento que hacía algún tiempo le había expresado Candelaria. *Válgame, si es que es hasta adivina… He aquí mi salvador*.

Mientras Belén se sentaba a leer en el patio interior sin jaqueca alguna, el rico soltero treintón llegaba a su residencia, se quitaba el cabestrillo y se lo entregaba a su mayordomo Segundo.

–Guárdalo –ordenó don Lorenzo dejándose caer en un sillón.

La viuda dejó pasar la festividad de Reyes, todos se mantuvieron en la casa, ninguno se venteó por las calles adoquinadas. El martes, pasado el Día de Reyes, la viuda pueblerina se dirigió al banco donde guardaba parte de su capital. Tal como vaticinó frente al gobernador y al licenciado Cuevas, no tuvo problemas ni con la cantidad que pidió ni con la otorgación que le llegaría tan pronto como ese jueves.

–Nos mantendremos en contacto, gracias por atenderme –le dijo la viuda al gerente de la institución bancaria.

Como era costumbre, la viuda realizó sus diligencias sin la ayuda de nadie. Salió del banco y se dirigió al telégrafo. Le envió un mensaje a Juan Linares: «Espero aprobación esta semana. Te aviso. Paga. Compra lo necesario». Así, ese viernes, Juan les pagó a los

empleados y, a mediados de enero, se comenzaron a preparar las tierras para la siembra en primavera, solo se sembraría, ese año no habría zafra en la Puerto.

Con todos sus planes encaminados, por fin la viuda tuvo tiempo para pensar en ella. Las escuelas habían comenzado; la preparación de la Puerto también. Todo parecía volver a la normalidad. Un aire de preocupación la rozó. La vida se encargaba de no dejarla vivir lo que deseaba al lado de don Manuel. Sentada tomando café, pensó que quizás todo lo ocurrido eran señales de que esa historia no podía seguir. Hasta pensó que podría ser un castigo. Trató de serenarse. *¿Será? No, no, no.*

Llevaban unas semanas de vuelta en la capital y, aunque la viuda no hablaba del fuego, su mente no apartaba las imágenes que vio y escuchó la madrugada de Navidad. En silencio, pensaba y trataba de imaginarse quién o quiénes fueron capaces de hacerle algo así. A pesar de que su intuición le decía que había sido don Lorenzo, era difícil llegar a una conclusión. De momento, comenzó a pensar en que era extraño que doña Fedora no se hubiese presentado a mostrarle su apoyo luego del desastre de la Puerto. Empezó a hilvanar una telaraña de posibles causas. Recordó que Candelaria, hacía muchos años, le había advertido que se cuidara de doña Fedora. Inevitablemente, comenzó a mirarla con otros ojos.

Toda esa maraña de dudas la hizo pensar en su cuñada Inés y en la médium Francisca, a quien recordaba de vez en cuando, pero de quien no tenía noticias hacía años. Se sentó a escribirle un mensaje a su cuñada. Salió hacia el telégrafo.

A la semana llegó Inés empaquetada como para pasar una larga estadía en la casa capitalina de su cuñada. Las mujeres mantenían comunicación constante, pero no se veían con la frecuencia deseada.

–Bueno, hija mía –comenzó la seria plática Inés luego de los besos, abrazos, saludos a Candelaria y chácharas con sus sobrinos–. Cada día que pasa, Francisca tiene mis mayores respetos, pero creo que los espíritus la respetan aún más. En la primera sesión que hizo cuando le conté lo que te pasó, se apareció quien creemos que fue doña Amalia.

–¿Cómo fue eso? ¿Estás segura? –dijo una Belén expectante–. ¿Dijo quién fue?

–Calma, escucha.

–¿Te lo memorizaste? Dime, avanza –decía la viuda desesperada.

–Aquí va: «Caerá solito» –dijo Inés dejando a Belén pasmada.

–¿Qué más? ¿Solo eso?

–Solo eso. ¿Tienes sospechas?

–¿Eso nada más? Pero ¿cómo que eso nada más? ¿Cómo que «solito»? Pienso que debió haber sido más de una persona. Lo que tengo que saber es quiénes fueron para protegerme.

–Tranquila, caerán solitos. ¿Sabes? Lo interpreto como un sencillo «deja de preocuparte».

Belén se quedó callada e Inés respetó su silencio. Con el «caerá» era obvio que era una persona. *Y si se equivocó y fueron más*.

–Inés, ¿estabas presente cuando Francisca dijo eso? ¿No se te pasó algún detalle?

–De frente y bien atenta. No, no, no hubo nada más. Hasta lo anoté. ¿Tienes alguna sospecha? –Inés repitió la pregunta.

–Imagínate, conozco a tanta gente –dijo la viuda con cara de total asombro y desconocimiento para tratar de que no se notara que varios eran los nombres que rondaban por su cabeza.

Como si los espíritus hubiesen actuado, aún estaban las cuñadas en la conversación de la médium cuando llamaron a la puerta. Belén se levantó para abrir. Al ver a doña Fedora de pie frente a ella, pensó en las palabras de Candelaria. La cara quejumbrosa y desencajada de la señorona capitalina le revolcó el estómago. Un sentimiento de repulsión comenzó a invadirla. Entonces, el desencajamiento de la cara de Belén se notó más que el de doña Fedora. En esos instantes, mientras la señorona entraba y se expresaba con lamentos que Belén ni escuchaba, lo que le vino a la mente no fue el fuego de su finca, sino cuánta maldad podía guardar esa mujer para no dejar que don Manuel rehiciera su vida y, lo que era peor, que torturara a esos niños inocentes con las amargas visitas de Leticia al hogar pueblerino de los Cuevas.

–Gracias, doña Fedora. ¿Qué le puedo decir? Que, nada, de peores cosas me he levantado –dijo muy tranquila Belén–. ¿Café o té?

–Un té será agradable, gracias. ¿Cómo está, Inés? Qué gusto verla. Qué bueno que acompaña a Belén en estos momentos. ¿Cómo está don Luis? –decía la señorona mostrando la retahíla de ensayadas buenas maneras.

Las mujeres conversaron sobre dos o tres temas triviales. Nada se dijo sobre la médium ni se volvió a mencionar el fuego. Belén decidió seguir la conversación amenamente. No mostró animosidad ni malos tratos hacia doña Fedora, charló como siempre, con su acostumbrado candor. La señorona capitalina siguió el rumbo de la plática, pero solo estuvo un rato. No hubo nada por parte de doña Fedora, ni un solo desliz, que levantara alguna sospecha sobre si estaba involucrada en el fuego. La despedida confundió por un momento a Belén, pero inmediatamente pensó: «Claro, hay que disimular».

–Espero que atrapen al culpable –se despidió doña Fedora.

–O ¿a los? –terminó Belén escrutando el rostro de la señorona capitalina, quien abrió exageradamente los ojos a la vez que torcía los labios con una mueca que pareció de pesimismo.

–Ay, hija, sospecho que no lo sabremos –dijo tomándole las manos a Belén–. Tú sigue sin pensar mucho en eso porque si no, la frustración te va a invadir –se despidió doña Fedora con un abrazo que Belén sintió como maternal.

Belén solo asintió con la cabeza. Ya no podía dejar de pensar que esa señora era parte del complot, la tenía en su lista de sospechosos. Tendría que bajar del cielo un rayo divino portando un listado de nombres brillando donde el de doña Fedora no estuviera mencionado para ella sacarla de la suya. Lo que ignoraba Belén era que doña Fedora había tenido una conversación con don Lorenzo justo el día que se enteró de la noticia.

Pasados unos días luego de Navidad, durante el desayuno, don Rogelio Silva leyó en voz alta una noticia que los consternó. A doña Fedora se le erizó la piel e, igual que a Belén, los pensamientos le arrojaron un nombre. Terminó el desayuno sin el más mínimo deseo,

pero con gran tranquilidad para no levantar sospechas de hacia dónde se dirigiría.

La señorona capitalina le hizo una visita al rico soltero treintón, quien escuchaba cómo su fonógrafo reproducía la ópera favorita de Belén, *Tosca*.

–Pronto la escucharé con ella a mi lado –saludó un sonriente don Lorenzo a doña Fedora.

–¿Te has vuelto loco? Fuiste tú. ¿Cómo has podido hacerle una atrocidad como esa a Belén? –dijo la mujer segura de que él sabría a lo que se refería.

–Calma, calma, que usted me dio la idea –contestó un sosegado don Lorenzo.

–¿De qué hablas? Estás empezando a preocuparme –dijo con gesto de temerosa incredulidad.

–Querida amiga, ¿quién me insinuó que Belén necesitaba ser dependiente de mí? Hasta lo de *Thérèse Raquin* fue idea suya.

–Estás tergiversando mis palabras. Solo te comenté que en el pueblo de Belén algunos decían que la muerte del marido no había sido un accidente. Fuiste tú quien lo relacionó con Zola –dijo sin salir de su asombro.

Doña Fedora pensó en sus conversaciones con don Lorenzo. Con pesar recordó que, entre sus intrigas, siempre mencionaba que Belén era inconquistable pues era económicamente independiente. Comenzó a sentir un remordimiento extraño, esos no eran sentimientos comunes en ella. La confusión la invadió cuando se percató de que don Lorenzo podría mencionar sus pláticas e insinuaciones. Le preocupó que sacara a la luz todo aquello y, lo que sería peor, que la implicara en sus locos actos.

Comenzó a suavizar su tono. No le siguió su línea de pensamiento, pero se escabulló del lugar y la situación con sutil astucia.

–Bueno, Lorenzo –comenzó su despedida–. Estoy muy triste, te puedo decir que hasta consternada. Espero que la muchacha se recupere. Ojalá que sea a tu lado

–dijo de los dientes para afuera. En realidad, en el fondo, le tenía cariño a Belén.

La señorona capitalina caminó de regreso a su casa organizando sus pensamientos y tomando una decisión: «No hablaré de esto con nadie». Tan pronto como terminó ese pensamiento se dio cuenta de que se convertía en cómplice. Siguió su camino y trató de disipar esa conclusión.

Los días pasaban e Inés trató de entretener a Belén. La animó e invitó al teatro, a restaurantes y hasta a un viaje a Europa. Belén aceptó solo lo local. Lo de embarcarse no podía ser por esos tiempos de incertidumbre, aunque fuera costeado por sus cuñados.

En la capital, Belén volvió a ser vista, observada y escrutada por más de un citadino; actuaba con su habitual candor, ya estaba acostumbrada. La visita a La Fortaleza que por tanto tiempo esperó Inés, por fin se dio. Fueron a un café donde el grupo fue pequeño. Inés percibió de todo: el interés del gobernador hacia Belén, el desdeñoso trato de Margarite hacia su cuñada y cierto recelo de dos o tres invitados.

Como acostumbraba, el gobernador invitó a Belén a su espacio favorito en la residencia. Se apartaron al saloncito de fumar. Belén no tomó asiento cuando él la invitó. Se apostó en una de las ventanas mirando el mar, él se acercó a contemplar lo mismo. Se sentía nerviosa, no sabría qué contestar si el hombre dirigía la conversación hacia temas personales.

–¿Cómo va con su finca?

–Vamos mejorando. Todo en orden, limpiando para sembrar –contestó sin entrar en detalles.

–Temo que me va a recriminar, sé que maneja todo lo suyo sola, pero quería estar seguro de que va a estar bien. Hablé con varias personas, acomodará su cosecha sin problema en la central, no importa que no haya vendido este año.

–Gracias, señor gobernador. Se lo agradezco, realmente estaba un poco preocupada –expresó la viuda con una sonrisa que el gobernador no pudo ver; ambos mantenían la vista hacia el frente.

–Doña Belén, debe imaginar con cuántas personas comparto en mi día a día. ¿Tiene idea de cuán grande es mi círculo social? –comenzó lo que consideró su arriesgada y discreta declaración.

–De seguro es mucho más grande que el mío –contestó Belén sonriendo. Seguía sin mirarlo.

–Es posible. Y en ese inmenso círculo no encuentro a una sola mujer con la que pueda sostener las pláticas que tengo con usted –dijo el hombre sin dejar de mirar el mar.

Belén permaneció callada. Pensaba en la incómoda situación en la que se encontraba. *Cómo me hubiese gustado otro final.* El gobernador era un buen hombre, disfrutaba con él. Le tenía un cariño enorme, pero ya sabía que eso no se transformaría en nada más. El hombre esperó algún comentario de la viuda. Ninguno se dio cuenta del tiempo que transcurrió mientras guardaron silencio. Ella se mantenía pensando en qué decir para no herirlo; él, aceptando que en unos meses dejaría la Isla y regresaría solo al continente.

–Voy a extrañarla, Belén.

–Y yo a usted, George.

Ese momento sencillo pero íntimo fue el último que vivieron a solas. Volverían a verse desde lejos en eventos públicos. Habría varias fiestas para despedir al mandatario, pero a ninguna asistiría Belén, no porque no quisiese ir, sino porque no sería invitada. En las mentes de más de uno, George Radcliffe Colton quedaría como un gobernador más para los isleños; ella, como la viuda pueblerina que no se dejó conquistar por la grandeza de un cargo como aquel.

La incertidumbre de la vida, como es costumbre, siguió andando, subiendo y bajando cuestas, esquivando y metiéndose en hoyos, caminando y contemplando la belleza de momentos felices y sufriéndose los tristes. En fin, saludando a los seres vivientes a los que roza.

Los integrantes de la familia Calzada Fernández siguieron viviendo. La viuda se movía entre esperanzas de tiempos mejores y sutiles noes dichos a las proposiciones de don Lorenzo, quien parecía no entenderlos. Antonio, entre estudios y juegos de billar a solas; Milita, entre letras y monjas; los empleados, entre sus quehaceres.

En el pueblito del litoral sur, don Manuel vivía entre casos y notarías de todo tipo y con Belén ocupando la mayor parte de su cabeza. El doctor Andrés Campos Pérez, complacido con la postergación del regreso de Carmen Elena a la península; ella, esperando el momento en que Andrés se atreviera a pedirla en matrimonio. Sin resultados, la investigación sobre el siniestro llegó a su fin, no hubo persona, evidencia o sospecha que delatara al culpable. El tema del fuego fue enfriándose; el calor del anhelo de tiempos mejores, avivándose. La Puerto se sembró completa, todos vaticinaron una excelente producción.

El tiempo pasaba y varios serían los acontecimientos significativos que se darían en la Isla; faltando pocos meses para que concluyera el año se darían dos grandes.

Al comienzo del otoño caribeño, antes de que el mandato del señor Colton llegara a su fin, el elegante gobernador adelantaba su salida y se montaba en el barco de vapor que lo llevaría de vuelta al continente; su hermana lo hizo meses antes. En el muelle, muchos lo despedían: políticos, amigos, admiradores y uno que otro que quería estar seguro de que saliera de la Isla. Por entre el tumulto, llegó corriendo una viuda pueblerina, quien no alcanzó a despedirse. El exgobernador nunca la vio. Partió sin saber que ella lo contemplaba conmovida y tratando de reprimir las lágrimas frente al público. Belén recriminaría hasta el fin de sus días la falta de una despedida. De vez en cuando se le asomaría por su cabeza el deseo de un cierre adecuado para esa historia que pasó por interés, respeto y amistad para luego desembocar en frialdad. El señor Colton, por su parte, siempre pensaría que fue mejor así.

A mitad del otoño caribeño, el 6 de noviembre, el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson nombró a Arthur Yager como gobernador de la Isla. El nuevo mandatario que le tocó a la Isla era natural de Kentucky, era maestro de escuela y había sido condiscípulo del presidente Wilson en la Universidad de Princeton.

Al comenzar el 1914, los isleños aguantaron como pudieron el primer discurso del nuevo gobernador. El mensaje comenzó refiriéndose a los problemas económicos que heredó: la nada original línea típica de muchos sucesores a cargos como ese. Su mandato dio inicio con la suspensión de la construcción de nuevos edificios y

carreteras. Como una solapada crítica al exgobernador Colton, Yager plantó que el primer paso debía ser reducir, en todo lo posible, los gastos ordinarios del gobierno, los que, según un análisis, habían aumentado en años recientes. Se refería, sin duda, al señor Colton; poco le faltó para imponerle el mote con el que Candelaria lo llamaba. No obstante, no todo fue paralización y recortes. El nuevo gobernador comenzó por atender la población de pacientes mentales al recomendar la construcción de un nuevo Asilo de Dementes en terrenos fuera del casco urbano de la capital.

A Belén le preocupaba la paralización de tantos proyectos. No se mencionaban los trabajos del riego. La frustraba no tener a quién preguntarle, solo se informaba por medio de los periódicos. Al menos la tranquilizaba el hecho de que la zafra había comenzado y la Puerto estaba rebosante de dulce de caña. Las dudas y preocupaciones se disiparon cuando, en marzo de 1914, el mandatario dio su segundo mensaje.

–Gloria a Dios. No podía ser que el Yager parara lo que con tanto trabajo consiguió encaminar George. Ya veo el agua correr –les comentó Belén a Candelaria y a Marcial mientras leía el periódico tomándose su primer café mañanero.

–Menos mal –dijo Marcial contento.

–Sí, sí, si hasta asignó más fondos –comentó Belén entusiasmada–. La próxima vez que vayamos a casa, quiero ir a ver cómo va todo. Sé que el canal no ha llegado hasta la Puerto aún, pero, según Juan, está cerca.

Esa sensación de alegría devolvió a Belén a su presente, al sillón de la sala de su hogar en el litoral sur. Milita se había marchado hacia su habitación y la viuda se quedó a solas con Antonio.

*M*adre e hijo permanecieron en silencio. Antonio pensó en que pedir no era lo que tocaba ese día, sino agradecer. Como Belén ya había dado gracias esa mañana en la iglesia, en ese instante comenzó a pensar en qué necesitaba. Las cosas materiales no le llamaban la atención en esos momentos de su vida, tenía de todo; no existía algo

que quisiese. Dejó su mirada divagar al igual que lo hizo con sus pensamientos. Entonces, pidió con vehemencia tener estabilidad en su vida. *Solo eso necesito.* Los pasados años se movieron como si se hubiesen montado en una noria. Su vida, emociones y sentimientos subieron y bajaron como lo hace ese artefacto. Anhelaba un descanso de tanto sube y baja.

–Mamá, ¿en qué piensa? Se ha quedado alelada –interrumpió Antonio.

–En nada, cariño. Solo trato de manejar tanta emoción. Hoy ha sido un día grande, por lo menos, para nosotros los cañeros del sur. Trato de ver nuestro futuro… Estoy segura de que estaremos mejor, sé que nos irá bien y con eso… –la viuda guardó silencio para, con trabajo, seguir la línea–. Sé que te irás y que es lo que has querido hace tiempo, yo también, pero qué mucho te voy a extrañar –dijo la madre enjugándose las lágrimas que inevitablemente salieron. Se levantó del sillón y se sentó en el sofá junto a Antonio.

–Bueno, mamá, solo será por unos años, no me quedaré por allá. Regresaré y la ayudaré –dijo Antonio cubriendo a su madre con sus brazos. Belén se reconfortó en el abrazo de ese hijo que hacía tiempo había dejado de ser niño. Las lágrimas seguían.

Asomada desde el medio punto que dividía el área de comedor de la sala estaba Candelaria. Veía la escena en silencio. Igual que ellos, pensaba en el futuro. Vaticinaba que el de ella no sería distinto al que vivía en su presente. Mantendría su relación con Guelo como la llevaba hasta ese momento. *Nada de amarres, no los necesito*. No pensó en nada para ella. Se centró en pedir para su niña Belén, a quien había protegido y cuidado desde el día que la conoció. *¡Cómo pasa el tiempo!* Rogó algo parecido a lo que pidió Belén minutos antes, solo imploró que la joven viuda pudiera sacar de las sombras de lo prohibido el amor que vivía. *Eso es amor, no puede estar prohibido*. Se enjugó las lágrimas que sintió bajando por sus mejillas, decidió regresar a la cocina. No quiso interrumpir el momento familiar.

–No te enamores por allá –dijo Belén para inmediatamente cambiar de parecer, pensó en las imposiciones que vivió con su mamá y en seguida cambió el mandato–. Olvida lo que acabo de decir, no sé ni por qué lo dije. Sé feliz, como quieras y con quien

quieras –siguió en los brazos de su hijo–. Bueno, solo lo dije porque preferiría comunicarme con mi nuera y nietos en español –dijo sonriendo–. Otra cosa, prométeme que te vas a cuidar, que no vas a salir solo.

Las lágrimas eran una mezcla de nostalgia, tristeza y profunda alegría, aunque no podía vislumbrar el futuro, quería poder ver el que siempre anheló para sus hijos. Aunque vivir de la agricultura siempre era un riesgo, al menos la incertidumbre de si habría agua o no se disipaba. Deseó con fuerzas que siempre estuvieran seguros adonde quiera que la vida los llevara. Las lágrimas que le seguían corriendo por el rostro la hicieron recordar las muchas que derramó cuando Antonio pretendió mostrar su valor y hombría.

Esos sentimientos encontrados la regresaron a meses atrás, a cuando entre los planes del gobernador Yager estaba la culminación del proyecto del riego y a Antonio José le tocaba madurar de golpe.

*E*n 1914, la zafra mostraba un rendimiento apoteósico en la Puerto, todos estaban seguros de que se llenarían las arcas que casi incineró el fuego que no permitió la zafra del año anterior.

En más de una ocasión, las alegrías de la viuda fueron seguidas de disgustos, molestias o tragedias. Recuperados de los infortunios de los pasados años, el 1914 se perfilaba bueno. Belén esperaba que sus hijos concluyeran sus estudios. Antonio había solicitado admisión en el Instituto Politécnico Rensselaer, esperaba la aceptación. Milita había dejado un tanto las quejas, pero aún no decidía qué quería ni adónde se iría a estudiar; tomaría un tiempo para pensarlo.

Una tarde, luego de salir del colegio, Antonio se detuvo en un cafetín para mirar un rato a los billaristas. Había comenzado a observar el billar americano pues ese se jugaba con más frecuencia, eran muchos los lugares donde había mesas con buchacas. Tanto se entretuvo que, al mirar hacia afuera, se percató de que la noche había caído. Apurado, se enfiló por las calles oscuras rumbo a su casa. Pocos eran los transeúntes a esa hora. Uno que otro se cruzó con el

joven; dos o tres, lo interceptaron; un badulaque, lo empujó por un hombro.

Antonio pensó que había sido solo un tropezón. Otro que acompañaba al badulaque comenzó a golpear el bulto en donde llevaba sus cuadernos de la escuela. El hombre se reía como si fuese un jueguito. El muchacho intuyó inmediatamente que era un asalto. Entonces, golpeó con el maletín a quien jugaba con él. La hebilla del cierre del bulto le abrió una herida en un pómulo al rufián. Antonio soltó el maletín y se cuadró con los puños alzados, pero el tercer malandrín le golpeó las rodillas por detrás. El muchacho cayó de bruces en la calle adoquinada. Tirado en el suelo, Antonio comenzó a sentir el dolor de las patadas que le propinaba el hombre del pómulo cortado. Lo golpeaba con saña, enfurecido por el corte en la cara. Antonio no oyó ni vio nada más: dejó de sentir dolor.

–Déjalo, déjalo, que va y no nos paga –decía el badulaque tratando de retirar al rufián.

–Que no hay que matarlo, coño, no seas bruto –dijo el malandrín agarrando con fuerza al rufián y separándolo de Antonio.

Los bandoleros salieron corriendo y se perdieron por las oscuras calles. No pasó un minuto cuando un hombre se acercó al muchacho tirado en el suelo. El transeúnte recogió el maletín del suelo. Con trabajo, levantó a Antonio y lo cargó al hombro. En la próxima esquina, aventó el maletín por una ventana rota de una casa abandonada. Unos pasos más adelante, dos hombres se le unieron y lo ayudaron a cargar al muchacho hasta su casa.

–¿Don Lorenzo? ¿Antonio? ¿Qué le pasó? –gritó Guelo, quien estaba frente a la casa de Belén–. Pobre muchacho –dijo mientras, llamando a Belén, ayudaba a don Lorenzo a entrarlo a la casa y agradecía a los buenos samaritanos que ayudaron al hombre a llevarlo hasta allí.

–Doña Belén, lo encontré tirado en la calle –dijo don Lorenzo con cara descompuesta.

–¿Cómo es posible? Antonio, Antonio –decía Belén desesperada–. Tiéndanlo aquí –dijo señalando uno de los sofás de la sala.

El rostro del joven comenzaba a hincharse a consecuencia de los golpes. Belén se arrodilló a su lado.

Candelaria y Marcial se acercaron confundidos.

–Guelo, busca a un médico –dijo la cocinera.

–Pero ¿qué pasó? –preguntaba Belén un tanto aliviada al ver que Antonio abrió los ojos hasta donde la hinchazón se lo permitió.

–Todo apunta a que fue un asalto, vi a unos hombres correr calle arriba. Uno reía levantando un maletín.

–Pero ¿qué de valor puede tener un maletín de estudiante? –preguntaba Belén empezando a cambiar el susto por rabia–. ¡¿En qué mundo estamos viviendo?! Ay, don Lorenzo, gracias a Dios que usted pasaba por allí.

–Dios sabe lo que hace, cuando los bandoleros me vieron, salieron corriendo. Ni sabía que era Antonio el que estaba tirado, imagínese mi impresión.

–Gracias, gracias –dijo Belén extendiendo su mano derecha como queriendo estrechar una de don Lorenzo.

El hombre se acercó, tomó la mano de la viuda y, con las suyas, pretendió reconfortarla. Belén se levantó y lo abrazó llorosa. En esos momentos borró todo reproche de su memoria. Don Lorenzo respondió con un silencioso abrazo, de esos que hablan solos, que acompañan, que protegen. Candelaria viraba los ojos y torcía los labios.

Guelo llegó con el médico y dos policías insulares que se encontró por el camino, a quienes don Lorenzo les relató la misma versión que le dijo a Belén. Antonio asintió como pudo que, en efecto, fueron tres hombres, pero no dio más detalles.

–Espero que redoblen el patrullaje. Estas calles se están poniendo peligrosas, no nos sentimos seguros –expresó Belén muy seria ante unos policías que aseguraron que darían con los bandidos.

Llevaron a Antonio a su habitación por recomendación del médico, quien, al auscultarlo, no encontró sino solo golpes que dejarían de dolerle en unos días.

–Pónganle compresas de agua fría. Voy a recetarle un calmante para que descanse y un analgésico para controlarle el dolor –dijo el médico. Se despidió dejando a todos tranquilos; a Antonio, dormido.

Muy comedido, con una falsa humildad que asqueó a Candelaria, don Lorenzo se despidió.

–Gracias a Dios que esto fue solo un susto. Espero que puedan descansar, voy de retirada. Doña Belén, sabe que estoy a sus órdenes.

–Gracias a usted por estar allí en el momento preciso –dijo Belén acompañando al hombre hasta la puerta.

El semblante de Belén cambió de súbito.

–Buenas noches, don Lorenzo –se despidió a secas.

El rico soltero treintón caminó a casa silbando; era un silbido suave que, al escucharse por aquellas calles desoladas, se tornaba espeluznante. Ya en casa, envuelto por las sombras de su despacho, arrellenado en su sillón de cuero, encendió un cigarro. Su mayordomo Segundo le entregó una copa de coñac; entonces, levemente, sonrió. *Vamos… Poco a poco*. El recuerdo del abrazo de Belén lo excitó.

En casa de Belén, la viuda subió las escaleras, llegó a la habitación de Antonio, vio que dormía, y bajó a la cocina.

–Candelaria, ¿será posible…? –comenzó a preguntar la viuda.

–Pues, claro que sí. Mire, mire… A otro perro con ese hueso. Ajá, sí, pasó por allí por casualidad… No me lo trago –contestó la cocinera segura de que respondía con certeza la incógnita inconclusa de Belén. Le entregó un vaso de agua de azahar.

–¿Qué vamos a hacer? No puedo seguir esperando a que «caiga solito», pero no lo puedo acusar de nada. Qué rabia… –dijo golpeando la mesa con el vaso–. Espero que los guardias de verdad redoblen su patrullaje.

Todavía se estaban reponiendo del tema del supuesto atraco cuando, en plena primavera, sonó una noticia que alegró a todos. El doctor Andrés Campos Pérez le pidió matrimonio a Carmen Elena. Don Manuel Cuevas Otero y todos en la familia celebraron y empezaron a planificar el compromiso de la pareja. Hasta la capital llegó la buena nueva. Belén sabía los planes de su amigo, lo que

desconocía era cuándo haría la pregunta. La viuda se iría para su pueblo unos días; tocaba celebrar la alegría de sus amigos. Antes de irse, le pidió a Marcial que no dejara a Antonio solo en ningún momento y que no le permitiera la entrada a nadie a la casa.

–Regreso en unos días, cariño. Marcial se queda contigo. No salgas de noche –le dijo Belén a su hijo mientras se despedía con un abrazo–. ¿O quieres acompañarme?

–Mamá, sabe que no puedo faltar ni un solo día. Candelaria la acompañará, ¿no? Vaya tranquila, estaré bien.

La primavera caribeña estaba en su esplendor. El sol de cuaresma era intenso, pero, por fortuna, la brisa se encargaba de refrescar la Isla. Belén iba contenta de camino a su hogar pueblerino, contemplaba la vista de la cordillera. La carretera que pasaba por su antigua propiedad cafetalera y la llevaba hasta su pueblo no dejaba de marearla. El olor a todo aquel húmedo follaje junto con las trescientas sesenta y cinco curvas, según decían los lugareños, siempre le revolcaban el estómago. Sonrió nostálgica cuando, al pasar frente a una de las casillas de camineros que el señor George Radcliffe Colton destinó para ser la residencia de campo del gobernador de la Isla, recordó las veces que él la invitó a la casilla remodelada y las que ella lo rechazó; sencillamente, no quería contemplar las tierras que una vez fueron suyas.

La viuda iba pensando que los encuentros con don Manuel no tendrían que ser planificados ni pensados. Quizás sí tendría que enviarle recados, pero no necesitaría pasear por la plaza a la espera de un encuentro fortuito.

Ya en el pueblo, Belén le envió una notita a su amigo Andrés diciéndole que había llegado. El médico se presentó a verla esa misma tarde. Charlaron, celebraron la alegría del compromiso y brindaron por el futuro.

–Belén, ¿por qué no te enamoras? –soltó de repente Andrés.

–Ay, Andrés… Si yo te contara.

–No hace falta, lo noté hace tiempo. Conociéndote, sé que es difícil. Te diría que no tiene que serlo, pero sé que no te ayudaría.

No hicieron falta más palabras. Belén sintió el apoyo de ese amigo, a quien consideraba hermano. Andrés tenía razón. Sus escrúpulos la frenaban, no había remedio. No podía imponerle a don Manuel que tomara una decisión definitiva con Leticia. Se conocía, sabía que ni siquiera se atrevería a poner ese tema en sus conversaciones. *Sí, definitivamente, no está fácil.*

En la residencia Cuevas Silva se preparó una reunión íntima y formal para celebrar el compromiso. Belén llegó con Andrés, parecía como si ella fuera a entregarlo a él en matrimonio, según comentó Carmen Elena entre las risas de todos. La velada comenzó tranquila. Como era la costumbre en un acontecimiento como aquel, don Manuel y Andrés se retiraron a hablar a solas, se fueron a la biblioteca. En la sala se quedaron Belén, Carmen Elena y la prole del licenciado.

–Bueno, ¿y dónde piensan casarse? –preguntó Belén.

–Aquí, por supuesto. Papá y mamá vendrán. Vamos a hacerla en la época navideña, no quiero que se espanten con el calor húmedo de aquí. No los quiero oír decir que su princesa se queda a vivir en una jungla, como le comentaron a Manolo. ¿Sabes? Ellos no salen de Madrid. De hecho, ni sé si vendrán –dijo Carmen Elena riendo despreocupada.

–Me gusta que sea en Navidad. Espero que puedan acompañarte.

–Te quería preguntar, ¿podré quedarme contigo para comprar mi ajuar de novia en la capital? No quiero quedarme con doña Fedora.

–Muchacha, todo el tiempo que gustes. Te llevo a los lugares donde podrás conseguir de todo para que estés bella –expresó Belén entusiasmada–. Ana Elisa, estás invitada–. ¿Tienes vajilla y cubiertos? ¿Manteles? –le preguntó Belén a la novia.

En esos instantes, salían de la biblioteca don Manuel y Andrés. El licenciado no desaprovechó la pregunta de Belén: la contestó él. No dio tiempo ni para estrechar manos, darse abrazos o besos de felicitación por el compromiso.

–Doña Belén, venga, le enseño lo que pienso regalarles, era de mamá –dijo don Manuel señalando, a modo de invitación, un punto

indefinido hacia la parte trasera de la casa.

–Ay, don Manuel, déjeme plantarles sendos besos a los novios. Pero ¿y la sortija? Hay que celebrar. Brindemos –dijo Belén atropelladamente, las mariposas revoloteaban por su estómago.

El doctor Andrés Campos Pérez sacó la sortija de la cajita que la guardaba y, con manos temblorosas, se la puso en el dedo anular de la mano izquierda a quien pasaba a ser su prometida; solo se dieron un abrazo. Todos alzaron copas, brindaron y se abrazaron. Belén se bebió el champán con prisa hasta terminar su copa casi de un sorbo. El apuro de la viuda fue notado por don Manuel y Andrés: sonrieron. El momento se animó cuando uno de los guares encendió el fonógrafo y de él salió una canción de *jazz* que puso a todos a mover los cuerpos. El licenciado, tratando de verse casual, volvió a invitar a Belén para mostrarle los supuestos regalos que les daría a los novios. Belén, con el champán alterando su recatado comportamiento, accedió risueña.

Dejaron el alboroto atrás. Sin poder contener una sonrisa, el licenciado dirigió a la viuda hacia la parte trasera de la casa. Belén miró hacia la sala, nadie los siguió con la mirada; bailaban y cantaban alegremente.

–¿Qué será lo que guarda por acá tan apartado de todo? –preguntó Belén con coquetería.

–¿Que qué guardo? –respondió don Manuel sonriendo.

En la parte de atrás de la casa, como eran casi todas las de ese pueblo y otros de la Isla, estaban la cocina, las habitaciones del servicio y el jardín. En el caso de esa propiedad, el patio quedaba bajando una larga escalera. El hombre pensó en que la oscuridad no permitiría que los vieran, pero también, que ni siquiera se distinguirían entre ellos. De todos modos, se enfiló hacia las escaleras.

–Manuel, ¿para qué me trae por aquí? –preguntó la viuda sin pudor.

–Belén, tengo tanto aguantado adentro. No podemos seguir así –dijo deteniéndose en un escalón más abajo y volteándose para mirarla.

Don Manuel la tomó por la cintura y la abrazó con pasión; ella se acurrucó en su pecho. Se quedaron susurrándose unos «¿qué vamos a hacer? ¿dónde podríamos encontrarnos? ¿y si nos ven?» que luego acallaron con besos. En aquel deleite, a Belén la sacudió el susto y, con delicadeza, se apartó.

–Hay que regresar a la sala. Deben echarnos de menos. ¿Qué me enseñó?, para comentarlo con Carmencita. ¿Un mantel? ¿Platos o cubiertos?

–Habla de la cubertería de plata, es de líneas sencillas, con eso bastará –dijo don Manuel riendo y dirigiéndola de nuevo a la casa. A Belén la divirtió el tuteo.

Entraron a la sala platicando sobre cucharas, cuchillos y tenedores.

–Carmen Elena, ¿has visto los cubiertos? –preguntó Belén para dirigir la conversación a la que todos se unieron sin notar o sospechar lo que ocurrió en la oscuridad de la escalera que conduce al patio.

Cenaron, volvieron a brindar y, durante la sobremesa, planificaron un poco el futuro. En esas conversaciones familiares, todos opinan y aconsejan. En la de esa noche, hasta los guares hablaron. Expresaron su oposición a ser pajes en la boda. «Ya estamos grandes para esas bobadas», dijeron los cuatro al unísono.

–Carmencita, tendrás que conformarte con los padrinos nada más –dijo don Manuel.

–Y esos seréis vosotros –expresó Carmen Elena mirando a Belén y a su primo.

Belén se sintió más que emocionada. Agradeció el gesto y se levantó para abrazar a Carmen Elena y Andrés. Esa familia le encantaba, eran tan espontáneos y alegres que inevitablemente pensó en cómo serían si Leticia estuviese allí. Se le ensombreció el semblante, pero en seguida se le iluminó cuando vio cómo la miraba don Manuel.

La reunión terminó planificando la visita de Carmen Elena y Ana Elisa a la capital. Belén se despidió de todos y dejó para el final a don Manuel.

–Pasa por mi despacho –le susurró el licenciado a Belén al momento de despedirse.

El lunes, la viuda se presentó en el despacho de don Manuel con la excusa de finalizar dos o tres procesos notariales de varias donaciones de terrenos. Sus visitas no tenían por qué extrañarle a la secretaria Margarita, hacía muchos años que esta había aprendido a no inmiscuirse en absolutamente nada de lo que ocurría entre don Manuel y sus clientes.

El licenciado Cuevas Otero la recibió como lo hacía con todo el que llegaba a solicitar sus servicios.

–Qué gusto verla, doña Belén. ¿Cómo la ayudo? Pase, pase –dijo indicándole el camino hacia la puerta de su despacho.

–Gracias, don Manuel. Resulta que necesito resolver unos asuntos con unos solares para unos empleados nuevos… –comenzó Belén para que la secretaria Margarita lo escuchara.

A puerta cerrada, el saludo fue con un apasionado beso que aceleró las palpitaciones de Belén a niveles que desconocía: no se lo esperaba. A pesar de sentir la delicia del momento, le aterraba que Margarita abriera la puerta. Sutilmente, se separó de don Manuel.

–¿Cuándo…? –comenzó don Manuel para después callar. Sabía que no podía presionarla.

–Manuel, aquí nos conoce todo el mundo. No puedo, no puedo.

Él la abrazó comprensivo.

–Ve con Carmencita y Ana Elisa a la capital. Ellas se van a quedar conmigo. Puedes quedarte en un hotel, allá hay muchos –dijo Belén espontáneamente comenzando a entusiasmarse. Él sonrió–. ¡¿Qué?! –preguntó ingenuamente.

–Voy a ver qué puedo hacer –don Manuel seguía sonriendo.

–¿Por qué te ríes? –preguntaba comenzando a reír, pero sin entender.

–Me estás tuteando.

–Tú me tuteaste primero –dijo la viuda sonriendo–. Me voy pasado mañana. Mañana quiero pasar por la Puerto para saludar a los muchachos. Planifica –dijo para luego salir del despacho.

La viuda, la cocinera y el chofer regresaron a la capital el miércoles por la mañana temprano. Belén sentía una emoción que, por ratos, hasta la asustaba. Pensaba en lo fuerte que era la presencia de Leticia. Eso hacía que, en su mente, las llamas del infierno se avivaran ante el pecado de disfrutar la pasión con un hombre casado. Le aterraba que quienes pagaran sus pecados fueran sus hijos. De momento pensó que ya lo estaba viendo.

–No lo vea así. Sáquese esos pensamientos de la cabeza. Eso ya no es un matrimonio. Usted hace feliz a ese hombre que lleva tantos años cargando con esa loca –decía Candelaria organizando la cocina que, a claras luces, durante su ausencia, había pasado por las manos de Marcial y Antonio–. Mire para allá, no saben ni dónde van las cosas –seguía acomodando ollas, potes y trapos.

–Pues, sí, si lo miro así suena más a redención que a pecado.

–Pídale a Dios que los ayude.

–Candelaria, ¿qué es eso? Pero ¿cómo voy a pedirle algo así?

–Bueno, pues, ¿qué sé yo? No sé qué más decirle… Peque, peque, no limite los placeres –terminó diciendo la cocinera ante la cara de espanto de Belén, quien salió enmudecida de la cocina.

Tan pronto como el viernes, llegaron Carmen Elena y Ana Elisa a la puerta de Belén. Al verlas solas, la viuda se asomó a la acera para ver si don Manuel andaba por allí. No se atrevió a preguntar por él. No lo necesitó.

–Papá fue a instalarse en un hotel. No sabemos en cuál se quedará, pero sí que vendrá en un rato para llevarnos a cenar.

–Qué alegría tenerlas aquí, vamos, pasen, pasen –decía Belén tratando de que interpretaran que su emoción era porque ellas estaban allí–. Dentro de un rato llegan Milita y Antonio. Guelo salió hace un rato a buscar a Milita al colegio y Antonio viene caminando del suyo. Ah, Carmen Elena, conocerás a Marcial. Ana Elisa, creo que no conoces a Antonio.

–Bueno, lo vi aquella noche de Navidad –dijo la muchachita sin mencionar el fuego–. Pero creo que ni me vio.

–Bueno, nada, que lo conocerás hoy. ¿Imagínate que emparentáramos? –dijo Carmen Elena mirando a Belén mientras

Ana Elisa se ruborizaba con tan imprudente comentario.

Las féminas platicaban sobre adónde irían para conseguir el ajuar de novia cuando entraron por la puerta Milita y Antonio.

–Eh, llegaron a la vez –expresó contenta Belén cuando vio a sus hijos.

Antonio era un tanto tímido con las muchachas, realmente no estaba acostumbrado a compartir mucho con ellas, solo con su hermana. Pocas veces había coincidido con Gloria y, de todos modos, ella lo ignoraba. Se quedó pasmadísimo cuando encontró su casa invadida.

–Acércate, Antonio, quiero que conozcas a Carmen Elena y a Ana Elisa –dijo Belén de lo más casual–. Sé que se vieron en Navidad, pero en ese momento no hubo tiempo ni ánimo para presentaciones.

Antonio fue muy galante y a ambas les beso una mano.

–Pero que joven educado y encantador. Qué guapo es, ¿verdad Anita? –seguía Carmen Elena sin que nadie pudiera evitarlo.

Milita salió al rescate inmediatamente. Preguntó si Gloria sabía si estaban allí al tiempo que las saludaba de besos en las mejillas. Carmen Elena comentó que la visita había sido planificada al escape y que ni doña Fedora estaba enterada de que estaban en la capital.

–Pasaremos a saludarla, pero nos quedaremos aquí. Manolo se va a quedar en un hotel. Estaremos pocos días, solo el fin de semana, el domingo regresamos. Manolo tiene mucho trabajo allá y Andrés no vive sin mí –dijo simpáticamente Carmen Elena.

La muchacha era tan alegre y espontánea que a nadie le incomodaba su falta de recato.

–La felicito por su compromiso con el doctor Andrés. Bienvenida a nuestra tierra –expresó Antonio muy galante. Ella le agradeció con una sutil inclinación de cabeza.

El licenciado llegó según habían vaticinado las invitadas. Todos lo esperaban listos para caminar por las calles adoquinadas hasta llegar a un restaurante mallorquín donde don Manuel reservó una mesa para seis. Al entrar, Belén lo hizo al lado del licenciado. Miró hacia uno de los muchos espejos que colgaban en las paredes del

lugar. Se percató de que era la primera vez que se veía al lado de él. No pudo evitar pensar en que formaban una linda pareja. Sonrió y siguió caminando. Brindaron, ordenaron, cenaron y charlaron.

–¿En qué hotel te estás quedando? –preguntó Ana Elisa.

–No recuerdo el nombre, está cerca. Estoy bien –mintió deliberadamente. Sí sabía el nombre de ese hotel que escogió lejos de la casa de Belén.

De regreso a la casa, los jóvenes hablaban de temas de juventud con Carmen Elena, quien era más contemporánea con ellos que con su primo y Belén. Aprovechando la oscuridad y la cháchara de los jóvenes, don Manuel le entregó un sobre a Belén que ella guardó de inmediato.

Candelaria los esperaba con cordiales para los adultos y jugo para los menores. Charlaron un rato más.

–Candelaria les tiene todo preparado. Cada una tiene su habitación. Puede quedarse tranquilo, estarán bien atendidas –le dijo la viuda al licenciado.

Esa noche, los jóvenes se acostaron tarde charlando. Se creó una grata armonía de caracteres. Todos eran diferentes, pero congeniaron.

Belén, en la cocina, como hacía todas las noches, platicaba con Candelaria.

–Ay, si vieras lo que vi en un espejo… La pareja más linda que jamás he visto –dijo Belén sonriendo.

–Eso llevo viéndolo yo hace años –expresó Candelaria con sus habituales carcajadas.

–Baja la voz, no te rías así, te pueden oír –dijo la viuda sin poder ocultar una sonrisa.

El sábado amaneció acelerado. Muchos eran los lugares que debían visitar porque Carmen Elena tenía que conseguir vestidos, calzado y ropa de novia. Belén las acompañaría, pero ya tenía la excusa perfecta para separarse por unas horas. Les dijo a su hija e invitadas que tenía una actividad de beneficencia en la escuela de párvulos y que las encontraría por la tarde en la casa pues la viuda había planificado una cena a la que también invitó a doña Fedora y a

don Rogelio. Así, la mañana transcurrió de establecimiento en establecimiento. Pasado el mediodía, Belén se separó del grupo.

La viuda caminaba nerviosa pero anhelante. Se había memorizado la calle, el nombre del hotel y los números que estaban escritos en la nota que le dio don Manuel. Entró sin ni siquiera mirar hacia los lados. Subió las escaleras como si fuera una huésped más. En pocos segundos, amparada por el anonimato de las ciudades grandes, llegó a la puerta número 119. Se paró al frente, se volvió para estar segura de haber soltado sus escrúpulos atrás y, con el corazón saliéndosele por la boca, tocó. Un sonriente don Manuel la recibió aliviado pues no estaba seguro de si ella llegaría, la invitó a pasar. La puerta se cerró tras de sí, y una ventana se abrió por delante de las vidas de esos seres a los que el universo decidió unir. Vivieron algo que para los dos fue nuevo. Simplemente, experimentaron sensaciones que ni siquiera imaginaron que existían.

En medio de una puesta de sol digna de ser pintada, Belén regresaba a casa radiante de felicidad. Sabía que estaba retrasada: eran las cinco y media de la tarde. Les había pedido a sus invitados que llegaran antes de las seis para pasar un buen rato platicando, pero, al igual que ella todos estaban retrasados. La sombra que daban los edificios hacía que pareciera más tarde de lo que realmente era. Belén y don Manuel planificaron llegar más o menos a la misma hora, pero por rutas distintas. Todos los que iban a la cena caminaban hacia el hogar de Belén al mismo tiempo. Doña Fedora y don Rogelio lo hacían desde su casa; Carmen Elena, Ana Elisa, Milita y Gloria, quien se les unió por invitación de Milita, desde la confitería donde hicieron una parada para refrescarse con malteadas y dulces.

Casi al llegar al hogar capitalino de la viuda, todos los que compartirían la cena fueron divisándose; caminaban hacia el mismo destino. Iban mirándose desde lejos. Ana Elisa comenzó a saludar a su papá, doña Fedora contemplaba a su nieta y Belén veía la escena mientras iba aproximándose al cuarteto de jóvenes cargadas de paquetes.

Como les pasa a las personas que no están acostumbradas al ritmo de las ciudades, Ana Elisa, embelesada mirando a su papá, comenzó a cruzar la calle sin mirar a los lados. Todos se quedaron petrificados en esos segundos que parecieron paralizar la escena.

Don Manuel le gritó a su hija. Ella le sonreía sin percatarse de que un automóvil se aproximaba. Ante la cara de espanto de todos, Belén, quien era la que más cerca se encontraba, corrió y empujó a la niña; Ana Elisa aterrizó con sus manos en la calle adoquinada. Carmen Elena dio un grito desgarrador y Milita y Gloria enmudecieron. Belén sintió el cantazo del automóvil para luego no sentir nada más. La viuda pueblerina quedó tirada sobre los adoquines ante las miradas aterradas de todos. El conductor se apeó pidiendo disculpas. Ana Elisa se levantó confundida. En un momento, un tumulto se acercó a la escena. Doña Fedora se quedó paralizada junto al marido que la abrazaba mientras don Manuel corría hacia Belén.

–No la toquen –dijo don Manuel en un volumen que todos escucharon, pero sin gritar ni perder el control. Trataba de mantener la calma para pensar en qué hacer.

El golpe del vehículo no fue fuerte, pero sí lo suficiente para lanzarla al suelo. Por fortuna, el conductor logró reducir la velocidad antes del impacto. Belén parecía estar inconsciente, no reaccionaba.

–¡Mami! ¿Respira? –le preguntaba Milita a don Manuel.

–Sí, sí, respira –dijo don Manuel, quien tenía su oído pegado al pecho de Belén–. Oigo sus latidos.

Belén abrió los ojos. Estaba medio aturdida; miraba a todos lados. Al ver a Ana Elisa sin heridas y bien, sonrió.

–Ahí estás, gracias a Dios –expresó con una sonrisa angelical.

Todos respiraron aliviados. Don Manuel tuvo que aguantar los deseos de abrazarla y besarla. Milita se tiró al suelo al lado de su madre y Carmen Elena no podía reprimir las lágrimas. Con el alboroto, Antonio, Candelaria y Marcial llegaron a la escena. Antonio, ante el aturdimiento de todos, tomó la iniciativa que nadie había recomendado: salió corriendo a buscar un médico.

En medio de la conmoción, doña Fedora estaba petrificada luchando con sus pensamientos. Experimentó sensaciones que no eran propias de ella, de hecho, la confundieron. Sintió algo entre agradecimiento, remordimiento y arrepentimiento. De esos tres, uno golpeaba tanto su corazón que poco faltó para hacerla estallar en gritos; se santiguó. Miraba a aquella mujer que salvó a su nieta, que hizo uno de los actos más valerosos y nobles que puede hacer una

persona. Se cuestionó asustada, escrutada por su conciencia, si ella hubiese arriesgado la vida por otra persona. Volvió a santiguarse.

–Don Rogelio, ¿me ayuda a llevarla a casa? –pidió el licenciado.

–Estoy bien –decía Belén sentándose en el suelo–. Solo fue una caída –dijo tratando de levantarse inútilmente.

–Venga, que la ayudamos –dijeron a la vez don Manuel y don Rogelio.

–Pues, sí, parece que me lastimé el tobillo –dijo con la palidez que causa el dolor.

Don Manuel la alzó en brazos. Belén le rodeó el cuello con los suyos cuidándose de no acercar mucho su rostro al de él para no llenarlo de besos como era su más loco deseo en aquel instante.

En la tranquilidad del hogar y despojados del susto, todos notaron que las lágrimas seguían mojando el rostro de Ana Elisa y doña Fedora no hablaba. Belén trató de calmar a la niña, quien había aguantado el sutil pero contundente regaño de su padre: una cantaleta sobre las reglas a seguir ante la modernidad de los automóviles y cómo cruzar una calle.

–No sé qué es peor, los caballos o los automóviles. De cualquier forma, hay que mirar a ambos lados para cruzar, Anita. ¿Entendiste? –decía don Manuel con la molestia que se asoma luego de superar un susto como aquel.

–Don Manuel, estamos bien. Yo estoy perfecta. Lo único que me molesta un poco es el tobillo, pero no siento nada más. El auto solo me empujó. Creo que el empujón que le di a la pobre Ana Elisa fue peor. Bendito, mírele los raspones en las manos –dijo Belén como para suavizar la situación.

–¿Bien? Pero mírese, con un tobillo vendado y bastón –seguía el licenciado para luego bajar el tono–. Gracias, doña Belén. Fue la única que reaccionó rápido.

Ella sonrió como minimizando su heroico acto.

Ana Elisa llegó hasta Belén, la abrazó y se echó a llorar en aquel hombro que parecía el de una mamá. Los sollozos no cesaban. Todos se conmovieron ante la escena. Milita mostró una madurez que sorprendió a su familia y, acercándose a Ana Elisa, le habló

suavemente y se la llevó a escoger qué música poner para animar la velada. Doña Fedora, aún conmovida, tomó la palabra.

–Belén, a mi edad he visto mucho, pero lo que Dios me hizo presenciar hoy no me había tocado antes. No me va a dar la vida que me queda para agradecerte. No sé cómo podría vivir si pierdo a otra niña –dijo doña Fedora sin derramar una lágrima, pero con rostro desencajado. Todos entendieron que la mujer daba por perdida a su hija Leticia–. Lo que ha hecho Belén hoy nos debe servir de ejemplo de lo que es el desprendimiento –dijo con voz quebrada–. Cuando te restablezcas, ¿podrías ir a casa? –preguntó mirando a Belén.

–Por supuesto. Deme uno o dos días, allí estaré. Pero, bueno, ¿qué pasa con la música? –dijo la viuda para tratar de animar la velada, no le gustaba llamar la atención.

Belén no quería cargar con el protagonismo de esa noche, pero eso fue inevitable, el gesto de ese día la engrandeció en los corazones de todos los que lo atestiguaron. Cenaron en la tranquilidad del hogar capitalino de la viuda. Charlaron sobre los planes de Carmen Elena, entre los que estaban tomar clases con el señor Tynes para aprender inglés. Milita y Gloria orientaron a Ana Elisa para que no lo pasara tan mal cuando llegara al internado el próximo curso escolar, y don Rogelio detalló la ruta que seguirían durante su próximo viaje por la parte oriental de Europa.

Belén y don Manuel contenían los deseos de mirarse. Su interior aún sentía las delicias de lo vivido esa tarde en la intimidad de aquel lugar en donde no dosificaron los placeres. Las palabras que le dijera don Manuel a Belén en aquella habitación de hotel le retumbaban en la cabeza: «Me juego el paraíso, y no me importa». Bien sabía ella que se jugaba lo mismo, pero fácilmente concluyó que ese lugar bíblico tampoco le importaba ni un tantito.

La mañana del domingo, el licenciado pasó por la casa de Belén a recoger a Carmen Elena y a Ana Elisa. Tomaron café en el patio interior rodeados por helechos y trinos del canario. El comportamiento tan casual entre los enamorados no dejó ver nada más que la relación que llevaban hacía más de una década: la de cliente y abogado.

Don Manuel regresaba al pueblo acompañado por su hija y su prima según habían planificado. Las despedidas fueron de besos

entre las féminas; las de los hombres, entre cordiales apretones de mano. Belén y don Manuel se despidieron como si fueran dos caballeros, detalle que le sacó una sonrisa a la viuda; a Milita, una carcajada. Belén solo pensaba en todos los planes que hicieron para poder verse cuando ella regresara al pueblo del litoral sur.

–Don Manuel me cae bien, mami –dijo Milita mirando fijamente a su madre.

–Es un caballero encantador. Siempre me he llevado bien con él –dijo Belén entrando a la casa luego de despedir a sus invitadas y al licenciado.

–Como que no le gusta mucho la capital. Por él es que regresan tan rápido al pueblo –comentó Antonio.

–¿Qué? ¿No te gustó que se fueran? ¿Extrañas a Ana Elisa? No te preocupes, por lo menos a Gloria la tenemos cerca. ¿Por cuál te decides? –dijo la hermana con una sonrisa burlona.

–Me caen bien, eso es todo –dijo Antonio malhumorado. Se fue a jugar carambola. Milita y Belén sonrieron.

–Déjalo quieto –le ordenó Belén a su hija, pero no pudo aguantar las ganas de reír.

El martes, Belén se levantó con ánimo, el tobillo le molestaba poco. Lo que sí la incomodaba era la invitación de doña Fedora. La carcomía la intriga que la mujer le dejó plantada cuando ni siquiera le adelantó para qué la quería ver. Se arregló y fue a tomar café.

–Yo le voy a decir para que la quiere. Debe tener la conciencia manchada, sucia, podrida. Ese empeño de dañarle la vida a don Manuel atándolo a esa loca sin remedio es cruel. Apuesto a que le va a hablar de eso –decía Candelaria sin dejar de mirar las papas que pelaba para añadirlas a un fricasé de cabrito. Por esos tiempos, el menú de la casa Calzada Fernández había vuelto a incluir los platos a los que estaban acostumbrados.

–¿Tú crees? No creo. Bueno, ni sé –decía Belén intrigada.

–¿De qué más va a ser? Ya me contará. A Guelo que la lleve para que no camine de más. Marcial, llama a Guelo –gritó Candelaria desde la cocina.

–No, no, no puede ser eso. No sabe nada de nosotros.

–Ay, mi niña. Ese hombre la mira a usted con una cosa en esos ojos que se le nota demasiado *to* eso que tiene adentro –decía Candelaria sonriendo contenta con solo recordar las miradas de don Manuel hacia Belén que bien había visto antes.

El corto trayecto hacia la casa de doña Fedora no le permitió a Belén organizar sus ideas. Comenzó a preocuparse. Las palabras de Candelaria sonaban con fuerza en su cabeza. Se preguntaba si la señorona pondría el tema de don Manuel o si hablaría de las muñecas de Leticia. *No, no, doña Fedora jamás tocaría esos temas.* Pensó en que podría ser que hablara de Ana Elisa. Seguía mirando las fachadas blancas de dos y tres puertas de la ciudad amurallada. *¿Será que me quiere obsequiar algo?* De momento, se asustó. *¿Y si me pregunta sin tapujos si tengo una relación con Manuel?* Estaba segura de que su expresión la delataría. Ninguna de las interrogantes encontró respuesta. Guelo detuvo el auto frente a la puerta de doña Fedora.

–Apóyese del bastón, para eso es, doña Belén –dijo Guelo al ver a su patrona tratando de prescindir del apoyo; la viuda tuvo que seguir el consejo del chofer.

Belén tocó a la puerta. De repente, se arrepintió de haber ido. Su respiración se alteró. Miró hacia atrás buscando a Guelo, pero el auto andaba lejos de su alcance. Los latidos se le agolpaban en la garganta. Comenzó a sudar; desde adentro tardaban en abrir la puerta. Cuando escuchó un cerrojo correr, por poco se le escapa un grito. La expresión en la cara de doña Fedora no la calmó.

–Pasa, pasa –dijo sin tan siquiera saludarla.

Doña Fedora cerró la puerta y en seguida guio a Belén hasta el patio trasero.

–¿Le conseguiste geranios a Milita? –comenzó la plática la señorona mientras caminaban hasta el patio.

–Fíjese, Marcial ha quedado en buscar, pero aún no los encuentra –mintió Belén.

–Ah, voy a decirle a Tomás que saque unos ganchitos para que te los lleves. Discúlpame un momento. Vuelvo en seguida. Siéntate, siéntate –dijo doña Fedora, y se retiró para buscar a su jardinero.

Belén no sabía ni qué pensar, se sentó muy obediente.

–Te los va a preparar, le dije que te coja de todos los colores que tengo –expresó doña Fedora al regresar al patio.

–¡Qué detalle! ¡Gracias!

–Belén, no tengo pruebas, pero sé que Lorenzo fue quien quemó tu caña –soltó doña Fedora sin allanar el camino, Belén se quedó sin habla–. Lo sospecho desde hace algún tiempo. Lo increpé… El muy cínico no lo admitió, pero tampoco lo negó. Sé que fue él. Lo sé –terminó de sacarse lo que llevaba adentro hacía meses, y se dejó caer en un pequeño sofá–. Ve tú a saber si lo de Antonio…

–Lo sé, sé que fue Lorenzo. Lo del fuego y lo de Antonio. –dijo Belén perpleja, pero sintiendo un extraño alivio al saber que ese era el tema del que quería hablar doña Fedora–. ¿Qué le hace pensar que él tiene algo que ver?

–Ay, hija. Siempre le ha incomodado que seas independiente, que no necesites a un hombre a tu lado. Desde que te vio, se propuso conquistarte. Pero te voy a decir una cosa, ese hombre es raro. A veces tiene unas miradas que me preocupan. Debes tener cuidado. Tengo que confesarte que, en un principio, me pareció un buen partido para ti. Hoy pienso, no tan solo que no lo es, sino que no es de fiar.

–Él no es el mismo Lorenzo que conocí hace años, ha cambiado. Me llevaba bien con él. Es tan culto. Disfrutaba su compañía… Pero, sí, he notado y vivido situaciones raras con él– dijo Belén quedándose pensativa.

Hubo un breve silencio. Doña Fedora no sabía si contarle más mientras Belén pensaba en lo que debía hacer.

–Doña Fedora, discúlpeme, voy a hablar con Lorenzo –dijo de repente la viuda ante la cara confundida de la señorona.

–Niña, ¿qué piensas hacer?

–No se preocupe.

–Puedo denunciarlo, no te arriesgues.

–¿Quién le va a creer? ¿Con qué pruebas? Solo se reirán de usted. Por eso no lo he hecho yo, nadie lo creería… –dijo una Belén

reflexiva, quien, en unos segundos, cambió a una decidida–. Necesito avisarle a Guelo para que me lleve. No puedo ir caminando.

–Te acompaño, no puedes ir sola.

Un mensajero buscó a Guelo, quien llegó al poco rato a casa de doña Fedora.

–Doña, aquí tiene –dijo el chofer mientras le entregaba un paquetito.

–Gracias, veo que el mensaje te llegó bien –dijo Belén al revisar el interior del paquete.

Durante ese otro trayecto, la preocupada era doña Fedora; no sabía lo que escucharía allí. Belén iba decidida, sabía lo que diría.

Al llegar a la fastuosa residencia de don Lorenzo, les abrió la puerta el mayordomo Segundo, quien las hizo pasar y las invitó a sentarse. Entraron, pero ninguna tomó asiento. Doña Fedora se distanció; se asomó por una de las ventanas que daban a la calle. En silencio, la señorona dejó su vista divagar por entre los transeúntes que subían y bajaban por las aceras. Belén se quedó de pie al lado del hermoso piano de cola que solo era tocado por pianistas invitados a las fiestas que allí se ofrecían. Don Lorenzo se asomó por la escalera. La alegría que mostró al ver a Belén se le borró cuando se dio cuenta de que doña Fedora también estaba. Trató de disimular. Comenzó con sus buenos tratos y halagos.

–Cuánta belleza y elegancia me traen las más hermosas damas de esta ciudad –dijo el rico soltero treintón.

–No sé si prefieras sentarte para escuchar lo que vengo a decirte –comenzó Belén tuteándolo sin el más mínimo respeto y acallando las empalagosas lisonjas del hombre.

Él aguantó estoicamente las primeras palabras de Belén, se quedó de pie. Doña Fedora permanecía un tanto alejada. Belén se acercó al hombre. Don Lorenzo no pudo disimular el gesto de extrañeza ante la actitud de Belén, quien no podía controlar el rubor en sus mejillas.

–Apártate de mí, de los míos y de lo mío también. De alguna manera pagarás por lo que nos hiciste –espetó Belén ante la mirada estupefacta de don Lorenzo–. Qué iluso fuiste al pensar que

aceptaría tu proposición. No me hace falta tu dinero y mucho menos, tú. Me repongo de todo solita. Aún no ha nacido un hombre que yo necesite –dijo con altivez–. Ah, por poco se me pasa decirte que ya leí *Thérèse Raquin*. Toma, te la devuelvo para que la regreses a su lugar y vuelvas a tener la colección completa –dijo poniéndole el libro bruscamente sobre el pecho; él lo agarró aturdido.

Don Lorenzo dejó de mirarla y tornó los ojos hacia doña Fedora. En un arrebato colérico, tiró el libro a un lado y comenzó a caminar deprisa hacia la señorona capitalina, quien reaccionó espantada. Ninguna de las dos mujeres imaginó lo que haría el hombre.

–Vieja arpía –dijo mientras agarraba a doña Fedora por el cuello y comenzaba a apretárselo con fuerza.

Belén corrió hacia don Lorenzo y comenzó a golpearlo por la espalda. El hombre apretaba con más fuerza y las rodillas de doña Fedora comenzaban a flaquear. Belén empezó a gritar y en dos segundos el mayordomo Segundo llegó a la escena. En un acto de desespero ante lo que vio, el mayordomo le dio un puñetazo a don Lorenzo. Asestó en la quijada con perfección de boxeador haciendo que el hombre soltara a doña Fedora y su cuerpo inconsciente cayera y diera contra el suelo. Belén agarró a doña Fedora, quien a ese punto había perdido el sentido, pero no pudo con el peso: las dos también cayeron. Belén se repuso de inmediato, acomodó con cuidado a la señorona sobre la alfombra y puso sus dedos sobre el cuello de doña Fedora para tomarle el pulso. *Gracias a Dios*. Constatado el estado de la señorona, Belén se hizo cargo de la situación.

–Segundo, llama a alguien, pero no te vayas, no nos dejes solas. Necesitamos que busquen ayuda. Anda llama a alguien, grita, haz algo –decía Belén desesperada.

–Don Lorenzo, perdóneme –decía el mayordomo agachándose para revisar al rico soltero treintón.

–¿Cómo que «perdóneme»? Estaba asfixiando a doña Fedora. Pide ayuda –ordenó Belén.

–Don Lorenzo, por Dios, despierte –seguía diciendo el mayordomo Segundo mientras le daba palmadas en el rostro.

–Mira, si lo despiertas, te juro que le reviento esto encima –dijo Belén decidida agarrando la banqueta del piano.

La situación era complicada. Segundo seguía ignorándola. Belén no podía dejar a doña Fedora sola y, de todos modos, no podía llegar lejos con su tobillo lastimado. El mayordomo estaba conmocionado, absorto en sus remordimientos por haber golpeado a don Lorenzo.

Ante la escena paralizada por el espanto del momento, y antes de que don Lorenzo recuperara el sentido, Belén reaccionó. Se asomó por la puerta que daba a la calle y comenzó a pedir ayuda. Inmediatamente, los gritos alarmaron a más de un curioso: pronto llegó un guardia. Al hombre le bastó con echarle un vistazo a la escena para tomar una decisión. Salió a la calle, y dio señal de alarma con su silbato. La residencia del rico soltero treintón se llenó de policías insulares.

Don Lorenzo despertó con expresión de aturdimiento. Lo sentaron en una butaca; lo custodiaron en lo que se reponía. La escena, a simple vista, mostraba un cuadro claro, lo que no le cuadraba al oficial que se hizo cargo era el motivo.

–A esa señora hay que llevarla al hospital –dijo el oficial con tono autoritario. Sus subalternos se movilizaron para buscar los medios para mover a doña Fedora.

–Yo la acompaño –expresó Belén decidida.

–¿Usted? Usted se va conmigo para el cuartel –expresó el hombre mirando a Belén–. Y usted también –le dijo el oficial al mayordomo Segundo–. A este, tráiganlo, ayúdenlo –dijo refiriéndose a don Lorenzo.

En la acera, Belén divisó a Guelo.

–Ve a casa de doña Fedora, avísales que la llevan al hospital, solo di que tuvo un percance, que está bien. Después vas a casa y dices que estoy bien, seguro que Marcial se enterará del alboroto, no quiero que se preocupen –dijo a la carrera Belén, la custodiaban y apuraban mientras se montaba en un vehículo junto con el oficial.

–Pero ¿qué pasó ahí adentro? –se atrevió a preguntar el chofer.

–Don Lorenzo se volvió loco –gritó Belén desde lejos.

Lorenzo García y Zúñiga caminó con su acostumbrada altivez aristocrática que, en esos momentos, junto al cabello despeinado, acrecentaba su aspecto desquiciado. Seguía el camino hacia el cuartel acompañado por Segundo y dirigido y custodiado por los policías, quienes no salían de su asombro: el hombre era una figura conocida en la ciudad capitalina.

Los curiosos no dejaban de observar, escuchar y hablar: sazonaron la escena inventando y llegando a conclusiones. Las palabras de la viuda, el estado de la señorona capitalina y las marcas en el cuello que muchos lograron ver, el semblante del rico soltero treintón y el reguerete de policías hicieron de la situación un espectáculo del que se hablaría por buen rato en todos los estratos de la ciudad amurallada de calles adoquinadas. Los «a ese no los salvan ni las once mil Vírgenes» se oyeron más de una vez.

–Ay, Virgen, como ese hombre perdió la chaveta –comentaba Candelaria mientras Belén contaba en casa todo lo que pasó con don Lorenzo.

–Pobre mujer. Qué susto se debe haber dado –aportaba Marcial.

–Fue horrible. Todo pasó tan rápido y, como fue tan inesperado, no pudimos reaccionar –decía Belén un tanto alterada todavía–. Me asusté tanto. Me parecía estar viendo a Mariano el día que murió. Lorenzo tenía esa misma cara de loco. Qué horror –recordaba Belén sacudiendo la cabeza como queriendo sacar esas escenas de su memoria.

–Tengo que admitir que me ha dado pena la doña Fedora –dijo Candelaria–. Y, con don Lorenzo… Ese que está tan acostumbrado a buenos platos, se va a tener que acostumbrar a los bodrios que le darán en la cárcel, ya verán.

–Esto no es lo de antes, yo creo que a ese sí lo van a trancar –concluyó Marcial.

No se volvió a ver a don Lorenzo. El delito de tentativa de homicidio no era algo ligero como lo eran los delitos de embriaguez o falta de puntualidad. Aquel delito, aunque había sido una tentativa inacabada, conllevaba que todos los procedimientos, hallazgos y sentencias estuviesen a cargo de la corte marcial. El rico soltero treintón, como vaticinó Marcial con simpleza, estaría un tiempo

fuera de circulación tras las rejas. Las residencias y negocios del hombre no se deteriorarían, serían cuidados por sus fieles empleados. Con el tiempo llegaría un primo del hombre, procedente del extranjero, para tomar y conducir los negocios hasta que el señor García y Zúñiga fuera puesto en libertad.

A Belén y a todos los tranquilizó la sentencia impuesta a don Lorenzo. La viuda se sintió liberada de ese hombre que en tantas ocasiones le alteró su tranquilidad. Solo le quedó la espina de no saber realmente cómo había planificado el fuego y la golpiza de Antonio, detalles que no se mencionaron en las declaraciones tomadas a Belén y a doña Fedora pues bien sabían que no les creerían. Esos asuntos nunca se esclarecieron pues no hubo manera de acusarlo, nadie habló. La viuda se sacó esa situación de encima. Decidió pensar en las palabras que pronunció su madre por medio de Francisca y concluyó que don Lorenzo sí cayó solito. *¿Cómo me atreví a dudar de mamá?* Dejó de preocuparse, se sacudió y apartó ese tema de su vida; no había por qué seguir patinando en él.

La salud de doña Fedora hacía que Belén sintiera algo parecido a un cargo de conciencia, la voz de doña Fedora nunca quedó igual luego del apretón de don Lorenzo. Belén la visitaba con frecuencia.

–¿Qué te ibas a imaginar que haría una cosa así? Yo estaba preocupada por ti más que por mí. Tampoco lo vi venir. No te preocupes –comentó doña Fedora en una de las visitas de Belén donde el nombre de don Lorenzo afloró en la conversación.

La relación amistosa entre la capitalina y la pueblerina se fortaleció, aunque solo charlaban de temas triviales. Belén se daba cuenta de que la señorona nunca mencionaba a Leticia y mucho menos a don Manuel, ni si quiera hablaba de Ana Elisa o de los guares. Ese detalle la mantenía incómoda. Sabía que doña Fedora intuía lo de su relación con don Manuel, era obvio que jamás lo aprobaría. Esa era una carga pesada en los hombros de Belén, no era posible disfrutar su amor como quería.

En la Isla se siguió viviendo. El progreso se palpaba, sobre todo en la educación. Muchas eran las construcciones de nuevas escuelas: el analfabetismo se iba atacando con fuerza. No solo ese adelanto alegraba a Belén, sino que había otro que la tocaba de cerca, el proyecto del riego iba llegando a su feliz término.

El comienzo del verano de 1914 fue activo. Belén entregó su casa capitalina porque sus hijos terminaron los estudios superiores y era momento de regresar definitivamente a su hogar pueblerino en el litoral sur. Atrás quedaron cuatro años de vivencias citadinas que los marcaron para siempre. Por otro lado, una situación preocupante alteró la paz de toda Europa: el asesinato del archiduque Francisco Fernando llevó al gobierno austrohúngaro a declararle la guerra a Serbia; a partir de ese momento, el mundo no fue el mismo. El viaje de doña Fedora y don Rogelio a Europa tuvo que ser pospuesto indefinidamente.

–¿Nos tocará esa guerra? ¿Se irán nuestros muchachos? –preguntó Marcial mientras Belén y Antonio lo acompañaban a echarle comida y agua al canario que pronto tendría compañía.

–Estados Unidos no está involucrado y, de todos modos, no tendríamos por qué ir. No te preocupes –contestó Antonio sin dar detalles de ciudadanías que, de seguro, Marcial no entendería. El muchacho estaba al tanto de la situación: leía todas las noticias de la guerra que había estallado en julio de ese año.

Las palabras de Antonio le dieron tranquilidad a Belén en cuanto a su terruño. Vislumbraba el porvenir de la Isla marcándose con unos trazos de estabilidad, pero el suyo… El suyo no se le presentaba claro. Esa inquietud, al mirar hacia adelante, la estremeció, se quedó pensando en lo que no podía prever.

En su pueblo, aunque don Manuel estaba al alcance de una notita enviada con disimulo, no podía hacer nada más que vivir el día a día. No era fácil verse en un lugar tan pequeño como lo era aquel pueblo al que llamaban ciudad. El rumbo que tomó su relación con don Manuel ya no tenía vuelta atrás; tocaba vivirlo. Muchas eran las situaciones que inventaban para poder encontrarse. Uno de los lugares donde se veían a solas era el despacho de don Manuel, donde sus encuentros eran apurados por la presencia de la secretaria Margarita al otro lado de la pared. La mujer era una tumba: jamás hablaba o comentaba. Únicamente le echaba un vistazo a la viuda cuando entraba al despacho y otro, aún más escrutador, cuando salía. Solo en una ocasión notó que un broche que Belén llevaba en su peinado cuando entró, al salir, lo llevaba prendido en el vestido; la

mujer hizo una imperceptible mueca de cansancio mezclada con hastío.

Belén estaba consciente de que era complicado. Muchos eran los riesgos. *Si se enteran mis hijos. ¿Y si no lo aprueban*? *¿Qué dirían los de Manuel si se enteran?* Solo esperaba que se le presentaran las respuestas para las punzantes preguntas. El otro elemento de complicación era la mujer del licenciado; seguía latente en la mente de la viuda. El peso de la presencia de Leticia lo sentía Belén más que don Manuel. Para ella era algo que rayaba en la traición, no a Leticia, sino a la figura de la mujer. Él, en cambio, se centraba en el amor de Belén, Leticia había salido de su corazón hacía años.

El agosto de 1914 fue igual o más caliente que los de años anteriores; no obstante, la modernidad permitía bajar en algo las temperaturas. Casas como la de Belén estaban frescas gracias a los abanicos eléctricos que todos apreciaban. El progreso se iba sintiendo en varias estancias de algunos hogares.

–Buenas tardes, don Manuel –saludó Antonio al recibir al licenciado en aquella tarde agosteña.

–¿Qué tal?, muchacho –dijo don Manuel dándole palmadas en un hombro a Antonio–. ¿Está tu madre? A la plaza del mercado llegaron canarios y le conseguí una hembra.

–Se va a alegrar. Ella dice que no quiere más, pero estoy seguro de que es de la boca para afuera. Venga, está en la galería.

Belén leía, por segunda vez, *El conde de Montecristo*. Tan pronto sintió las voces, cerró el libro. Al tener de frente a don Manuel, con una leve sonrisa pícara, le mostró la carátula. Él sonrió al recordar la primera vez que cruzaron palabras hacía, precisamente, diecinueve años. Nunca le había confesado que llevaba los días contados desde aquel primer encuentro en la plaza del pueblo mientras ella leía la obra de Dumas.

Belén agradeció el regalo y llamó a Marcial para que le preparara una de las jaulas que permanecían guardadas desde aquella fatídica noche en la que no se salvó un solo canario. Milita escuchó las voces.

–Vaya, licenciado, las flores son más baratas –soltó Milita acercándose. No le importó la cara de desaprobación de su mamá.

–Bueno, aquí ya hay flores, pensé en que faltan más canarios. Es hembra –dijo sin mostrar sentimiento alguno ante el mensaje que cargaban las palabras de la joven impetuosa.

–Bueno, bueno, don Manuel, siéntese. ¿Qué le trae por aquí? –expresó Belén con calculada naturalidad.

–Solo quería estar seguro de que sabe que ya hay fecha para la inauguración del riego.

–Imagínese, septiembre, lo único que pido es que no nos azote un temporal –dijo Belén uniendo las manos en gesto de súplica al Altísimo.

–¿Hace cuánto que se conocen? –intervino Milita.

–¿Como cuánto hará?, doña Belén. ¿Unos veinte años? –contestó don Manuel mostrando una actitud ingenuamente casual sin dejar saber que sabía exactamente cuánto hacía.

–Por ahí, más o menos –comentó la viuda siguiendo la línea de don Manuel y sin caer en el juego de su hija.

–¿Y todavía se tratan de usted? –dijo la joven echándose a reír.

Candelaria, quien escuchaba desde la cocina, dio un grito salvador: «Militaaa, ven acá». La joven se levantó y se fue a la cocina a atender el oportuno llamado de Candelaria, como lo habían interpretado Belén y don Manuel. La cocinera se encargó de poner a la joven a ayudarla en la tediosa tarea de mondar viandas. «¡Cómo los protege!», pensó Milita para luego sonreír.

–¿Tú crees que sospecha algo? –preguntó don Manuel riendo.

–No te rías, no es gracioso. Manuel, no podemos seguir así –dijo Belén buscando la mirada de don Manuel, quien no supo qué comentar.

Mientras el mundo comercial celebraba la inauguración de un colosal canal de navegación ubicado entre el mar Caribe y el océano Pacífico, en la menor de las Antillas Mayores concluía la construcción de un sistema que llevaría agua constante a los terrenos llanos de la costa tostada del sur. Ante la invitación para la ceremonia de inauguración del sistema de riego, Belén decidió que disfrutaría el momento en la Puerto con su familia y empleados. Consideraba que era un momento para celebrar entre ellos, no con

gente que solo iba para acomodarse en un buen lugar para las fotos que se publicarían en los periódicos. Quería guardar todo recuerdo en su mente, en su corazón: sería un momento íntimo.

La mañana del 1º de septiembre amaneció vaticinando cambios. Todo agricultor del sur llevaba años a la espera de poder ver el agua correr en sus tierras. El depender de las lluvias quedaría en el pasado. Aunque sabían que tendrían que aportar dinero para poder usarlo, su euforia disipaba toda preocupación monetaria.

El capataz Juan llegó a buscarlos en el camión de la Puerto. Los empleados de la casa de Belén irían a la finca también, no cabían todos en el Pope-Hartford: irían en el camión. La viuda los quería a todos con ella para celebrar juntos.

–Mamá, me voy con Juan –dijo Antonio trepándose al camión–. Candelaria, ve tú en el auto.

–Yo también me voy con Juan –exclamó Milita siguiendo a su hermano.

Salieron rumbo a la Puerto. Belén no tenía deseos de hablar, solo quería entender qué era lo que sentía esa mañana. Había esperado ese momento durante muchos años y, sí, se sentía contenta, pero había algo más en su ser. Intuía algo, era como si la alegría cargara un no sé qué que no precisaba ver: estaba confundida. Decidió vivir el momento como llevaba viviendo los pasados meses, según se le presentaba la vida.

En la Puerto, los empleados esperaba a su patrona. Los aplausos se escuchaban desde lejos. La celebración comenzó antes de ver una gota de agua correr. Belén les dirigió unas breves palabras cargadas de ánimo y agradecimiento por la lealtad mostrada tanto en los tiempos buenos como en los malos. Allí se vivió lo que se esperaba. En la intimidad de la Puerto, los que verdaderamente esperaban y apreciaban lo que significaba la construcción de un sistema de irrigación vieron el agua correr a borbotones.

En medio de la alegría de la algarabía, la viuda seguía sintiendo la rareza instalada en su ser; esperaba algo más. Salió de la Puerto montada en el Pope-Hartford. Pensó en lo que haría esa mañana, pero nada disipaba el raro sentir. La sensación la devolvió al

momento en que hablaba con su hijo en la sala de su casa la tardecita casi noche de ese día de la inauguración del sistema de riego.

Lo que había intuido Belén durante todo el día, tenía que ver con lo que estaba sucediendo en casa de la familia Cuevas Silva mientras ella platicaba con Antonio en la sala de su hogar. El sexto sentido que suelen tener las mujeres, en Belén estuvo alerta desde que amaneció, intuyó que un suceso trascendental aclararía su porvenir. Estaba segura de que no era el canal del riego: no se equivocó.

Cuando don Manuel regresaba a su casa luego de brindar con Belén y de buscar pan en la cafetería de Nico, doña Fedora lo esperaba en el balcón. La señorona capitalina se abanicaba con su estilo único, el cual era todo elegancia. Su altivez era producto de la exquisita educación con la que la criaron y de su gusto por sentirse superior a todos.

–Siéntate, Manuel. Solo escucha, por favor, no me interrumpas –comenzó doña Fedora con la vista puesta en el paisaje que tenía de frente: valles y el mar Caribe.

Don Manuel se sentó a su lado y reprimió el deseo de preguntar si había ocurrido algo grave mientras estuvo buscando pan. Adoptó la misma pose de su suegra y se limitó a mirar el mar y a escuchar.

–No hace falta aclarar que soy una mujer muy práctica. Acostumbro a tener los pies sobre la tierra, siempre he sido muy objetiva en mis opiniones. Hace varios años que me he apartado un poco de ese comportamiento. Pienso que mi desliz ha tenido que ver con los gajes del oficio de la maternidad. Imagino que lo habrás notado –comenzó su discurso doña Fedora, parecía hablarle al horizonte–. No quiero seguir cometiendo errores, porque ya lo acepté, los he cometido. El primero ha sido no agradecerte.

–Doña Fedora…

–Te pedí que no me interrumpieras –prosiguió la señorona aún con la vista en el horizonte que iba mostrando los anaranjados rojizos del ocaso–. He sido una ingrata contigo. Me has dado unos nietos fuertes y saludables –dijo cerrando suavemente el abanico y

agarrándolo en posición vertical; lo tomó como apoyo ante lo que diría luego.

Un largo silencio detuvo la escena. A doña Fedora le costaba hablar de Leticia, mucho más aceptar su trastorno mental. Don Manuel imaginaba que ese tema sería el de la segunda parte de lo que se había convertido en una confesión.

–Desde el día que vi por primera vez a Belén, entendí los celos de Leticia. Bien sé que no coquetea. A mí me encantó desde que la conocí. Estoy segura de que no te coqueteó, probablemente quedaste como yo, cautivado por su encanto natural. No sabes cuántas veces traté de hacerle ver a mi pobre hija que sus celos no eran buenos, que te alejarían, pero ya ella iba mostrando comportamientos que la iban llevando a su triste desenlace –dijo sin mirar a su yerno, quien no esperaba escuchar el nombre de Belén en aquel soliloquio: comenzó a preocuparse–. Nunca te he agradecido los años que hiciste feliz a Leticia y los que has aguantado dentro de esta situación que, viéndola sin vendas en los ojos, es insoportable. Hijo, lo que quiero decir…

Unos gritos que provenían del interior de la casa, que se iban acercando al balcón, interrumpieron la sosegada declaración de doña Fedora. Ana Elisa se acercaba seguida por Carmen Elena.

–Papá, es mamá. No está bien –dijo Ana Elisa alterada.

–Andrés está con ella –exclamó Carmen Elena.

–¿Dónde está? –preguntó don Manuel poniéndose de pie y sin esperar respuesta.

Ana Elisa ayudó a su abuela y todos corrieron hacia la habitación. El médico Andrés Campos Pérez había cerrado la puerta para que los niños no vieran la escena, lo acompañaba la enfermera de Leticia.

Minutos antes, Ana Elisa estaba con su madre tratando de buscarle conversación. La bondad de esa niña se mostraba de varias maneras al tratar con cariño a esa desconocida a la que debía llamar mamá. La niña animaba a esa señora que era su madre para hablar de los temas que, según su abuela, la apasionaban. La jovencita estaba preguntándole acerca de un cuadro colgado en una pared de la habitación cuando, de pronto, Leticia, quien estaba sentada en un

sillón, se fue inclinando hacia un lado. Ana Elisa trató de enderezarla, pero el peso de ese cuerpo inerte con la mirada perdida no se lo permitió.

La joven trató de aguantarla un momento, trató y trató de colocarla bien en el sillón, pero fue inútil. Entonces, se dio cuenta de que no podía sola. Pidió ayuda con un hilo de voz que se esforzó para sonar como grito. Carmen Elena y Andrés estaban en la galería, escucharon a Ana Elisa, y corrieron hacia la habitación. Al segundo de ver la escena, Andrés les pidió a Ana Elisa y a Carmen Elena que buscaran a don Manuel y a la enfermera que acompañaba a Leticia durante todas sus salidas del asilo, quien, al ver que Ana Elisa entretenía a su paciente, aprovechó el momento para ir a la cocina para despejarse y tomar alguito.

–Cierra, que los nenes no entren –le pidió a Carmen Elena–. Dile a la enfermera que entre, la necesito.

Cuando llegaron don Manuel, doña Fedora, Carmen Elena y Ana Elisa, el médico estaba cerrando los ojos de Leticia. Nadie reaccionó. Todo aquello fue tan inesperado que no encontraban qué hacer o decir. Doña Fedora fue la primera en acercarse a Leticia, a quien Andrés había acomodado bien en el sillón, parecía dormida.

–Ya descansa –expresó doña Fedora muy calmada mientras le acariciaba el pelo.

No por nada dicen que la mujer tiene más de cinco sentidos. Todos los de Leticia, juntos y alborotados, intuyeron esa tarde que la salida de don Manuel para buscar pan no lo llevaría a la cafetería, sino a la casa de «la mujerzuela que hacía años le había coqueteado a su marido» hasta el punto de alejarlo de ella. Una respiración alterada comenzó a descomponerla. Mientras su hija le preguntaba sobre arte, la mente le iba creando ideas que fueron acelerándole las palpitaciones hasta el punto de reventar su corazón.

No hubo lágrimas, ni tan siquiera la señorona capitalina derramó una sola, no en ese momento. Unos niños se asomaban por una de las ventanas que daban a la galería: eran los guares, quienes se hablaban entre ellos con caras de curiosidad más que de tristeza. Ana Elisa se sentó en la cama, Carmen Elena hizo lo mismo. El médico le hizo un gesto a don Manuel para sacarlo de la habitación.

–Estoy seguro de que fue un infarto. Está muy sudada. Quédese tranquilo, por su expresión en el rostro, creo que no sufrió.

–¿Qué procede?

–No es necesario hacer autopsia. Detallaré la causa del deceso y lo firmaré. Yo me encargo.

Los hombres entraron a la habitación para encontrar casi la misma escena que dejaron al apartarse. Doña Fedora seguía acariciando a Leticia, pero Ana Elisa estaba llorando. La joven lloraba por la tristeza que sentía por su abuela, era impresionante presenciar a una madre viendo a su hija muerta. Ante la inacción, el licenciado tomó la palabra.

–Hay que avisarle a padre Sergio –dijo don Manuel–. Andrés, ayúdeme a acostarla.

Carmen Elena sacó fuerzas para hablarle a doña Fedora, quien se veía tranquila pero paralizada. La muchacha se le acercó, la sujetó por un brazo y la dirigió hacia afuera de la habitación.

Mientras en la casa Cuevas Silva se preparaban para un velorio, en la residencia Calzada Fernández, Antonio y Belén terminaban su íntima plática. El champán se acabó, Antonio se retiró a su habitación, y Belén fue a la cocina a llevar las copas vacías. Candelaria comenzaba a servir la cena. La cocinera echaba el arroz en una fuente; en otra, un guiso de gallina, el favorito de Belén.

–Si supieras que no tengo apetito. Tengo el estómago cerrado. No sé si es toda la conmoción del día –comentó la viuda con desdén.

–Bueno, no tienen que cenar ahora. La dejo preparada –dijo Candelaria poniéndoles las tapas a todas las fuentes–. Usted tiene algo. ¿Qué le pasa? ¿Y esa cara?

–Ay, ni sé. Ayer pensaba que hoy estaría brincando de alegría y, sí, lo hice en la finca, pero es una alegría rara. Qué sé yo, no sé, es como que me da vergüenza sentirme tan contenta. Todo me lo disfruto a medias –comentó Belén dejándose caer en la silla de la cocina–. Nada, que no hay felicidad absoluta. Tengo que aprender a conformarme con que ese dicho es cierto.

–Mire, mi niña, ya le llegará lo suyo. No se apure. Voy a decir como dice Marcial… No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo

resista –recitó Candelaria–. Los tiempos de Dios son perfectos… Así decía mi madre, que en paz descanse –dijo en tono solemne y santiguándose.

No había terminado Candelaria la señal de la cruz cuando Andrés asomó la cara por el umbral de la cocina.

–Andrés, no te oí. Qué sorpresa. Ya me estaba empezando a molestar –dijo Belén poniéndose de pie y tomándolo de un brazo–. Candelaria, busca vino. Ay, me vas a perdonar, el champán se terminó –decía Belén contenta sin dejar hablar a su amigo casi hermano–. ¿Cómo entraste? Ah, sí, creo que dejé la puerta abierta. Uy, como que el champán me está haciendo efecto –dijo riendo.

Cuando la viuda terminó el parloteo producto de unas copitas de más, miró a su amigo y le notó el semblante sombrío. Él la guio hasta uno de los sillones de mimbre de la galería y la ayudó a sentarse.

–Gracias, estoy medio mareada. ¿Pasa algo? ¿Por qué traes esa cara? No me digas que te peleaste con Carmencita. Mira que esa muchacha es una joya –seguía Belén sin dejarlo hablar.

–Belén, escucha, vengo de casa de don Manuel –dijo muy serio el médico.

A Belén se le cayó el mundo. Pensó lo peor. Por la cara que traía su amigo dedujo que lo que le diría tenía que ver con una tragedia.

–¿Manuel?

–No, Leticia.

–¿Qué? ¿Qué pasó?

–Que Manuel enviudó –concluyó el médico tomándole las manos.

Hacía años que Belén había comentado que ella no se consideraba santa, en ese momento supo que definitivamente no lo era. El mundo comenzó a darle vueltas. Pocas veces pensaba en ella primero, pero en ese momento lo hizo. Comenzó a entender eso raro que sintió desde que comenzó el día. No se alegraba por la muerte de Leticia. Pensó en la familia, sintió lástima por todos, pero eso no le impidió alegrarse por lo que veía venir. Le pidió perdón a Dios, pero inmediatamente se dijo convencida: «Nunca le hice daño, Dios sabe que no».

–¿Qué le pasó? –preguntó Belén–. ¿Se hizo daño? ¿Fue uno de sus arrebatos? ¿Discutió con Manuel?

–No, no. Bendito, estaba con Ana Elisa, a la pobre niña le tocó estar a su lado cuando pasó. Estoy seguro de que el corazón le falló.

–Andrés, me excusas, no me siento bien. Necesito recostarme. Estoy medio mareada.

–Espera, no te muevas, vuelvo en seguida.

Andrés fue hasta la cocina para avisarle a Candelaria. La cocinera salió espantada ante lo que le acababa de contar Andrés. Entre el médico y la cocinera llevaron a la viuda hasta su habitación. Nadie hablaba de lo que significaría la viudez del licenciado, pero preveían lo que podría ocurrir. Acostaron a Belén, quien mostraba un semblante inexpresivo.

–¿Necesitará un calmante? –preguntó Candelaria.

–Está bien. Solo prepárale agua de azahar, eso la ayudará a descansar.

Andrés se retiró, no sin antes ponerse a las órdenes por si Belén lo necesitaba. Candelaria buscó el agua y luego se quedó al lado de la viuda.

–No sé, pero yo sabía que esa mujer se iba a ir así. Así, con bombos y platillos. Mire para allá, en plena celebración… Usted brindando, y ella jodiendo el momento –decía Candelaria acomodando el vaso de agua de azahar en la mesita de noche para luego echarle una sábana por encima a Belén.

–Candelaria, no te expreses así. Ven, siéntate, acompáñame a rezar un rosario. No sé si la pobre Leticia tuvo alguna confesión.

Belén no vio la expresión en la cara de Candelaria, quien viró los ojos en gesto de desgano.

–Búscame el rosario de mamá, está en el bargueño. Siéntate aquí conmigo.

–Mire para allá, hoy es martes, hoy tocan los dolorosos –dijo Candelaria refiriéndose a los misterios del santo rosario y pasándose las manos por los brazos para calmar su piel erizada.

Era tarde, todos se habían retirado a sus habitaciones; nada se oía desde la de Belén. Solo las dos mujeres escucharon la señal de la cruz, el credo, los padrenuestros, las avemarías y el gloria. Candelaria se levantó de los pies de la cama donde se había sentado y apagó la luz luego de rezar sola la salve que Belén no completó porque se había quedado dormida o, por lo menos, eso le pareció a la cocinera.

Entrada la noche, mientras todos dormían, la viuda, con cuidado, sacó la tranca de una de las puertas dobles que daban al balcón de su habitación y, dudosa, dejó una de las lamas sin seguro. Se quedó acostada sin saber qué esperar. La invadió una rara preocupación. Comenzó a pensar en que la muerte de Leticia podría generar remordimiento en don Manuel. *Y si no puede con ese peso y se aleja*. Pensó en la comidilla del pueblo. *Seguro que opinarán sobre cuándo un viudo puede volver a enamorarse*. Trató de sacarse esas ideas para motivarse con algo más alentador. Pensó en cómo se llevaban sus hijos con él y los de él con ella. *Sé que todos lo aceptarán*. Tomó agua, dio veinte vueltas en la cama, rezó varias avemarías hasta que el hastío de la espera la durmió.

Belén no había comenzado a soñar cuando entre las sombras de la noche, sin hacer el menor sonido, una figura tanteó dudosa la cerradura de la puerta que la viuda dejó sin seguro. Abrió. Manuel Cuevas Otero cruzó la habitación con sigilo, se acostó al lado de Belén y la abrazó. Él aspiró suavemente su aroma; ella, toda la dicha del mundo.

FIN